

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL

***MAYORES, ACTIVIDAD Y TRABAJO
EN EL PROCESO DE ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN:
UNA APROXIMACIÓN PSICO-SOCIOLÓGICA***

M^a Silveria Agulló Tomás

TESIS DOCTORAL

Dirección:
Dr. D. Eduardo Crespo Suárez

Octubre 1999

“Fer-se vell i després... morir... no és ni lleig ni bonic; és llei de vida”
(María Agulló Font, 96 años)

“Todas las ideas importantes ya han sido pensadas,
lo importante es pensar en ellas de nuevo”
(Goethe)

“La vida no consiste en otra cosa que en
el repertorio de nuestros quehaceres”
(Ortega y Gasset)

“Las cosas verdaderamente importantes no se realizan con fuerza, velocidad y aceleración de
movimientos del cuerpo, sino con la reflexión, autoridad y juicio; y de esas cosas no suele
carecer la vejez sino que las aumenta”
(Cicerón)

“Tan sólo en medio de la actividad desearás vivir más de cien años”
(Proverbio chino)

“¿Por qué te empeñas en cerrar los postigos antes de que llegue la noche?... Cuando seáis viejos,
seguramente podréis contar con quien os cuide, con el desvelo de los que os quieren. Pero no
contéis con nadie para conservar vuestra vida en movimiento, ni con los propios hijos. Es algo
que sólo vosotros podréis hacer”
(Laforest)

“La vejez no es un periodo detestable ni tampoco sublime. Como todas las etapas de la vida
tiene sus problemas y sus tristezas, pero también sus posibilidades de alegría y realización”
(Sánchez Caro y Ramos, 1985)

“Una bella ancianidad suele ser la recompensa de una bella vida”
(Pitágoras)

"No deben preocuparnos las arrugas del rostro (...) sino las del cerebro. Estas no se reflejan en el
espejo, pero las perciben nuestro amigos, discípulos y lectores, que nos abandonan y condenan al
silencio. Tales arrugas metafóricas, precoces en el ignorante, tardías en presentarse en el viejo
activo, acuciado por la curiosidad y el ansia de renovación. En suma, se es verdaderamente viejo
cuando se pierde la curiosidad intelectual, y cuando la torpeza de las piernas coincide con la torpeza
y la premiosidad de la palabra y el pensamiento" (Ramón y Cajal)

INDICE GENERAL

Introducción, objetivos, objeto-sujetos, planteamientos iniciales

PARTE I. ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN: CONCEPTUALIZACIÓN, CONTEXTO Y SITUACIÓN DE LAS PERSONAS MAYORES

PARTE II. ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN COMO PROCESOS PSICO-SOCIOLÓGICOS Y COMO OBJETOS DE INVESTIGACIÓN

PARTE III. MAYORES, ACTIVIDAD Y TRABAJO EN EL ENTORNO DE LA JUBILACIÓN Y EL ENVEJECIMIENTO: UNA INVESTIGACIÓN PSICOSOCIOLÓGICA

A modo de compilación: algunas conclusiones y propuestas

Bibliografía y anexos

INDICE TEMATICO

Dedicatoria
Agradecimientos: un *capítulo* injustamente breve
Indice general
Indice temático
Indice de tablas, cuadros, esquemas y figuras

Introducción	i-iii
Objetivos y objeto/sujetos	iv-v
Planteamientos iniciales: a modo de <i>hipótesis</i>	vi-ix

PARTE I ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN: CONCEPTUALIZACIÓN, SITUACIÓN Y CONTEXTO DE LAS PERSONAS MAYORES

1. ANALISIS CONCEPTUAL Y TERMINOLOGICO DEL ENVEJECIMIENTO Y LA JUBILACION: Revisión, delimitación y justificación 1

- 1.1. Mayores, personas mayores, gente mayor.
- 1.2. Envejecimiento, envejecer, envejecidos/as.
- 1.3. Vejez, viejos/as.
- 1.4. Tercera edad, Cuarta edad, personas de edad.
- 1.5. Ancianidad, ancianos/as.
- 1.6. Jubilación, jubilados/as.
- 1.7. Retiro, retirados/as. Inactivos, clases pasivas, pensionistas.
- 1.8. Abuelos/as, veteranos/as, seniors, senescentes, gerontes y otros.

2. APROXIMACION HISTORICA Y PANORAMICA ACTUAL SOBRE LAS PERSONAS MAYORES 13

- 2.1. ¿Es la vejez un *viejo* tema?: la gente mayor en el proceso histórico
- 2.2. El envejecimiento demográfico: factores, localización y proyecciones
- 2.3. Trayectoria laboral pasada y actividad/inactividad actual de los mayores
- 2.4. Estatus socioeconómico: estudios e ingresos de la gente mayor
- 2.5. Estado civil, modos de convivencia y hábitat

3. TRABAJO, ACTIVIDAD Y JUBILACION EN EL CONTEXTO SOCIO-LABORAL DE HOY 50

- 3.1. El trabajo a lo largo del ciclo vital
- 3.2. El trabajo en la madurez: la discriminación de la población activa de edad
- 3.3. Los orígenes de la jubilación: un fenómeno de reciente *construcción*
- 3.4. Jubilación anticipada y prejubilación: ¿premio o castigo?
- 3.5. Jubilación, mercado laboral y sistemas de pensiones
- 3.6. Protección jurídica y legal de las personas mayores y de la jubilación

<p style="text-align: center;">PARTE II</p> <p style="text-align: center;">ENVEJECIMIENTO Y JUBILACION COMO PROCESOS PSICOSOCIOLOGICOS Y COMO OBJETOS DE INVESTIGACION</p>
--

4. EL ENVEJECIMIENTO COMO FOCO DE ATENCION DE LAS CIENCIAS SOCIALES 82

- 4.1. Gerontología y Gerontología social: génesis y desarrollo actual
- 4.2. ¿Cómo se ha investigado sobre el envejecimiento y la jubilación?
 - 4.2.1. Métodos, técnicas y estudios de carácter cuantitativo
 - 4.2.2. Métodos, técnicas y estudios de carácter cualitativo

5. HACIA UNA PSICOLOGIA SOCIAL DEL ENVEJECIMIENTO Y LA JUBILACIÓN 101

- 5.1. El envejecimiento como fenómeno físico-biológico.
- 5.2. El envejecimiento como fenómeno psicológico.
- 5.3. El envejecimiento como fenómeno sociológico y psico-sociológico (social):
 - 5.3.1. El envejecimiento en relación a la actividad
 - 5.3.2. El envejecimiento como desvinculación social
 - 5.3.3. El envejecimiento como reflejo del pasado
 - 5.3.4. El envejecimiento como producto de la modernización
 - 5.3.5. La vejez como estrato de edad peculiar
 - 5.3.6. La vejez como subcultura
 - 5.3.7. La vejez como etapa de conflicto
 - 5.3.8. El envejecimiento como pérdida de roles
 - 5.3.9. El envejecimiento como interacción
 - 5.3.10. El envejecimiento desde una perspectiva discursiva

Conclusión: en busca de la transdisciplinariedad

<p style="text-align: center;">PARTE III</p> <p style="text-align: center;">MAYORES, TRABAJO Y ACTIVIDAD/ES EN EL ENTORNO DE LA JUBILACION Y EL ENVEJECIMIENTO: UNA INVESTIGACION PSICOSOCIOLOGICA</p>
--

6. ESTRATEGIA METODOLOGICA

136

- 6.1. Los *cimientos*.
- 6.2. Diseño-*plano* de investigación-*construcción* y *trabajo de campo*:
 - 6.2.1. Técnicas de investigación: Entrevistas en Profundidad y Grupos de Discusión
 - 6.2.2. Criterios de selección, contextos y guión.
- 6.3. Fin de *construcción del edificio*, *planos* para otros estudios...

7. LAS PERSONAS MAYORES ANTE LA ACTIVIDAD PASADA *¿Cualquier tiempo pasado fue mejor?* 151

- 7.1. Dureza de las condiciones laborales y vitales: entre el orgullo y el olvido.
- 7.2. El trabajo como *medio de vida*. El *ergocentrismo* en su pasado.
- 7.3. El trabajo como *complemento* familiar.
- 7.4. El trabajo como *vocación*.

7.5. El ocio supeditado al trabajo o la imposibilidad de ocio

8. LAS PERSONAS MAYORES ANTE LA JUBILACION: Transiciones, significados y representaciones 183

8.1. EL TRANSITO A LA JUBILACIÓN: ¿PROCESO O CAMBIO ABRUPTO?

8.2. LA RELEVANCIA DEL FACTOR EDAD HOY: LA EDAD DE JUBILACION

8.2.1. La edad a lo largo de la vida y las “edades” de la vejez

8.2.2. Los mayores ante la edad de jubilación: debate y polémica.

8.3. TRABAJO, INGRESOS, SALUD Y OTROS DETERMINANTES DE LA JUBILACION

8.3.1. La influencia del *ergocentrismo* sobre la jubilación

8.3.2. Los ingresos: determinante y cambio en la jubilación

8.3.3. ¿Supone la jubilación un deterioro de salud?

8.4. HOMBRES Y MUJERES ANTE LA JUBILACION: ¿Júbilo o retiro?

8.4.1. La jubilación como *resignación*.

8.4.2. La jubilación como *liberación*.

8.4.3. La jubilación como *oportunidad*.

8.4.4. La jubilación como *rechazo*.

8.4.5. Jubilación femenina: aceptación de las jubiladas y “jubilación inexistente” de las amas de casa

9. ACTIVIDADES Y OCUPACION DEL TIEMPO DE LOS MAYORES EN LA ACTUALIDAD: tiempos, dimensiones, tipos, significados 234

Introducción: ¿trabajo y actividad *versus* jubilación y vejez?

9.1. TIEMPO Y TEMPORALIZACIÓN DE LAS ACTIVIDADES DE LOS MAYORES

9.1.1. Tiempos, significados y mayores, en plural.

9.1.2. ¿Regularidad o “deestructuración” temporal en estas edades?

9.1.3. El calendario estacional de las actividades de los mayores

9.2. DIMENSIONES Y FACTORES RELACIONADOS CON LAS ACTIVIDADES

9.2.1. La pluridimensionalidad en las actividades de los mayores

9.2.2. El género, determinante de la actividad.

9.2.3. El estatus socio-económico, eje crucial.

9.2.4. Dimensiones “físicas”: salud-enfermedad, limitaciones y dolencias físicas.

9.2.5. Trayectoria laboral y vital: hábitos, costumbres y estilo de vida anterior.

9.2.6. Entorno relacional: familia y relaciones extrafamiliares.

9.2.7. Entorno espacial: hábitat y prestaciones disponibles.

9.2.8. Dimensiones “individuales”: personalidad, preferencias, expectativas.

9.3. ACTIVIDADES REMUNERADAS Y NO REMUNERADAS: ¿El trabajo tiene edad?

263

9.3.1. Los significados del trabajo remunerado más allá de la jubilación

9.3.2. Camino a la *visibilización* del trabajo no remunerado:

9.3.2.1. Tareas domésticas: De la costumbre a la desvalorización

9.3.2.1.a. *Centralización femenina y rechazo masculino*

9.3.2.2. Cuidados de otras personas: entre la sobrecarga y la satisfacción

9.3.2.2.a. *Un discurso claramente feminizado: las mayores como cuidadoras*

9.3.2.3. Actividades no remuneradas en el ámbito extradoméstico

Introducción: ¿una minoría privilegiada emergente?

9.4. ACTIVIDADES DE OCIO DE LOS MAYORES: De la pasividad a la participación 300

- 9.4.1. El ocio como construcción: evolución y delimitación conceptual
- 9.4.2. El ocio como pasatiempo:
 - 9.4.2.1. *El ocio pasivo como descanso y pasatiempo común*
 - 9.4.2.2. *El ocio al aire libre de los jubilados*
 - 9.4.2.3. *Los jubilados como jugadores y “deportistas pasivos”*
- 9.4.3. Feminización de las actividades manuales de ocio
- 9.4.4. Actividades formativas: sobrevaloradas pero “no alcanzadas”
- 9.4.5. El ocio como frustración e insatisfacción: entre la queja y el deseo

9.5. ACTIVIDADES DE RELACION SOCIAL: las más enriquecedoras y preferidas por los mayores

- 9.5.1. Actividad e interacción *versus* soledad y desintegración
- 9.5.2. Actividades y relaciones en el entorno familiar
 - 9.5.2.1. *La importancia de tener o no tener pareja*
 - 9.5.2.2. *La influencia del propio “nido vacío” y de otros “nidos llenos”*
 - 9.5.2.3. *Los significados de ser abuelo/a*
- 9.5.3. Actividades y relaciones en el entorno extrafamiliar
 - 9.5.3.1. *El valor de la amistad: actividades y relaciones intrageneracionales*
 - 9.5.3.2. *El vecindario ¿apoyo informal o interacción ocasional?*
 - 9.5.3.3. *¿Relación con los ex-compañeros/as de trabajo?*
 - 9.5.3.4. *Actividades sociales organizadas: una participación en auge*

10. IDENTIDAD Y REPRESENTACIONES SOCIALES: conceptos, imágenes y construcción psicosocial de las “vejeces” 365

- 10.1. Polisemia conceptual: la negación a *ser mayor* y el problema de la autoidentificación
- 10.2. Identificadores de *ser mayor*: jubilación, pasividad, dependencia y otros.
- 10.3. Un *mosaico* de representaciones sociales:
 - 10.3.1. El discurso de la ambivalencia: entre la *gerontofilia* y la *gerontofobia*
 - 10.3.2. Los mayores como *carga* y otras representaciones negativas
 - 10.3.3. El tratamiento institucional hacia los mayores: “correcto” pero insuficiente

11. FUTURO Y MAYORES: en busca del envejecimiento y jubilación “ideales” 412

Introducción: De una *cantidad de años* alcanzada hacia una mayor *calidad de vida* y... *calidad de muerte*

- 11.1. Persistencia de la trilogía básica de valores:
 - 11.1.1. Salud y autonomía. “¿Quién me aguantará?”: incertidumbre y pánico a la dependencia.
 - 11.1.2. Actividad e interacción: la relevancia del afecto, apoyo informal y relaciones.
 - 11.1.3. Las pensiones y otras cuestiones: la inseguridad y el temor a la pérdida.
- 11.2. Porvenir y muerte: entre el miedo y la naturalidad

12. A MODO DE COMPILACION: 435

- 12.1. Actividad-mayores como articulación posible y necesaria: algunas conclusiones
- 12.2. Oteando el futuro y *dejando la puerta abierta*: campos a “explorar” y algunas propuestas

ANEXO 1: tablas, esquemas y otros (en papel)

- Tabla 1. Personas jubiladas según la rama de actividad económica por sexo y situación profesional. Números absolutos y porcentajes. 1991
- Tabla 2. Personas jubiladas según la situación profesional por sexo y profesión. Números absolutos y porcentajes. 1991.
- Tabla 3. Pensiones de jubilación y viudedad en España por Comunidades Autónomas. Número absoluto de pensiones otorgadas, importe total y pensión media (en pesetas), 1998.
- Tabla 4. Población mayor de 65 años por grupos de edad, sexo y hábitat. Porcentajes y absolutos, 1991
- Cronograma-planning del proceso de investigación de esta tesis
- Cuadro 1. Características de los/as expertos/as e informantes cualificados/as entrevistados
- Guión temático completo
- Observaciones metodológicas y algunas *anécdotas*

ANEXO 2: transcripciones y fichas de los GD y entrevistas (en formato CD)**2.1. GRUPOS DE DISCUSION:**

- Fichas técnicas y de control de los GD: datos y representación gráfica del GD
- Fichas de los participantes del Grupo de Discusión
- Transcripciones literales de los Grupos de Discusión

2.2. ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD A PERSONAS MAYORES

- Fichas técnicas y de control de entrevistado y entrevista
- Transcripciones literales de las entrevistas en profundidad

2.3. ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD A INFORMANTES EXPERTOS/AS

- Ficha técnica y de control de entrevistado y entrevista
- Transcripciones literales de las entrevistas en profundidad

INDICE DE TABLAS, CUADROS, ESQUEMAS Y FIGURAS

- Cuadro 1. Objeto de investigación de esta tesis.
- Esquema 1.1. Enfoques terminológicos revisados para este estudio.
- Tabla 2.1. Porcentaje de la población de 65 y más años sobre la población total, Índice de Fecundidad (promedio de hijos por mujer). Total mundial, Regiones y Países de Europa, 1994.
- Tabla 2.2. Porcentaje de población de 65 y más años sobre la población total, Ratio de la población de 85 y más sobre la población de 65 y más, e Índice de Fecundidad. España y provincias, 1991.
- Tabla 2.3. Población de 65 y más años, de 75 y más años, sobre la población total (porcentaje y números absolutos), razón entre los sexos (n° hombres x 100 mujeres), España y CC.AA., 1991.
- Tabla 2.4. Personas jubiladas según la rama de actividad, situación profesional y profesión anteriores por sexo. Absolutos y porcentajes, 1991.
- Tabla 2.5. Población de 65 y más años económicamente inactiva, según la clase de inactividad por sexo y edad, Grupos quinquenales, absolutos y porcentajes, 1991.
- Tabla 2.6. Nivel de instrucción de las personas mayores de 65 años por sexo y por grupos de edad quinquenales. absolutos y porcentajes. 1991.
- Tabla 2.7. Pensiones mínimas para 1999 según cuantía (en pesetas y euros/mes), tipología, edad a partir de la cual puede percibirse la pensión, grado de invalidez, y diferencia entre tener/no tener cónyuge a cargo.
- Tabla 2.8. Distribución del número de pensiones de jubilación y de viudedad por tramos de cuantía. Números absolutos y porcentajes. 1998.
- Tabla 2.9. Distribución de las pensiones de jubilación y viudedad por Regímenes de la Seguridad Social. Número absoluto de las pensiones, importe-gastos y pensión media (en pesetas). 1998.
- Tabla 2.10. Distribución de las pensiones de jubilación y viudedad por sexo y grupos de edad. Números absolutos, porcentajes, pensión media. 1997 y 1999.
- Tabla 2.11. Población de 65 y más años según el estado civil por sexo. Abs., % y totales. 1991.
- Tabla 2.12. Población de 65 y más años por clase de vivienda, estado civil y sexo. Absolutos y porcentajes por grupos de edad. 1991.
- Cuadro 2.1. Algunos conceptos atribuidos a las zonas-hábitats según el número de habitantes
- Tabla 2.13. Población mayor de 65 años por grupos de edad, sexo y hábitat. Grupos quinquenales, porcentajes y absolutos, 1991 y 1998.
- Cuadro 5.1. Enfoques teóricos revisados en este estudio.
- Cuadro 6.1. Características de la “muestra tipológica” de los participantes de este estudio.
- Esquema 6.1. Distribución de los/as expertos/as entrevistados/as, según hábitat y ámbito de actuación-representación.
- Esquema 6.2. Distribución de los/as entrevistado/as, según estatus socio-económico y hábitat.
- Esquema 6.3. Distribución de los Grupos de Discusión, según estatus socio-económico y hábitat.
- Cuadro 6.2. Algunas características de los “puntos muestrales” de este estudio.
- Figura 6.1. Distribución territorial de los “puntos muestrales” de este estudio.
- Cuadro 6.3. Guión general aplicado.
- Cuadro 7.1. Algunas características de las trayectorias laborales de los jubilados de estatus medio y bajo.
- Cuadro 7.2. Algunas características de las trayectorias laborales de las mujeres mayores
- Tabla 8.1. Edad legal y promedio real de la edad de jubilación por países.
- Figura 8.1. Discursos valorativos sobre la jubilación.
- Esquema 8.1. Representaciones discursivas de la jubilación desde las personas mayores
- Esquema 9.1. Actividades de las personas mayores según tipos de actividad
- Figura 9.1. Distribución temporal diaria de algunas actividades cotidianas de los mayores
- Figura 9.2. Dimensiones relacionadas con las actividades de los mayores

- Figura 9.3. Factores relacionados con la actividad de los mayores según los informantes cualificados entrevistados.
- Figura 11.1. Propuesta de envejecimiento “ideal” para una mayor calidad de vida y calidad de muerte

INTRODUCCIÓN

OBJETIVOS, OBJETO/SUJETO, PLANTEAMIENTOS INICIALES

INTRODUCCIÓN

En esta *cibersociedad* del tercer milenio el trabajo sigue ocupando un lugar privilegiado. Al margen de las metamorfosis y transformaciones socioeconómicas, el trabajo continua siendo el cordón umbilical que nos une a la sociedad; constituye el medio básico para adquirir bienes, mantener relaciones, construir nuestra identidad... Este *ergocentrismo* o centralidad de la actividad laboral produce que la pérdida del mismo al llegar la jubilación desencadene efectos de diversa índole. Dejar de trabajar es, en muchos casos, dejar de *hacer*, de *estar*, de *ser*... Pero, aunque ya no se trabaje remuneradamente, analizando las actividades de los mayores, podemos conocer cómo vivencian el envejecimiento y la jubilación los propios protagonistas. En este contexto, la actividad sigue siendo una señal significativa de autonomía a distintos niveles; un indicador fundamental de calidad de vida. Constituye la esencia vital incluso más allá de la jubilación y en pleno proceso de envejecimiento. En el marco de esta relevancia indudable de la actividad se sitúa y justifica, pues, la tesis principal del estudio que aquí se presenta.

Sabemos que “tesis”, del latín *thesis*, significa ‘acción de poner, proposición’. En esta ocasión, vamos a poner sobre la mesa el tema del envejecimiento y de la jubilación a través de una cuestión capital como es la actividad. El título de la tesis dibuja nítidamente nuestro objeto de estudio (actividad y trabajo), los sujetos-participantes (mayores), el encuadre más general (envejecimiento) y más concreto (jubilación) desde una perspectiva y *mirada* específica (psicosociológica).

También el título podría parecer, de entrada, contradictorio y paradójico: se trata de indagar sobre la actividad de una parte de la población “inactiva” como son los mayores. Junto a los estudios que analizan el envejecer como un periodo de progresiva dependencia (problema, sin duda, acuciante e innegable), la actividad de los mayores constituye, día a día, un tema no periférico ni secundario. Aún así, la actividad en estas edades suele presentarse como un tema abstracto, *virtual*, necesitado de materialización no sólo a través de declaraciones bienintencionadas, p.e., como la del presente “Año Internacional de las Personas Mayores” (desde la ONU), sino dando un salto cualitativo en la investigación y replanteando el concepto de “ser mayor”, de actividad, de trabajo, de relaciones intergeneracionales.

También la OMS ha dedicado el Día Internacional de la Salud (7-4-1999) a los mayores con el siguiente lema: “Sigamos siendo activos para envejecer mejor”. Esta frase no hace más que confirmar nuestra tesis de la relevancia de la actividad no sólo como una cuestión exclusiva a nivel individual, del área económica y propia de la edad adulta, sino como una faceta también *construida y constructora* psicosocialmente en el entorno de la vejez. Parece que la incapacidad para estar activo e independiente (más que los años o la jubilación en sí) es lo que perfila la vejez, mejor dicho “vejeces”, y con ello ya podemos avanzar la idea de heterogeneidad que constatamos en este estudio. En suma, junto a las declaraciones institucionales queda pendiente, sin embargo, un nuevo acercamiento que armonice la opaca y compleja articulación actividad-mayores con la vorágine competitiva y de desempleo en la que estamos inmersos.

Algunos interrogantes y comentarios expuestos a continuación nos sirven como telón de fondo para la presentación de las partes y contenidos de la tesis.

Creemos, de entrada, que se torna imprescindible revisar la complejidad de los mayores y el envejecimiento a través de la diferente terminología que existe sobre este campo. Además, se abordará esta heterogeneidad desde una perspectiva transcultural que permita entender y describir, así, el paisaje actual en el que se ubican los mayores. Para ello, en una **primera parte**, se intenta dar respuesta a las siguientes interrogantes: ¿Por qué se identifica jubilación con vejez?, ¿tiene el mismo significado envejecimiento, vejez, senectud, tercera

edad, etc.? (capítulo 1). ¿Cómo han vivido los mayores en otras épocas?, ¿cómo viven hoy?, ¿hay diferencias según el contexto cultural y socio-económico? ¿cuántos son?, ¿qué estatus (ingresos y estudios) tienen? (capítulo 2). ¿En qué marco histórico, socio-político y laboral se sitúa la jubilación y el envejecimiento? (capítulo 3).

Pero, siendo la contextualización del objeto de estudio una cuestión esencial, ésta queda incompleta si no se acompaña de la revisión teórica que ha sido pilar fundamental en esta investigación. En la **segunda parte**, pues, la brújula de análisis han sido los siguientes interrogantes: ¿cómo se ha investigado sobre el envejecimiento y jubilación? (capítulo 4), ¿qué paradigmas, teorías y autores se han interesado y se preocupan por estos temas?, ¿qué enfoque/s teórico/s resultan más adecuado/s para la aproximación psicosociológica que aquí proponemos? (capítulo 5).

Sobre los cimientos de una incipiente psicosociología del envejecimiento y la jubilación, asentada sobre una pluralidad teórica (enfoque integrador, discursivo, no androcéntrico), en la **tercera parte** indagamos sobre los significados del trabajo pasado, de la jubilación y de la actividad actual de los mayores. Todo ello es posible a través de nuestra aportación empírica fundada en 109 participantes (en grupos de discusión y entrevistas en profundidad). Pero, esta parte no podemos denominarla “sólo” aplicada porque los contenidos discursivos se han complementado con referencias teóricas y de otras investigaciones. En el capítulo 6 se expone, pues, la orientación metodológica y la estrategia seguidas en este estudio.

Dejando claro nuestro método y *planos* del estudio-edificio a *construir*, igualmente, se persigue argumentar sobre ¿cómo reconstruyen sus trayectorias laborales?, ¿qué significados otorgan los mayores a sus trabajos y ocio anteriores? (capítulo 7). Desde este eje discursivo sobre el trabajo pasado damos un paso más para conocer la postura de los mayores ante la jubilación guiándonos por las siguientes preguntas ¿qué significa para los mayores la jubilación?, ¿coinciden sus relatos con los de los expertos y los estudios actuales? ¿Hay diferencias en la vivencia de la jubilación según el género, la profesión anterior, etc.? (Capítulo 8). El problema de la jubilación se erige más que en el fin del trabajo en el “no estar ocupado”; es decir, no todos los mayores reniegan de la jubilación de plano sino que la rechazan en cuanto que implica pasividad no elegida, dependencia, final, muerte, ser un *difunto*, un “sin función” (*defunctus*, de *defungor*, significa “librarse de, acabar con, terminar” o bien de *functio-onis*, “cumplimiento, ejecución”, etimológicamente).

La ambigüedad de la jubilación queda plasmada porque no sólo supone *júbilo* al dejar la obligatoriedad y dureza pasada sino que también puede implicar *retiro* en cuanto pérdida de posibilidad de consumo, de libertad, de interacción, de autoestima, de reconocimiento social... No existirá vejez ni jubilación en sentido negativo si perdura la actividad y la independencia. Los mayores son pasivos por ser dependientes y/u otros factores, pero no por haber celebrado el 65º aniversario o por haberse jubilado. Pensemos que las amas de casa “no se jubilan nunca”. Pero, aún reconociendo esto, siguen siendo sinónimos jubilación, vejez, dependencia, pasividad. Los significados otorgados a todo ello nos ayudan a conocer la vivencia de la jubilación y el envejecimiento.

Sobre esta base será más fácil lograr responder a las preguntas que han estructurado el capítulo 9 ¿qué lugar ocupa la actividad “después” del trabajo?, ¿qué tipos de actividades llenan el mayor tiempo libre de los mayores: trabajo remunerado, no remunerado, voluntariado, ocio, actividades sociales?, ¿qué significados poseen?, ¿qué dimensiones y factores nos ayudan a entender las actividades de los mayores? La sustitución de la faz positiva del trabajo y la adaptación a la misma será más viable a través de la actividad -sea de uno u otro tipo-, pero libremente elegida por los mayores. Aunque el “trabajo tiene edad” (sólo determinados trabajos) la actividad no sabe de etapas ni años, y se caracteriza igualmente por la diversidad significacional desde los mayores: actividad como interacción, pasatiempo, autorrealización, aportación social, etc. En fin, si los significados del trabajo en

otras etapas vitales vienen siendo objeto de multiplicidad de investigaciones, no es así respecto a los significados de la jubilación y actividad en el envejecimiento. Para estudiar la actividad en esta etapa ha sido ineludible analizar la trayectoria pasada y la jubilación. La tríada trabajo-jubilación-actividad conforman el meollo de los capítulos 7, 8 y 9.

En los últimos capítulos nuestra pretensión es acercarnos a otras facetas, con relevancia similar, ¿qué es para los mayores “ser mayor”?, ¿qué piensa el resto de la población sobre ellos?, ¿siguen predominando los estereotipos e imágenes negativas en relación a esta etapa de la vida? (capítulo 10). ¿Qué se precisaría para un envejecimiento y jubilación “ideales”?, ¿qué valoran ahora? (capítulo 11).

Pero no podíamos cerrar la tesis sin aventurarnos, aunque de forma somera, a imaginar el futuro a través de los mayores y apuntar algunas cuestiones, a modo de propuestas, sobre todo lo tratado en el estudio. Es decir, una última cuestión ha sido ¿qué temas se presentan como retos para una psicociología del envejecimiento y jubilación? Acabamos el estudio *dejando la puerta abierta* a futuras reflexiones, aportando unas conclusiones y algunos apuntes (capítulo 12) que subrayan la necesidad de considerar la actividad y otros campos aún poco “explorados” para caminar hacia la consecución del envejecimiento como experiencia positiva, con una mayor calidad de vida y... calidad de muerte.

¿Una tesis más? Esperamos no ser un acopio aséptico de información y discursos. Para ello hemos querido evitar la división salomónica entre parte de revisión y parte empírica que toda tesis debe ofrecer, y que en nuestra opinión conforman un *continuum*, un todo que se complementa de forma recíproca. Los 6 primeros capítulos son de contextualización y acercamiento teórico-conceptual, en los que no hemos introducido discursos de mayores. Pero, en la III y última parte sí se ha intentado compaginar el análisis discursivo, información de encuestas y estudios y las aportaciones de los teóricos y autores consultados. En fin, ofreceremos una aproximación al envejecimiento y jubilación desde la actividad todo lo profundo que las distintas limitaciones -temporales, espaciales, personales...- nos han permitido.

Parece urgente y fundamental indagar sobre la articulación actividad-mayores desde una nueva concepción de ser mayor (no sólo como ser dependiente), de actividad y trabajo (no sólo remunerados), de ocio (no sólo pasivo), de relaciones intergeneracionales... desde la psicología social como “mirada” y enfoque integrador. Esta investigación no pretende ser más que un acercamiento a los interrogantes planteados; no más que una humilde aportación a esta *nueva* reflexión desde la actividad sobre *viejas* cuestiones como el envejecimiento de las personas.

OBJETIVOS Y OBJETO/SUJETOS-PARTICIPANTES

El **objetivo general** de esta tesis se centra en analizar, a través de una aproximación psico-sociológica, los significados, dimensiones y representaciones de las actividades de las personas mayores en el entorno de la jubilación y en el proceso de envejecimiento.

Con el fin de concretar el objeto general se plantearon los siguientes **objetivos específicos**:

1) Revisar críticamente las teorías, enfoques y paradigmas (con sus objetos, métodos y conceptos correspondientes) más relevantes sobre envejecimiento y jubilación, para llegar a un enfoque psicosociológico del envejecimiento y la jubilación.

2) Ofrecer una aproximación conceptual, histórica y transcultural de la jubilación y envejecimiento en el contexto español y mundial.

3) Contextualizar la situación de las personas mayores a través de datos socio-económicos y demográficos. Es decir, se tratará de fotografiar y caracterizar la situación de la gente mayor a través de algunos factores fundamentales: edades, género, nivel de estudios, ingresos, trayectoria laboral, modo de convivencia, hábitat, prestaciones (servicios socio-sanitarios, sistemas de pensiones, protección jurídica), nivel de salud, principalmente.

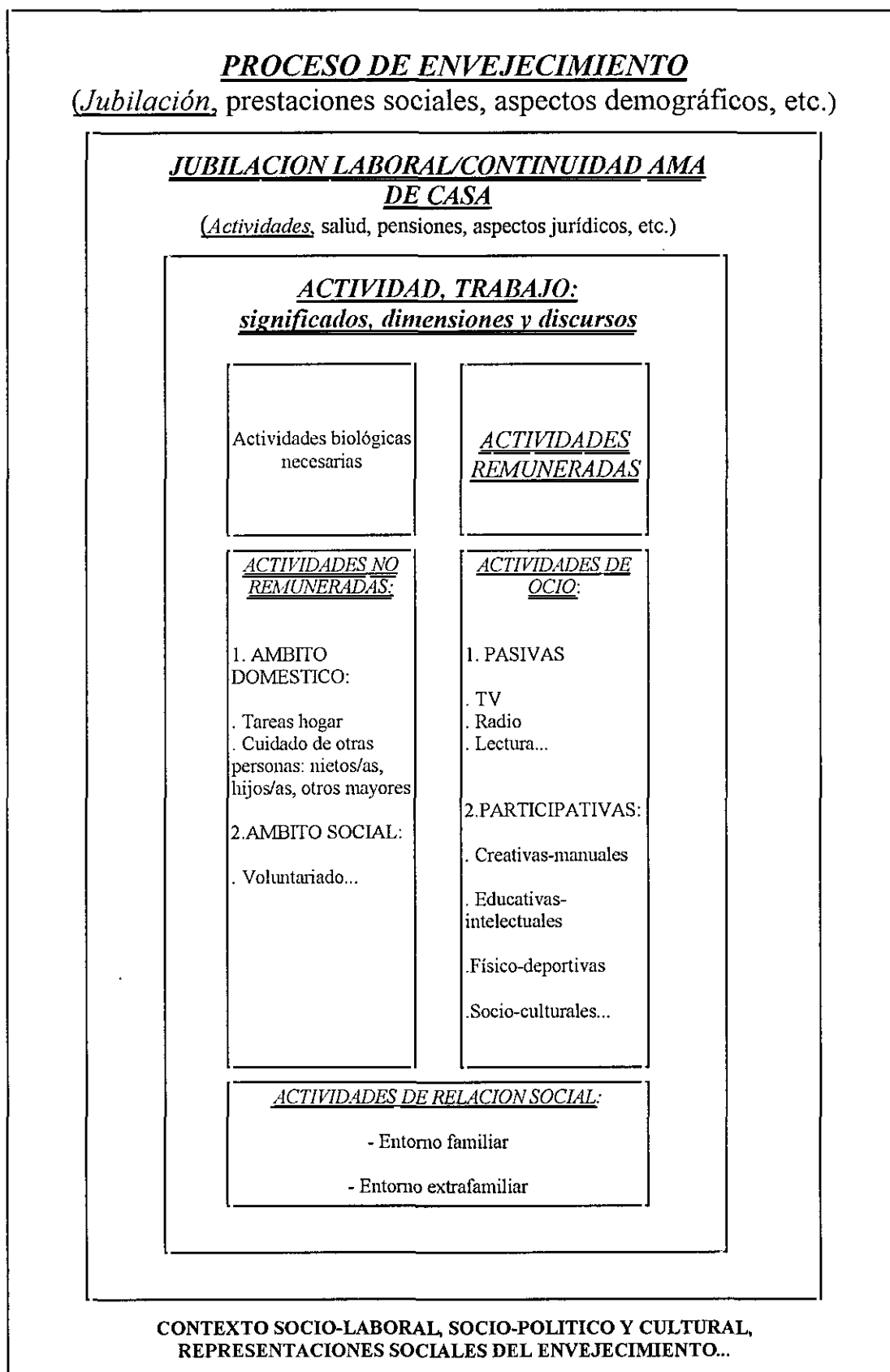
4) Profundizar en la construcción simbólica (significados, actitudes y representaciones) de la actividad en el envejecimiento desde el punto de vista de las personas mayores. De ese modo, podrá contrastarse con los discursos de los expertos y con conclusiones de otras investigaciones. Es decir, se pretende conocer las estructuras de significado y representaciones del lugar que ocupa la actividad en esta etapa vital, considerando el trabajo anterior, la postura ante la jubilación, y por tanto, la interacción entre envejecimiento/jubilación y actividades.

5) Indagar sobre los posibles efectos y cambios en otras dimensiones (situación económica, nivel de salud-enfermedad, entre otros) propias del envejecimiento y jubilación y, lo que es más importante, su conexión con la actividad de las personas mayores. Aunque nos centraremos en las actividades también tendremos en cuenta otros aspectos colaterales con el fin de la etapa laboral.

6) Apuntar tendencias y perspectivas sobre la trilogía, aparentemente paradójica e “imposible”, mayores-actividad-envejecimiento en el contexto de una sociedad en continuo cambio y reconstrucción, y considerando la misma como un reto y desafío para la psicología social, y para las ciencias sociales en general.

Como ya apuntamos en la introducción, el título de la tesis es indicador claro del objeto de estudio, de los participantes, del contexto y la perspectiva adoptados. El hecho de que nuestra línea teórica-metodológica preste atención al “sujeto en interacción”, en proceso de dialogicidad y reflexividad, en el que tricotomía sujeto/objeto/conocimiento son elementos contruidos e inseparables (...), no nos exime de que haya que dejar nítido nuestro objeto de investigación. Tal como pretende explicar gráficamente el cuadro 1 adjunto, el objeto de estudio se sitúa en un marco amplio del proceso de envejecimiento. El envejecimiento es referenciado como un fenómeno globalizado y globalizador, inserto en el contexto socio-laboral actual, todo ello en continua reconstrucción. Desde aquí, iremos “descendiendo” en nuestros análisis para tratar la jubilación (o la continuidad del ama de casa, en su caso). *Entendiendo la complejidad de la jubilación, con sus diversos aspectos a tratar, en este estudio nos centramos en las actividades de las personas mayores.*

Cuadro 1. OBJETO DE INVESTIGACION (≈)



(≈) El objeto de estudio viene subrayado y en cursiva, aunque obviamente se enmarca dentro de un objeto de análisis más amplio tal como intenta expresar este “cuadro concéntrico”.

III. PLANTEAMIENTOS INICIALES: A MODO DE HIPÓTESIS

Etimológicamente, el término hipótesis tiene su origen en las palabras griegas *Thesis*, que hace referencia a “lo que se pone”, e *hipo*, que significa “por debajo”. Hipótesis es, pues, lo que “se pone por debajo”, se supone o subyace. Sobre la base de diversas investigaciones y reflexiones acerca de la cuestión, nuestro planteamiento inicial “puesto por debajo” era la existencia de unos **cambios en los sistemas discursivos y de significado** en torno a las actividades actuales de las personas mayores, pero al mismo tiempo, la persistencia y **continuidad de la centralidad de la actividad** más allá de la jubilación en el proceso de envejecimiento.

Desde este planteamiento general se derivan varias subhipótesis o planteamientos más concretos. Las hipótesis son tentativas de explicación de los hechos y fenómenos a estudiar que se formulan al comienzo de una investigación mediante una suposición o conjetura verosímil destinada a ser probada por la comprobación de los hechos. Se trata de la afirmación de un resultado o relación que, a modo de orientación o idea directriz, guía la investigación y que debe ser mantenida o rectificada una vez obtenidos los resultados de la investigación (Ander Egg, 1990:96)¹. En fin, las *hipótesis de trabajo* son elaboradas progresivamente en el proceso de investigación de los principales datos empíricos. Las *hipótesis de contrastación* se formulan en el proceso de construcción del objeto de investigación a partir de la problemática teórica en la que se sitúa el estudio, y nos servirán de guía y orientación. Estos planteamientos son los que nos permiten ir “explorando” la “realidad social” de la actividad en el entorno del envejecimiento que es nuestro objeto de análisis. Hemos de puntualizar que, en nuestro caso -si cabe-, se trata de hipótesis no de falsación (no pretendemos corroborarlas o refutarlas al estilo positivista) sino de hipótesis de contrastación², hipótesis-guía que nos sirven de eje armónico en nuestro estudio.

A continuación, vamos a ofrecer las hipótesis o planteamientos de partida que han orientado nuestro estudio hasta el final. Estos planteamientos iniciales han constituido el hilo conductor que ha servido de guía o brújula en esta investigación. Las subhipótesis o planteamientos concretos adyacentes al planteamiento general fueron:

1) En contra del estereotipo y representación social negativa de pasividad, existe una **diversidad de actividades** que realizan los mayores en cuanto a su tipología: actividades remuneradas, actividades no remuneradas y actividades de ocio, por ejemplo. Los mayores serán considerados pasivos e inactivos si no se deja de equiparar “actividad” con el concepto clásico de “trabajo productivo y remunerado”. Sin embargo, si nos atenemos a un concepto de actividad más amplio, los mayores son más activos de lo que suelen ser etiquetados socialmente.

2) Junto a esta diversidad, y lo que es más relevante, los **contenidos discursivos y los significados** sobre las actividades también son heterogéneos. Por ejemplo: la actividad de ocio puede ser percibida como *pasatiempo*, la actividad remunerada como *ocio elegido*, la actividad doméstica como *obligación*, el voluntariado como *vocación*, etc.

Podemos adaptar la frase hecha a nuestro caso “dime lo qué haces y te diré cómo

¹ Según Aróstegui (ib., p. 97) “por hipótesis se entiende, en el más amplio sentido, cualquier proposición, supuesto o predicción que se basa, bien en los conocimientos ya existentes, o bien en hechos nuevos y reales, o también, como sucede con mayor frecuencia, en unos y otros. Ander Egg describe los diversos tipos de hipótesis que aquí sólo vamos a nombrar: hipótesis sustantiva, de generalización, complementarias, alternativas, post-facto, etc.), su formulación, las características, las cualidades y las condiciones para que estén bien formuladas (págs. 97-101).

² Para recordar las diferencias entre hipótesis de trabajo e hipótesis de contrastación y otras aclaraciones véase capítulo 4 y 6 y bibliografía (Duverger, 1962; Bourdieu et al, 1976; Wallace, 1980; Wright Mills, 1985; Sierra Bravo, 1985; García Ferrando, Ibañez y Alvira, 1986; Valles, 1997, entre otros.)

envejeces”: la actividad que realiza una persona en la etapa adulta (al igual que en cualquier edad) es indicativa de la forma de vida, estilo, relaciones, nivel de salud, etc. Resulta patente que la actividad es un aspecto que sigue siendo crucial en la experiencia vital y de jubilación de los mayores. Es considerada como *esencia vital*, desde el momento que no actividad o pasividad (y jubilación) se relaciona con vejez dependiente y muerte.

Esta actividad vendrá influenciada por anteriores estilos de vida y por factores socio-económicos (...), más que por procesos universales homogeneizadores. Un envejecimiento con éxito está relacionado con un determinado nivel de actividad que aporta sentido de utilidad, autoestima, identidad, bienestar..., es decir, todo aquello que en la etapa anterior reportaba el trabajo. Creemos, pues, que la inactividad genera y explica buena parte de los problemas y percepciones sociales negativas del envejecimiento en mayor medida que el proceso de envejecimiento en sí, el deterioro o la disminución de aptitudes físicas. Conociendo y considerando lo relacionado con la actividad, nos acercamos a una mayor comprensión sobre el proceso de envejecimiento y sus concomitantes.

3) Todo lo enunciado anteriormente se caracteriza por una **pluridimensionalidad**, es decir, varios son los factores que están influyendo sobre la ejecución de actividades y los contenidos discursivos. En coincidencia con otras investigaciones, estas dimensiones que nos ayudan a entender la actividad encardinada en el proceso diferencial de la jubilación y envejecimiento pueden ser: el género, el estatus, la trayectoria laboral anterior, el entorno (espacial y relacional) donde viven, la situación de salud e independencia física, etc. Todos estos factores son determinantes de la configuración y construcción simbólica no sólo de la actividad en esta etapa sino de la jubilación y envejecimiento como marcos generales que la envuelven.

Por ejemplo, distintas trayectorias laborales (que implican distintas actitudes hacia el trabajo pasado) implicarán distintas actitudes hacia la jubilación y hacia las actividades en la actualidad. Una persona que ha tenido (y tiene) una mejor posición socio-económica, tiende a mostrar unas actitudes más positivas hacia el trabajo y, en principio, refleja mayor hostilidad hacia la jubilación. Sin embargo, a largo plazo, estos mayores podrán adaptarse mejor, quizás, porque tienen más recursos. Por contra, un menor estatus (menores recursos) puede suponer una mayor satisfacción y aceptación al principio, pero puede devenir en una menor adaptación a medio-largo plazo. En general, si en lo enunciado no hay coincidencia, todos los autores convergen en que si el trabajo ha sido central en sus vidas -y si además no se está preparado para esta etapa, para el ocio-, de un modo u otro, la jubilación será rechazada a no ser que se encuentre “algo” (¿actividad, relación?) que supla ese hueco vital.

Junto a ello, envejecer en uno u otro espacio territorial implicará una mayor o menor ausencia/presencia de servicios sociales y sanitarios, de redes de apoyo social informales, distintas posibilidades de participación socio-cultural, proximidad o aislamiento. También el entorno relacional (situación de pareja, modo de convivencia), entre otros factores pensamos que nos pueden ayudar a entender y a explicar el binomio actividad-mayores.

4) Todas estas actitudes hacia la actividad vendrán relacionadas por la experiencia laboral pasada, marcada -a su vez-, por el nivel socioeconómico pasado y por el género. El género, constituye una característica crucial en el análisis del envejecimiento, de la jubilación, de las actividades y de los significados que se otorgan a todo ello. La **complejidad femenina** en esta etapa es una característica diferencial respecto a los varones de sus mismas edades, e incluso de su misma condición socio-económica. De todas maneras, partimos de la idea de que existe una **heterogeneidad intrageneracional**, tanto intergénero (entre hombres y mujeres) como intragénero (entre los propios varones y entre las mujeres).

5) Pensamos que junto a la centralidad de actividad general en esta etapa, los mayores

otorgan un significado positivo a la misma cuando éstas son libremente elegidas y cuando se realizan con otros. Es decir, destacan **la libertad de elección y la interacción** con los demás en estas actividades, yendo más allá del significado clásico generalizado de “actividad productiva monetarizada”.

6) La actividad en el proceso de envejecimiento puede entenderse y explicarse mejor si conocemos la posición de **los mayores ante la propia experiencia de la jubilación**, ante el “fin del trabajo”. Es decir, la vivencia de la jubilación dependerá del significado que cada persona le otorgue, de las actitudes hacia esta etapa. Y además estas actitudes dependerán del valor que se le haya dado al trabajo y a la actividad más general (a otros “roles” sociales para definirse a uno mismo y a los demás), del género o de otras dimensiones ya mencionadas. La jubilación obligatoria puede llegar a convertirse en un proceso desvinculante y desestructurador psicosocialmente; o bien puede ser percibida como deseo, como una posibilidad de realización personal y social.

La mayor parte de estudios tratan la jubilación como un fenómeno masculino. Al contrario de lo que concluyen estas investigaciones androcéntricas sobre el envejecimiento y la jubilación, estudios recientes están confirmando que las mujeres también pueden percibir y soportar los efectos negativos del tránsito a la jubilación y al envejecimiento, independientemente de que no hayan trabajado remuneradamente. En los hombres la jubilación suele unirse a envejecimiento con más claridad que en las mujeres. Pero ello no salva a las mujeres de percibir esta etapa negativamente; es decir, las mujeres “no están protegidas” frente al envejecimiento por no jubilarse laboralmente. A pesar de que no viven el tránsito a la jubilación como abandono laboral, sí vivencian otros cambios (“nido vacío”, jubilación de la pareja, sobrecarga, menor tiempo libre, mayor soledad, nivel de salud más deteriorado, etc.) que afectan, entre otras facetas, sobre el sentido y actividades que realizan.

7) Pero la actividad de los mayores no es algo aislado sino que vendrá relacionada con **otros aspectos y efectos** igualmente relevantes: cambio en los ingresos, progresivo deterioro de salud, pérdidas relacionales... que ayudan a entender la naturaleza del proceso comentado. Los efectos de la jubilación pueden ser positivos (en términos de ganancias): mayor disponibilidad de tiempo libre, mayor libertad, posibilidad de participación social, sensación de plenitud, por ejemplo; o negativos (en términos de pérdidas): menores ingresos, menor prestigio social, pérdida de relaciones -todo ello al abandonar el trabajo-, paulatino deterioro físico, entre otros.

8) El concepto de “ser mayor” está marcado por el hecho de la jubilación, de no tener actividad. Muchos mayores identifican “no actividad” con la vejez más decrepita y dependiente, que es la cara del envejecimiento más rechazada. El concepto de “ser mayor”, “envejecer”, “tercera edad” (con toda la polisemia y confusión conceptual subyacente) no coincide siempre con las definiciones de los expertos y teóricos. La **pluridimensionalidad y falta de claridad en torno al concepto de “ser mayor”** resulta patente y coherente con la complejidad general del envejecimiento.

Partimos de la idea de que el estudio de la jubilación no puede desgajarse del estudio del envejecimiento y vejez, y a la inversa. Por tanto, el proceso de envejecimiento más general no puede pasar por alto el fenómeno más concreto de la jubilación, ya que uno determina y afecta al otro. Aunque resulta difícil distinguir las percepciones del envejecimiento de las relativas a la jubilación, se trata de acontecimientos y procesos claramente distintos, pero que están íntimamente relacionados. Por tanto, el inicio del envejecimiento no siempre viene marcado por la jubilación sino por otros hechos (enfermedad, dependencia física o social, muerte de seres queridos, postmenopausia, etc.) que suelen sumarse al cese laboral definitivo y de ahí la complejidad de su abordaje.

9) Estos aspectos conceptuales vienen relacionados, a su vez, por **las distintas imágenes y representaciones sociales** que la población tiene sobre los mayores. Ese “espejo” en el que los mayores se miran es sumamente importante en la construcción de los significados del envejecimiento, jubilación y actividad para rehuir la dependencia y soledad que la vejez suele implicar. Los mayores parece que rompen muchas de las representaciones sociales negativas (pasividad, p.e.) y, sin embargo, aún perpetúan otras ya existentes (soledad, p.e.). Las imágenes sociales y representaciones negativas perviven junto a otras representaciones positivas de la vejez. Esta superposición de imágenes, con predominancia de la cara negativa de la vejez, produce unos discursos ambivalentes, por ejemplo, respecto al tratamiento de la población general hacia los mayores. Todo ello incide sobre el autoconcepto y la vivencia más personal del mayor. Por tanto, el problema no parece estar en la vejez sino en la consideración de la misma desde el prisma de la productividad, consumo, rapidez, competitividad, que deja a los mayores malparados y desvalorizados.

10) La vivencia de la jubilación depende de estas representaciones y de la percepción personal, que a su vez, derivan de las actitudes hacia el trabajo y actividad. Por tanto, conocer el entramado relacionado con la actividad de los mayores ayuda a comprender la diversidad vivencial y significados sobre la jubilación y el envejecimiento en general.

Todo lo mencionado, en concreto esta supuesta diversidad de significados en torno a las actividades, requiere un enfoque globalizador de análisis. Partiendo de los distintas teorías, enfoques y aportaciones, pensamos que **el enfoque psicosociológico (en una línea discursiva e interaccionista), junto al método cualitativo seguido**, nos aportará los *materiales, planos y herramientas* adecuados para *(re)construir el edificio* y los aspectos apuntados anteriormente. Partimos de la necesidad de una mirada psicosociológica más profunda para el análisis del envejecimiento y jubilación que nos permita avanzar en la comprensión de la actividad en la última etapa de la vida. La relación entre actividad y envejecimiento/jubilación debe empezar a contemplarse desde una perspectiva holística. Se torna imprescindible virar el enfoque predominante de la vejez y jubilación como “crisis, decadencia, declive” (también necesario para el estudio de la vejez más dependiente) hacia un enfoque integrador, que permita visualizar las distintas caras del envejecimiento como proceso complejo y pluridimensional.

PARTE I

ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN: CONCEPTUALIZACIÓN, CONTEXTO Y SITUACIÓN DE LAS PERSONAS MAYORES

CAPITULO 1. ANALISIS CONCEPTUAL Y TERMINOLOGICO DEL ENVEJECIMIENTO Y LA JUBILACION: Revisión, delimitación y justificación

Cuando hablamos de gente mayor o de personas mayores ¿a quién nos referimos: a mayores de 60 ó de 65 años? ¿a jubilados o también a gente que aún trabaja? ¿es sinónimo vejez de ancianidad y de senectud? ¿por qué no se utiliza "viejos" y sí "tercera edad" para definir a la "gente mayor"? Con el intento de dar respuesta a estos primeros interrogantes trataremos en este capítulo los conceptos y términos colindantes con el tema del envejecimiento y jubilación.

De entrada, decir que estamos a las puertas del siglo XXI, denominado por muchos el que va a ser "el siglo más encanecido de la historia", y aún no hay claro acuerdo sobre qué término es el idóneo para dirigirnos a este grupo de edades avanzadas ni para referirnos a la etapa de la vejez como tal. Por ejemplo, frecuentemente cuando hablamos de jubilación nos referimos al proceso de envejecimiento y al periodo de vejez aunque partimos de la premisa inicial de que son conceptos con significados distintos. De todas maneras, en algún sentido son paralelos porque se refieren a fenómenos englobados en la etapa postrera de la vida. A lo largo de este trabajo haremos referencia a unos u otros pero sin confundirlos. Para ello se ofrece una aproximación a los múltiples conceptos con los que nos referimos a la gente mayor, al envejecimiento, a la jubilación. En otras ocasiones, ya señalamos que la confusión y la ingente cantidad de sinónimos relativos a las personas mayores expresa la parcialidad y la falta de claridad con la que se trata este tema. Este galimatías conceptual también refleja las múltiples imágenes y representaciones sociales que se esconden tras la maraña terminológica¹. Podemos observar cómo los vocablos relativos a esta etapa de la vida están sujetos a confusión tanto en el discurso cotidiano como en el científico. Bastaría una somera enumeración de los mismos, la mayoría eufemísticos, para entender la ambigüedad e indeterminación sobre esta temática.

A continuación, se ofrece un acopio de los términos que a lo largo de nuestra investigación hemos ido encontrando. Ello muestra la confusión existente, por una parte comprensible, debido a que el envejecimiento -como veremos en esta tesis-, también es una vivencia heterogénea. Por tanto, pretender un acuerdo en el uso de un término resultaría una tarea casi imposible y quizás, poco adecuada si fuera demasiado restrictiva. Es decir, el uso de un sólo concepto para referirnos a los mayores sería un intento de homogeneizar a un grupo social heterogéneo. Por ejemplo, no todos los mayores son jubilados ni todos los jubilados son viejos en el sentido despectivo de dependencia y decrepitud que desprende este término².

La ambigüedad de los términos es indicativa de la situación igualmente diversa y múltiple que encierra la experiencia de tener más de 65 años. Por tanto, las personas mayores no pueden seguir siendo consideradas de forma homogénea, como si de un bloque monolítico se tratara. Aprovechamos esta reflexión para ir más allá y plantear una mayor distinción intrageneracional; esta diferenciación podría empezar, por ejemplo, por las mismas estadísticas que, en muchas ocasiones no distinguen grupos quinquenales (distinción que sí se encuentra en las edades más jóvenes), sino que a partir de los 65 años (ó 60, según los casos) todas las personas mayores se engloban en el grupo denominado "65 y más años". En esta puntualización concreta plasmamos

¹ Varios autores han tratado el relevante papel y las implicaciones del lenguaje sobre la percepción y representación social de los fenómenos sociales. Por ejemplo sobre el trabajo y empleo véase Arendt (1958/74:111 y ss. y 129-130), Jahoda (1987:25-32), Alvaro y Corniero, (en Jahoda,1987:141-145), Garraty (1978), Kelvin y Jarrett (1985), Hartley (1980), Pym (1983), entre otros.

² No ocurre lo mismo cuando nos referimos a los jóvenes o los adultos, sobre los que parece que hay mayor consenso. Pero también la polisemia queda patente en el caso de los jóvenes (adolescentes, chavales, mozos, p.e.) y para los adultos (personas de mediana edad, maduros, edad adulta, p.e.).

otra idea más general: la defensa de un tratamiento diferenciado en el mismo grupo de mayores según distintos factores (edad, género, nivel de salud, estatus socioeconómico, entre otros) como desarrollaremos más adelante.

Si casi todos/as los expertos/as en gerontología coinciden en señalar la complejidad, la polisemia y la similaridad que encierran los distintos términos, también coinciden en apuntar que la mayor parte de las veces son eufemísticos y estereotipados³. Esta es otra observación que nos parece relevante. Por ello, nos encontramos con diferentes conceptos según se tenga en cuenta el aspecto físico de las personas mayores, su situación social, sus actividades, su nivel de salud... En fin, la clasificación u orden de los distintos términos podría hacerse desde distintos prismas: a) según los aspectos o imágenes que esconden, b) según la etimología, c) según se trate del "objeto" o "sujeto" de estudio⁴, d) según el significante o significado de las palabras, e) según los autores y expertos o f) desde las propias personas mayores. De entre estas posibles formas de proceder, trataremos de encajar todas ellas deteniéndonos en los conceptos fundamentales e intentando confluír en una aproximación psicosociológica.

A continuación, se agrupan los conceptos por "familias semánticas" de palabras, por su parecido en el significante, por su raíz etimológica similar. En otros casos, agruparemos los conceptos por su significado o trasfondo común, aunque sean diferentes semánticamente. También, tratamos los conceptos según nuestros propios análisis, en función del aspecto que definen y/o en relación a los análisis de otros autores. Con todo ello, se extraen conclusiones propias y se pretende justificar los términos empleados en esta tesis. Dejamos de lado, por el momento, los análisis de los mayores de nuestro estudio sobre qué es ser mayor, qué es ser jubilado/a, pues este punto se trata en el capítulo 10. Para cerrar esta introducción recordar que las definiciones-conceptos son siempre arbitrarios y están en continuo cambio y reinterpretación, debido a su relación con el contexto o con los objetivos de análisis.

1.1. MAYORES, PERSONAS MAYORES, GENTE MAYOR

Todos estos términos resultan ser muy ambiguos porque al utilizarlos no sabemos exactamente si se está hablando de mayores de 40, de 60 ó 65 años. Según Sánchez Vera (1993:41), el término "mayores" expresa "la generalización de lo genérico: el mayor es cualquiera que tiene más años que otro. De esta forma estamos integrando en el 'todo' a los viejos, justamente cuando en realidad se les está segregando". Pero también "el término 'mayor' connota cierta dignidad o rango a quien lo detenta, no en vano infunde gravedad y decoro, a la vez que madurez" (ibidem). Es mayor lo que excede a otra cosa en cantidad o calidad, y también superior en una comunidad o cuerpo (Hermano Mayor, Alférez Mayor, etc.).

Para no dejar lugar a la confusión, cada vez que se utilizaran estos conceptos deberíamos especificar la edad que se utiliza como criterio, p.e. poner: "personas mayores de 65 años", pero ello resultaría cargante y farragoso para el lector. Por ello, cuando hablemos de personas mayores, gente mayor, o mayores, se estará suponiendo que han cumplido los 65 años, pues oficialmente esta es la edad que suele emplearse para distinguir a los mayores de los adultos menores de 65 años. Para no caer en el mismo defecto que hemos criticado más arriba, de tratar a

³ Pensemos, por un momento, en la generalización y extensión del uso del eufemismo, sobre todo para determinadas cuestiones "delicadas" a nivel socio-político. Por ejemplo, se habla de "conflicto laboral" (en vez de huelga, desempleo), de "reconversión laboral" (prejubilaciones, despidos), de "violentos o violencia de baja intensidad" (terroristas, terrorismo), "tercera edad, jubilados" (viejos, ancianos), etc.

⁴ Se debe recordar que al tratar los conceptos, hemos de distinguir entre los que se refieren al "objeto" de estudio en sí (Jubilación, envejecimiento, actividad) y otros se referirán a los participantes o "sujetos".

todos los mayores por igual (a los de 60-65 que a los de 85 años, por ejemplo), en algunas ocasiones añadiremos al concepto personas mayores "jóvenes" (hasta 80 años) y personas "más mayores" o "de edades más avanzadas" para referirnos a los mayores de 85 años, que suelen soportar problemas de salud, de dependencia física, económica y social. En algunos casos habrá mayores más jóvenes, cuyo estado psico-social esté más deteriorado que el de los mayores de 80 años. Pero, en nuestro estudio (y no nos queda más remedio por cuestiones de orden y de acuerdo), nos referiremos a las tendencias más generales.

García Sanz et al. (IMSERSO, 1997:25) reconocen el tono eufemístico de los conceptos actuales. Ellos utilizan la etiqueta de "mayores" cuando se refieren a personas que, habiendo superado el límite administrativo y generalizado de la actividad laboral (65 años), no han superado, sin embargo, el límite de edad de la esperanza de vida. Con el concepto "ancianos" se refieren a los que han superado la edad de esperanza de vida determinada por el desarrollo social del momento. Aunque nos parece una adecuada distinción conceptual, en nuestro caso no utilizaremos el de "ancianos" por las connotaciones negativas y porque tiende a ser rechazado por los propios mayores⁵.

En nuestro caso, este será uno de los términos elegidos siguiendo la misma opción que otros autores en estudios recientes. Aunque estos conceptos pueden resultar igualmente eufemísticos son los que han elegido la gente de edad de forma mayoritaria, según los últimos estudios y encuestas de opinión (IMSERSO, 1991; CIRES, 1995). Según datos del CIRES (Díez Nicolás, 1996:40; Durán y Rodríguez, 1996:9), el 51% de los mayores prefieren el término "mayores" frente a otros conceptos como "tercera edad" (elegido por el 23%), "anciano" (14%), "viejos" (5%) y "otros" (5%). La población total tiene opiniones parecidas: casi la mitad de los encuestados prefiere el término "mayores", el 20% elige el de "tercera edad" y un 18% el de "ancianos". Estos, constituirán pues los principales motivos de nuestra elección.

1.2. ENVEJECIMIENTO, ENVEJECER, ENVEJECIDOS/AS

Este término es indicativo de un proceso y no de un estado. Lleva implícita la idea de continuidad, implica la acción de envejecer; un proceso continuo que se materializa a lo largo de la vida. En cambio, la vejez se nos presenta como un concepto estático, como un estado vivido en un tiempo determinado, una etapa.

"Envejecimiento" suele asimilarse a "vejez". Desde un punto de vista evolutivo y del ciclo vital, podemos decir que el proceso de envejecimiento es connatural al proceso vital desde que nacemos; pero esta sería una perspectiva médica, fisiológica y con un tono algo pesimista. Nosotros le queremos otorgar un sentido positivo al desarrollo inicial de la vida, un sentido de crecimiento, pues, junto con otros expertos/as, coincidimos en que la meta de la vida no es envejecer sino evolucionar, desarrollarse. La involución y la vejez irreversible sólo se muestra a partir de edades más avanzadas, como demuestra la imparable esperanza de vida y la mayor calidad de vida de las personas mayores, fundamentalmente en las sociedades avanzadas.

"Envejecer" deriva, etimológicamente, del latín *veterascere*, *veterescere* 'envejecer'. Los términos sustantivados que se derivan de "envejecimiento", como "envejecidos, envejecidas" (utilizados por varios autores, p.e. Pérez Nieto, 1997) tienen un sentido similar al de "viejos, viejas", desde el momento en que se refieren a esta última etapa, a aspectos físicos o de edad.

Sinónimos de envejecer serían también "aviejar, avejentar, revejecer" pero todos ellos

⁵ Otra clasificación, que no utilizaremos, es la que sigue la OMS, según la cual las personas entre 60 y 74 años son "personas de edad", las de 75 a 90 años son "viejas o ancianas", y las de más de 90 "muy viejas".

significan envejecer antes de tiempo (Blecua, 1991:277). Aquí ya podemos apuntar, por ejemplo, que la jubilación anticipada, como veremos más adelante, está "avejentando o aviejando" a los adultos; está llevando a un envejecimiento precoz de los mayores incluso de tan sólo 50 años (véase capítulo 3). Algunos sinónimos de "envejecido" serían: "avejentado, apergaminado, acartonado, proecto, longevo, matusaleno, callenco, senil, caduco, calamocano", entre otros. Pero, no todos tienen un sentido peyorativo, por ejemplo también se equipara con los vocablos siguientes: "acostumbrado, experimentado, ducho, avezado, habituado" (Blecua, 1991:449).

1.3. VEJEZ, VIEJOS, VIEJAS

La raíz de estos conceptos deriva, etimológicamente, del latín *vetulus*, 'de cierta edad, algo viejo, viejecito', que en latín vulgar sustituyó a *vetus-eris*, viejo, del que aquel era diminutivo. Con la misma raíz, nos encontramos en el discurso analizado con "vejete, viejecito/a". Son diminutivos que suelen emplearse con tonos peculiares indicativos de caritativismo y lástima, aunque también puede tener un matiz de cariño, ternura y proximidad. Pensemos, por ejemplo, en el significado que se otorga a "viejo" en la jerga juvenil para referirse a los padres, aunque sean relativamente jóvenes. Esto parece que es aceptado por los padres mayores (véase capítulo 10). En este caso "viejos" para algunos jóvenes, significa "padres" en tono relativamente cariñoso. Suele utilizarse "mis viejos" como sinónimo de "mis padres".

No ocurre lo mismo con "vejuelo", que emite un tono despectivo y burlesco, u otro vocablo bastante utilizado en el discurso informal como es el de "vejestorio"; este es un término compuesto derivado del latín *vetus* y *estoria* 'vieja historia' que significa: "cosa despreciable por muy vieja" (Corominas y Pascual, 1983).

Continuando con los sinónimos de viejo (chueco, valetudinario, caduco, machucho, rancio, etc), el concepto "Vejez" (al igual que el de "ancianidad") puede definirse desde un criterio cronológico (empieza con la jubilación, a los 65 años) o desde criterios funcionales (cuando se es incapaz o limitado psíquica y socialmente). La vejez, constituye una etapa vital; esta sería la concepción más equilibrada y moderna según Moragas (1991:23). Se trata de una etapa propia y diferenciada del resto tanto por sus capacidades, pero más bien definida por sus limitaciones, decadencia y decrepitud. Muchos autores se decantan por el uso del término "vejez", pero también explican (por ejemplo, Cano, 1990:27) que consideran la "vejez" no sólo como biología sino también "biografía", es decir, la vejez como una culminación temporal de sucesos significativos que van formando una trama biográfica cuya orientación se construye a partir de una articulación entre el pasado, el presente y el futuro. Reconoce que "envejecer" es un proceso, "tercera edad" es un eufemismo, "ancianidad" y "vejez" están cargadas de sentido negativo, pero aún así opta por el término "vejez" (p. 28-29)

Por todo ello preferimos emplear el vocablo "envejecimiento", en cuanto que se muestra como proceso, como algo no estático. De todas maneras, algunas veces se empleará vejez cuando esté suficientemente claro que nos estamos refiriendo a unos años concretos y últimos de la vida. Jiménez Herrero (1989:391) habla de la "vejentud" como una fusión entre vejez y juventud, intentando darle un sentido positivo y esperanzador a la vejez. Para finalizar, nos parece adecuada, por ejemplo, la definición de Simone de Beauvoir en su clásica obra *La vejez* en la que dice: "*vejez no es un hecho estadístico, es la prolongación y conclusión de un proceso*" (1070/1989:17). Continúa explicando que la vejez como destino biológico es una realidad transhistórica, y ese destino se vive de manera distinta según el entorno social, por tanto "*la vejez sólo puede ser entendida en su totalidad; no es sólo un hecho biológico, sino un hecho cultural*" (1989:20) y en continua reconstrucción social, subrayamos nosotros.

1.4. TERCERA EDAD, CUARTA EDAD, PERSONAS DE EDAD

Otros términos relativos al grupo de personas mayores nos remiten a la consideración, realizada por varios autores, de la vida como un ciclo con distintas edades y etapas. Si se considerara la niñez y juventud como "primera edad" y la adultez como "segunda edad" se entendería que la denominación de "tercera edad" hiciera referencia a la etapa posterior a la edad adulta o intermedia. Pero la cuestión es que estos términos tan generalizados no se corresponden con una utilización paralela de las expresiones "primera" o "segunda edad". Es decir, nos parece, asimismo, un término eufemístico que pretende encubrir y/o edulcorar al término vejez o ancianidad, por ejemplo.

Según Sánchez Vera (1993:38), la expresión "tercera edad" o el más actual de "mayores" (¿cuál será el siguiente invento?, nos planteamos junto al autor), es restarle gravedad o dramatismo a lo que ya de por sí es inexorable y tiene algo de patético: el estar envejeciendo todos los días, el caminar hacia la muerte, la culminación vital. Después reconoce que el "término viejos hoy cuesta ponerlo, es altisonante y suena a caduco" (o.c., 41). Todos ellos son términos de negación-ocultación, a través del lenguaje, de la vejez y sus concomitantes.

El término "tercera edad", se acuñó en Francia (Riesco, 1993:111)⁶ y ha tenido amplia difusión y aceptación hasta hoy. Pero nosotros rechazamos el concepto "tercera edad" por la connotación que puede mostrar como "tercera fase" o "edad de tercera" categoría. Algunos autores han denunciado la pésima situación de los mayores llamando a esta etapa "tercera edad, tercer mundo de la vida", como *guetto*, como un colectivo y una situación marginal. Por ello, aprovechando este paralelismo indicativo en muchos casos de inferioridad y baja categoría, optamos por la no utilización del mismo.

La expresión "cuarta edad" obviamente deriva de la de tercera edad, como continuación de la misma, e incluso para remarcar la deficiente situación de esta última etapa en relación a la tercera edad que suele limitarse a los mayores más jóvenes y con mayor autonomía vital. Para ella aplicamos los mismos argumentos de rechazo anteriormente defendidos.

Hay otro grupo de términos que se refieren a las características de la edad, enfatizando la cantidad elevada de años. Este constituye un criterio objetivo y es el motivo por el que suele justificarse su empleo. La parte negativa de los vocablos "personas añosas" o "antiguos/as" es que resalta demasiado el factor tiempo, como si fueran un producto (como el vino "añejo") o un objeto de antigüedad. "Añejo" de año, se aplica al vino, queso y viandas análogas. "Añojo" es el animal que cumple un año, según el diccionario de la R.A.L.E. (1994). En relación a esto, pensamos que resulta paradójico el elevado valor y aprecio que suelen adquirir determinados objetos como "antigüedades" y, sin embargo, la desvalorización general respecto a los mayores.

El grupo de términos "grupo de edad, generación de mayores, cohorte", son más utilizados en demografía, para referirnos a los mayores por bloques etáneos o intervalos de tiempo, según la edad o la época vivida, por grupos quinquenales o por décadas. El concepto de "generación" es complejo. Comte (Sánchez Vera, 1993:44) señalaba en 30 años el tiempo que tardaba en pasarse de una generación a otra, y destacó el carácter social (y sociológico) del concepto de "generación". En el caso de las "generaciones histórico-sociales" Ortega y Gasset las sitúa dentro de una zona temporal de 15 años. A. de Miguel destaca que una generación esta compuesta por diferentes estratos, cohortes o promociones de población (op.cit.:45). Por ello,

⁶ Su creador fue "un médico y político francés, socialista y alcalde de uno de los ayuntamientos de los alrededores de París" (Jiménez Herrero, 1989, en Almarza y Galdeano, 1989:415).

nosotros también defendemos la idea de diversos grupos de mayores, no un sólo grupo monolítico de gente mayor.

1.5. ANCIANIDAD, ANCIANOS, ANCIANAS

Estos conceptos suelen añadir (al igual que senectud) un matiz respetuoso, pero al mismo tiempo emana de ellos un tono de dependencia semejante al de vejez.

Para Arbelo et al. (1989:26), en el último periodo vital se pueden distinguir dos periodos: “ancianidad joven” (desde los 70 a los 79 años), y “ancianidad vieja” (80 y más años). Coinciden varios autores en que la ancianidad comenzaría con la jubilación. Según Moll (Riesco, 1993:113) la ancianidad es “desde que la persona cesa en su trabajo hasta que se pierde autonomía”. Es el cuarto periodo o la cuarta edad, tras la infancia, adolescencia y madurez. La vejez, siguiendo a Riesco (1993:113), es un estado patológico de la ancianidad. Cuando el anciano ha perdido alguna de las facultades fisiológicas básicas para realizar su vida independiente entonces comienza la vejez. Sin embargo para Arbelo et al. (1989:26), la ancianidad es “el estado fisiológico del organismo en ese último periodo de la vida”, y define vejez como “el estado patológico de enfermedad crónica o subaguda de la persona de mucha edad”. Aunque no estamos de acuerdo con estas definiciones, sí queremos resaltar que habrá un tipo de vejez y ancianidad dependiendo de cada momento histórico y cultural, entre otros factores. Más bien, nos situamos en la línea de diversos autores que defienden la ancianidad y la vejez como un conjunto, al menos, de tres componentes: el biológico (ligado al desarrollo somático de cada individuo), el psicológico (sensación subjetiva de sentirse o no viejo) y el social (visión de la sociedad respecto a qué o a quién considera anciano). Por tanto, no hay un sólo tipo de vejez, ni una sola forma de envejecer y pasar a la ancianidad, pero las distintas formas de percibir e interpretar el envejecimiento serán tratadas en profundidad más adelante.

Por último, enumerar algunos vocablos encontrados como sinónimos de ancianidad. Algunos se emplean referidos a objetos, pero la mayoría también suelen aplicarse, de forma estereotipada, para aludir a las personas mayores o a la etapa vital que están atravesando. Estos son: postrimeria, agerasia, edad proveyta, edad avanzada, caduquez, caducidad, vetustez, chochez, chochera, acartonamiento, apergaminamiento, antigüedad, senectud, y alguno más.

1.6. JUBILACIÓN, JUBILADOS, JUBILADAS

Si las primeras acepciones tratadas (“personas mayores”, “gente mayor”) serán las más empleadas para referirnos a la gente mayor de 65 años en general, incluidas las que no han trabajado de forma remunerada (mayoritariamente mujeres), cuando se hable de “jubilados/as” se estará enfatizando el matiz laboral (dimensión clave en este estudio). Es decir, con este término se hace referencia a aquellos/as que perciben una pensión por su trabajo remunerado.

La jubilación es considerada por la sociedad actual como el punto de partida y antesala que conduce a la vejez e incluso muchas veces se asemeja y/o confunde con la misma. Sin embargo, otra observación que consideramos oportuno realizar es la no utilización del término “jubilación” para sustituir al de “vejez”, confusión tan corriente en el discurso cotidiano, pues entonces estaríamos construyendo otro eufemismo semejante al de “tercera edad”. No debemos caer en la tentación de superponer la “jubilación” al término “vejez”, produciendo una metonimia en el discurso, usando “jubilación” para referirnos a la etapa última de la vida, definiendo el “todo” (vejez) con la “parte” (jubilación). Cuando utilizamos la palabra “jubilación” nos estamos refiriendo al fin del rol laboral; en cambio cuando hablemos de “vejez” nos estamos refiriendo a

la etapa última de la vida (después del trabajo o aunque no se haya trabajado de forma remunerada).

Muchos son los sinónimos que se encuentran en relación al concepto "jubilación". En contraposición a su significado etimológico, casi todos tienen un carácter negativo en la actualidad, tanto si se consulta cualquier diccionario como si revisamos las investigaciones y discursos respecto a esta temática. Por ejemplo, "jubilación" aparece como sinónimo de 'retiro', y "jubilado" de 'retirado, licenciado, pasivo'. En cuanto a sinónimos de "retiro", se observa claramente las acepciones negativas de todas ellas (aislamiento, soledad, abandono, entre otros). Sin embargo, en el término "jubilar-se" se encuentran dos acepciones: licenciar, eximir, apartar, arrinconar; y por otra parte, alegrarse, regocijarse, gozar (Blecua, 1991).

Según el diccionario de la Real Academia (1994), "jubilar" significa "dispensar o eximir de su trabajo a un empleado por enfermedad o ancianidad; se le suele atribuir una remuneración llamada 'haber pasivo' o 'jubilación'". La otra acepción, tiene el sentido de alegrarse, regocijarse. Diferente sentido evoca la palabra "jubileo", que significa "indulgencia plenaria por el Papa a todos los fieles cada 25 años", por una parte; y según la otra acepción: "entre los antiguos judíos, fiesta pública que se celebraba cada 50 años, en la cual los esclavos eran puestos en libertad y las propiedades empeñadas volvían a sus antiguos poseedores".

Etimológicamente, "Jubilar" tomado del latín *jubilare* significa 'lanzar gritos de júbilo' y también 'alcanzar la jubilación'. El término jubilación, puede resultar sarcástico, irónico, para aquellos/as a los que esta experiencia resulte negativa, como veremos más adelante. Otro sentido similar a la persona jubilada es el de 'jubilado, suelto de trabajo, emeritus, privilegiado' (Corominas y Pascual, 1983) o 'pasivo, retirado, licenciado, exento' (Blecua, 1991:660). Siguiendo a Corominas y Pascual (1983), otra derivación es la de *jubileo* referido a la festividad celebrada cada 50 años porque la jubilación se concedía después de 50 años de servicio. También puede derivar del latín, *jubilaeus* que se refiere a 'solemnidad judía celebrada cada 50 años, tomado del hebreo *yobel* (cuerno de morueco, con que se daba señal de esta festividad) incluido en el latín *jubilare*. El origen de la palabra "jubilación" deriva de "júbilo, alegría, regocijo", pero el hecho mismo de jubilarse -que quizás es señal de alegría en un principio-, puede convertirse en un triste "retiro" que es otro de los términos empleados en muchos estudios para designar este mismo fenómeno (véase capítulo 8).

Para Casals (1982) la jubilación es el hecho de interrumpir de una manera por lo general brusca, la actividad laboral o profesional desarrollada durante la vida o una parte importante de la vida por causa de la edad. En este sentido, el elemento definitorio esencial es la edad y no la condición física o psíquica del trabajador. Según Fericgla (1992), se entiende por jubilación el hecho de que, al alcanzar los 65 años, con algunas variantes según el trabajo realizado, las personas, por legislación, son arbitrariamente apartadas de su colocación laboral, y tienen prohibido realizar trabajos remunerados. Como acabamos de decir, en algunos casos se habla de "retiro", dado que el individuo es retirado del mundo de la producción.

Si el término "vejez" tienen un matiz más biológico, como veremos, "la jubilación o retiro" posee una connotación más oficial e institucionalizada. No es la edad la que determina el retiro sino la construcción social existente en relación a la edad, a la división del trabajo y al mercado laboral (véase epígrafe 8.2.).

1.7. RETIRO. RETRADOS/AS. INACTIVOS/AS. CLASES PASIVAS. PENSIONISTAS

"Jubilación" puede ser o no sinónimo de "retiro", ello dependerá fundamentalmente de las

actitudes⁷ que se tengan hacia el fin oficial del trabajo: si se percibe como fin social puede considerarse como "retiro", pero no lo será si implica solamente el final del trabajo pero el comienzo de otra etapa también interesante y valiosa. Pero a las actitudes hacia la jubilación dedicamos el capítulo 8. Ahora continuemos con el tratamiento conceptual.

Los términos "retiro, retirados/as" suelen relacionarse con el trabajo, pero también pueden tener un sentido más general de retiro de la vida activa, social, política, desvinculación, el "amadrigarse, enterrarse, aislarse, incomunicarse, apartarse" que serían sinónimos de retiro según el diccionario (Blecua, 1991:969). Pero ya de entrada podemos apuntar, en contra de otros estudios y teorías que más adelante tratamos, que la utilización de este concepto no es totalmente correcta, pues mucha gente mayor continúa integrada en la sociedad aunque ya no trabaje remuneradamente. Por tanto, la situación de retiro es definida por unos como la "edad dorada", pero para otros significa el "fin" vital. Por ello, la jubilación o retiro constituye un concepto realmente ambiguo que oscilará entre estas dos visiones (véase capítulo 8). De todas maneras, asimilar "retiro-jubilación" a "vejez" es un error, pues la vejez se define según las condiciones diversas de la persona. Según López Jiménez (1993:166), la ruptura que supone la "jubilación no coincide con los mecanismos naturales del envejecimiento humano, aunque este tipo de 'envejecimiento social' incide notablemente en el envejecimiento psicológico y fisiológico". Diversos estudios, como veremos, han demostrado que la senilidad va más ligada a la inactividad y a la privación de capacidades autónomas que a la edad misma. En definitiva, ya se observa en las tentativas definitorias una fisura entre el retiro social (con la jubilación) y la vejez dependiente que empezaría, generalmente, más tarde.

Por tanto, el retiro o jubilación no constituye el periodo de la vida en el que no se tiene capacidad para trabajar, sino el periodo "negociado" y convencional en el que no se trabaja. El retiro es también un instrumento o medida política para reducir el desempleo, pero paradójico porque según los estudios consultados no reduce el paro (véase capítulo 3). Al mismo tiempo la esperanza de vida va en aumento lo cual indica una mayor posibilidad de años de trabajo para los mayores en general. Sobre estas cuestiones nos detendremos a lo largo de esta tesis por lo que aquí no procede extendernos. De momento, puntualizar que no utilizaremos el término "retiro" (aunque muchos mayores de nuestro estudio emplean) por la ambigüedad y las connotaciones negativas que el mismo puede tener.

Desde un criterio economicista o puramente monetarista las personas mayores son consideradas como "inactivas" ya que no realizan ningún trabajo remunerado. Desde nuestro punto de vista, esta concepción resulta a todas luces muy limitada al no tener en cuenta otro tipo de aportaciones de las personas mayores al ámbito social: son consumidores, poseedores de bienes y rentas, colaboradores con la familia, voluntarios, etc. El hecho de la jubilación no es suficiente para designar a todos los mayores como "población inactiva" que es como figuran en las estadísticas laborales, máxime cuanto los conceptos "**pasivos/as, inactivos/as mayores o clases pasivas**" tienen claras connotaciones negativas. Más adelante se desarrollarán las distintas aportaciones que los mayores hacen, y pueden hacer, a la sociedad por lo que no merecen el título estereotipado de "pasivos" y, por ello, subrayamos también la inadecuación de utilizar estos vocablos.

Con el término "**pensionistas**" de forma general suele hacerse referencia a los mayores de 65 años que son los que perciben la mayor parte del monto destinado a las pensiones. Sin

⁷ Hemos de apuntar que el concepto de actitud que se adopta no es una expresión de algo interior, de un acontecimiento privado o psicológico (creencia, opinión o actitud). Se toma la "actitud", desde un punto de vista discursivo, como una actividad pública, de toma de posición ante un objeto de actitud, que se susceptible de ser cuestionada, negociada, construida y requerida de explicaciones (Crespo, 1995:124-125) (véase capítulo 5).

embargo, no lo emplearemos en este estudio porque hay personas que pueden estar percibiendo una pensión (de invalidez, por enfermedad, de viudedad, de orfandad) y no llegan a los 65 años. También se produce lo contrario, existen personas mayores (p.e. amas de casa mayores casadas) que no perciben pensión alguna.

Con este concepto, además, se resalta la característica económica y refleja el carácter de dependencia económica de los mayores respecto del erario público. El diccionario nos muestra un amplio abanico de sinónimos: "Pensión" se asemeja a "renta, censo, beca, retiro, sueldo, auxilio, subsidio, donación, etc" (Blecua, 1991). "Pensionado" se equipara a "inválido, jubilado, pasivo, becario, pensionista" (ib.). De nuevo, a no ser que nos estemos refiriendo en concreto a la condición de "pensionista" del mayor, no utilizaremos estos términos, por tener todos ellos un cariz despectivo, reduccionista y negativo. Focaliza en exceso la condición de dependiente y de receptor pasivo de la persona mayor sin dar cabida a otro estatus o rol más positivo que puede tener la condición psicosocial de ser mayor.

1.8. ABUELOS/AS, VETERANOS/AS, SENIORS, SENESCENTES, GERONTES Y OTROS

Los conceptos "**abuelos, abuelas, bisabuelo/a**" serán empleados cuando se haga referencia a la experiencia familiar concreta de tener nietos/as o bisnietos/as. Este término suele emplearse de manera general, con tono cariñoso, para referirse a todo el grupo de mayores. En nuestro caso, no se utilizará en este sentido pues pensamos que uno puede ser mayor, no tener nietos/as o bisnietos/as y, por tanto, no experimentar este rol.

Etimológicamente deriva del latín *avia* que significa 'abuela', y *aviola* 'abuelita'. "Abuelo" se sacaría posteriormente del femenino, de "abuela" que 'está más en contacto con el niño' (Corominas y Pascual, 1983:24). Curiosamente, percibimos cómo la etimología parece ser premonitrice de una realidad actual: la mayor parte de los mayores que tienen la experiencia de tener nietos/as o bisnietos/as son mujeres (debido a la mayor esperanza de vida y al papel de "cuidadoras" que siguen desempeñando) como observaremos en este estudio.

El concepto **Seniors** deriva del latín *Senior-oris* 'más viejo' (comparativo de *senex* 'viejo'). En plural, *seniores*, se empleó en el Bajo Imperio para designar a los viejos más respetables, fuesen los miembros del Senado Romano o fuesen los dirigentes de las comunidades hebreas y cristianas. Posteriormente se empleó "señor" como tratamiento de respeto a todo superior, viejo o joven, y acabó por hacerse sinónimo de *dominus* a principios de la Edad Media. De ahí viene el nombre de *senatus* romano o Consejo de los Viejos; con *seniores*, según Tito Livio, llamaban públicamente a los miembros del senado (Corominas y Pascual, 1983). Observamos cómo en la actualidad el término "señor/a" sigue designando respeto y autoridad, pero no se centra sólo en las personas de más edad. El término "seniors" en nuestro contexto suele limitarse para designar a las personas expertas o mayores de alguna profesión y suele encarnar un sentido positivo, de experiencia en algún campo. Pensemos, por ejemplo, en la categoría "seniors" empleada en las clasificaciones y categorías deportivas, o la asociación SECOT (Seniors Españoles para la Cooperación Técnica). En otros contextos, por ejemplo en EE.UU., el uso de este término está más extendido en el habla cotidiana, v.g., Joe Smith Jr. -*junior* se refiere al hijo-, y Joe Smith Sr. -*senior* para remitirse al padre-.

Veteranos, deriva de *veteranus*: 'soldado que ha servido largo tiempo' (Corominas y Pascual, 1983) y deriva al igual que vejez, de *vetus-eris*: viejo, ya visto anteriormente. Su actual significación se asemeja a la faceta de "experto" comentada para los "seniors". Los vocablos "vetusta, vetustez" también son empleados, pero van orientados hacia objetos inanimados y/o literarios -como en el caso de *Vetusta* de L.A. Clarín-. Sólo a veces se emplea para mayores

(persona vetusta o muy vieja).

Otro grupo de términos suelen ser utilizados más frecuentemente por los expertos/as del tema: **senescencia, senectud, senescentes**. Son empleados en el discurso oficial, y aún así su uso es minoritario. Aunque su raíz o significado es sencillo, su utilización puede desprender hoy un tono demasiado formal o pedante. Deriva de *Senecio-onis* que significa 'hierba cana'. Senectud tiene su origen en *senectus-utis*, vejez, tomado de *senatus-us* o consejo de los Ancianos, Senado Romano, al que antes hemos aludido. Los latinos dividían la vida del hombre en seis edades y a la sexta edad la llamaron *senectus* derivada de la voz *senarius*. Otros la hacen derivar de *segnities*, que es cuando la naturaleza se halla perezosa y entorpecida. Otros encuentran su origen en *seminex* porque está cerca la muerte (Rodríguez Domínguez, 1989:27).

"Senescencia", sin embargo se relaciona con "*senil*", derivado de *senex, senis* 'viejo'. Este último significado nos recuerda uno de los estereotipos más generalizados, y es la tendencia a percibir a todos los mayores como enfermos seniles; de ahí deviene el cariz negativo que el concepto de senescente (al equiparse con senilidad, enfermedad mental) puede adquirir. El rechazo de su empleo en este estudio queda, pues, claramente justificado.

Otra familia de palabras, pero esta vez de origen griego, serían **gerontes, geriatria, gerontología**. De nuevo, estos términos son utilizados mayoritariamente por los/as expertos/as en el tema. La Geriatria, especialidad médica que estudia el proceso de envejecimiento; y la Gerontología, ciencia social que estudia el envejecimiento, serán tratadas en el capítulo 4.

Geras era la Diosa de la Ancianidad en la Antigua Grecia. Tal como apunta Alba (1992:42) al referirse al origen *gero-gero*, que significa a la par "ancianidad y honores", indica que muchas veces "el lenguaje es revelador de los hechos", en este caso del fenómeno ambivalente de la vejez. Ambivalencia que también constatamos en este trabajo (los mayores son activos y pasivos; autónomos y dependientes, etc.). Los *Gerontes*, en la clásica institución espartana (compuesta por 30 miembros, incluidos los dos reyes), debían contar 60 años y ser de vida intachable, como testimonia Plutarco (Licurgo, 26). El oficio de estos mayores era el de más alto rango del Estado, constituyendo la *gerousia* o Consejo de Estado, si bien, el cargo en sí recibía el nombre de *Gerontia* (González, en Almarza y Galdeano, 1989:110).

Con la misma raíz tenemos los términos **gerontocracia, gerontofobia, gerontofilia**. El predominio y mayor autoridad de los mayores es lo que ha venido denominándose "gerontocracia" o poder de la gente mayor. Además, cuando los mayores son admirados también suele denominarse con el término "gerontofilia" o "amor a los gerontes" o mayores. A la inversa, cuando los mayores son despreciados se califica dicho fenómeno como "gerontofobia" o "ancianofobia".

Además, también encontramos en medio de este complejo entramado conceptual, un **conjunto de expresiones** que se refieren de una forma especial, con un matiz peculiar, a las personas mayores. Por ejemplo, la expresión "poder gris" tiene connotaciones claramente políticas y suele ser empleada para hacer referencia a los mayores como poseedores de "poder" político-social en cuanto que cada vez son más numerosos. Este aumento demográfico de los mayores supone también aumento de votos que las instancias políticas intentan reclutar y/o manipular (el denominado "voto cautivo"). Además, esta capacidad y potencialidad consumista es muy diversa y está empezando a ser considerada y explotada, como veremos más adelante, por expertos en marketing y economistas.

También hemos ido encontrando un grupo de expresiones metafóricas, algunas veces con tonos poéticos, para referirse a esta etapa vital: *invierno de la vida, ocaso de la vida, la última curva de la vida, atardecer vital, edad de oro, etapa dorada*, por ejemplo. Bajo estas expresiones se esconden muchas veces algunos de los estereotipos positivos que intentan mostrar la vejez

como "la etapa dorada de la vida", como la mejor edad (sobre todo con fines claramente comerciales), lo cual es claramente discutible.

Otro grupo lo constituyen las denominadas "expresiones populares" que pueden verse reflejadas en canciones, refranes o en el discurso informal. Para *viejo* se emplean, por ejemplo: "más viejo que la sarna" o "más viejo que la tiña", "más viejo que andar", "del tiempo de Noé". Y para expresar el verbo *envejecer* también encontramos otras expresiones peculiares: "peinar canas", "arrastrar los pies", "caerse de maduro", "estar hecho un cascajo", "estar con un pie en la sepultura", "andar con la barba por el suelo", "comer el pan de los niños".

Un último comentario a este apartado es recordar que también en otros idiomas existe el mismo problema de la polisemia, pero no vamos a detenernos de forma minuciosa en el mismo. Tan sólo añadir algunos de los más utilizados. Las distintas zonas geográficas, comunidades autónomas y los dialectos de nuestro contexto español, e incluso las jergas, hacen ampliar la lista de términos del discurso cotidiano que designan a los mayores. Casi todos tienen una imagen peyorativa, por ejemplo: carcas, carcamal, carrozas, chochos, anticuado, pasado, acabado, calamocano, ochentón, caduco, machucho, rancio, carraco, callenco, senil, revejido, avejentado, matusaleno, clueco, reviejo, avellanado, acartonado, cano, apergaminado, desusado, lejano, cotorrón, fósil, primitivo, trasnochado, engolillado, antediluviano, etc. Aunque también debemos señalar otros conceptos con tonos cariñosos (vejete, abuelito, abuelete, p.e.) y simplemente con un tono "algo neutral": provecto, longevo, grandevio, maduro, antiguo, decano, inmemorial, inveterado (Casares, 1992; Blecua, 1991), entre otros.

Por ejemplo, *gent gran* es una expresión utilizada en Cataluña para referirse a la gente mayor en general. Es un término con un reflejo positivo ("gente grande"), pero también puede resultar estereotipante porque toda la gente mayor no siempre es "grande", en el sentido de ser "destacada" en algo. Lo mismo ocurre con los derechos y premios que se adquieren con la edad, por simple veteranía. Muchas veces serán adecuados, pero otras resultarán injustos pues el hecho de tener una determinada edad no implica ser (o haber sido) valioso anteriormente.

En francés, se emplean mayoritariamente los conceptos *vieillesse* (vejez), y *retraite* (retiro, jubilación) con los posibles tonos despectivos que antes hemos comentado. En esta lengua, y también en inglés existen términos equivalentes a "retiro" y en cambio no los encontramos similares a "jubilación"; no han precisado buscar otro término quizás porque en estos contextos no tienen el matiz despectivo, quizás porque no se pretende esconder con eufemismos esta etapa vital. En los diccionarios de lengua inglesa y en las obras consultadas casi siempre se utiliza el *retirement* (retiro, jubilación) o *retired person* (persona jubilada). Buscando la diversidad de sinónimos de "viejos, anciano,..." en el *Collins Concise* (1993), se encuentra *old age* (vejez, edad vieja, literalmente), *later life* (edad tardía, edad avanzada) y para "envejecer" *aging* (envejecimiento), *grow or get old* (hacerse o ponerse viejo, envejecer, crecer en la vejez), *to age, make old*. "Viejo/a" o "anciano/a" se define con los términos *old*, *aged* o *elder*. Observemos como se enfatiza el factor edad o vejez en muchos de ellos: *the aged* (los ancianos, literalmente "añosos"), *old people*, *the old* o más familiarmente *folk(s)* (los viejos), o también *old person* (viejito), *old man*, *old women* (un anciano, una anciana) y todos los que hemos citado. Generalmente se refieren tanto a mujeres como a hombres mayores; son términos no sexistas, pues de forma global cuentan con términos no generizados.

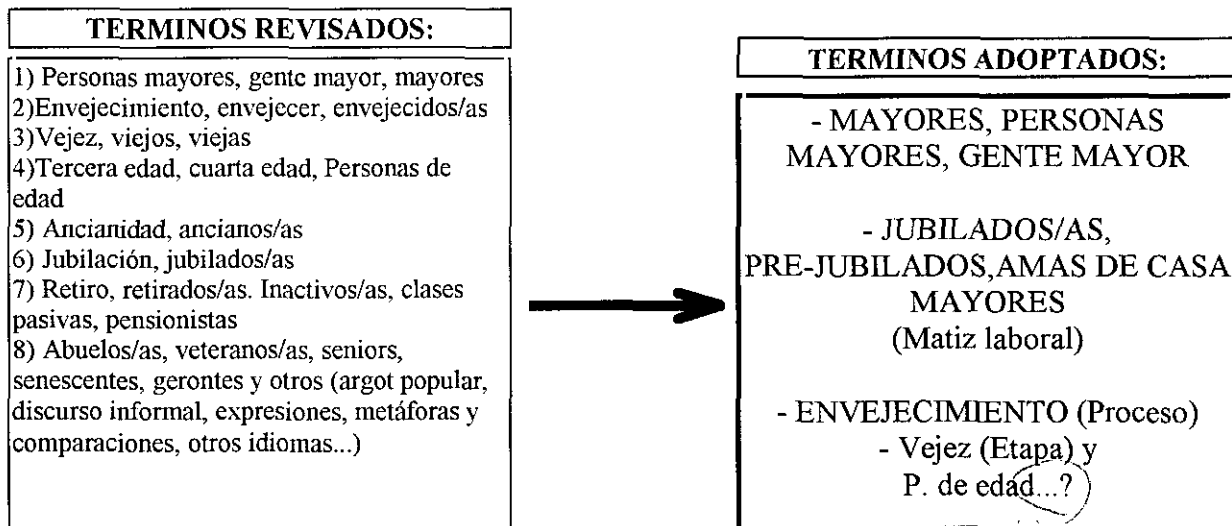
El término *ageism* fue acuñado por Butler en 1969 (Sáez, Aleixandre y Meléndez, 1995, p. 151). Con este concepto, de origen anglosajón, se indica la discriminación por la edad que pueden estar soportando la gente mayor. La traducción literal al castellano podría ser "edadismo",

"edaísmo", por ejemplo. En nuestro contexto es un término poco empleado⁸. Pero el hecho de que no se utilice un término para referirnos a este tipo de discriminación (al igual que existen los conceptos "sexismo" o "racismo") no implica que no existan prejuicios, estereotipos o actitudes discriminatorias hacia los mayores.

Reconocemos que los términos escogidos para este estudio son posiblemente caducos y deberán ser cambiados cuando empiecen a adquirir (como ha ocurrido con otros conceptos) el tono despectivo que, desgraciadamente, sigue acompañando a la vejez. El problema es más profundo: va más allá de los conceptos y se localiza en la percepción general negativa de esta etapa. Con el tiempo, cualquier concepto referido a esta etapa se vuelve inservible (malsonante e incluso ofensivo) porque acaba adquiriendo tintes negativos debido al rechazo general al envejecimiento. De todas maneras, admitiendo las limitaciones, optamos por los conceptos (véase cuadro adjunto): "*personas mayores, mayores, gente mayor*" y "*jubilados/as, pre-jubilados, amas de casa mayores*" (estos tres últimos cuando queramos enfatizar el matiz laboral) y también "*personas de estas edades*", "*en esta edad*" cuando esté claro que nos referimos a mayores, para no ser reiterativos y porque es un término al que acuden muchos mayores de nuestro estudio. Para referirnos a estos años de transición empleamos *envejecimiento* como indicador de un proceso, y también usamos "*vejez*" y "*esta etapa*" (en menos ocasiones) cuando queramos concretar que conforma una etapa bastante delimitada.

Se procurará utilizar términos no generizados o sexuados como por ejemplo "personas mayores" o "gente mayor", pero en algunas ocasiones, y aunque dificulte algo la lectura emplearemos las siguientes formas no sexistas: los/as mayores, los/as jubilados/as, trabajadores/as. Por último, recordar que en el caso de las citas literales se respetan los conceptos que han utilizado los autores/as y los mayores en sus discursos (p.e. *tercera edad, viejos*, etc.) aunque en nuestro caso, claro está, no los hubiésemos utilizado por las razones justificadas y ya expuestas a lo largo de este capítulo.

Esquema 1.1. Enfoques terminológicos revisados y adoptados para este estudio



⁸ Véase p.e., Sagrera, M. (1992), *El edadismo contra "jóvenes" y "viejos". La discriminación universal*.

CAPITULO 2. APROXIMACION HISTORICA Y PANORAMICA ACTUAL SOBRE LAS PERSONAS MAYORES

2.1. ¿ES LA VEJEZ UN VIEJO TEMA?: LA GENTE MAYOR EN EL PROCESO HISTÓRICO

"Nosotros no tenemos ningún problema con las personas viejas; aquí no somos tan modernos como para eso", dijo un misionero (Coenen-Huther, 1978:225).

El envejecimiento ha preocupado a todas las civilizaciones interesadas, siempre, en alargar la vida y permanecer en la "eterna juventud". Es pertinente recordar la existencia de algunas historias mitológicas y leyendas que dan fe de que este interés por aumentar la longevidad parece ser algo connatural a la persona desde los orígenes de la humanidad. La mitología griega nos cuenta la leyenda de Titón⁹. Recordemos la ilusión de *Peter Pan* por ser siempre joven, el pacto de *Fausto* con el diablo para que le devuelva la juventud o el consumo de pócimas y alquimias a lo largo de la historia. Todo ello con el mismo afán humano de ser inmortales o al menos prolongar la vida al máximo.

La vejez, tal como hoy la concebimos, es un fenómeno que no aparece hasta una época relativamente cercana a la nuestra. Puede decirse que es un fruto de la civilización, un producto cultural. No había mayores entre los homínidos ni entre los hombres prehistóricos. Tampoco hay ejemplares ancianos entre los animales porque no viven la decrepitud ya que mueren antes de llegar a ella (Cabrillo y Cachafeiro, 1990). Pero volviendo a los seres humanos decir que aunque no se conocen muchos datos respecto al comportamiento de las sociedades prehistóricas, todo indica que la dureza de las condiciones de vida impedía a nuestros antepasados alcanzar la vejez. Los esqueletos del Paleolítico que se han encontrado hasta ahora pertenecen a hombres que no sobrepasaban los 30 años, que para ellos constituiría la vejez tal como nosotros la concebimos con 80 años.

La gente mayor a lo largo de la historia ha podido disfrutar de situaciones de poder y privilegios, aunque, de forma general, han predominado los tratamientos discriminatorios y los roles secundarios en la vejez. En resumen, una imagen ambivalente de la gente mayor y de esta etapa según los análisis de distintos investigadores e historiadores consultados (Simmons, 1945/70; Burgess, 1960; Riley, 1968; Beauvoir, 1970/89; Raboniwotz, 1971; Clarck, 1967; Graebner, 1980; Stearns, 1982; Binstock & Shanas, 1985; Palmore & Maeda, 1985; Fennell, Phillipson & Evers, 1988; Minois, 1989; Rodríguez Domínguez, 1989; San Román, 1990; Alba, 1992; Giraldes, 1993, principalmente). Seguiremos pautas parecidas a las de otros autores (Casals, 1982; Almarza y Galdeano, 1989; Fericgla, 1992; Sánchez Vera, 1993) para ordenar las distintas posiciones de los mayores a lo largo de la historia dependiendo de distintos modelos socio-culturales (las sociedades primitivas nómadas de pueblos cazadores y recolectores; sociedades agrícolas y ganaderas sedentarias; y sociedades industrializadas -industrial y postindustrial-) e información de otros historiadores y estudiosos.

En cuanto a las **sociedades más primitivas**, hemos de recordar que determinados factores a través de las civilizaciones contribuían a ver a los mayores como una carga, estos eran, por ejemplo: el nomadismo, la dureza del clima, la escasez de alimentos, etc. Los mayores se mantenían integrados en la comunidad mientras no hacían peligrar la subsistencia de la misma,

⁹ Comfort (1986/77:146), en base a las historias mitológicas, nos recuerda que Titón, casado con Aurora, convenció a ésta para que le pidiera a Zeus que le otorgara la inmortalidad. Desgraciadamente olvidó pedirle que le conservara también la juventud. En consecuencia, consiguió la inmortalidad, pero cada vez estaba más decrepito, hasta que, según cuenta la leyenda, imploró morir con dignidad.

mientras no suponían una carga para el grupo. Según el clásico trabajo de Simmons (1945), *The role of elders in primitive societies* - tan referenciado por etnógrafos, antropológicos y expertos en el tema-, de los 71 grupos estudiados de distintos continentes, gran parte de los pueblos nómadas abandonaba a sus mayores. Por ejemplo, los mayores esquimales de Groenlandia, incluso los del Japón hasta fechas recientes, decidían y procuraban su propia muerte (¿esto hoy sería equivalente al suicidio?), y sus familias, incluso colaboraban con ellos (¿esto equivaldría a eutanasia o asesinato?). Otro ejemplo de estos comportamientos es el aplicado a los mayores *chuchkees* de la costa de Siberia o los *koryakes* de Siberia del Norte, cuyos hijos o parientes cercanos procuraban la muerte a los mismos, que consentían en poner fin a su vida porque llevaban una existencia penosa. Se les honraba con complicados ceremoniales y se les daba muerte¹⁰. En nuestro mundo civilizado esto sería, repetimos, condenado jurídica y socialmente como conducta claramente inmoral. Sin embargo, otras formas de discriminación hacia los mayores, igualmente crueles, son aceptadas porque se dan de forma encubierta, soterrada. Esto lleva a plantearnos si han cambiado las formas, pero no el contenido y, por tanto, el fin último de "descargarse" de los mayores sigue presente, al igual que hacían aquellos pueblos primitivos¹¹.

Avanzando en el tiempo, y con la mejora de las condiciones de vida, los mayores fueron adquiriendo papeles tan vitales como los de la religión y la magia, y podían tener un gran poder sin poseer la fuerza o la riqueza de edades más tempranas. Su consideración ha variado y ha sido diversa: desde la exterminación a la que se les sometía en algunos pueblos primitivos a la gerontocracia en Roma; desde la admiración y veneración religiosa en el pueblo judeo-cristiano al rechazo y temor de los inquisidores. Una muestra de la veneración de la ancianidad en la Grecia y la Roma Clásicas era la existencia del *Consejo de Ancianos* y la veneración a *Geras* o Diosa de la Ancianidad. Los textos bíblicos también exponen que el mayor tenía reservado un puesto social honorable. Pero de forma general, no podemos afirmar que la posición de los mayores en todas las épocas pasadas fuera idílica y libre de problemas.

El pueblo judeo-cristiano era conocido por su respeto teórico a la vejez y el "honrarás a tu padre y a tu madre" del *Levítico* (texto bíblico. Véase también el *Deuteronomio* y *Los Proverbios*). Pero, por otra parte existía un cierto recelo hacia los mayores que abusaban de su poderío, riquezas, etc. También entre los griegos se encuentra una disociación entre la ideología oficial y la realidad, pues los ancianos formaban las comisiones de notables pero con un papel más honorífico que real. A través de las aportaciones de los clásicos se extraen estas conclusiones¹².

¹⁰ Después de complejas ceremonias, el primer pueblo citado acuchillaba a la persona mayor, y en el segundo caso se le estrangulaba. Los *ojiwas* (América del Norte), también, tras una fiesta, donde se fumaba la pipa de la paz, se bailaba y, al final, el hijo mataba al padre. Otros pueblos, menos violentos pero igualmente crueles, dejaban abandonados a sus mayores en una choza con poco alimento (*Hotentotes* -en Africa-, *Crows* y *Creeks* -en América-, pueblos esquimales, etc.). Cuando las condiciones de vida se fueron desarrollando los mayores fueron siendo más respetados (p.e. los indios *Navajos*, o los *Arandas*, los *Jíbaros*, *Tius*, *Leles*, *Kikuyos*, *Miaos*, etc.).

Para una mayor profundización, con nombres y datos etnográficos concretos de la gente mayor en distintas comunidades, hordas, tribus, clanes y pueblos primitivos (*Yakutas*, *Fang*, *Thongas*, *Aleutianos*, *Yaganes*, *Chorotes*, *Matacos*, *Tobas*, entre otros), pueden consultarse los capítulos destinados a esta temática de Simmons (1945), Beauvoir (1970), Alba (1992), Casals (1982), San Román (1990). En ellos se encuentran informaciones del máximo interés sobre costumbres, usos, ritos y actitudes sobre/hacia los mayores.

¹¹ Afortunadamente estas pautas no son predominantes en nuestros contextos. Pero en algunos casos, aunque no se les conduce a la muerte de forma clara, hay muchas denuncias y condenas a personas por haber aplicado la eutanasia activa en los mayores, por ejemplo. Recordemos la condena a la enfermera y la médica, trabajadoras en una Residencia para mayores en Copenhague (Dinamarca), por haber matado a 15 mujeres y 7 hombres mayores (entre 65 y 97 años) administrándoles sobredosis de tranquilizantes (ver prensa del 21-X-97).

¹² P.e., Píndaro, Solón, Tucídides, Aristófanes, Anacreonte, entre otros, no alaban este periodo vital sino al contrario. Según este último "envejecer es perder todo lo que constituía la dulzura de vivir" (Giraldes, 1993:99).

En la Roma Clásica, a pesar del poder casi ilimitado del "pater familias" y de la gerontocracia, Plauto, Horacio, entre otros, transmiten en sus obras una imagen de rechazo hacia la vejez. Pero también se encuentran testimonios en sentido positivo. Destaquemos la frase de Cicerón, en su *República*: "se dice que el viejo conoce pocos placeres; ello significa que está a salvo de pasiones y los vicios que es el más envidiable de los privilegios". Séneca también se expresaba en estos términos. Pero se encuentran opiniones en todos los sentidos: si Platón (Casals, 1982:12) abogaba por la gerontocracia y pensaba que en la vejez la persona reunía más conocimientos y virtudes, Aristóteles creía que los viejos debían ser apartados del poder. De forma general, en la literatura y cultura popular, la vejez era despreciada y burlada.

En la Edad Media los mayores estaban excluidos de la vida pública. Del siglo XIII al XVIII el desprecio y ridiculización hacia los mayores queda patente en las obras de autores como Boccaccio, Erasmo, Fernando de Rojas, Quevedo, Molière, entre otros. Pero, como contrapartida, la magia, la religión y la propiedad de bienes daban un determinado poder a los mayores (Rodríguez Domínguez, 1989; Minois, 1989; Giraldes, 1993). El cristianismo respecto a los mayores mostraba una posición ambivalente, pues aunque se creaban asilos para ellos, se les intentaba apartar de la vida pública que estaba regida por las armas y exaltaba a los héroes (Casals, 1982:14).

Durante el Renacimiento y la Edad Moderna la visión sobre la ancianidad, siendo cruel o comprensiva, no dejaba de ser negativa. Pero desde el punto de vista económico-social la clase dominante siguió revalorizando el papel del viejo rico, por tanto aquí se va mostrando la influencia de lo económico. De forma general, los beneficios o costes que los ancianos aportaban a la comunidad-familia han sido factores determinantes de su papel y consideración social a lo largo de la historia. En parte, el tratamiento hacia la gente mayor dependía de su nivel de participación y aportación a la comunidad en la que vivían, tal como observamos en nuestras sociedades fundadas básicamente sobre la productividad y el valor trabajo.

Otro ejemplo, según los análisis de Alba (1992), entre los incas la vejez gozaba de seguridad, pero de menor poder, respecto a los aztecas. La sociedad inca, por ejemplo, se dividía en diez "clases", la décima de las cuales incluía a los que no podían valerse por sí mismos, y por tanto en ella estaban los ancianos que recibían ayuda y subsidio. De forma general, la autoridad de los mayores en la familia era muy elevada, y por eso aún hoy, en las regiones indias o fuertemente mestizas los padres mayores tienen mucho poder sobre los hijos/as ya adultos.

En fin, en las **sociedades agrícolas y ganaderas sedentarias**, cuya estructura social era más compleja, los mayores (debido a que tenían una capacidad de acumulación de bienes de consumo y de alimentos mayor que los pueblos primitivos nómadas) solían tener un rol bastante dominante, con un poder político, económico, familiar y ritual importante. En estas sociedades el mayor era controlador del sistema familiar e "imponía" la piedad filial de respetar a los mayores. Este modelo (Todd, 1986; Almarza y Galdeano, 1989; Fericgla, 1992) se extiende a lo largo de distintas sociedades: Rusia, Países escandinavos, Asia Continental, Extremo Oriente agrícola, sur de Francia y norte de España, sobre todo. Por ejemplo, el caso de "*l'hereu*" (heredero) en Cataluña es demostrativo de que los mayores ceden sus bienes al hijo heredero (que suele-ser el primogénito) a cambio de que se les cuide el resto de su vida.

En el entorno de la Revolución Industrial, y siguiendo a Casals (1982), se fueron configurando varios modelos de ancianos según la clase social de procedencia. Empiezan a distinguirse diferentes tipos de mayores, según su estatus socio-económico, lo cual perdurará hasta hoy. Es en las **sociedades complejas industrializadas** (como "tercer modelo de socio-económico") los mayores empiezan a estar aislados de las personas de otras edades. Su rol empieza a ser secundario y pierden mucho prestigio social al entrar en la etapa postlaboral. La

jubilación, que aparece en el entorno industrial de finales del siglo XIX y XX, en una sociedad cimentada en la productividad y en el trabajo, se convierte en el fin vital para muchas de las personas mayores, como observaremos en este estudio. Al mismo tiempo, este panorama hace surgir las primeras medidas y propuestas en defensa de los mayores.

De forma general, hemos observado cómo la actitud y condición del mayor dependen directamente del contexto social en el que viva y de las posibilidades de aportación (social, económica, o de cualquier otro tipo) a la comunidad. Por tanto, tendremos que crear un nuevo modelo de sociedad, un "**4º modelo de sociedad**" (siguiendo el orden utilizado hasta aquí), en la que la sociedad post-industrial, la *cibersociedad* de la información y tecnología en la que estamos insertos, pueda caminar hacia una sociedad del "tiempo libre, ocio, formación y trabajo" para todos. En ella los roles sociales (formación, trabajo, ocio) no estarán tan estrictamente separados según la edad y la etapa del ciclo vital, como viene siendo hasta ahora. En este contexto se deberá tener en consideración al segmento de mayores cada vez más amplio en número y poder.

Una nota predominante en este recorrido histórico es que "viejo" significaba ser dependiente de los adultos, "improductivo" y por ello la comunidad debía "sacrificarlo". Aunque la religión y la propiedad daban poder al anciano, éste era temido y respetado pero no era querido y aceptado, tal como escribió Diderot "la vejez es honrada pero no amada". Paralelamente al respeto oficial se daba una actitud de burla, envidia y desprecio que se manifiesta en la literatura consultada. Se observa una visión ambivalente hacia los mayores: eran temidos y respetados de forma oficial, pero con una actitud poco comprensiva y de rechazo. Recientemente, hasta mediados de este siglo, los gobiernos, consejos municipales y legislaturas estaban formados por mayores lo cual ha llevado en muchas ocasiones a la denominada gerontocracia. Sin embargo, en la línea de algunos autores (Beauvoir 1983; Alba 1992), hoy parece que estamos asistiendo a una *eliminación suave*, encubierta, soterrada, del poder de los ancianos. Siguen persistiendo muchos de los estereotipos negativos de la vejez que conducen en algunos casos a la "gerontofobia" o "ancianofobia". Por contra, pensamos que estas actitudes peyorativas deberán ir cambiando, y la sociedad tendrá que adoptar unas actitudes positivas y otorgar un rol definido hacia la población mayor que cada vez es más numerosa, y lo que es más importante, más activa, más preparada y con mayor poder en todos los sentidos.

Hemos observado como la forma de producción, el modelo socio-económico, la cultura, entre otros factores son determinantes de la posición del mayor, y consecuentemente, de su valoración social. De ahí, derivará el interés, a lo largo de la tesis, de hacer referencia a la jubilación en otros países en la actualidad. Aquí solo hemos esbozado el envejecimiento en sociedades pasadas. Reservamos la situación actual en otros contextos y latitudes para intercalarla a lo largo del estudio sobre la base de diversas investigaciones e informes¹³.

2.2. EL ENVEJECIMIENTO DEMOGRAFICO: FACTORES, LOCALIZACIÓN Y PROYECCIONES

En los medios de comunicación se ha podido observar recientemente como *la abuela del mundo* había cumplido los 125 años en "perfecto" estado de salud... Haber nacido pues, en el

¹³ Estos informes que tratan el envejecimiento a nivel mundial son, por ejemplo, *El envejecimiento de la población mundial: informe sobre la situación en 1991* de las NN.UU. (1992), el envejecimiento en países en desarrollo analizado por Tout (1989), los estudios de Gibson, 1985; Edward, 1992; Cole, 1992; Burgess, 1960; Quadagno, 1982; Coopmans, Harrop y Hermans, 1989; Guillemard, 1991, el estudio transcultural de Keith, J. et al. (1994), *The aging experience. Diversity an Commonality Across Cultures*. London: Sage, y el estudio de la antropóloga Teresa San Román: *Vejez y cultura: hacia los límites del sistema* (1990), entre otros (ver bibliografía).

siglo pasado (ser centenario/a) ya no es noticia¹⁴ y representa un alargamiento vital sin precedentes, un triunfo ante la muerte. Pero lo verdaderamente relevante, más que la longevidad máxima que se puede alcanzar, es que la mayor parte de la población puede llegar a ser octogenario/a "sin grandes problemas".

Actualmente en el mundo hay aproximadamente 500 millones de personas mayores de 60 años, según el *Informe sobre el envejecimiento de la población mundial* de las NN.UU. (1992). La población mayor es de 375 millones, si tomamos a los mayores de 65 años, lo que representa el 6% de la población mundial (que ronda los 5.600 millones) cifra equivalente a toda la población de la Unión Europea (Díez Nicolás, 1996). Pero estas cifras explosivas no deberían asustarnos si recordamos que el fin último de la existencia humana es llegar a ser mayor. Es de señalar que hay algunos lugares del mundo, por ejemplo en Vilcabamba (Andes ecuatorianos), o el país de Hunz -Himalaya-, o en Abjasia -Rusia-, en los que las personas centenarias constituyen un alto porcentaje.

De manera especial el envejecimiento es, pues, de las cuestiones que despiertan mayor interés a nivel demográfico. El envejecimiento demográfico, junto a otros cambios en la estructura de población, está siendo uno los motivos de alarma tratados y comentados por casi todos/as los/as expertos/as en sus estudios y reflexiones a nivel internacional (Naciones Unidas, 1992, 1995; Council of Europe, 1987) o en nuestro contexto español (Abellán, 1991; Cabré y Pérez Díaz, 1996; De Miguel y Díez Nicolás, 1985; Díez Nicolás, 1996, 1997; Durán y Rodríguez, 1996; CIS, 1990; Sánchez Vera, 1993; López Jiménez, 1993; GAUR, 1975, Fernández Cordón, 1994, etc.)¹⁵. Es por tanto, el aspecto demográfico uno de los puntos más significativos para entender el fenómeno del envejecimiento.

Caminamos a pasos agigantados hacia una sociedad y un mundo "encanecidos". Atravesar la frontera de la vejez, como decimos a lo largo del estudio, hecho que hasta hoy constituía un éxito, parece que se está convirtiendo en un problema político y socio-psicológico sin precedentes. El envejecimiento demográfico se presenta como uno de los grandes problemas socio-económicos de los países más avanzados. Pero antes de tratar las consecuencias profundicemos sobre los **FACTORES CLAVES** del proceso, que son principalmente el descenso de la natalidad y mortalidad y el aumento de la esperanza de vida.

La **disminución de la tasa de fecundidad y natalidad**, viene producida por diversos factores, entre los que se encuentran el retraso en la edad del matrimonio (o edad de emancipación), el cambio en las concepciones morales-religiosas y un cambio de valores general, la incorporación de la mujer al trabajo; el progresivo nivel cultural alcanzado; las modificaciones en las pautas familiares, etc. La natalidad está sufriendo un descenso hasta el punto de no alcanzar la tasa de reemplazo mínima -situada en 2,1 hijos por mujer-. España tiene la tasa más baja (1,2 hijos por mujer) de la UE y del mundo (ver tabla 2.1. adjunta).

Tabla 2.1. Porcentaje de la población de 65 y más años sobre la población total, Índice de Fecundidad (promedio de hijos por mujer). Total mundial, Regiones y Países de Europa, 1994.

	% 65 Y MAS AÑOS	INDICE FECUNDIDAD
TOTAL MUNDIAL	6	3,1
Regiones más desarrolladas (1)	13	1,7
Regiones menos desarrolladas(2)	5	3,5

¹⁴ En un reportaje reciente (El País Semanal, 18-4-1999, páginas 34-44), sobre la situación de 7 centenarios se percibe su "calidad" de vida, aún habiendo superado uno de ellos los 111 años. Prueba de su "perfecto estado" es que ellos mismos atendieron personalmente las preguntas del periodista.

¹⁵ El listado de autores/as que tratan el envejecimiento demográfico de manera más o menos profunda es muy extenso (véase bibliografía). Casi todos los expertos/as dedican al menos un apartado a estas nociones, que constituyen puntos fundamentales para el estudio del envejecimiento y la jubilación.

AFRICA	3	5,8
ASIA	5	3,0
AMERICA LATINA Y CARIBE	5	3,1
AMERICA DEL NORTE	13	2,1
OCEANIA	10	2,5
EUROPA	14	1,6
Alemania	15	1,3
Austria	15	1,5
Bélgica	16	1,6
Dinamarca	15	1,7
España	15	1,2
Finlandia	14	1,8
Francia	15	1,7
Grecia	15	1,4
Irlanda	11	2,1
Italia	16	1,3
Luxemburgo	14	1,6
Países Bajos	13	1,6
Portugal	14	1,5
Reino Unido	16	1,8
Suecia	17	2,1

(1) Las Regiones más Desarrolladas incluyen todas las regiones de Europa, América del Norte, Australia-Nueva Zelanda y Japón.

(2) Las Regiones menos Desarrolladas incluyen todas las regiones de Africa, Asia (excepto Japón), América Latina y Oceanía (excepto Australia-Nueva Zelanda)

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Naciones Unidas, *World Population* (1994), y Díez Nicolás, 1996.

Además, obsérvese la tabla 2.2. adjunta para contrastar el nivel de fecundidad tan bajo en cada una de las provincias españolas: Oviedo (0,985) y Vizcaya (0,926), por ejemplo, son las más bajas y no llegan a 1 hijo por mujer; y las más altas (pero que continúan siendo pequeñas) se localizan en Almería (1,784) y Badajoz (1,684). Recordemos que a partir de la II Guerra Mundial se produce el "baby boom" (en los años 60 en nuestro país), pero en los últimos años estamos asistiendo al fenómeno del "papy boom", relativo al aumento del porcentaje de personas de edad en los países más avanzados socio-económicamente.

La **disminución de la mortalidad** también constituye un factor explicativo del envejecimiento demográfico. Es producido, fundamentalmente, por los avances médicos y sociales, y por la mejora en el nivel de salud y en la calidad de vida general. Pero el descenso de la mortalidad no ha sido el principal factor causante del envejecimiento como se piensa (Caja de Pensiones, 1985:123), pues este descenso ha beneficiado más a los niños, mientras que las mejoras en las probabilidades de sobrevivir a edades muy avanzadas no han sido tan importantes. Más claramente, podemos recordar, antes de que esto se preste a dudas o a críticas, que la longevidad (máxima edad que puede alcanzar el ser humano, 129 años según INSERSO, 1999:16) no ha aumentado tanto; lo más sobresaliente ha sido que la esperanza de vida tan alta se ha generalizado a gran parte de la población mayor.

Tabla 2.2. Porcentaje de población de 65 y más años sobre la población total, Ratio de la población de 85 y más años sobre la población de 65 y más años, e Índice de Fecundidad. España y provincias, 1991.

	%65 y más	(85+/65+)*100	Índice de Fecundidad
Alava	10,6	8,6	1,087
Albacete	13,8	8,0	1,503
Alicante	11,4	7,9	1,369
Almeria	12,4	8,4	1,784
Avila	19,7	9,7	1,148
Badajoz	14,2	8,5	1,650
Baleares	13,1	8,8	1,532
Barcelona	13,7	8,5	1,243
Burgos	17,3	9,8	1,122
Cáceres	17,7	9,0	1,469
Cádiz	9,1	6,7	1,588
Castellón	16,7	8,8	1,359
Ciudad Real	16,5	7,7	1,634
Córdoba	12,9	8,8	1,602
La Coruña	14,7	9,5	1,079
Cuenca	19,7	8,7	1,446
Gerona	16,2	8,0	1,421
Granada	12,6	7,6	1,621
Guadalajara	18,6	11,5	1,326
Guipúzcoa	12,6	8,2	1,017
Huelva	12,5	7,5	1,428
Huesca	21,7	8,6	1,223
Jaén	14,4	8,0	1,684
León	18,3	8,6	1,094
Lérida	17,7	7,9	1,216
Logroño	17,2	8,8	1,169
Lugo	22,0	10,1	1,097
Madrid	11,5	8,4	1,204
Málaga	11,1	6,6	1,452
Murcia	11,7	8,0	1,605
Navarra	15,1	8,4	1,210
Orense	22,6	9,9	1,080
Oviedo	16,7	8,5	0,985
Palencia	17,6	9,1	1,094
Las Palmas	7,6	8,0	1,446
Pontevedra	13,5	8,7	1,210
Salamanca	20,0	10,1	1,199
S. Cruz de Tenerife	9,2	8,2	1,322
Santander	15,4	9,1	1,106
Segovia	20,5	9,9	1,286
Sevilla	10,9	7,4	1,590
Soria	22,1	11,2	1,100
Tarragona	14,3	8,1	1,322
Teruel	22,8	10,7	1,264
Toledo	16,1	8,4	1,498
Valencia	13,2	7,8	1,271
Valladolid	12,0	8,9	1,055
Vizcaya	13,2	8,1	0,926
Zamora	23,3	8,5	1,244
Zaragoza	15,8	8,0	1,130
ESPAÑA	13,6	8,4	1,326

Fuente: INE, Censo de Población de España, 1991 y Díez Nicolás (1996).

En los países más avanzados, se ha alargado la esperanza de vida, pero, según los expertos no ha sido tan espectacular el aumento de la longevidad o la duración de vida en sí. En todas las épocas de la historia humana ha habido personas con edades muy avanzadas, pero se trataba de situaciones excepcionales¹⁶. Además, no podemos olvidar la escasa fiabilidad de los

¹⁶ Según los historiadores, entre los griegos, Epiménides de Creta habría vivido 153 años. Georgias de Leontina, Demócrito, Isócrates, Zenón, Tales de Mileto, etc. fueron centenarios o nonagenarios. También entre los latinos se citan algunos (Plinio, Terencia -mujer de Cicerón-, etc.). En la Biblia abundan personajes de presunta longevidad (se citan profetas, monjes, clérigos) (GAUR, 1975, p. 67-68). Se tienen referencias de mayores, no

datos de los censos, pues por ejemplo Rusia no tenía Registro Civil hasta 1800 y en EE.UU. alrededor de 1940 el registro sólo era completo en algunos Estados. En España, el registro civil no se puso en marcha hasta la ley provisional del mismo dictada en 1870 (GAUR, 1975:69)¹⁷. Según A. de Miguel (1986), "en contra de lo que se cree, no es que la longevidad sea ahora mayor, sino que la población envejece..." (p. 1243). El fenómeno, pues, sin precedentes está siendo la extensión de la mayor esperanza de vida a toda la población; ya no son minoría los que llegan a ser nonagenarios/as, centenarios/as o bisabuelos/as. La posibilidad actual de que los nietos/as de 30-40 años tengan aún abuelo/a es una novedad también sin precedentes. Hasta hace pocas décadas apenas se llegaba a conocer a los dos padres; hoy se puede convivir con los bisabuelos/as¹⁸.

Varios estudios son los que confirman la influencia de la clase social o estatus socio-económico sobre la menor mortalidad (GAUR, 1975). La mortalidad es diferencial según la profesión (al igual que vemos que también la jubilación es diferente según el estatus socio-económico). Por ejemplo, recordemos a Bastide cuando dice "*en todas las edades la mortalidad era netamente menor en los patronos que en los obreros y en éstos se manifestaban grandes diferencias entre las distintas profesiones. Hacia finales del pasado siglo la mortalidad en las ciudades era una mitad más elevada en los barrios pobres que en los barrios ricos: una muerte de cada tres en aquellos parecía deberse únicamente a la desigualdad social*" (GAUR, 1975:58). Varios son los estudios que relacionan el trabajo con la mortalidad. Aquí sólo destacar los factores más importantes que Sauvy avanzó respecto a la longevidad: el poder económico del individuo; el nivel personal de conocimientos; el deseo o voluntad de vivir; la calidad de las atenciones médicas y sociales al alcance del individuo (ibidem, p.: 84). Por tanto, pensamos que el máximo vital está, sobre todo, condicionado por el estatus socio-económico (profesión, ingresos y nivel de estudios), las actitudes psico-sociales ante el envejecimiento y la calidad de los servicios sanitarios y sociales accesibles.

La mayor **esperanza de vida** comentada, la menor mortalidad, el mantenimiento de la baja natalidad, todo ello debido a cambios de pautas familiares y la mejora de los niveles de salud, producen que la clásica pirámide de población adquiera un aspecto de "torre" más que de pirámide, ya que está muy envejecida por la cima (se ha ensanchado) y menos joven por la base (se ha reducido).

La meta establecida por la OMS para los países desarrollados en el año 2.000 es lograr una esperanza de vida al nacer de 75 años. Este objetivo ha sido alcanzado ya en España, donde la esperanza de vida al nacer en 1991 era de 80,49 para las mujeres y 73,40 para los hombres (INE, 1991), colocándose entre los primeros países del mundo con mayor posibilidad de ser, al menos, octogenario. Es decir, cuando nacemos, la media de años que podemos vivir también está creciendo de forma acelerada. A la población española le queda por vivir un 25% de tiempo respecto a lo ya vivido, cuando cumple los 65 años, cifra que aumenta al 28% para las mujeres (Abellán, 1991, en Guillemard, 1991:XV). Estos 15 ó 18 años por delante son un periodo tan largo como el que media -por poner un ejemplo- entre la primera comunión y el matrimonio, y en ellos caben muchas horas, mucho tiempo, muchas actividades por realizar (Durán, 1990) y que por tanto habrá que tener en consideración. Esta tendencia al alza se traduce en un envejecimiento

conocidos o anónimos, que han llegado a ser muy longevos (véase Comfort, 1977/86, p.80-88).

¹⁷ Según Comfort (1977/86), la edad máxima de la vida oscila en torno a los 120 años, ya que existen casos de 111-112 años perfectamente documentados con partidas de nacimiento (p.143).

¹⁸ Piense el lector, por un momento, si ha conocido a sus bisabuelos/as o abuelos/as. Se percibe de manera rápida que cuanto mayor edad se tenga la probabilidad de haber conocido a los bisabuelos, abuelos, e incluso padres, es menor. Sin embargo, los más jóvenes (coincidiendo con todas las mejoras comentadas) tienen más posibilidad de haber conocido a todos los mayores de su familia.

progresivo de la población, sobre todo para las mujeres (lo que se denomina *feminización del envejecimiento*) y las personas mayores de 75 años (llamado *envejecimiento del envejecimiento*).

Esta ventaja para el sexo femenino, se convierte paradójicamente en un *handicap* para las mujeres, pues, como veremos en este estudio, esa esperanza de vida mayor no se traduce casi nunca en una mejor calidad de vida para las mismas. Esta mayor proporción de mujeres supone, según Durán (1990), una "victoria pírrica", porque no se corresponde con una mayor calidad de vida. Este desequilibrio entre los sexos se acusa aún más con la edad. Por ejemplo, en 1980 había una media de 82 hombres por cada 100 mujeres en el grupo de 65 a 69 años, y 71 hombres en el de 70 a 79 años, a pesar de que nacen más niños que niñas (aproximadamente 105 niños por cada 100 niñas). En el grupo de 80 y más años las mujeres prácticamente duplican a los hombres, según datos de la OCDE (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1990:190). En España, las mujeres de más de 65 años constituyen el 57% respecto a los hombres, y nada menos que casi el doble de mujeres a partir de los 80 años (López Jiménez, 1993, p. 121; Díez Nicolás, 1996:34). Véase en la tabla 2.3. la razón entre los sexos (varones por cada 100 mujeres) y se comprobará las grandes diferencias intergénero y etáneas (a partir de 75 años las disparidades intergénero aumentan).

Según el Censo de 1991, hay en España 70 hombres mayores de 65 años por cada 100 mujeres que han cumplido esta edad. Los datos obtenidos en las encuestas sobre la población mayor realizadas en nuestro país en los últimos años nos indican que en los estratos de edades avanzadas, el número de mujeres sobrepasa claramente al de hombres. Resaltaremos aquí, como ejemplo, los datos de la encuesta CIS/INSERSO, en los que se observa un aumento constante del porcentaje de mujeres a medida que aumenta la edad. Las mujeres constituyen el 54% de la población con edades comprendidas entre los 65 y los 69 años, el 57% de quienes tienen entre 70 y 74 y el 61% de quienes han cumplido ya los 75. El crecimiento del número de mujeres mayores, que según las previsiones del INE y del CSIC va a continuar hasta los primeros años del siglo XXI, nos indica que la población española también ha experimentado un proceso de feminización de la vejez, muy similar al de los países de nuestro entorno (Puyol y García Ballesteros, 1989; Fernández Cordón, 1994).

Pero no olvidemos que en los países en desarrollo, que constituyen la mayor parte del mundo, la esperanza de vida apenas alcanza los 40-50 años. Otro tema sería pues la persistencia de desigualdades socio-económicas entre regiones que acentúan las diferencias en calidad de vida entre los países más ricos y los menos avanzados. Se trata de una cuestión que aunque no vamos a desarrollar si queríamos dejar patente: los países menos adelantados a nivel socio-económico siguen caracterizándose por una alta mortalidad, alta natalidad, baja esperanza de vida, y en definitiva una menor de calidad de vida general. Por tanto, aún queda mucho camino por recorrer si se quiere alcanzar el perseguido *desarrollo sostenible* o el equilibrio entre recursos materiales, medio ambiente y población mundial.

En fin, el descenso de la natalidad, de la mortalidad y el envejecimiento acelerado de la población son indicadores demográficos que están provocando no pocas alarmas sociales. Esta situación es generalizable a todos los países desarrollados en los que se ha producido la llamada "transición demográfica", es decir, el paso de un régimen de mortalidad y natalidad elevadas a otro en que ambas son bajas, además con una esperanza de vida alta. El proceso de envejecimiento demográfico, siguiendo a Cabré y Pérez Díaz (1996), no es más que un reflejo del progreso material y social, lo cual tiene que hacer desaparecer el sentido de alarma negativa que tiene el aumento de la población mayor.

Los **movimientos migratorios** también afectan a la estructura demográfica por edades. España ha sido un país tradicionalmente migratorio hasta hace pocas décadas. Pero a mediados de

los 70 se produce un giro y España empieza a ser un país receptor de inmigrantes. Tienen bastante influencia las migraciones de retorno de antiguos emigrados españoles (que fueron a otros países europeos por motivos laborales) que volvieron a sus zonas de origen, así como los mayores de otros lugares en busca de clima más saludable. Por ello las migraciones son un factor explicativo de importancia, sobre todo dependiendo de una u otras zonas geográficas, como veremos más adelante.

Otros factores, de carácter exógeno al envejecimiento, serían: los que dependen de acontecimientos políticos (guerras y otras contiendas, p.e.) o la situación laboral de un país, por ejemplo, que no dejan de influir sobre el envejecimiento y se encargan de marcar diferencias intergénero o disimilitudes etáneas en relación al envejecimiento. El impacto de todo ello no sólo supone un ascenso imparable de la gente mayor, un aumento de la esperanza de vida sino que las consecuencias sociales, económicas y psicológicas son aún más relevantes. Parece inadecuado a todas luces elevar la voz en tono alarmista sino que habrá que sacar lo positivo de alargar la vida y aumentar la población mayor, que está en el trasfondo de toda civilización. Ante este fenómeno, que ha cogido por sorpresa a gobernantes y políticos, se tendrán que adoptar medidas y propuestas adecuadas para hacer frente a las consecuencias negativas de este hecho positivo como es el alargamiento de la vida¹⁹.

En cuanto a la **LOCALIZACIÓN ESPACIAL del envejecimiento**, hemos de decir que la población mayor se distribuye de manera desigual según las diferentes áreas geográficas del mundo. En los países más desarrollados (que sólo representan una quinta parte de la población total mundial) los mayores de 65 representan el 13%; sin embargo en los países en vías de desarrollo (que representan el 80% de la población mundial) sólo cuentan con el 5% de mayores de 65 años (véase tabla 2.1.). Como se comprueba, según distintas fuentes, sólo las cuatro regiones de Europa, América del Norte, Australia-Nueva Zelanda tienen actualmente proporciones superiores al 10% de mayores de 65 años, aunque también superan este porcentaje algunos países individuales de otras zonas (p.e. Japón). Europa del Norte y Europa Occidental son las regiones más envejecidas (15% de mayores), mientras que las proporciones más bajas de mayores están en las zonas en desarrollo (África, Asia, América Latina y Oceanía). En África y Oceanía hay zonas que apenas alcanzan el 3% de mayores de 65 años (Naciones Unidas, 1994, 1995; Díez Nicolás, 1996).

En la Unión Europea se oscila entre el 11% de Irlanda y el 17% de Suecia. España (con un 15%) se sitúa por encima de Finlandia, Irlanda, Luxemburgo, Países Bajos y Portugal; y está con un porcentaje similar al de Alemania, Austria, Dinamarca, Francia y Grecia. En realidad, sólo Bélgica, Italia, Reino Unido y Suecia tienen una población más envejecida que la española (Díez Nicolás, 1996:23). De los veinte países con mayor porcentaje de personas mayores de 65 años, los 18 primeros eran europeos, seguidos por Japón y Estados Unidos (Cabré y Pérez Díaz, 1996:36). La peculiaridad de España es que se ha producido la transición con retraso respecto a otros países y, sin embargo, ha acontecido de forma muy rápida. En España esta "transición" se ha producido en un periodo de menos de 50 años, de manera retrasada pero acelerada. Por ello, "la estructura demográfica española se corresponde con la propia del final de la transición demográfica" (Puyol y García Ballesteros, 1989:235; en Durán y Rodríguez, 1996:6).

¹⁹ Los efectos del envejecimiento demográfico sobre la política social (gastos sociales, productividad, políticas de pensiones, etc.) y demás consecuencias, es tratado (entre otra obras. p.e. Pérez Nieto, 1997) profundamente en el amplio informe del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (1990) sobre *El futuro de la protección social y el envejecimiento de la población*, y versa sobre la situación demográfica actual, las consecuencias de la misma sobre los distintos ámbitos socio-políticos, etc. Además, es interesante porque aporta numerosos datos recientes y fuentes de cada uno de los países de la OCDE, que en este estudio, por no exceder nuestros objetivos, no podemos ampliar.

En nuestro **contexto español** resaltar que contamos con 5.370.352 personas con más de 65 años lo cual se corresponde con el 13,8% de la población total. Según el INE (Censo de Población de 1991), del total de mayores el 58,87% son mujeres (3.161.996, en número absolutos) y el 41,12 son hombres (2.208.256). Y aún es más elevada la población mayor femenina en las grandes ciudades, por ejemplo en Madrid que era del 66% (Padrón, 1986). Las diferencias por género en estas edades son notables. Además, conforme asciende la edad, el porcentaje de mujeres mayores aumenta (por ejemplo, el 71% de los mayores de 75 años son mujeres), lo cual es un claro indicativo del fenómeno denominado como "feminización de la vejez" que luego tratamos.

El aumento del grupo de mayores crece incensantemente: veamos que a principio de siglo sólo eran 965.896 (5,2% ó el 52 por mil de la población española total) mayores de 65 años. Es a partir de 1960 cuando se inicia el verdadero proceso de envejecimiento de la población (Durán, 1990; Abellán, "la Caixa", 1994). Si estas cifras reflejan la situación en la población general, en algunas regiones (especialmente las más industrializadas y que recibieron muchas emigraciones) la población mayor supera el 15%, e incluso en algunas localidades (en zonas rurales del interior) y barrios de las grandes ciudades se rebasa el 25% de la población. Por tanto no es descabellado decir que la vejez, en este sentido, es "cosa de mujeres" (en España y en otros países) y cosa de las grandes ciudades (sobre todo en zonas céntricas y más deterioradas) y también de núcleos rurales pequeños afectados por las emigraciones de los más jóvenes.

Según las zonas geográficas, podemos observar, siguiendo los/as expertos/as que la población mayor se concentra en determinadas zonas (véase tabla 2.3.). El Centro y Oeste peninsular, en el interior (Aragón, Castilla-León, Castilla-La Mancha, Extremadura, Galicia interior) cuentan con un porcentaje de población muy mayor, de carácter rural, y también las provincias urbanas (Madrid, Barcelona, Valencia, País Vasco, Galicia costera, Valladolid), tienen un alto volumen de población mayor, aunque no alcancen la media española en 1991. En algunas provincias se alcanza el 25% de mujeres mayores (Zamora, Teruel, Soria, Lugo, Orense, Huesca). Estas últimas provincias citadas son provincias con una larga tradición emigratoria de carácter laboral, sobre todo de los más jóvenes. En Andalucía la población es relativamente joven debido a las emigraciones a otras zonas y a su natalidad superior a la media. Pero de forma general, las provincias más envejecidas suelen ser aquellas en que la emigración es, o ha sido, patente (Cabré y Pérez Díaz, 1996; Durán y Rodríguez, 1996).

Las comunidades más envejecidas son Aragón, Castilla-León, La Rioja y Asturias; las más jóvenes son Canarias, Andalucía, Madrid y Murcia. En el 2004, tres comunidades superarán el 20% de mayores de 65 años y más (Aragón, Asturias y Castilla-León). Algunas provincias ya superan hoy (INE, 1991) ese 20% de la población con 65 y más años (Zamora 23,3%, Teruel 22,8%, Orense 22,6%, Soria 22,1%, Lugo 22,0%, Huesca 21,7%, Segovia 20,5% y Salamanca 20,0%). En cambio, otras no llegan al 10% (Las Palmas 7,6%, Cádiz, 9,1 y Sta Cruz de Tenerife, 9,2%) (véase tabla 2.2.).

Tabla 2.3. Población de 65 y más años, de 75 y más años, sobre la población total (porcentaje y números absolutos), razón entre los sexos (número de hombres por cada 100 mujeres), España y CC.AA., 1991.

	% 65 y más	Absolutos 65 y más	% 75 y más	Absolutos 75 y más	Hombres 65 y más, 100 mujeres	Hombres 75 y más, 100 mujeres
Andalucía	11,70	810.968	4,61	319.459	69	55
Aragón	18,16	216.228	7,48	89.043	76	66
Asturias	16,74	183.559	6,76	74.131	67	52
Baleares	13,73	97.614	5,81	41.301	72	61
Canarias	9,20	137.448	3,83	57.255	74	62
Cantabria	15,46	81.573	6,59	34.777	68	54
Castilla-La Mancha	16,32	270.560	6,83	113.236	78	67
Castilla-León	17,92	457.532	7,81	199.534	75	64
Cataluña	14,27	866.756	5,83	354.097	69	56
Extremadura	15,47	164.375	6,55	69.637	69	56
Galicia	16,32	445.940	7,08	193.480	66	56
Madrid, C.	11,65	576.616	4,77	236.323	63	51
Murcia	11,82	123.580	4,60	48.096	72	58
Navarra	15,20	79.066	6,37	33.154	71	60
La Rioja	17,45	46.072	7,26	19.172	75	60
País Vasco	12,65	267.028	5,04	106.468	67	54
Valenciana, C.	13,21	508.948	5,22	201.233	71	59
ESPAÑA	13,76	5.333.863	5,65	2.190.396	70	57

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Instituto de Demografía, *Proporción de la Población Española 1991-2006*, CSIC, Madrid (1994) y Díez Nicolás (1996).

La concentración de la población mayor en algunas zonas y el menor envejecimiento en las áreas del sur puede ser explicado, entre otros factores, por los fuertes movimientos migratorios de los años 60 ya comentados. Los datos de la encuesta CIS/INERSO, realizada en 1993, nos indican que algo más de la mitad de las personas mayores de 65 años han cambiado su lugar de residencia, mientras que un 47% siguen viviendo en la misma localidad de nacimiento. Cuanto mayor es el tamaño del municipio en el que se reside actualmente, mayor es la proporción de personas que dicen haber cambiado su lugar de residencia (véase Informe de Resultados, estudio CIS, 2072), y el trabajo fue la principal razón por la que se abandonó el lugar de nacimiento. Un 30% de la muestra abandonó su pueblo o ciudad por este motivo. Es menos probable que se abandone la localidad por estar cerca de los hijos (sólo un 6% lo hizo por este motivo). Estos datos sirven para ilustrar el alcance del proceso migratorio que ha vivido la población española de más edad y que los discursos de los mayores emigrantes/inmigrantes de nuestro estudio nos recuerdan (véase capítulo 7).

Ahora bien, tampoco existe una distribución homogénea en el interior de las provincias: los municipios más pequeños tienen mayor porcentaje de población de edad que los de mayor tamaño, sobre todo en las provincias más envejecidas. Entre los municipios más grandes las diferencias son pequeñas. Otros dos elementos, como el mayor porcentaje de población agraria y los menores niveles de renta, contribuyen a explicar la elevada proporción de población mayor en los municipios más pequeños (Abellán y Rodríguez, 1987). En las grandes ciudades como Madrid, siguiendo a Durán y Rodríguez (1996), los mayores se localizan en áreas donde las condiciones de vida, la estructura demográfica y la morfología urbana han permitido la

permanencia de los grupos sociales más desfavorecidos, como sucede en los barrios del centro de la ciudad, y donde existe concentración de residencias para ancianos, como algunos barrios del Norte de la ciudad. En cambio, en zonas periféricas la estructura demográfica es mucho más joven, al igual que ocurre en otras ciudades españolas. El envejecimiento urbano merece una mayor dedicación y profundización, pues presenta implicaciones en sus modos de vida, su estructura (en la ciudad la vida es más cara, menos confortable, más tensa, demasiado acelerada quizás para los más mayores) y entonces esto se presenta como un elemento de la crisis urbana²⁰. Según López Jiménez (1993:32 y ss), la Comunidad de Madrid se perfila con un núcleo muy envejecido, rodeado de un entorno inmediato con una proporción de personas ancianas más baja que, a su vez, está envuelto en una tercera aureola marcada por la fuerte tendencia al envejecimiento en los tres vértices de la provincia.

En el ámbito rural, siguiendo a Abellán (Guillemard, 1990:XLIV), más de tres millones de personas con 65 y más años viven en municipios de más de 10.000 habitantes (66% del total), pero aunque las cifras absolutas sean más bajas en el medio rural, su significación relativa es más alta. Los municipios pequeños españoles presentan tasas de envejecimiento muy altas (superiores al 20%), y muchos de ellos siguen pautas parecidas a las ciudades importantes de la provincia a la cual pertenecen. Para García Sanz (1996) y otros autores, las características del envejecimiento rural, que a veces supera el 25-30% en algunas zonas, bien merece una especial atención y una mejora en la gestión y oferta de servicios sociales, por ejemplo, a los mayores en este hábitat²¹.

Según todas LAS PROYECCIONES, en concreto el informe editado por el Ministerio de Trabajo (ib., p. 199), en todos los países de la OCDE aumentará en los próximos 50 años el número de personas de edad avanzada y de edad muy avanzada, así como su proporción dentro de la población total, disminuyendo el peso de los activos jóvenes y aumentando el de los trabajadores mayores.

En los próximos 25 años las modificaciones de la estructura por edades van a tener consecuencias perjudiciales para los regímenes de pensiones y de salud, y pueden incrementar la carga que representa la financiación de los programas sociales. Parece que va a aumentar un punto más por año de media en relación al peso financiero soportado por la población activa. Este agravamiento de la presión demográfica parece inevitable, sobre todo si se observa la evolución de la natalidad (ib., p. 257). Las consecuencias sobre el reparto de los gastos sociales entre los diferentes programas y grupos de edad va a ser fundamental, lo que conllevará problemas políticos, administrativos, financieros y, por ende, psicosociales. Algunos factores que pueden quitar hierro o mitigar esta perspectiva negativa pueden ser: aumento productividad, incremento servicios privados, ajustes mercado laboral, atraso en la edad de jubilación y aumento del número de trabajadores mayores, etc., que pueden ser, y están siendo medidas muy controvertidas.

La proyección sobre la población activa de edad avanzada apunta hacia un aumento progresivo: más de una persona de cada cinco tendrá al menos 55 años en el año 2020, situación ésta que se registrará ya en otros países (Alemania y Japón) a principios del siglo XXI (ib., p.

²⁰ Para una mayor profundización sobre el envejecimiento urbano (fecundidad, mortalidad, migraciones, proyecciones futuras) en Madrid consúltese la obra (basada en su tesis doctoral) de J.J. López Jiménez (1993) *El envejecimiento y las personas ancianas en Madrid*. En relación al ámbito madrileño contamos también con otras aportaciones relevantes: *Los mayores en la Comunidad de Madrid* (Diez Nicolás, 1996); *65 años cumplidos. Los ancianos en la Comunidad de Madrid*, Comunidad de Madrid, 1992; y otros (Carrillo y otros, 1994; CEIM, 1991; Durán Heras, 1994; De Miguel, 1994; García Ballesteros, 1989; Paniagua y otros, 1992; Vinuesa Angulo, 1990) todos ellos haciendo especiales referencias a la ciudad o comunidad de Madrid (véase bibliografía).

²¹ B. García Sanz es uno de los expertos entrevistados para esta tesis. Es profesor de la UCM, experto en sociología rural y sociología del envejecimiento por lo que la consulta de sus análisis resulta fundamental y será recurrente.

195). Estos datos son considerados relevantes por sus consecuencias sobre distintas facetas: la demanda de prestaciones y de servicios sociales; la capacidad de la colectividad para financiar los programas sociales; la repartición de los recursos entre los diferentes grupos de edad (posible conflicto intergeneracional); la estructura de la mano de obra y la composición de la población activa; el mercado de trabajo en general; la prioridades y capacidades de la política social, principalmente.

Las previsiones de envejecimiento demográfico, a nivel mundial, son alarmantes sobre todo en determinadas zonas geográficas. Para el año 2025, según proyecciones de la NN.UU., el número de mayores *"alcanzará la cifra de 1.200 millones [14% de la población total]"* (p. 13), y *"la mayoría de ellos, el 72% del total, vivirá en regiones en desarrollo (América Latina, Asia y África)... [ello] tiene [tendrá] importantes repercusiones en materia política"* (p. 14) y también, consecuencias concretas sobre otras áreas (sanitaria, laboral, etc.) cuya importancia habrá que tomar en consideración de forma inmediata. Por tanto, si el envejecimiento está siendo un problema casi exclusivo de los países más desarrollados (Europa, EE.UU. y Japón, principalmente), las tendencias indican que el envejecimiento se convertirá en un problema a nivel transcultural. La principal consecuencia, según este informe de las NN.UU. es que *"en materia política en las regiones en desarrollo del mundo tendrán que prepararse para el envejecimiento, cada vez más rápido, de su población"* (p.23).

Por tanto, es necesario dejar de privilegiar la concepción del envejecimiento y los problemas de la vejez como algo exclusivo del mundo desarrollado desde una perspectiva histórica y espacial reduccionista (Brenes, Frossard, 1980; López Jiménez, 1993). Debemos subrayar que será en los países en desarrollo y no en los desarrollados, donde se localizará la mayor parte de la gente mayor. Los países en vías de desarrollo tendrán una velocidad de envejecimiento doblemente superior, a pesar del retraso de sesenta años con el que se produce este hecho respecto a las zonas más desarrolladas, cuyo proceso de envejecimiento es más regular (López Jiménez, 1993:30). Si hasta ahora el envejecimiento suele considerarse como problema limitado a los países más desarrollados, según distintas proyecciones (NN.UU., 1992, p. 23) en el futuro no será así. El envejecimiento es un problema mundial, que paulatinamente se empieza a dejar sentir también en los países en desarrollo. De manera especial aumentarán los mayores de 80 años: si en 1950 en el mundo había 13 millones de mayores, en 1985 se había triplicado (45 millones). En el 2025 habrá 137 millones de mayores de 80 años. En general, para el 2025 la cifra de mayores de 65 se habrá sextuplicado desde 1950 (200 millones de mayores), correspondiendo a 1200 millones de mayores (ib., p.13).

En España, las personas mayores serán el 17% en el 2020 y más del 20% en el 2030, sobre todo aumentará el número de los de más edad (INE, 1988; en Abellán, 1991:XIII). Hasta el año 2025 no habrán superado los mayores a los más jóvenes, pero para esta fecha se habrán superado los 7 millones de mayores frente a 6,6 millones de niños (Eurostat, Castro, 1990:17). La población española de 60 y más años de edad será, en el año 2.010, de más de 8.350.000 personas, lo que supone un incremento, en términos absolutos, del 27% respecto a 1986. Si se mantienen las tendencias actuales las personas mayores de 60 años supondrán, en el año 2010, más del 20% de la población española que se acercará entonces a los 41.200.000 (INSERSO, 1991). Otras proyecciones más cercanas en el tiempo (CSIC, 1994), indican que en el año 2001 habrá 41% de mayores de 75 años sobre el total de mayores y un 57% entre 65 y 74 años, lo cual indica un incremento del primer grupo con las consecuencias que esto puede implicar. El grupo quinquenal de mayor peso es, naturalmente, el de 65-70 años. Sin embargo, nótese que su presencia se mantiene o incluso disminuye a partir de 1991, efecto producido porque llegan a estas edades las "generaciones vacías" o poco voluminosas (nacidas entre 1911 y 1920) ya que

fueron las más afectadas por las fuertes oleadas de la gripe de 1918, lo cual ha hecho que aumente mucho menos estas generaciones que el grupo de "generaciones llenas" nacidas entre 1921 y 1935. Aún parece más evidente el efecto futuro de la llegada a los 65 años (entre el 2001 y 2006) de las generaciones nacidas entre 1936 y 1941, muy reducidas por el déficit de nacimientos producido por la Guerra Civil (Cabré y Pérez Díaz, 1996:43 y ss.). Lo realmente recalable, siguiendo a estos expertos, es el ritmo de crecimiento de las edades más avanzadas que podría caracterizarse como "sobreenvejecimiento" demográfico. El grupo de 65 a 74 años disminuirá de 62,8% (1981) al 57,9% en el 2001. La causa es el mayor crecimiento de los más mayores, especialmente apreciable en el grupo de más de 84 años, que, desde 1981 hasta el 2001 se habrá multiplicado por 2,3 veces.

Este *envejecimiento de la vejez* tendrá y está teniendo ya consecuencias diversas. Tal como veremos en la III parte, cada vez habrá más mayores dependientes, y al mismo tiempo, las mujeres adultas y mayores que se encargan de estos cuidados estarán menos disponibles (véase capítulo 9). Hemos constatado en nuestros discursos lo que Fernández Cordon (1994) afirma en sus proyecciones de población. Según este demógrafo del CSIC, se prevé para el año 2.011 una reducción del apoyo informal femenino superior al 60% para el índice C (mayores de 75 años), reducción cercana al 50% para el índice B (mayores de 70 años) y alrededor del 40% para mayores de 65 años. Estos índices del potencial cuidador femenino concluyen en que cada vez habrá menos mujeres disponibles para atender a mayores dependientes, y por el contrario, cada vez más mayores necesitados de ayuda. En definitiva, el envejecimiento demográfico no es un proceso que afecte a la gente de edad solamente sino que altera y modifica la composición de otros colectivos en el que cada uno estamos incluidos.

2.3. TRAYECTORIA LABORAL PASADA Y ACTIVIDAD-INACTIVIDAD ACTUAL

Para continuar ofreciendo algunas "fotografías" del panorama actual de las personas mayores, procede empezar conociendo su pasado laboral a través de la información disponible. Pensamos que la **situación profesional, profesión, rama de actividad anterior** son unos de los factores más importantes que dan pistas, según nos indican casi todos los estudios consultados, acerca de la vivencia de la última etapa de la vida. El INE nos proporciona información sobre estos tres aspectos. Nuestro objetivo era conseguir los datos de jubilados y su pasado laboral distinguiendo la edad, pues tal como el INE los publica no se distinguen por *edades*. Ello lleva al "error" de que al hablar de jubilados (en las tablas que veremos a continuación) se incluyen los "Jubilados" de todas las edades, pero no todos los jubilados son mayores de 65 años²². Por otro lado, pensamos que este "error" puede considerarse liviano (y aún más a nuestros efectos) porque los jubilados, siguiendo datos del INSS, se concentran en los mayores de 65 años (90% de los jubilados tienen más de 65) y el porcentaje es superior si tomamos a los mayores de 60 (el 99% de los jubilados ya han cumplido los 60 años). Si se calculan los porcentajes de jubilados y retirados inactivos menores de 60 años (tabla página 139, Censo 1991) vemos que sólo el 10,67% son jubilados frente al 90% de los mayores de 60 años, ó 95,10% mayores de 55 años. La concentración de

²² Contar el sinuoso laberinto seguido para conseguir algunos de los datos sería agotador para el lector al igual que lo fue nuestro intento. Hemos de decir que el INE nos facilitó algunos datos. Pero no tenemos información sobre jubilados x sexo x edad y x condición socioeconómica y rama profesional anteriores. Nos conformaremos con los datos publicados por el INE. Una vez más, percibimos la dispersión, inaccesibilidad y/o ausencia de datos en este área. Para cada cuestión se consultan distintas fuentes (lo más actuales posible) y organismos.

jubilados en edades superiores a 50 años (aunque no estén ahí la totalidad) queda patente²³.

Según la *Situación profesional*, el 53,17% de los hombres jubilados hoy eran asalariados fijos, el 20,47% empresarios sin asalariados y el 17,18% asalariados eventuales (4,68% otra situación, 3,63% empresarios con asalariados, p.e.). En cuanto a las mujeres jubiladas siguen las mismas pautas, pero con cifras bien distintas: el 43,85% eran asalariadas fijas, el 24,03% empresarias sin asalariadas y el 19,35% asalariadas eventuales. Porcentajes más pequeños reúnen las jubiladas que trabajaron en “otra situación” o en “ayuda familiar” o como empresarias sin asalariados (ver tabla 2.4. adjunta). Recordemos el desequilibrio intersexo existente al hablar de número de jubilados: si de todos los mayores de 65 años las mujeres rozan el 60%, sobre el total de jubilados/as sólo estamos hablando de un tercio de jubiladas (31,3%, con pensión propia) frente a las dos terceras partes de jubilados varones (68,5%). Teniendo en cuenta la totalidad de jubilados/as (que no mayores) la distribución es como se observa en la tabla 2.4 adjunta.

En cuanto a la *Rama de actividad económica*, el 30,45% de los hombres jubilados trabajaban en la rama de agricultura y pesca, 22,46% en industrias manufactureras, 20,19% en otros servicios y 13,60% en construcción. Menos numerosos son los porcentajes que reúnen a los jubilados que trabajaron en la rama de “comercio, restaurantes y hostelería” (8,74%), en industrias extractivas (3,15%) o en la rama de la “energía eléctrica, gas y agua” (1,39%).

Encontramos algunas diferencias intergénero; las mujeres mayores presentan una distribución dispar a los varones. Entre las mujeres mayores jubiladas la mayor parte trabajaron en la agricultura y pesca (30,35%), dedicadas a otros servicios (30,10%), en industrias manufactureras (26,11%) o en comercio, restaurantes y hostelería (12,37%). En otras ramas de actividad encontramos a pocas mujeres que trabajaron en las mismas (ver tabla 1 en anexo). En general, la ramas que han acogido a los jubilados han sido, por este orden: 1) agricultura y pesca, 2) industrias manufactureras, 3) otros servicios, 4) comercio, restaurantes y hostelería, y 5) construcción. Aunque el orden variará, como hemos comentado, según el sexo.

En relación a la *Profesión*, el INE ofrece 20 niveles distintos (véase tabla 2 en anexo) y por ello complejidad de manejarla a nuestros efectos²⁴. De los hombres mayores, el 31,26% eran trabajadores de la construcción, industria, minería y transporte (el 18,25% de las mujeres), el 22,41% agricultores o ganaderos (el 24,42% de las mujeres), el 20,02% peones y trabajadores no especializados (14,13% de mujeres) y el 7,68% personal administrativo (5,99% de mujeres), el 5,79% en hostelería y servicios (23,52% de las mujeres) y el 5,82% en el comercio (7,78% de mujeres)²⁵. De cualquier modo, en general las profesiones que reúnen (mejor dicho, han reunido) a la mayor parte de los jubilados/as son, por este orden: 1) construcción, industria, minería y transporte; 2) agricultura y ganadería; 3) peones y trabajadores no especializados; 4) hostelería y servicios; 5) personal administrativo y 6) comercio.

²³ Por tanto, no se han encontrado datos sobre la “condición socio-económica” anterior (tal como se aplica para clasificar a la población activa, y en otros estudios) de los jubilados actuales, pero sí se dispone de datos similares (aunque no se desglosen por edades) que son los que vamos a utilizar.

²⁴ Hemos de decir que si se toman los datos agrupados (9 niveles que puede observarse en la tabla resumen 2.4.) se solapan y repiten, entonces, las denominaciones con la clasificación correspondiente de la “rama de actividad” comentada. De todas maneras avanzamos unos datos para mostrar la concordancia hallada.

²⁵ Sobre el total de mayores, el 21,44% son hombres que trabajaban en la construcción, industria, minería y transporte (5,73% de mujeres), el 15,37% en agricultura y ganadería (7,67%), 13,37% como peones y otros trabajos no especializados (4,43% de mujeres), y porcentajes menores al 5% en el resto de profesiones.

Tabla 2.4: Personas jubiladas según la rama de actividad, situación profesional y profesión anteriores, por sexo. Absolutos y porcentajes (1).

SEXO →	HOMBRES			MUJERES		
SITUACIÓN LABORAL PASADA ↓	total	% sobre hombres	% sobre total	total	% sobre mujeres	% sobre total
RAMA DE ACTIVIDAD						
Agricultura y Pesca	870.786	30,45	20,89	397.308	30,35	9,53
Industrias Extractivas	90.234	3,15	2,16	3.085	0,23	0,07
Industrias Manufactureras	642.213	22,46	15,40	341.785	26,11	8,19
Energía, eléctrica, gas y agua	39.765	1,39	0,95	2.823	0,21	0,06
Construcción	389.051	13,60	9,33	7.954	0,60	0,19
Comercio, restaurantes y hostelería	249.913	8,74	5,99	161.970	12,37	3,88
Otros servicios	577.317	20,19	13,85	394.036	30,10	9,45
Total	2.859.279	100	68,57	1.308.961	100	31,37
SITUACIÓN PROFESIONAL						
Empresarios con asalariados	103.857	3,63	2,49	27.091	2,06	0,64
Empresarios sin asalariados	585.295	20,47	14,04	314.671	24,03	7,54
Miembros de cooperativas	9.203	0,32	0,22	3.767	0,28	0,09
Ayuda familiar	15.028	0,52	0,36	44.338	3,38	1,06
Asalariados fijos	1.520.402	53,17	36,47	574.079	43,85	13,77
Asalariados eventuales	491.480	17,18	11,79	253.370	19,35	6,07
Otra situación	134.014	4,68	3,21	91.645	7,00	2,19
Total	2.859.279	100	68,59	1.308.961	100	31,40
PROFESIÓN (2)						
Profesionales, técnicos y similares	105.577	3,69	2,53	70.584	5,39	1,69
Directivos de las AA.PP. y empresas	38.815	1,35	0,93	5.854	0,44	0,14
Personal Administrativo	219.639	7,68	5,26	78.497	5,99	1,88
Comercio	166.638	5,82	3,99	101.872	7,78	2,44
Trab. Hostelería y resto servicios	165.580	5,79	3,97	307.872	23,52	7,38
Agricultura y ganadería	640.857	22,41	15,37	319.772	24,42	7,67
Trab. Construcción, Industria, minería y transporte	893.950	31,26	21,44	238.976	18,25	5,73
Peones y trab. no especializados	572.490	20,02	13,73	184.996	14,13	4,43
Prof. Fuerzas Armadas	55.733	1,94	1,33	538	0,04	0,01
Total	2.859.279	100	68,55	1.308.961	100	31,37

(1) Estos datos son en base a 4.168.240 personas "jubiladas", que no debe confundirse con personas mayores de 65 años que son 5.370.252 (Censo, 1991). En esta tabla, obviamente, se incluyen los/as que perciben una pensión por jubilación.

(2) Se presentan los totales y porcentajes agrupados por bloques, pues la profesión, según el INE, viene desglosada en 16 categorías. Aquí sólo trasladamos los totales y porcentajes acumulados. Para ver los datos desagregados por profesiones véase tabla en anexo

Fuente: Elaboración propia en base a datos del *Censo de Población de 1991. Tomo I, Resultados Nacionales*. INE, 1994, págs.: 140, 143, 144 (véanse tablas 1 y 2 en el anexo).

Además de considerar la información disponible respecto a la trayectoria laboral pasada (tenida en cuenta para el diseño de nuestra fase aplicada), igualmente importante es conocer la situación de **actividad/inactividad actual de los mayores**. Según la actividad-inactividad laboral, tengamos presente en todo momento que no todos los mayores son jubilados, ni todos los jubilados son mayores. Según datos del INE (Censo de 1991), de los 5.370.252 de mayores de 65 años, 5.239.999 (97,56%) son económicamente inactivos y 130.253 (2,42%) económicamente activos.

Los *hombres mayores jubilados* constituyen la mayor parte de jubilados/as. De los 2.134.133 hombres mayores inactivos²⁶ el 95,52 son jubilados (perciben una pensión por jubilación o invalidez), el 2,98% perciben otro tipo de pensión (viudedad, orfandad, favor de familiares), y tan sólo el 0,20% se dedican a las labores del hogar (ver tabla 2.5. adjunta).

La situación de las *Mujeres mayores jubiladas* es bien distinta. De las mujeres mayores inactivas (3.105.866)²⁷ sólo el 35,5% son jubiladas, el 30,72% perciben otro tipo de pensión y el 32,21% se dedican a sus labores. Día a día, el número de mujeres incorporadas plenamente al mercado laboral va aumentando pero en estas edades aún son pocas las que perciben jubilación por su trabajo remunerado, pues la mayoría han trabajado de forma esporádica, discontinua, y compaginándolo con las funciones de esposa, madre y ama de casa.

En definitiva, del total de personas mayores inactivas (que ya hemos visto que son el 97,56% del total de mayores), 38,90% son hombres jubilados (20,95% jubiladas), 18,21% mujeres cobrando otro tipo de pensión (viudedad, favor familiares, orfandad) y sólo 1,21% de hombres se engloban en “otros pensionistas”(véase tabla 2.5.).

Al hablar de *Amas de casa mayores* nos referimos a las mujeres que han tenido como ocupación central las tareas del hogar. Y decimos “las”, en femenino del plural, porque son mujeres las que se han centrado en este papel de manera exclusiva. Casi todas, por no decir todas, las personas mayores dedicadas a las labores del hogar son mujeres. Los datos lo muestran claramente: del 1.005.046 de mayores dedicados/as a estas labores (el 19,18% son mayores -sobre el total de todas las edades que se dedican a “sus labores”-) el 19,10% son mujeres (1.000.668) y una ínfima minoría, nunca mejor dicho, son hombres (4.378, el 0,08% sobre total de mayores). Está claro, pues, que las mujeres siguen centralizando en estas edades las funciones clásicas femeninas. Nos encontramos pues con un porcentaje bastante elevado de personas mayores (estas mujeres) que no cobran pensión alguna porque no han trabajado oficialmente. En este sentido podemos decir pues que el sistema de pensiones no es tan “universal” como se plantea, pues no llega a todos los mayores (p.e. no cobran las amas de casa, ni las amas de casa que han trabajado pero no han cotizado). De todos modos, las pensiones no contributivas ayudan a paliar la pésima situación de muchas de ellas (a pesar de las cuantías tan risibles), pero la mayoría dependen de sus maridos.

²⁶ Hablar de “hombres mayores inactivos” suele ser sinónimo de hablar de “hombres mayores de 65” en general, pero debemos distinguir ambos conceptos. Hombres mayores inactivos son 2.134.133 y hombres mayores de 65 años, algunos más, 2.208.256 (sumándole la minoría que siguen en activos). Aunque en el discurso común se habla de mayores como inactivos en general debemos saber que no todos los mayores están jubilados. Parece adecuado aceptar cualquier expresión porque la diferencia es ínfima, pero queríamos dejar clara esa apreciación.

²⁷ idem nota al pie anterior. Mujeres mayores inactivas son: 3.105.866 y mujeres mayores en total: 3.161.996,; sin embargo, el número de jubiladas es muy bajo.

Tabla 2.5. Población de 65 años y más (1), económicamente inactiva según la clase de inactividad por sexo y edad. Grupos quinquenales, absolutos y porcentajes, 1991.

Cuad. Grupos quinquenales, decenales y porcentajes, 1991.							
GRUPOS DE EDAD	CLASE DE INACTIVIDAD						Totales
	Retirados y jubilados (2)	Otros pensionistas (3)	Labores del Hogar (4)	Estudiantes	Incapacitado permanente	Otros inactivos	
AMBOS SEXOS							
65 a 69	1.070.260	208.433	446.567	2.788	12.543	7.525	1.748.116
70 a 74	808.933	222.238	265.962	1.931	8.050	6.239	1.313.353
75 y más	1.257.353	587.261	292.517	3.398	16.321	21.680	2.178.530
Total	3.136.546	1.017.932	1.005.046	8.117	36.614	35.444	5.239.699(5)
% columna	59,86	19,42	19,18	0,15	0,69	0,67	100
HOMBRES							
65 a 69	764.522	18.272	1.550	366	6.232	3.479	794.421
70 a 74	527.392	14.360	1.032	341	3.302	2.273	548.700
75 y más	746.683	31.145	1.796	795	4.189	6.404	791.012
Total	2.038.597	63.777	4.378	1.502	13.723	12.156	2.134.133
% columna	95,52	2,98	0,20	0,07	0,64	0,56	100
% sobre total mayores	38,90	1,21	0,08	0,02	0,26	0,23	40,73
MUJERES							
65 a 69	305.738	190.161	445.017	2.422	6.311	4.046	953.695
70 a 74	281.541	207.878	264.930	1.590	4.748	3.966	764.653
75 y más	510.670	556.116	290.721	2.603	12.132	15.276	1.387.518
Total	1.097.949	954.155	1.000.668	6.615	23.191	23.288	3.105.866
% Columna	35,35	30,72	32,21	0,21	0,74	0,74	100
% sobre total mayores	20,95	18,21	19,09	0,12	0,44	0,44	59,27

(1) Para conocer a la población inactiva de otras edades (por ejemplo, mayores de 50-55 años que aquí nos puede interesar) consúltense el Censo, 1991, pág. 139. Para nuestro caso hemos calculado los porcentajes de los mayores de 65 años inactivos de interés para nuestro estudio.

(2) Este grupo incluye a los retirados, jubilados y a las personas que perciben pensiones de invalidez.

(3) Este grupo incluye a los otros tipos de pensionistas: viudedad, orfandad, favor de familiar.

(4) También denominadas en la mayor parte de los estudios, incluido el nuestro, "amas de casa".

(5) Si a este total de inactivos mayores (el 97,56%) le sumamos los económicamente activos (una minoría, el 2,42% o 130.253) obtenemos el total de mayores a 1991: 5.370.252. En la actualidad el número de mayores ronda el 20% de la población, pero nosotros tomamos datos de 1991 y de 1996 de los cuales se dispone de información completa y pormenorizada.

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Censo de Población de 1991. Tomo I, Resultados Nacionales. INE, 1994, pág. 139.

De todas maneras, no olvidemos que una gran parte de las mujeres mayores consideradas "amas de casa" compatibilizan, o han intentado compatibilizar con sus labores del hogar (con las que suelen identificarse, y así se las percibe y representa socialmente), otro tipo de trabajos esporádicos, variables, peor remunerados y de menor consideración social (trabajos sumergidos en el propio domicilio, ayuda en el negocio familiar, costura, ventas, etc.). Esta situación ambigua, de sobrecarga y conflicto de funciones, es característica de muchas mujeres de mediana edad, y también de las mayores de 65 años (véase 9.3.2.1.).

Los Trabajadores/as mayores de 65 años son tan sólo 130.253 (2,42% sobre el total) que trabajan de manera oficial. De este porcentaje el 1,38% son hombres y 1,04% mujeres. Siguen siendo los hombres mayores más activos oficialmente (3,35%, 74.123 mayores activos sobre 2.208.256) que las mujeres (1,77%, 56.130 mujeres sobre 3.161.996) (Censo, 1991. 1994:52). Por ello, tomaremos a los mayores jubilados aunque en realidad una buena parte de

ellos realice algunos “trabajos” de forma extraoficial para lo cual no se dispone de datos, pero sí disponemos de discursos (véase 9.3.1..).

2.4. ESTATUS SOCIO-ECONOMICO ACTUAL: ESTUDIOS E INGRESOS DE LA GENTE MAYOR

El estatus socio-económico viene delimitado por el nivel de estudios e ingresos cuyos datos más genéricos son tratados a continuación.

En cuanto al **NIVEL DE ESTUDIOS**, se debe recordar que en 1920 el porcentaje de analfabetos era del 43% (35% los varones y 50% las mujeres) y sin embargo hoy tan sólo el 6% de los españoles son analfabetos (CIS, 1990). Mucho camino se ha recorrido desde entonces. Pero si atendemos a la distribución por edades hoy observamos que conforme se asciende en edad nos encontramos con menor nivel de estudios, sobre todo a partir de los 55 años. Las mayores tasas de analfabetismo se encuentran en los mayores de 65 años. Según el Censo de 1991, el grado “sin estudios” (leer, escribir y otros conocimientos básicos) es el que tienen muchos de los mayores (46,78% de los hombres y 46,89% de las mujeres) (véase tabla 2.6. adjunta). Después, el primer grado (sin llegar a tener el graduado escolar) recoge en torno al 30% de mayores. El grupo de “analfabetos” constituye el 10,8% de mayores (5,83% de los hombres y el 14,37% de las mujeres). Al unir los porcentajes de los niveles más bajos, como se ha procedido para el diseño de este estudio, resulta que el 57,64% (46,84 sin estudios + 10,8 analfabetos) de la gente mayor no tiene estudios y el 32,34% tiene estudios básicos -sin tener el Graduado Escolar-. Los mayores que tienen el segundo o tercer grado rondan el 5% (2,95% tiene estudios de tercer grado y 6,99 de segundo grado).

Llama la atención el menor nivel de estudios de las mujeres mayores tanto en relación a los varones como a las mujeres jóvenes. Sin embargo, esta situación ha dado un giro de 180 grados y basta apuntar que en la actualidad el nivel de instrucción de las mujeres jóvenes supera al de hombres de la misma edad, sobre todo en determinadas carreras (Instituto de la Mujer, 1992, 1995)²⁸. En el otro extremo, las mujeres de edad siguen teniendo un nivel de instrucción menor. Siguiendo datos del Instituto de la Mujer, el grupo de mujeres de 45 y más años es el que presenta una mayor tasa de analfabetismo (11,8%, EPA 1993). Esta tasa resulta algo mayor en las mujeres de todas las edades, pero la diferencia es extrema a partir de los 45 años, en que la tasa supera en 6 puntos a la tasa masculina (5,8% en los varones, EPA 1993).

²⁸ Obsérvese en los diferentes estudios del Instituto de la Mujer, y de la Dirección General de la Mujer de Madrid, como la tasa de finalización de estudios de EGB y bachillerato (actualmente enseñanza primaria y E.S.O.) es considerablemente superior en las chicas. A nivel universitario, si en 1980-81 las mujeres eran menos de la mitad (43%) del alumnado con graduación universitaria (diplomaturas y licenciaturas), diez años más tarde han llegado a superar el 50%, tanto en las carreras de ciclo largo (54,8%) como en las de ciclo corto (63,9%). Esto es cierto es casi todas las áreas de estudio, excepto en la carreras técnicas medias y en las superiores, en las que aún no han superado el 20% (Instituto de la Mujer, 1992, 1993, 1995).

Tabla 2.6. Nivel de instrucción de las personas mayores de 65 años por sexo y por grupos de edad quinquenales. Absolutos y porcentajes, 1991.

GRUPOS DE EDAD	TOTAL	ANALFABETOS	SIN ESTUDIOS	PRIMER GRADO(1)	SEGUNDO GRADO(2)	TERCER GRADO(3)
AMBOS SEXOS						
65 a 69 años	1.834.035	131.594	809.594	674.497	159.142	59.208
70 a 74 años	1.335.646	125.962	626.856	442.894	99.677	40.257
75 a 79 años	1.052.703	129.571	511.513	315.514	63.817	32.288
80 a 84 años	698.095	111.554	347.119	189.205	33.112	17.105
85 y más	449.773	84.598	220.423	115.080	19.952	9.720
Absolutos	5.370.252	583.279	2.515.505	1.737.190	375.700	158.578
%	100	10,8	46,84	32,34	6,99	2,95
HOMBRES						
65 a 69 años	844.266	38.629	366.270	312.367	85.649	41.351
70 a 74 años	561.392	28.576	260.493	191.836	52.994	27.493
75 a 79 años	410.966	25.160	202.156	128.503	34.132	21.015
80 a 84 años	252.288	21.496	131.511	72.519	15.729	11.033
85 y más	139.344	14.992	72.731	37.584	8.298	5.739
Absolutos	2.208.256	128.853	1.033.161	742.809	196.802	106.631
% sobre hombres	100	5,83	46,78	33,63	8,91	4,82
% sobre columna		22,09	41,07	42,75	52,38	67,24
% sobre total mayores	41,12%	2,39	19,23	13,83	3,66	1,98
MUJERES						
65 a 69 años	989.769	92.965	443.716	362.130	73.493	17.857
70 a 74 años	774.254	97.386	366.363	251.058	46.683	12.764
75 a 79 años	641.737	104.411	309.357	187.011	29.685	11.273
80 a 84 años	445.807	90.058	215.608	116.686	17.383	6.072
85 y más	310.429	69.606	147.692	77.496	11.654	3.981
Absolutos	3.161.996	454.426	1.482.736	994.381	178.898	51.947
% sobre mujeres	100	14,37	46,89	31,44	5,65	1,64
% sobre columna		77,90	58,94	57,24	47,61	32,75
% sobre total mayores	58,87	8,46	27,61	18,51	3,33	0,96

(1) Primer Grado: implica, según el Censo, la posesión de estudios básicos, sin llegar a tener el Graduado Escolar

(2) Segundo Grado: Graduado Escolar, Bachiller superior, FP I, FP II, otras titulaciones medias.

(3) Tercer Grado: Diplomaturas, Licenciaturas, Ingenierías y Arquitecturas Técnicas y Superiores, Doctorado, Postgraduado, y otras titulaciones superiores no universitarias.

Fuente: Elaboración propia en base a datos del *Censo de Población de 1991. Tomo I, Resultados Nacionales*. INE, 1994, pág. 46.

Uno de los principales motivos de estas desigualdades por género y edad está en que los mayores vivieron una infancia y juventud sin posibilidades de formarse y estudiar. Su fin vital más importante era entrar a trabajar lo más pronto posible (muchos de los mayores trabajan desde los 12 años o antes) y para las mujeres su objetivo primordial era el hogar y la crianza de los hijos. Esto se daba en un contexto de reconstrucción del país tras la contienda civil, y han tenido que pasar varias décadas desde entonces para que se empezara a generalizar la educación obligatoria (hasta los 16 años) para toda la población, y a aumentar cada vez el presupuesto del Estado en materia de Educación (becas, subvenciones). Hoy se disfruta de un sistema educativo que a pesar de sus críticas, ha escolarizado a casi toda la población consiguiendo el mayor nivel educativo nunca visto. Pero este logro y privilegio, desafortunadamente, no ha alcanzado a los más mayores, que han sido, paradójicamente, y no lo olvidemos, los que trabajaron por conseguir este éxito educativo global de hoy, pero del que no han disfrutado porque estos avances les han llegado "un poco tarde". Este menor nivel cultural, la falta de medios materiales que han sufrido,

la ausencia de motivaciones y estímulos intelectuales, la falta de preparación general, producen un menor acceso y menor información respecto a los bienes culturales de hoy. Ello se debe entre otras cosas a que este espíritu e interés por la formación (o por el ocio, p.e.) que no ha sido potenciado anteriormente ahora, en la jubilación, de repente, no puede surgir -o al menos es más difícil- si no ha formado parte de su vida cotidiana. He aquí uno de los problemas de adaptación a esta etapa y que retomaremos en el análisis discursivo posterior.

A esta peculiar socialización recibida por los mayores, se añade el impresionante aumento de jóvenes que en los últimos tiempos han adquirido titulación, produciendo la denominada "inflación de títulos" ("la fiebre de la titulitis"). Esta es otra de las explicaciones del desfase y obsolescencia de las cohortes de más edad, que obviando que su "riqueza cultural" está poco explotada y aprovechada, los datos objetivos y de títulos oficiales son reveladores de la ausencia de estudios, requisito imprescindible no sólo para el mercado laboral sino para desenvolverse y adaptarse a la *cibersociedad*, a la "aldea global" y *virtual* -podemos añadir-, en la que vivimos.

Este menor nivel educativo conlleva una clara desventaja en relación al conocimiento e información (actualmente tecnificada e informatizada), por ejemplo, sobre servicios sociales u otras prestaciones o ventajas aplicables a la gente mayor. También influye sobre el nivel de salud, la percepción de ésta, los hábitos de vida, etc. Como se trató anteriormente, el nivel educativo (añadido al nivel de ingresos y tipo de profesión) conforma el estatus socio-económico de la persona, y queda clara la enorme influencia del mismo sobre la longevidad, la vivencia del proceso de envejecimiento y las actitudes hacia la jubilación. Por ello era imprescindible dedicarle al menos un breve apartado.

No podemos dejar de apuntar las últimas tendencias y medidas que logran paliar el bajo nivel educativo general de los más mayores. Estas iniciativas, que empiezan a tomar auge ahora, son por ejemplo: la formación de mayores, las Universidades para Mayores, cursos de Educación de Adultos, etc. Sin embargo, habrá que esperar un tiempo para que estos intentos y propuestas bienintencionados tomen asiento y vayan cuajando. Este tipo de medidas coinciden con otras ideas innovadoras, que son loables y dignas de aplicar en principio, pero muchas veces no cumplen los objetivos iniciales, no se materializan, por falta de apoyos (de todo tipo) y, sobre todo, por la representación negativa que sigue persistiendo de que la formación en los mayores no es rentable económicamente.

Pero el panorama no es tan negativo y debemos decir que en un futuro nada lejano los mayores no serán los que sostengan el estereotipo de la "vejez inculta" simplemente porque cada vez serán más los que tengan un nivel de instrucción considerable. Una prueba de esta conexión de los mayores cada vez más preparados es la existencia de SENIORNET, por ejemplo, como vía en internet para que los mayores puedan comunicarse entre ellos. Aunque las porcentajes de utilización del ordenador (véase apartado 9.4.4.), como uno de los indicadores de formación actual, son ínfimas en los mayores, todas las proyecciones apuntan hacia un aumento indudable del nivel de estudios y preparación de las generaciones actuales y futuras de mayores. Ello exige, pues, nuevas concepciones relacionadas, por ejemplo, con la oferta de actividades (viajes, formación, etc.) que deberán estar orientadas a una población cada vez más preparada y con más bagaje para adaptarse al ritmo actual.

Para cerrar este apartado no olvidemos que el nivel educativo de una persona puede observarse desde dos puntos de mira: 1) el nivel de instrucción obtenido a título oficial o, 2) desde el capital cultural y de experiencia de una persona. La primera cuestión es a la que solemos referirnos cuando hablamos de nivel educativo en general, y por lo tanto, los mayores están en clara desventaja. En cambio, si tomáramos la segunda acepción quizás los mayores no saldrían tan mal parados respecto a su preparación, pues su nivel cultural (independientemente de la

obtención de títulos académicos) es más elevado de lo que las encuestas indican. De todos modos, tan sólo se dispone de información y estadísticas relativas a la primera cuestión que hemos tratado, pero queríamos dejar clara que su "riqueza cultural" (experiencia, conocimientos específicos, cultura general) puede ser superior a los datos cuantitativos que se toman en cuenta. Es decir, el nivel cultural puede incluir otros tipos de saberes que no se han adquirido a través de los estudios. De hecho, siguiendo a Rimbeau et al (1983:92 y ss.), entre las personas mayores de nuestra sociedad podemos encontrar verdaderos sabios, en el sentido ancestral de la palabra, que al lado de determinadas técnicas artesanales conocen y han reflexionado sobre la experiencia de la vida, la propia evolución personal, el conocimiento de otros y de las relaciones humanas, etc. En fin, poseen todo un bagaje cultural importante pero menospreciado y del que no se valora su utilidad. La especialización y tecnificación ya comentada ha ido sustituyendo este tipo de saberes del que se atisba algún intento de recuperación (de tradiciones, folklore, artesanía, p.e.) pero de forma muy tímida.

En cuanto al **NIVEL DE INGRESOS**, como es comprensible, este aspecto viene marcado claramente por el estatus anterior (ya tratado en el 2.3.), pues dependiendo de la trayectoria laboral se tendrán más o menos bienes, ingresos y/o pensión.

Resulta interesante, dejando aparte los problemas de fiabilidad de las fuentes²⁹, poder conocer los niveles de ingresos de los mayores. Los ingresos se deterioran a menudo que aumenta la edad, siendo la pensión mínima de jubilación (con 65 años y con cónyuge a cargo) de 67.050 ptas/mes ó 402,11 euros (INSS, 1999). La pensión máxima puede alcanzar como tope las 295.389 ptas/mes (1.758,27 euros). Pero la pensión no contributiva está en 37.955 ptas/mes (véase 2.7. adjunta) y el S.M.I. en 69.270 ptas/mes. Recordemos que el cálculo de la pensión se halla desde la Base Reguladora y otros factores que variaran según la ley, el país, el régimen y el tipo de pensión³⁰.

²⁹ De forma general, los datos respecto a las pensiones e ingresos suelen mostrar problemas de fiabilidad por diferentes motivos: ocultación, olvido involuntario de ingresos-ayudas esporádicos, cada encuesta aplica unos intervalos de la cantidad de los ingresos, etc. Un ejemplo de la no disposición de estos datos lo encontramos en la ENSFTE (Encuesta de Necesidades Sociales y Familiares de la Tercera Edad, INSERSO, 1990). Según esta encuesta el 12,7% se coloca en la respuesta "no sabe, no contesta". En nuestro estudio también muchos mayores se han negado a poner sus ingresos en las "fichas complementarias" (véase fichas individuales en anexo CD).

³⁰ La pensión se halla combinando: base reguladora (el promedio de lo cotizado, de lo ganado durante los 15 años precedentes a la jubilación, con la correspondiente ponderación del IPC) y el número años de cotización. Obtenida la base reguladora del pensionista, se le aplica el % correspondiente a su periodo carencial (el 50% para los quince años cotizados y un 2% adicional por cada año más, hasta llegar al 100% de la base reguladora). Con 25 años de cotización se percibe el 80% de la base reguladora y con 35 años el 100%. Tales pensiones se revalorizan anualmente y están sujetas tanto a un importe mínimo cuanto a una cuantía máxima...

Para los cálculos de la pensión en la UE y otras cuestiones relativas a la pensiones véase Ojeda Avilés, A.(1994), *Las pensiones de invalidez y vejez en la UE*. Madrid: Trotta. Concretamente el capítulo 4, pp. 91-133. Recordemos (op.cit. pág., 121) que la pensión de jubilación es incompatible con otra remuneración en España de manera más estricta, pero tiene una compatibilidad parcial en otros países (Bélgica, Dinamarca, Grecia, Italia, Irlanda, Luxemburgo, Holanda) y es compatible plenamente en otros (Alemania, Francia, Portugal y Gran Bretaña).

Tabla 2.7. Pensiones mínimas para 1999, según cuantía (en pesetas y euros/mes), según tipología, edad a partir de la cual puede percibirse la pensión, grado de invalidez, y diferencia según se tenga o no cónyuge a cargo (1).

PENSIONES MÍNIMAS		CON CONYUGE A CARGO ptas/mes (euros) (2)	SIN CONYUGE A CARGO ptas/mes (euros)
Jubilación	- con 65 años:	67.050 (402,11)	56.990 (341,78)
	- menor de 65 años:	58.690 (351,98)	49.735 (298,27)
Incapacidad permanente	- Gran invalidez:	100.575 (603,17)	85.485 (512,67)
	- Absoluta o 65 años:	67.050 (402,11)	56.990 (341,78)
Invalidez provisional y larga enfermedad		49.410 (296,32)	42.295 (253,65)
Viudedad	- con 65 años o más:	56.990 (341,78)	
	- entre 60 y 64 años:	49.735 (298,27)	
	- menor de 60 años:	37.955 (227,62)	
	- menor 60 y con cargas familiares:	45.480 (272,75)	
Orfandad	- por beneficiario:	16.860 (101,11)	
	- absoluta, un beneficiario:	54.815 (328,74)	
Favor de familiares	- por beneficiario:	16.860 (101,11)	
SOVI (Seguro Obligatorio de Vejez e Invalidez)	vejez, invalidez y viudedad:	40.745 (244,36)	
Prestación familiar por hijo/a a cargo mayor 18 años	- minusvalía 65%:	37.955 (227,62)	
	- minusvalía 75%:	56.935 (341,45)	
PENSIONES NO CONTRIBUTIVAS (3):		37.955 (227,62)	
PENSION MAXIMA:		295.389 (1.758,27)	

(1) Las pensiones del sistema de la Seguridad Social se han revalorizado el 1,8% desde el 1 de enero de 1999. Para conocer la cuantía anual basta multiplicar cada pensión "por 14", que son las pagas que se otorgan al año.

(2) 1 euro = 166,744 ptas.

(3) Estas pensiones, financiadas también por la Seguridad Social, pero gestionadas por el IMSERSO y CC.AA., pueden ser de dos clases: invalidez (menor 65 años) y jubilación (65 años y más), para cuya percepción hay que cumplir determinados requisitos: insuficiencia de recursos, residir en territorio español, entre otros.

FUENTE: Elaboración propia en base a información del B.O.E. (enero de 1999) y del INSS (Instituto Nacional de Seguridad Social), 1999.

Según la ENSFTE (INSERSO, 1990), los ingresos están marcados por la edad y por el sexo (las mujeres presentan una distribución de ingresos más deteriorada que los hombres). Esto puede explicarse por las diferencias socio-económicas intergénero durante la vida activa, de modo que la mujer tiene menos posibilidades de disfrutar de una pensión de jubilación (como se constata en varios estudios consultados), y en el caso de disfrutarla su cuantía es menor. El estado civil también incide sobre la situación económica: la situación de casado/a es favorable a unos mayores ingresos, en cambio, la viudedad (que afecta mayormente a las mujeres), implica unos menores ingresos mensuales y una peor situación socioeconómica.

Según esta misma encuesta (INSERSO, 1990), el modo de convivencia (muy relacionada con el estado civil), es otro de los factores importantes que explican las diferencias económicas. La situación más precaria se da entre las personas mayores que viven solas, y la mejor entre los que viven con su pareja. Debemos recordar que entre las personas que viven solas son mayoría mujeres viudas de edad avanzada (este sería el perfil más negativo). Si a este panorama añadimos que estas viudas han sido amas de casa y no han trabajado de forma remunerada (o lo han hecho de forma puntual y esporádica), la situación empeora. El hábitat también incide sobre la cuantía de los ingresos: en el medio urbano se da una mayor representación de los grupos de ingresos

altos.

Varios estudios coinciden en afirmar que la fuente principal de ingresos de los mayores es la pensión (GAUR, 1975; Díez Nicolás, 1996; CIS, 1990; Cano, 1990). Siguiendo con la misma encuesta (ENSFTE 1990), para el 62,8% de los entrevistados/as la pensión constituye la fuente principal de ingresos de su núcleo familiar. La mayor parte (89,1%) son pensiones de la Seguridad Social. El resto pertenecen a los sistemas de clases pasivas y regímenes funcionales de Seguridad Social, como MUFACE, MUNPAL e ISFAS, o son pensiones asistenciales de tipo no contributivo. Si se tiene en cuenta que, además de las pensiones de jubilación, las personas mayores se benefician de otros tipos de pensiones (invalidez, viudedad, favores familiares, asociaciones benéfico-caritativas, etc.) el nivel de ingresos de los mayores, en general, asciende. Por ejemplo, el 15% declaran recibir ayudas económicas habitual u ocasionalmente, de sus familiares; y a la inversa, un 35% ofrece determinadas cantidades de dinero a sus familiares u otras personas.

Llama la atención como el 60,85% de las pensiones por jubilación y el 86,45 de las pensiones de viudedad están por debajo de las 65.000 ptas/mes (INSS, 1998). La distribución de las pensiones por cuantías actual se concentra en los niveles medio-bajo. La pensión media general es de 73.754 ptas/mes. Para conocer la pensión media de todos los tipos de pensiones en la actualidad (*Evolución mensual de las pensiones del sistema de la seguridad Social*, Enero 1999, INSS³¹) véase tabla 2.8. adjunta.

El 23,71% de las pensiones por jubilación y el 12,07 de las de viudedad oscilan entre 65.001 y 125.000 ptas/mes. Sin embargo, por encima de las 125.000 pesetas sólo están el 15,44% de las pensiones de jubilación y el 1,48% de las de viudedad (véase tabla 2.8.). Ello explica claramente que la mayor parte de mayores tiene un nivel de ingresos medio-bajo lo cual se refleja en nuestro diseño de investigación (capítulo 6) y en los análisis (véase capítulo 8). Siguiendo a López Jiménez (1993), no se puede hablar globalmente de las personas mayores como una población pobre, ya que por ejemplo, es el grupo que acumula más patrimonio en sus manos, tiene una menor presión fiscal y unas cargas familiares más reducidas (...), de manera que pueden incluso ser considerados "menos pobres" que otros grupos de edad. Pero ello no evita que la pensión muchas veces no alcance el salario mínimo interprofesional, y que continúen existiendo grupos particularmente poco protegidos (viudas, enfermos crónicos, trabajadores agrícolas, pequeños comerciantes, artesanos, obreros no cualificados, entre otros) que "entran en un círculo de privación acumulativa, ya que la aceptación sucesiva de desventajas económicas se une a un bajo nivel de exigencia que atrofia sus aspiraciones, produciéndose lo que Rosenmayr (1979) llama 'autoincurrida privación social'" (López Jiménez, 1993, p. 203-204). También Díez Nicolás concluye (1996:44) que aún siendo mejorables las condiciones de vida de los mayores (en relación a otros grupos de edad y a su vida anterior), excepto para una pequeña minoría no se puede hablar de marginación o indigencia en este segmento poblacional.

Empero, en un reciente estudio sobre *Las condiciones de vida de la población pobre en España* (EDIS et al, 1998) las tasas de pobreza de los mayores aún siguen siendo elevadas a pesar de la reducción del riesgo de pobreza en estas edades. La pobreza está viendo un cambio de "patrón" en España (pág. 134) caracterizado por una diversidad de factores. La pobreza se concentra en las mujeres (lo que se denomina "feminización de la pobreza"), en los hogares encabezados por mayores de 65 años, en los hogares monoparentales, en los que tienen menor nivel de estudios y tasas más altas de analfabetismo, en determinados núcleos urbanos y

³¹ Estos datos tan recientes (a 1 de enero de 1999) no están publicados. Se trata de una edición-informe interno mensual del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, INSS. Han sido facilitados en dos ocasiones (1997 y 1999) por Felisa Suárez, de la Subdirec. Gral de Estudios e Informes Socioeconómicos del INSS.

comunidades autónomas³². Si observamos las tasas y datos relativos a la pobreza que aporta el estudio, la pobreza está bastante patente en los mayores de 65 años (11,3% del total de pobres son mayores de 65 años (EDIS, 1998:710). Pero esta tasa se eleva si se mira la pobreza por otras variables: estudios, estado civil, ocupación. Además, del total de encuestados que señalaron diversas causas de pobreza, “la edad avanzada” era la segunda causa señalada, después de “el paro, trabajo precario”, señalado por un 58,7% de los entrevistados. Otros porcentajes tenían menor respuesta (enfermedad, falta de salud, 10,2% o las injusticias sociales, 6,7%, al que se añaden: carencias educativas, deudas, problemas de adición, barrio de residencia, vivienda). Como se puede observar todas ellas están relacionadas entre sí (pág. 361-363). En general, la combinación de factores socio-económicos, educativos y sanitarios, como por ejemplo, falta de salud y analfabetismo, falta de salud y desintegración social, paro y desintegración social (más pesimismo, problemas de vivienda...) conduce a situaciones de pobreza y malestar aún más acusadas (430-431). Todo ello, también abordado por otros autores (p.e. Renes, 1993:122-128; 168-171; Paniagua Mazorra, 1989, Millar, 1984; Pérez Ortiz: 470-483), conduce a que los mayores tengan mayor riesgo de pobreza (que cumplan el “perfil” de pobre) por encontrarse en muchas de las situaciones graves detectadas (en relación a los estudios, actividad, modo de convivencia y otras variables) por estos expertos y según estudios de contextos no españoles³³. A pesar de los avances en pensiones y servicios *no* se ha conseguido que los mayores “*dejen de afrontar un riesgo de pobreza que prácticamente duplica el riesgo medio de toda la población*” (Pérez Ortiz, 1997:481).

La tesis de que los mayores tienen un bajo poder adquisitivo y sólo son perceptores no está nada clara, es sólo una verdad a medias (ver capítulo 8.3.). Efectivamente, aunque sus ingresos disminuyan, sus demandas de consumo siguen siendo las mismas en algunos aspectos (necesidades básicas, p.e.) y distintas en otros (servicios sociales, atención médica, seguros, etc.) que están resultando ser más importantes de lo que en realidad se pensaba hasta hace poco. De hecho, los expertos subrayan las nuevas necesidades de los mayores y la capacidad de consumo y gasto de los mismos. Los mayores como fuente de inversión y como un campo con perspectiva futura (están conformando “nuevos yacimientos de empleo”) está empezando a ser analizado y a tenerse en cuenta. Baste observar como se han volcado varias empresas intentando “captar” el supuesto menor poder adquisitivo de los mayores (aseguradoras, Bancos y Cajas con propuestas de planes de pensiones, oferta de viajes, de servicios, etc.). Las aportaciones de los mayores en estas áreas resultan, pues, cada día más patentes e “interesadas”³⁴.

³² Según la Encuesta de Presupuestos Familiares 1990-1991 (Pérez Ortiz, 1997:476) son 2.830.495 los hogares encabezados por mayores de 65 años, es decir la cuarta parte de hogares españoles. Estos hogares presentan mayor incidencia de pobreza, junto a los hogares unipersonales o encabezados por un parado con hijos (p. 479). Cada una de las formas de convivencia tendrá distintas implicaciones. El modo de convivencia predominante es el compuesto por mayores solos o en pareja. Pero también se dan otras formas de convivencia: que el mayor sea el principal sustentador del hogar; o estar viviendo con otros (generalmente los hijos) sin ser el mayor el cabeza de familia. El primer caso tienen la ventaja de “ser menos dependiente”, pero también el tener que soportar una mayor carga; la segunda implicará un mayor bienestar económico pero quizás también una pérdida de autonomía (véase apartado 8.3.).

³³ A nivel internacional se confirma lo que venimos comentando, sobre todo en las zonas más depauperadas y países en desarrollo (NN.UU., 1988; Schulz, Borowski y Chrown, 1989; Morris y Scott, 1988; Herzog, 1989, Dooghe, 1992; Pickard, 1995, entre otros. Véase bibliografía).

³⁴ Para conocer esta faceta de los mayores como consumidores, otros comportamientos o aportaciones en relación al mercado financiero consúltense los siguientes estudios: “El perfil de los consumidores mayores” (I. Grande), “Las personas mayores en su faceta de consumidoras” (J.A. Granados), “El comportamiento de las personas mayores en el mercado inmobiliario” (M. Eyries), “Las edades doradas y el comportamiento financiero” (F. Bosch) o la “Evaluación multidimensional de las necesidades de los ancianos” (B. Gonzalez) y otros artículos en *Las aportaciones económicas de las personas mayores* (SECOT, 1995).

También, la obra de I. Grande (1993), *Marketing estratégico para la Tercera Edad*; INSERSO (1990), *La*

Tabla 2.8.: Distribución del número de pensiones de jubilación y de viudedad por tramos de cuantía. En números absolutos y en porcentajes, 1998.

CLASE DE PENSIONES ↓ TRAMOS DE CUANTÍA	JUBILACION			VIUEDAD		
	Número	%	% por intervalos(1)	Número	%	% por intervalos
Hasta 10.000 Ptas	37.999	0,87	60,85	36.821	1,92	86,45
10.001 - 15.000	44.826	1,03		12.513	0,65	
15.001 - 25.000	34.319	0,78		164.638	8,57	
25.001 - 35.000	131.737	3,01		273.780	14,26	
35.001 - 45.000	408.733	9,35		248.242	12,93	
45.001 - 50.000	132.533	3,03		112.778	5,87	
50.001 - 55.000	927.950	21,22		681.707	35,50	
55.001 - 60.000	290.650	6,65		77.251	4,02	
60.001 - 65.000	651.953	14,91		52.516	2,73	
65.001 - 70.000	186.338	4,26	23,71	55.306	2,88	12,07
70.001 - 75.000	93.546	2,14		35.072	1,83	
75.001 - 80.000	85.116	1,95		32.407	1,69	
80.001 - 85.000	80.597	1,84		29.490	1,54	
85.001 - 90.000	78.658	1,80		21.208	1,10	
90.001 - 100.000	157.024	3,59		24.701	1,29	
100.001 - 125.000	355.800	8,14	15,44	33.417	1,74	1,48
125.001 - 160.000	328.541	7,51		25.062	1,31	
160.001 - 284.198	345.860	7,91		3.264	0,17	
Más de 284.198	794	0,02		15	0,00	
TOTALES	4.372.974	100	100	1.920.188	100	100

(1) Se han sumado los porcentajes del primer intervalo hasta 65.000 ptas/mes considerando que la pensión media de los últimos años está en torno a esta cifra (1995: 63.655 ptas/mes -INSS, 1996- y 69.998 ptas/mes en 1997 -INSS, 1998-). Igualmente observamos que la pensión mínima de jubilación es de 67.059 ptas/mes (402,11 euros) y la de viudedad es de 56.990 ptas/mes (341,78 euros) (véanse tablas adjuntas). Hubiésemos podido establecer otros intervalos de porcentajes acumulados pero consideramos los escogidos demostrativos y adecuados para nuestro diseño de la parte empírica (véase capítulo 6).

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Instituto Nacional de la Seguridad Social, *Informe Estadístico 1997*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, INSS, 1998, pág. 286.

Si observamos la distribución de pensiones por edades (véase tabla 2.10 al final del epígrafe) podemos ver la coherencia de lo dicho anteriormente: de todos los pensionistas por jubilación la mayor parte son mayores de 65 años (el 92,14%, pensión media: 73.571,6 ptas/mes) y las pensiones por viudedad se concentran también en los/as mayores de 65 años (el 77,79%, pensión media: 48.098,8 ptas/mes). La pensión mínima según el BOE (I-1999) es de 67.050 ptas/mes (jubilación mayor de 65 años) y de 56.990 ptas (viudedad, mayor 65 años) (véase tabla 2.7.). Aunque casi todas las personas mayores son jubilados/as o cobran pensión por viudedad, hay una minoría que es menor de 65 años, y otra minoría que cobra pensiones de otro tipo.

Si tenemos en cuenta los Regímenes de las pensiones por jubilación observamos que la mayoría, siempre hablando de pensiones públicas (que son la mayoría hasta hoy, aunque poco a poco van proliferando los fondos privados de pensiones) pertenecen al Régimen General de la Seguridad Social (52,96%), al Régimen Agrario por cuenta propia (12,64%), Trabajadores Autónomos (10,87%), y Régimen Agrario por Cuenta Ajena (9,23%). Los otros Regímenes representan menores porcentajes. Si atendemos a las pensiones por viudedad (1.956.655 de

tercera edad en España: Necesidades y Demandas; I. Casals (1996) "La gent gran com a consumidor de serveis", etc. (véase Bibliografía). Además, la lista se vuelve más amplia, si incluimos las obras destinadas, con consejos y otras recomendaciones para los mayores: "Asegure su futuro", "Dónde invertir sus ahorros", etc. son algunos de los títulos de obras divulgativas que se pueden encontrar en cualquier librería.

pensiones sobre el total de 7.476.202 que otorga la Seguridad Social) la distribución es similar (INSS, 1998. Véase tabla 2.9. adjunta). Para conocer el nivel de pensiones según las Comunidades Autónoma véase tabla 3 en el anexo.

Tabla 2.9.: Distribución de las pensiones de jubilación y viudedad por regímenes de la Seguridad Social. Número absoluto de las pensiones, importe-gastos y pensión media (en pesetas).

CLASE DE PENSION--	JUBILACION			VIUEDAD			% TO-TAL(1)
REGIMENES 	Número	Importe	Pensión media	Número	Importe	Pensión media	
General	2.259.421	225.928.552.769	99.994	1.060.823	58.635.222.542	55.273	52,96
Trabajadores Autónomos	492.032	28.519.465.525	57.963	211.749	8.672.338.593	40.596	10,87
Agrario Cuenta Ajena	368.105	21.724.568.147	59.017	208.239	9.252.657.831	44.433	9,23
Agrario Cuenta Propia	638.170	35.307.601.943	55.326	213.205	8.078.625.043	37.891	12,64
Trabajadores del Mar	67.689	6.926.552.037	102.329	41.364	2.092.031.100	50.598	1,71
Minería del Carbón	45.364	7.382.276.515	162.734	22.293	1.272.610.839	57.086	1,05
Empleados de Hogar	171.881	8.840.742.127	51.435	6.804	205.299.801	30.173	2,79
Accidentes de Trabajo	38.311	2.362.576.591	61.668	61.499	3.746.232.082	60.915	2,51
Enfermed. profesionales	12.040	1.854.731.805	154.047	17.582	1.051.074.962	59.781	0,61
SOVI(2)	279.961	9.599.457.327	34.289	76.630	2.145.532.922	27.999	5,63
TOTAL	4.372.974	348.446.524.786	79.682	1.920.188	95.152.525.715	49.554	100

(1) Distribución porcentual del total del número de pensiones por regímenes. Se refiere a todas las clases de pensiones del sistema de la Seguridad Social. Estas son: jubilación, viudedad, invalidez, orfandad, favor familiares.

(2) SOVI: Seguro Obligatorio de Vejez e Invalidez.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Instituto Nacional de Seguridad Social, *Informe Estadístico 1997*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, INSS, 1998, pág. 237.

Tabla 2.10. Distribución de las pensiones de jubilación y viudedad por sexo y grupos de edad. Números absolutos, porcentajes, pensión media. 1997 y 1999.

CLASE PENSION⇒	JUBILACION								VIUDEDAD							
SEXO⇒	HOMBRES		MUJERES		TOTAL				HOMBRES		MUJERES		TOTAL			
EDAD ↓	Núm ero	Pensión media	Número	Pensión media	Número	Intervalo acumulad o (1)	Pensión media	P. media intervalo	Número	Pensión media	Número	Pensión media	Número	Interval o acumula	Pensión media	P. media intervalo
15-19									25	56.400	47	65.285	72		62.200	
20-24									53	44.138	290	47.865	343		47.289	
25-29									299	49.534	2.450	49.923	2.749		49.881	
30-34									1.055	50.624	8.019	53.090	9.074	426.415	52.804	
35-39									2.221	54.156	14.534	56.764	16.755	22,21%	56.419	54.884,7
40-44									3.110	56.208	23.102	58.927	26.212		58.604	
45-49									4.506	57.051	37.899	58.409	42.405		58.265	
50-54	757	220.550	18	63.791	775	343.909	216.909		6.094	55.430	62.607	56.074	68.701		56.017	
55-59	2.978	143.713	32	115.732	3.010	7,86%	143.415	149.943,6	6.832	52.551	84.559	53.243	91.391		53.192	
60-64	290.430	93.810	49.694	64.357	340.124		89.507		12.582	49.714	156.131	54.535	168.713		54.176	
65-69	887.669	99.697	339.633	65.320	1.227.302		90.183		17.208	46.937	236.941	54.744	254.149		54.216	
70-74	754.251	93.640	345.382	61.161	1.099.633	4.029.065	83.439		21.154	42.209	301.053	51.694	322.207	1.493.773	51.072	
75-79	511.722	87.903	292.561	56.427	804.283	92,14%	76.454	73.571,6	21.866	38.627	317.521	48.324	339.387	77,79%	47.699	48.098,8
80-84	286.630	75.240	214.087	50.634	500.717		64.719		18.301	35.056	270.489	45.263	288.790		44.616	
85 y más	205.997	61.115	191.133	44.384	397.130		53.063		19.301	30.628	269.939	43.768	289.240		42.891	
Total	2.94	90.498	1.432.540	57.481	4.372.974		79.682		134.607	42.527	1.785.581	50.083	1.920.188		49.554	
Total (2)	0.43															

Edad media 72 75 73 71 72 72
TOTAL
SISTEMA(3)
Número⇒ 7.039.678 ⇒ Pensión media⇒ 63.655

- (1) Fijémonos que si tomáramos a los mayores de 60 años el porcentaje de jubilados aumentaría aún más, por lo que podemos considerar que casi todos los jubilados son mayores, aunque jubilados no sea equivalente a mayor de 65 años. Hay jubilados a partir de 50 años, pero vemos que se concentran en las edades más elevadas.
- (2) Últimos datos, nos indican un ascenso del total de pensiones. Fuente: Boletín Mensual de Estadística, INE, Julio 1997 (pág. 288), y *Evolución Mensual de pensiones...* (1999, INSS)
- (3) El total de pensiones (incluyendo todas las clases: jubilación, viudedad, invalidez, orfandad, favor familiar), es el indicado. Pero según últimos datos, el número total de pensiones es de 7.476.202 (que no pensionistas), y la pensión media de 73.754 ptas. *Evolución Mensual de Pensiones del Sistema de Seguridad Social*, Enero 1999, INSS.
- Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INSS (Instituto Nacional de Seguridad Social), *Informe Estadístico 1997*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, INSS, 1998, págs 269-275; y *Boletín Mensual de Estadística*, INE, 1997, pág. 288. y *Evolución Mensual de Pensiones del Sistema de la Seguridad Social*, INSS, 1999.

2.5. ESTADO CIVIL, MODOS DE CONVIVENCIA Y HABITAT

Estos factores también nos sirven para contextualizar y completar el baile de datos sobre la situación actual de los mayores. De forma general, el 20% de los mayores viven solos. Y si contrastamos este porcentaje en relación a la población de todas las edades que vive en hogares unipersonales, la cifra asciende: el 48% de la población que vive sola son mayores de 65 años (Durán, 1990).

El modo de convivencia predominante es el compuesto por mayores solos o en pareja. Según la Encuesta de Presupuestos Familiares (Pérez Ortiz, 1997:476-477), los hogares encabezados por mayores son relativamente pequeños en número de miembros (2,2 personas por hogar), en comparación con el total de hogares (3,4). La cuarta parte de los hogares encabezados por mayores está formada por una sola persona, y algo más de la tercera parte (37,9%) por una pareja en la que el sustentador principal es mayor. Aproximadamente la mitad de los mayores encabeza su propio hogar y un 25% tienen miembros de otras edades. Lo que es importante señalar es que las formas de convivencia marcarán tanto el bienestar económico, como las actividades, como la disponibilidad de apoyo, etc, que aquí vamos a esbozar (véase también 8.3.).

En cuanto al estado civil, llama la atención el que la mayor parte de los hombres permanece "casado" (77,13% de los hombres mayores están casados), pero la proporción es bastante inferior en las mujeres (el 40,54%. Véase tabla 2.11. adjunta). Esto es debido al hecho diferencial de que la edad de contraer matrimonio es siempre mayor en los hombres y que unido a la menor esperanza de vida de los mismos ocasiona un menor número de viudos y mayor cantidad de mujeres solas.

Tabla 2.11. Población de 65 y más años según el estado civil por género. Absolutos, porcentajes y totales.

SEXO →	HOMBRES			MUJERES			TOTALES	
ESTADO CIVIL ↓	Total	% sobre hombres	% sobre total mayores	Total	% sobre mujeres	% sobre total mayores	Absolutos por filas	%
Casado	1.703.370	77,13	31,71	1.296.176	40,54	24,13	2.999.546	55,85
Soltero	158.203	7,16	2,94	397.902	12,58	7,40	556.105	10,35
Viudo	332.879	15,07	6,19	1.450.257	45,86	27,00	1.783.136	33,20
Separado	9.876	0,44	0,18	12.814	0,40	0,23	22.690	0,42
Divorciado	3.928	0,17	0,07	4.847	0,15	0,09	8.775	0,01
Total	2.208.256	100	41,09	3.161.996	100	58,85	5.370.252	100

Fuente: Elaboración propia en base a los datos del *Censo de Población de 1991, Tomo I, Resultados Nacionales*. INE, 1994, pág. 35 y 36.

Pero la viudedad no es sólo un dato socio-demográfico, sino un fenómeno social que deja a las mujeres, sobre todo, ante un modo de vida condicionado aún por la situación social del marido (Cluzel, 1983; Alberdi y Escario, 1986; Arber y Ginn, 1991; Bazo, 1993; Brown y Laskin 1993)³⁵. Esta situación está cambiando debido a la autonomía alcanzada por las

³⁵ Varios estudios, la mayor parte de contextos extranjeros, se centran en la situación de mayor soledad de los mayores, sobre todo de las mujeres. Además de los citados, otros son: Centre Internationale de Gerontologie Sociale (1975), Collot et al. (1992), Friedan (1994), Gibson (1985), Freixas (1993), entre otros

mujeres con su incorporación al trabajo, pero aún se trata de una posición especial que caracteriza a las mujeres mayores de hoy. Pero de forma general la viudedad viene implicando un cambio negativo sobre la salud física y mental, e incluso puede conllevar una muerte prematura (Gallegner, Thompson y Peterson, 1981; en Montorio, 1994:20). Aragón (1986:312) también señala que hay más del doble de viudas mayores de 75 años que viudos de la misma edad, y que la mortalidad aumenta en los viudos/as, además de producirse una pérdida de identidad, aumento de la soledad, aislamiento emocional y social (véase parte III).

La proporción de mujeres solteras es también mayor que la de los hombres siendo un grupo más proclive a la posibilidad de ser económicamente más activas que las casadas o divorciadas/separadas. Alrededor del 85% de la población mayor que vive sola son mujeres, no sólo en España sino también en otros países (Rouet, 1986; López Jiménez, 1993:129). Las mujeres pueden sufrir un aislamiento precoz en torno a los 50-60 años (con la partida de los hijos/as) o en torno a los 70-75 años con el fallecimiento del marido. La mayor esperanza de vida de las mujeres y el hecho de que suelen contraer matrimonio con hombres mayores que ellas, hace que la distribución del estado civil en la población mayor de 65 años siga pautas muy diferenciadas por sexo. Más concretamente, el porcentaje de mujeres mayores viudas (46%) sobrepasa claramente al de hombres en esta situación (16%). La tasa de viudedad crece, lógicamente, a medida que aumenta la edad; por tanto, es necesario señalar que el ritmo de crecimiento es más acelerado en el caso de las mujeres. La tasa de viudedad tras cumplir los 80 años alcanza el 40% en el caso de los hombres y se eleva al 80% en el caso de las mujeres. En contrapartida, las mujeres presentan una mayor morbilidad y constituyen un grupo que, a medida que aumenta en edad, genera un gran número de demandas de atención y cuidados.

Ser viuda y sin hijos, pues, puede llegar a ser una doble amputación, ya que no sólo pierde el marido (que le otorgaba estatus) sino también el apoyo de los hijos/as, de ahí que la viudedad sea un problema claramente psicológico y social. Según el sociólogo catalán Salvadó (1996), *"La soledad de las mujeres viejas no se puede explicar únicamente por este factor biológico..."*, es decir por una mayor esperanza de vida femenina, sino que *"nos damos cuenta que hay una tendencia (digamos "cultural") a permitir que las mujeres viudas vivan solas más que los viudos. Así, la soledad de las mujeres viejas se explica tanto por razones biológicas como por convencionalismos sociales que se esconden detrás de la división sexual del trabajo"* (p. 480-81)³⁶. Por tanto, el aislamiento social (al igual que los bajos recursos o el deterioro) parece algo consustancial a la vejez y de ahí que se generen representaciones sociales negativas en este sentido (véase capítulo 10). Pero el tema de la soledad puede ser algo muy subjetivo, ya que una persona puede sentirse sola aún estando acompañada o a la inversa. Además, debemos distinguir varios niveles de aislamiento (social, cultural, relacional, territorial-espacial) que desgraciadamente cuando aparece lo hace en distintas facetas vitales (ver apartado 9.5.).

No podemos olvidar que, actualmente, aislamiento, género femenino, viudedad, bajo estatus socio-económico suelen darse en un mismo lote. Se ha demostrado además que el aislamiento y soledad pueden tener graves consecuencias: menor relación y apoyo psico-social, aumento del consumo de medicamentos u otras sustancias peligrosas, actividades pasivas y dentro del hogar, entre otras, lo cual puede convertirse en un acelerador de las enfermedades no sólo físicas sino psíquicas, un acelerador del envejecimiento y, en última instancia, de la muerte. De todos modos, el tema de la soledad y de las relaciones, que podría ser objeto de otros estudios y tesis, son retomados en capítulos posteriores.

Pasemos a otra cuestión. El aumento de la cohabitación es uno de los cambios que está viviendo la sociedad de hoy. De todas maneras, en los mayores apenas se observa esta

(véase bibliografía).

³⁶ Este sociólogo catalán centra su estudio en Cataluña, concretamente en el área metropolitana de Barcelona (Encuesta Metropolitana de Barcelona, 5.701 casos, 1986-1990).

vida en pareja sin haber pasado por la sacristía. Los cambios de las pautas familiares están invalidando el concepto clásico predominante de "familia" (familiar nuclear, padre/madre/hijo) frente a diversos y nuevos modelos familiares emergentes. Por ejemplo, el hogar unipersonal es frecuente en la gente mayor. La familia extensa tan característica hasta hace pocos años, parece que está en extinción. De todas maneras, algunas investigaciones concluyen en que estos cambios no son tan acelerados y la familia extensa ha derivado en familia "extensiva". Roigé (1996), que analiza el caso de las zonas rurales en Cataluña, llega a la conclusión general de que si bien el tipo familiar extenso está en disminución ello no implica una disminución de la importancia y apoyo de la familia sino que cambian las formas. Es lo que viene denominándose "intimidad a distancia" (Ronsenmayr y Kocheis, 1963) para referirse a este cambio crucial en el que no desaparecen las relaciones familiares entre generaciones sino que dejan de convivir bajo el mismo techo, pero las relaciones de apoyo no dejan de producirse. La familia sigue siendo central (véase apartado 9.5.) y su papel sigue siendo igualmente importante.

Sobre datos del CIS (1990), el 53% del conjunto de la población mayor convive con el cónyuge o con su cónyuge e hijos/as. Esta proporción es muy superior en los hombres (70%) frente al 40% de las mujeres. Estos datos concuerdan con lo comentado anteriormente de la mayor esperanza de vida en las mujeres y, por tanto, la mayor probabilidad de quedar viudas y por ende de vivir solas.

Algunos datos sobre las **modalidades de convivencia** de las personas mayores muestran claramente la relación entre éstas y la edad. Según datos del Censo de 1991, del total de mayores de 65 años, 5.229.142 viven en viviendas unifamiliares y sólo 141.110 (e. 2,6%) en establecimientos colectivos (véase tabla 2.6.). A excepción de las personas que viven en residencias, la mayor parte y siguiendo al CIS (1990), habita en viviendas de su propiedad o de la pareja (58%). Un 16% se aloja en viviendas de alquiler y una cifra similar (15%) lo hace en el domicilio de algún hijo/a. Algo más de las dos terceras partes (68%) de los que conviven con sus hijos/as lo hacen de manera permanente, frente a un 15% que cambia de familiar por temporadas, sobre todo en las grandes ciudades. A esta situación se añaden los problemas de vivienda, fundamentalmente en las grandes ciudades, tanto de los mayores como de sus familiares. Las de los primeros suelen estar deterioradas, y las segundas suelen disponer de espacio limitados con la consecuencias que de ello pueden derivarse³⁷.

Los porcentajes de los que viven con la pareja e hijos van disminuyendo con la edad, de tal forma que a los 80 años, sólo un 21% viven con su pareja, y el porcentaje de quienes viven con la pareja y los hijos se reduce al 5%. La disminución de la frecuencia de estas formas de convivencia, claramente asociada a la pérdida de la pareja, va acompañada de un aumento del porcentaje de personas que viven solas, pero sobre todo del de aquellas que viven en casa de los hijos. Parece, por tanto, que mientras vive la pareja, las personas mayores prefieren vivir con la misma de forma independiente y la pérdida de la pareja es la que lleva a la persona a vivir con los hijos/as. Hay que añadir, además, que las modalidades de convivencia siguen pautas diferenciadas por sexo. Dado que el enviudamiento es más frecuente entre las mujeres, también es más frecuente que éstas vuelvan a vivir con los hijos/as cuando avanza la edad.

Un análisis de los motivos por los que las personas mayores viven solas nos revela que la situación no es, en general, problemática. Siguiendo datos del CIS (1990), un 41% de los hombres y un 51% de las mujeres que viven solas/os declaran que lo prefieren o que pueden valerse por sí mismas/as. Estos datos nos indican que para la mayoría de las personas mayores que viven solas la situación no tiene un carácter forzoso. Un 24% de hombres y un

³⁷ En este caso no vamos a detenernos en las condiciones de las viviendas de los mayores, lo cual requeriría análisis más extensos. De todas maneras, parece relevante recordar algunas referencias que se encargan del estudio de las viviendas de las personas mayores en algunos de sus capítulos (GAUR, 1975; INSERSO, 1990, 1993; Bazo, 1990; Bergvelt, 1992; Cortés, 1997, entre otros).

20% de mujeres señalan simplemente que enviudaron y los hijos se independizaron sin aclarar si esto representa un problema. La vivencia en solitario de forma forzosa afecta a un 13% de la población (porcentaje muy similar para hombres y mujeres), que dicen vivir solos/as por no tener a nadie con quien compartir un mismo techo. Y la situación más grave es el 7% de hombres y 6% de mujeres que afirman que nadie quiere hacerse cargo de ellos.

Según la encuesta CIRES (1992), el propio estado de salud y la capacidad económica son las variables que influían considerablemente sobre el lugar de domicilio del anciano (solo o acompañado). En los niveles más altos es más frecuente que los mayores vivan solos (Durán y Rodríguez, 1996). De todas maneras, recordemos que la imagen estereotipada de los mayores aislados en residencias y asilos es errónea y espúrea, pues según los datos de diferentes encuestas el porcentaje de los mayores que habita en ellas es poco significativo. Pensamos que la representación negativa de los mayores viviendo en Residencias se generaliza a toda la población mayor debido a que las noticias muchas veces referidas a estos contextos son llamativas y alarmantes (malos tratos, fraudes, abandono, aislamiento, malas condiciones de vida, etc.) (véase INSERSO, 1995:112-121 y capítulo 11). Aunque esto no implica, tal como indican los hechos, que la situación del mayor en estos establecimientos sea, ni mucho menos, generalizable a todo el segmento de población de edad.

Tabla 2.12. Población de 65 y más años por clase de vivienda y estado civil. Absolutos y porcentajes por grupos quinquenales.

ESTADO CIVIL II	GRUPOS DE EDAD						Total y % de fila
	de 65 a 69 años	de 70 a 74	de 75 a 79	de 80 a 84	85 y más		
AMBOS SEXOS							
Población mayor que habita en viviendas unifamiliares							
Solteros/as	157.744	120.151	97.267	65.318	41.057	481.537	9,20
Casados/as	1.317.043	822.163	516.450	244.250	84.991	2.984.897	57,08
Viudos/as	323.403	362.669	404.134	352.769	289.836	1.732.811	33,13
Separados/as	9.865	5.707	3.351	1.653	820	21.396	0,40
Divorciados/as	4.495	2.259	1.154	442	151	8.501	0,16
Total columnas	1.812.550	1.312.949	1.022.356	664.432	416.855	5.229.142	100
Población mayor que habita en establecimientos colectivos(1)							
Solteros/as	17.270	15.015	15.711	14.176	12.396	74.568	52,84
Casados/as	1.504	2.388	3.835	4.175	2.747	14.649	10,38
Viudos/as	2.288	4.899	10.426	15.062	17.650	50.325	35,66
Separados/as	343	327	301	218	105	1.294	0,91
Divorciados/as	80	68	74	32	20	274	0,19
Total columnas	21.485	22.697	30.347	33.663	32.918	141.110	100
HOMBRES							
Hombres mayores que habitan en viviendas unifamiliares							
Solteros	58.729	33.975	23.348	14.339	7.886	138.277	6,38
Casados	714.031	456.375	306.850	158.453	60.217	1.695.926	78,25
Viudos	57.445	60.419	69.837	69.472	63.211	320.384	14,78
Separados	4.302	2.376	1.378	643	261	8.960	0,41
Divorciados	1.981	987	530	172	62	3.732	0,17
Total columnas	836.488	554.132	401.943	243.079	131.637	2.167.279	100
Viviendo en establecimientos colectivos							
Solteros	5.752	4.457	4.345	3.347	2.025	19.926	48,62
Casados	814	1.064	1.793	2.185	1.588	7.444	18,16
Viudos	873	1.460	2.646	3.508	4.008	12.495	30,49
Separados	277	231	191	146	71	916	2,23
Divorciados	62	48	48	23	15	196	0,47
Total columnas	7.778	7.260	9.023	9.209	7.707	40.977	100
MUJERES							
Mujeres mayores que habitan en viviendas unifamiliares							
Solteras	99.015	86.176	73.919	50.979	33.171	343.260	11,21
Casadas	603.012	365.788	209.600	85.797	24.774	1.288.971	42,09
Viudas	265.958	302.250	334.297	283.297	226.625	1.412.427	46,13
Separadas	5.563	3.331	1.973	1.010	559	12.436	0,40
Divorciadas	2.514	1.272	624	270	89	4.769	0,15
Total columnas	976.062	758.817	620.413	421.353	285.218	3.061.863	100
Viviendo en establecimientos colectivos							
Solteras	11.518	10.558	11.366	10.829	10.371	54.642	54,56
Casadas	690	1.324	2.042	1.990	1.159	7.205	7,19
Viudas	1.415	3.439	7.780	11.554	13.642	37.830	37,77
Separadas	66	96	110	72	34	378	0,37
Divorciadas	18	20	26	9	5	78	0,07
Total columnas	13.707	15.437	21.324	24.454	25.211	100.133	100

(1) Según el Censo "establecimientos colectivos" incluye los siguientes tipos de establecimientos: hoteles, moteles, pensiones; residencias estudiantiles; residencias trabajadores; instituciones de enseñanza; hospitales generales; hospitales psiquiátricos; hospitales larga estancia; orfanatos; asilos, residencias ancianos; instituciones para discapaces; albergues para desvalidos; instituciones de asistencia social; instituciones religiosas; establecimientos militares; instituciones penitenciarias; otros.

Fuente: Elaboración propia en base a datos del *Censo de Población de 1991. Tomo I, Resultados Nacionales*. INE, 1994, pág. 35-36.

En cuanto a la distribución de los mayores por **Hábitat o Ambito Territorial** también parece interesante conocer algunos datos. Vemos que el 58,37% de los mayores de 65 años viven en zonas urbanas (de más de 10.000 habitantes), el 25,06% en zonas rurales y en zonas intermedias sólo el 16,56%. Es decir, el 41,62% de mayores viven en entidades de menos de 10.000 habitantes (ver tabla 2.13 al final del epígrafe y esquema del diseño en

capítulo 6). Dentro de la zona urbana, como se comprenderá hay muchas diferencias que se desagregan según intervalos de habitantes (véase tabla 4 en anexo). La distribución del porcentaje urbano es como sigue: 19,63% en zonas de más de 500.000; 17,20% entre 100.001 y 500.000; 5,82% entre 50.001 y 100.000; y 15,70% entre 10.001 y 50.000 hbs.

De todos modos, hemos de decir que aunque en sí mismo el ámbito territorial nos ofrece, de entrada, poca información de la situación de los mayores, no es del todo cierto, pues envejecer en uno u otro hábitat implicará una mayor ausencia/presencia de servicios socio-sanitarios, de redes de apoyo social, distintas posibilidades de participación social, proximidad o aislamiento diferente, por sólo citar algunos puntos.

Según algunos estudios envejecer en el mundo rural (en pueblos de menos de 2.000 habitantes según el INE) es bien diferente al envejecimiento en zonas intermedias (entre 2.001 y 10.000 habitantes) o en ámbito urbanos (más de 10.001 habitantes), y no digamos en zonas metropolitanas o megaurbanas. Pero queremos dejar claro que no se debe meramente al espacio físico donde se envejezca sino por todo lo que el mismo implica de posibilidades/dificultades de vivir la jubilación y el envejecimiento.

Antes de avanzar más, queríamos dejar claro los conceptos adoptados en nuestro estudio en relación al hábitat. Existe un gran debate sobre la utilización del número de habitantes para calificar a un hábitat u otro como rural, urbano y/o megaurbano. La dificultad de definir lo que es “urbano” y “rural” es resaltada por varios autores consultados. Cloke (1977, 1985), solamente para definir lo rural enuncia 16 indicadores: densidad, estructura laboral, vivienda, distancia a núcleos urbanos, etc. Incluso la percepción subjetiva del espacio incide en su consideración (Camarero et al, 1992:19). Aunque el tomar el número de habitantes para diferenciar las distintos entornos espaciales es criticado desde varios frentes, es lo que generalmente se suele hacer por motivos de simplificación y comodidad investigadora y conceptual. En nuestro caso hemos procurado indagar sobre “campos” de distinto número de habitantes, pero tomando en consideración también otros criterios: municipios que se diferencien por dedicarse a sectores productivos diferenciados, de distintas comunidades autónomas (dialectos, costumbres diferentes), y claro está, con posibilidad de acceso para la que escribe. Observemos la falta de acuerdo y algunas de las denominaciones que se utilizan en estudios recientes, para luego justificar la elección de nuestros conceptos:

Cuadro 2.1. Algunos conceptos atribuidos a las zonas-hábitats según el número de habitantes

HABITANTES	INE, Censo 91	INSERSO(1)	CARITAS(2)	INSTITUTO DE LA MUJER (3)
hasta 2.000	rural	rural	-	pequeños asentamientos
hasta 5.000	-	-	rural	-
2.001-10.000	intermedio	rural	-	asentamientos medios
5.001-50.000	-	-	semiurbano	-
10.001-50.000	urbano1	urbano	-	ciudades-pueblo
50.001-500.000	urbano2	urbano	urbano	ciudades
+ 500.001	urbano3	urbano	megaurbano	ciudades

(1) García Sanz et al., utilizan esta denominación en su estudio *Envejecimiento en el mundo rural. Problemas y soluciones* (INSERSO, 1997:13).

(2) Grupo EDIS et al. utilizan esta denominación en *Las condiciones de vida de la población pobre en España* (Cáritas, Foessa, 1998).

(3) Camarero, Sampedro y Vte.-Mazariegos los emplean en *Mujer y ruralidad. El círculo quebrado* (Inst. de la Mujer, 1992:13).

Aunque no se busque la representatividad estadística, se pretende indagar sobre la variabilidad, diferenciación y peculiaridad discursiva que, de hecho, hemos entresacado de los informantes de distintas zonas. Pensemos que otras de las características del método cualitativo es buscar la riqueza, profundizar en los distintos contextos y tipos posibles (en la línea de “tipos ideales” de Weber), “encontrar el detalle”, y este era uno de nuestros objetivos de investigación.

Siguiendo datos y conceptos del INE, veamos algún dato general: del total de

población que vive en zonas rurales (6.996.046 españoles), el 19,23% son mayores de 65 años. Del total de zonas urbanas (25.031.378 españoles) el 12,40% son mayores, y el 13,46% (sobre 6.604.865 españoles) de mayores en zonas intermedias (véase tabla número 2.13 y tabla 4 en anexo).

Tabla 2.13. Población mayor de 65 años según el ámbito territorial de residencia, por sexo. Grupos quinquenales, absolutos, porcentajes. 1991.

GRUPOS DE EDAD ↓	AMBITO TERRITORIAL								
	ZONA URBANA (1)			ZONA INTERMEDIA (2)			ZONA RURAL (3)		
	hombres	mujeres	total	hombres	mujeres	total	hombres	mujeres	total
65-69	487.414	608.135	1.095.549	145.010	159.069	304.079	211.842	222.563	434.407
70-74	319.366	468.844	788.210	95.697	124.191	219.888	146.329	181.219	327.548
75-79	229.392	380.273	609.665	69.388	104.865	174.253	112.186	156.599	268.785
80-84	132.183	258.074	390.257	43.426	73.728	117.154	76.679	114.005	190.950
85-89	54.461	131.157	185.618	18.731	36.752	55.483	34.337	58.232	92.569
90-94	13.604	40.786	54.390	4.523	10.896	15.419	8.814	17.603	26.417
95-99	2.132	7.499	9.631	639	1.953	2.592	1.375	3.320	4.695
100 y más	386	1.274	1.660	127	396	523	215	561	776
Total columna	1.238.938	1.896.042	3.134.980	377.541	511.850	889.391	591.777	754.104	1.345.881
% columna	23,07	35,30	58,37	7,03	9,53	16,56	11,01	14,04	25,06
Total nacional	12.239.979	13.031.378	25.271.357	3.283.229	3.321.636	6.604.865	3.513.238	3.482.808	6.996.046
% de mayores sobre total nacional	12,40			13,46			19,23		

(1) Según criterios del INE, se considera "zona urbana" a las entidades que constan de más de 10.001 habitantes. Véase tabla 4 en anexo para conocer el número de personas mayores de la zona urbana distribuidos por entidades por intervalos de habitantes (de 10.001 a 50.000, de 50.001 a 100.000, de 100.001 a 500.000, más de 500.000 habitantes).

(2) Zona Intermedia: entre 2.001 y 10.000 habitantes.

(3) Zona Rural: hasta 2.000 habitantes.

Fuente: Elaboración propia en base a datos facilitados por la Subdirección General de Censos y Padrón, del INE, en base al Censo de Población de 1991 (datos no editados por grupos quinquenales a partir de 65 y más años). Madrid, Enero, 1998.

CAPITULO 3. TRABAJO, ACTIVIDAD Y JUBILACION EN EL CONTEXTO SOCIO-LABORAL ACTUAL

Este capítulo puede servir, y esa es nuestra intención, de “bisagra” entre esta I parte de contextualización con la II parte sobre revisión teórica. Se trata de englobar la jubilación en el entorno socio-laboral actual. En un principio nos acercaremos a los significados del trabajo a lo largo del ciclo vital, resaltando la última etapa de la vida, y centrándonos en los trabajadores de edad y su situación general de discriminación. Después, se tratan los orígenes de la jubilación; la prejubilación y la jubilación anticipada, y algunos puntos relacionados con los sistemas de pensiones y aspectos jurídicos.

3.1. EL TRABAJO A LO LARGO DEL CICLO VITAL

"La sustancia de la vida reside en la ocupación" (J. Ortega y Gasset)

"Tan sólo en medio de la actividad desearás vivir más de cien años" (Proverbio chino)

"La actividad es la esencia de la felicidad del hombre" (Goethe)

Antes de iniciar este apartado debemos deshacer la confusión entre los conceptos de actividad, trabajo y empleo. Desde un punto de vista económico, los mayores son considerados inactivos (al igual que las amas de casa o los estudiantes). Y uno de los motivos de esta delimitación es la definición reduccionista que suele aplicarse al trabajo, como sinónimo de empleo remunerado. Esta confusión entre trabajo y empleo está profundamente enraizada. Según la investigación internacional MOW (*The Meaning of Work*, 1987) o la encuesta sobre *Significados del Trabajo* española (Alvaro et al., 1995; Crespo et al., 1998:51-70), la población suele utilizar el criterio económico para definir a una actividad como trabajo. Sin embargo, el trabajo puede verse desde distintos puntos de vista: económico (salario, horario determinado), social (aportación a la sociedad, relaciones sociales), psicológico (sentimiento de utilidad, autorrealización, identidad), como deber-obligación interiorizado, como coerción, como derecho, como carga, etc. Pero, la consideración del empleo remunerado como la única forma de trabajo productivo desemboca en una imagen distorsionada, y ello lleva a que se ignoren las aportaciones que no sean remuneradas oficialmente, por ejemplo, la economía informal, doméstica, de subsistencia o voluntariado (Durán, 1987, 1991, 1999; Sanchís, 1988; Gorz, 1991; Prieto, 1994). La consecuencia inmediata es la invisibilidad y desvalorización social (e incluso institucional) de las actividades de los mayores.

Una cuestión que se muestra clara es la programación y socialización, desde nuestro nacimiento, para ser productivos, para trabajar. Ya desde la infancia y juventud toda nuestra formación va orientada a este fin. En la adultez nuestra vida gira en torno al trabajo, pues un tercio de nuestros días los pasamos trabajando y este hecho abarca todas las dimensiones vitales. Muchos son los estudios que confirman la permanencia del *ergocentrismo* aún en la llamada "sociedad del ocio" actual y frente a otras tesis que advierten del “fin del trabajo” (Rifkin, 1996; Offe, 1985, p.e.). Sin embargo, la mayor parte de las investigaciones que analizan la transición a la vida laboral de las personas jóvenes y los efectos del desempleo (Torregrosa, 1989; Torregrosa, Bergère, Alvaro y Crespo, 1989; Alvaro, 1992; Garrido, 1992; Peiró, 1993; Palací y Peiró, 1993; Serrano, 1995; E. Agulló, 1996, etc.) reafirman la tesis del trabajo como factor nuclear en nuestras vidas.

Además, podemos decir que trabajar va mucho más allá del *ganarse el pan*. Es lo que conforma nuestra identidad, hasta el punto que se define lo que *somos* por lo que *trabajamos*. El trabajo se convierte así en el fin último de la persona, en algo consustancial e inherente a la trayectoria vital, en el andamio o esqueleto que sostiene nuestra vida; ello deriva en la anulación y baja estimación psicosocial de la persona cuando no se tiene un empleo remunerado. Esto es, pues, lo que otorga al trabajo quizás un valor extremadamente desorbitado y anacrónico para la coyuntura actual. El tránsito a la vida adulta se conseguirá,

de este modo, a través de la independencia y autonomía que el trabajo reporta a todos los niveles. Torregrosa (1987:11), retoma la definición de Jahoda (Jahoda, 1987:119) y define claramente las distintas funciones de tener un empleo como son: *"obtención de ingresos; imposición de una estructura temporal; establecimiento de vínculos personales y experiencias compartidas fuera de la familia; proposición de objetivos y propósitos que trascienden al individuo, situándole en una dimensión colectiva más amplia; adscripción de un estatus y una identidad social, y obligación de mantener un cierto nivel de actividad"*.

Por otro lado, y en conexión con otros autores, resaltamos los múltiples significados (positivos o negativos) que el trabajo implica. El trabajo ha sido una de las actividades más vilipendiadas por las personas. Es ya clásica la imagen del trabajo (véase Génesis 3:17-20³⁸) como incomodidad, fatiga, castigo, cautiverio, aburrimiento, explotación. Generalmente, en torno al trabajo se observa el estereotipo contrario al placer; a los que dicen disfrutar del trabajo se les tilda de dominados por la "ética puritana del trabajo". No obstante, a la mayoría de las personas (incluso las que tienen trabajos más penosos) no les "disgusta" su trabajo y reconocen las aportaciones positivas del mismo; entonces el trabajo es visto con satisfacción, como comodidad, alivio, felicidad. El trabajo suele ser la medida suprema de la adultez; otra cosa bien distinta y discutible es la satisfacción en el trabajo. Es decir, el hecho de que se valore el trabajo no significa que se esté a favor de todo tipo de "condiciones laborales", pues dependiendo de las mismas se tendrá una actitud positiva/negativa hacia el mismo. Pero, en definitiva, incluso aquellos que se consideran "románticos", menos consumistas, no pueden prescindir de lo que aporta el trabajo en uno u otro sentido; debido a su importancia, es imposible hablar de jubilación y actividad de los mayores sin aludir al trabajo.

Pero antes de avanzar en nuestra reflexión debemos recordar que "trabajar" en el sentido que aquí le otorgamos incluye el sentido de instrumentalidad; es decir, trabajar a cambio de un salario y con un fin material. La definición de Peiró (1993) nos parece acertada: trabajo es el "conjunto de actividades humanas, retribuidas o no, de carácter productivo y creativo que mediante el uso de técnicas, instrumentos, materias o informaciones disponibles permite obtener, producir o prestar ciertos bienes, productos o servicios. En dicha actividad la persona aporta energías, habilidades, conocimientos y otros diversos recursos y obtiene algún tipo de compensación material, psicológica o social".

Dicho esto, el trabajo no deberá confundirse con la actividad, concepto que emplearemos de manera más general para referirnos tanto al trabajo, remunerado o no remunerado (voluntariado, autoproductivo, reproductivo), como a las actividades de ocio o relacionales. De todas formas, no siempre se presentan claramente estos términos, pues lo que para uno significa trabajo para otro puede ser una actividad de ocio. Por ejemplo, para un confitero hacer dulces es su trabajo mientras que para otra persona (o también para el mismo pastelero) esto puede ser un hobby; para un agricultor su trabajo es cuidar la tierra, sin embargo para otro la jardinería puede servir de pasatiempos o descanso. Aquí estribaría una de las principales diferencias entre el trabajo y el ocio o entretenimiento pues el trabajo tendría el sentido de obligatoriedad e instrumentalidad, mientras que el ocio tiene un sentido más expresivo (véase capítulo 9.4.).

También Fericgla (1992) expone que el trabajo es mecanismo de integración económica, que ocupa dos tercios de la vida adulta y el resto del tiempo se distribuye entre obligaciones familiares, sociales, religiosas, de ocio, etc. Pero la satisfacción generalmente está ligada al consumo, y este consumo es posible gracias al trabajo. Por tanto, romper con el trabajo implica "romper con un ritmo y una actividad que ocupa y ha ocupado la mayor parte del tiempo de la vida adulta", y significa también "romper con este mismo 'ethos' que valora

³⁸ Observemos el concepto de trabajo como "castigo" impuesto al hombre por Dios: *"Al hombre le dijo: por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldigo el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida (...). Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado"*.

la producción por encima de todo, el hecho de quedar fuera de una actividad laboral se considera como una falta grave que hay que evitar" (p. 238). De nuevo, se observa el predominio de la cosmovisión productivista-consumista que impera como sistema de valores, la cual queda fuera del alcance o es de difícil acceso para los mayores (también para los parados y la población inactiva general). Dejar de trabajar, sea para el jubilado o el parado, tiene connotaciones mucho más complejas que dejar de ganar dinero.

Está claro, pues, que un tema clave en esta *cibersociedad* sigue siendo el trabajo y todo lo que gira en torno al mismo. Ello no es en vano. Nuestra época está caracterizada por el consumo al que sólo puede llegarse a través del trabajo. Pero las características del mismo empiezan a cambiar: trabajo mecanizado e informatizado, *teletrabajo o trabajo móvil*, *necesidad de formación continua*, etc. Cada vez se dispone de un mayor tiempo de ocio porque la necesidad de trabajar de sol a sol forma parte de la historia. La mecanización e informatización de la mayoría de los empleos conlleva la reducción de mano de obra, y por tanto, menos necesidad de trabajar muchas horas. El trabajo está aumentando su productividad incluso con menos trabajadores y tiempo; por ello se dice que trabajar resulta cada vez más caro en cuanto que la productividad deviene imparable. Aquí podemos enlazar con la tesis de Doeringer y Piore que exponen con "*la teoría del mercado dual de trabajo*" (Toharia, 1975:307-320). Nos parece totalmente vigente la distinción entre los trabajadores del "sector primario" (cualificados, con mejores condiciones de trabajo, mayor acceso a la información y formación, etc.) y los del "sector secundario" (con menor cualificación, peores condiciones de trabajo). Son los trabajadores de este último sector secundario los que más están soportando los efectos de menores horas de trabajo e igual productividad. Es decir, parece que el trabajo produce su propia desaparición, paradójicamente se está autoliquidando...

Sin embargo, no podemos decir que cada vez haya menos trabajo, pues lo que cambian son las formas de trabajar, como bien se observa a nuestro alrededor y en reflexiones concretas como la de Gorz (1993) sobre *La metamorfosis del trabajo*. Las formas de trabajar están siendo distintas, los valores hacia el trabajo también cambian pero el trabajo sigue ocupando un lugar central a pesar de la nueva valoración del mismo, del tiempo y de los nuevos modelos y estilos de vida. Junto al desempleo y a la "menos necesidad de trabajar", la realidad nos muestra que "hay muchas cosas que hacer", problemas que solucionar, situaciones para cambiar, sea en el campo del ocio, del medio ambiente, de la cultura, de las desigualdades sociales, a través del voluntariado, por citar algunas áreas de actuación que nos parecen poco desarrolladas y donde se podría "crear" empleo, cuestión central de todos los gobiernos actuales. Pensamos, que, además de crear nuevos puestos de trabajo, por razones de equidad, quizá será necesario que todos trabajemos menos para poder estar todos activos. Es la misma tesis que defiende Guy Aznar (1994) en su obra *Trabajar menos para trabajar todos*.

Todo ello está desembocando en efectos positivos y negativos. El efecto positivo más importante es la liberalización de las personas de las jornadas duras de trabajo. Pero los efectos negativos también se hacen sentir cada día más. En el mundo laboral parece que se está aplicando la "ley del más fuerte", en este caso el más preparado, el más adaptado a las últimas tendencias, será el que *sobreviva* a la vorágine. En este panorama los mayores y, en concreto los trabajadores y parados de edad, tienen las de perder porque son los que menos logran adaptarse al "nuevo mercado laboral" que se está fraguando, y también a los nuevos modelos de cese de trabajo y adaptación al ocio que se requieren en la jubilación. Esto está produciendo las jubilaciones anticipadas y también la existencia de una "edad productiva óptima" que deja fuera a los mayores que son considerados no productivos, no adaptados, desfasados. Esta imagen y actitud social es la que perjudica, a su vez, su autoestima y bienestar psicosocial como comprobamos en esta tesis.

Por tanto, muchas imágenes y concepciones del trabajo están desfasadas y tienen más

que ver con el pasado que con el futuro. Pero la ética del trabajo, heredada de la "ética protestante y el espíritu del capitalismo" expuesta por el clásico M. Weber -entre otros-, es la que sigue predominando, pues el trabajo sigue siendo la forma más aceptada social e individualmente para tener independencia económica y cubrir otras funciones psicosociales necesarias. En medio de este contexto, en el que la competencia y el *ergocentrismo* predominan, no sólo los jubilados pueden sentirse aislados al no estar en activo, sino también los/as trabajadores/as de edad (y todos aquellos no preparados) pueden verse afectados y marginados a nivel laboral. Coles (1981:319 y ss.) nos recuerda la absorción y centralidad del trabajo en su investigación sobre trabajo y adultez. Una de las conclusiones es la dificultad de las personas de no hablar de su trabajo cuando hablan de ellos mismos; el *ser* coincide con el *hacer*, trabajar: "Crecer es ser responsable, trabajar arduamente... ser adulto es estar ocupado, haber encontrado una misión en la vida" (p. 330)³⁹. Pero a pesar de su centralidad vital, parece ser que el trabajo es cuestión de adultos y jóvenes. El significado moderno de trabajo hace incompatible trabajo con personas mayores y, por tanto, esta relación establecida socialmente hace que se perciba a los mayores como inútiles, pasivos e improductivos.

Recordemos que en las sociedades preindustriales el trabajo no era de forma general una manera de obtener dinero sino que tenía un significado más global: por ejemplo, los trabajos artesanales, las profesiones liberales aún siguen conservando esta actitud hacia el trabajo como un *modus vivendi*⁴⁰. Esta valoración del trabajo era general hasta la época industrial y actualmente, en la postindustrial, en la que nos encontramos distintos significados hacia el mismo. Con el surgimiento del capitalismo el trabajo industrial empieza a imponerse sobre el artesanal y agrícola. Diferentes acontecimientos contribuyen a confirmar la naturaleza gravosa del trabajo industrial: aceleración de los ritmos de trabajo, cadena de montaje, monotonía, etc. En definitiva, "trabajo y mayores se consideran realidades opuestas o al menos difícilmente compatibles" (Moragas, 1991:156) y se adjudican roles contrapuestos a unos y otros: el trabajador desempeña el *rol activo* (productivo, generador de renta, responsabilidad, exigencias de todo tipo, ritmo intenso, entre otras características), y el mayor desempeña el *rol pasivo* (no productivo, receptor de pensión, pocas aptitudes, ritmo vital lento, exención de obligaciones, dependencia).

A raíz de la industrialización y de la continua modernización social empieza a surgir una gradual diferenciación en grupos de edad y la especialización en funciones. Las diferencias según la etapa vital empiezan a ser cada vez más pronunciadas. Siguiendo a Hareven (1981:305 y ss.) esto produce una mayor segregación de grupos de edad. Por ejemplo, las leyes sobre trabajo infantil y educación hasta los 14 años tendieron a separar a los jóvenes de los adultos a mediados del siglo XIX. De manera similar, el gradual despido de los mayores y la disminución de sus funciones paternas, influyeron en la posterior y actual separación de la vida activa. Por consiguiente, uno de los cambios que afectaron a los mayores fue la progresiva asociación de las funciones con la edad (véase 8.2.).

³⁹ Esta es una de las opiniones entresacada del estudio de Coles (1981:326) que transmite claramente la posición central del trabajo en la vida de las personas: "Cuando uno está allí todo el día haciendo su trabajo, puede cerrar los ojos y trabajar a ciegas... Uno tiene la sensación de haberse convertido en parte de la maquinaria y por la noche el cerebro continúa trabajando con mayor energía... Cuando me despierto le digo a mi mujer que desaría que me pagaran por todo lo que hice durante la noche. Ella se ríe: me cuenta que suele despertarse bañada en sudor frío, porque ha estado soñando que se suponía estaba haciendo algo pero que se había olvidado de hacerlo o no había tenido tiempo... Si puedo continuar haciéndolo (trabajando) hasta que el último de mis muchacho salga de la escuela secundaria y tenga un trabajo, entonces... habré cumplido mi obra... Podré morir con cierta dignidad. Sólo espero que me mantengan ocupado allá donde vaya después de muerto. No me importaría ir al infierno si pudiera mantenerme ocupado allí".

⁴⁰ Recordemos que los mayores que han trabajado en profesiones liberales o independientes (también las amas de casa) nunca se jubilan (aunque lo hagan oficialmente) o la jubilación no implica estigmatización, ni desvinculación. Véase el estudio de Fericgla que introduce un elemento de análisis algo novedoso: compara por *etclases* (concepto que une procedencia geográfica y estatus o clase social) a los jubilados según su lugar de origen (autóctonos catalanes o inmigrantes) y estatus socio-económico (véase capítulo 8)

Hoy sigue predominando el punto de vista exclusivamente económico, y precisamente una persona es considerada mayor cuando ya no puede (o más bien, no se le permite) ser productivo y pasa a vivir de una pensión de jubilación. Para la economía no existe el mayor si éste es autosuficiente y productivo. El problema está en que los límites que se establecen para dejar de trabajar (65 años, o incluso 55 años) no coinciden en muchos casos con las capacidades reales de los mayores. En todo este paisaje los mayores se ven perjudicados por las nuevas formas de trabajo o, más bien, de no trabajo y desempleo, por los estereotipos y actitudes negativas respecto a su capacidad laboral de los mayores, y de la concepción del trabajo como algo negativo que tiene casi toda la gente mayor⁴¹.

Otra cuestión que se plantea es porqué los valores de una parte de la población (la población productiva activa) tienen que dirigir los valores de la mayor población pasiva no productiva (niños, estudiantes, desempleados, amas de casa, mayores). Pensamos, pues que esta mayoría más que ser improductiva o pasiva posee un "potencial" por explotar, unas capacidades de aportación social no descubiertas, o muchas veces no valorizadas socialmente. Estos trabajos no remunerados que permanecen invisibles pueden ser los de las amas de casa, los cuidados a otras personas, el voluntariado, las aportaciones de los mayores en general. Resulta pues imprescindible empezar a visibilizar este tipo de "productividad" para revalorizarlas, por ejemplo, a través de las investigaciones (como las de M.A. Durán, 1991) que cuantifiquen la importancia de estas aportaciones socio-económicas.

Es central en nuestro estudio la idea de que el fin del trabajo o la jubilación, supone una descalificación social (denominada por algunos autores como la "muerte social") y ello supone, para casi todos los/as trabajadores/as, la pérdida del rol más apreciado por la sociedad y que mide hoy el valor de la persona. Por tanto, cabe preguntarse si el problema del envejecimiento es el aumento de personas mayores, o más bien es la devaluación que sufre este grupo de población al que se mantiene alejado de la producción. Pensamos que este aislamiento de la actividad a través de la jubilación es lo que ha ido desvinculando a los mayores en estas últimas décadas, pues a lo largo de la historia, como hemos observado, siempre han tenido algún rol, más o menos importante, que cumplir.

Y para concluir este tema siempre inconcluso, hemos de resaltar que si el trabajo es un factor en continuo cambio también lo tendrá que ser la jubilación, que deberá hacerse más flexible y acorde con la coyuntura socio-económica. Tendrá que ir adaptándose al ciclo laboral-vital actual que es diferente al de ayer. En todas las etapas vitales se tendrá que hacer más presente el ocio y la formación; es decir, una distribución más equilibrada y racional de los tiempos en cuyas etapas se combine el ocio, formación y trabajo, en vez de ser ciclos cerrados caracterizados por un único rol central según la edad cronológica (véase apartado 8.2). Al cambio de esos tiempos se añade una necesidad de cambios de representaciones y actitudes que revaloricen otras actividades. El trabajo en la vida activa, sus significados y condiciones, es el que dibujará, en buena medida, las actitudes y postura ante la jubilación y, en general, ante la vejez.

3.2. EL TRABAJO EN LA MADUREZ: LA DISCRIMINACIÓN DE LA POBLACIÓN ACTIVA DE EDAD

No existe una edad fija para definir a un trabajador de edad. Podemos considerar que una persona activa es mayor cuando tiene una avanzada edad y por la misma empieza a tener dificultades bien para encontrar trabajo (si está parado), o bien tiene riesgo de perderlo, o bien problemas para conservarlo en las mismas o mejores condiciones. Esto puede ocurrir aproximadamente a partir de los 55 años en la generalidad de los empleos, pero incluso a los 45 años si se trata de trabajos penosos o arriesgados que requieren mayores esfuerzos físicos,

⁴¹ En el apartado siguiente se trata en concreto la situación de los trabajadores mayores de forma genérica, pues de manera detallada podría constituir otro tema de tesis que aquí excede nuestros objetivos.

o más tarde de los 60 años si se trata de empleos más especializados, creativos o profesiones liberales. De forma general, a partir de los 45 años, las dificultades para encontrar, cambiar o mejorar el empleo aumentan, según distintos estudios y últimas estadísticas.

Según Sempere (1993:193 y ss.) suele considerarse trabajadores maduros a quienes han superado los 45 años. En general, el ordenamiento jurídico presupone que este colectivo posee experiencia profesional, pero grandes dificultades para cambiar el empleo, así como riesgos específicos (mayor siniestralidad, fatiga, etc.) y necesidad de protección también especial en caso de desempleo. En relación a los trabajadores de fábricas, se decía que "alrededor de los 45 años están acabados..." (Hareven, 1981:307). Y desgraciadamente la opinión de aquellos capataces de importantes fábricas de Middletown (New York, 1920), no ha perdido vigencia. Declaraciones parecidas, estereotipadas o no, pueden trasladarse a otros contextos no americanos y más actuales.

Consultando el informe de la Conferencia Internacional del Trabajo (1962) sobre *Trabajadores de edad. Problemas de empleo y retiro*, se observa un descenso acusado de la participación de los trabajadores mayores en casi todos los países industrializados⁴². Esta disminución se ha debido a varios factores: tecnificación del trabajo y por tanto exceso de mano de obra, progresiva mejora de la seguridad social y consiguiente aumento de las pensiones, desempleo, preferencia por empleados jóvenes, entre otros. Sin embargo, "en los países en vías de desarrollo... la participación de los trabajadores de edad avanzada en la vida económica tiende a ser elevada" (o.c., p.17). Pero, en nuestras sociedades percibimos que el trabajo se concentra cada vez más entre quienes tienen de 25 a 45 años. Por un lado, los jóvenes se incorporan más tarde a un puesto de trabajo debido al desempleo y la extensión de la etapa de formación; por otro, los mayores cada vez se jubilan, o "los" jubilan antes debido, como venimos comentando, a diversos factores económicos, sobre todo. No se tienen en cuenta sus capacidades o deseos, sino sólo por motivos de edad e intereses empresariales.

Como habíamos apuntado anteriormente, y siguiendo el informe mundial citado (*Trabajadores de edad. Problemas de empleo y retiro*, 1962), la proporción de trabajadores de más de 40 años tiende a ser mayor en los sectores profesionales donde existen amplias oportunidades de trabajar de modo independiente (agricultura, silvicultura, caza, seguros y agencias inmobiliarias, pequeños comercios y negocios), industrias que se van modernizando (textil) o industrias artesanas, sectores profesionales con seguridad en el empleo, técnicos y directivos y, en general, en industrias y ocupaciones de productividad moderada. Sin embargo, la proporción de trabajadores de edad es menor en la ocupaciones que requieren grandes esfuerzos físicos y agilidad (construcción, marina, mineros, canteros, transporte).

El Informe Nacional para la Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento (INSERSO, 1982), describe la situación de manera parecida: los mayores niveles de ocupación en los grupos de más edad se observan en primer lugar en agricultura y pesca seguido del sector comercio, hostelería y restaurantes. Suele concentrarse el empleo en pequeños empresarios y trabajadores autónomos, lo que hace suponer que trabajan en concepto de no asalariados. El trabajo de los mayores era frecuente; a finales de 1981 uno de cada doce ocupados era mayor de 60 años, estimándose que unos 900.000 mayores de 60 años se encontraban en activo. De dicho colectivo, 269.000 personas contaban con más de 65 años (o.c.:17).

Actualmente vemos que la situación está cambiando y el trabajo de los mayores de 55 tiende a disminuir. Según López Jiménez y otros estudios, se observa un descenso desde principios de siglo, y especialmente a partir de la generalización de los sistemas de retiro. Es a

⁴² Sobre la situación de los trabajadores de edad puede consultarse: "Older Workers, Unemployment and the Discouraged Worker Effect" (Lazcko, 1987), "Consecuencias del envejecimiento demográfico sobre la productividad y la población activa" (Ministerio de Trabajo y S.S., 1990: 275-296); "The labour market problems of older workers" (Rones, 1983); *Work and Retirement* (Casey y Bruche, 1983), *Training of Older workers in Industrialized Countries* (Plett, 1990), "Job Training for older workers lags in the Industrialized World" (Nusberg, 1990), el capítulo sobre "Work and retirement" (en Binstock y Shanas, 1985, pp. 503-521), entre otros.

partir de los años 70 cuando la caída se acelera en el grupo de 60 a 64 años de edad en un contexto de paro generalizado (López Jiménez, 1993:149). La población de 60-64 años de edad conforma el grupo que más intensamente se ha visto afectado por estos procesos. En Madrid (o.c., p. 187), por ejemplo, la tasa de actividad en estas edades ha pasado de 41,3% en 1975 a 32,9% en 1986; y de 65 y más años, de 8,6% en 1975 a 2,5% en 1986. De los hombres entre 60 y 64 años el 40% están ya jubilados, aunque estos datos variarán según la zona o barrio de Madrid que estemos tratando⁴³. Aún es más significativa, siguiendo los análisis de Abellán (1991), la cifra del tiempo de búsqueda de empleo: más del 60% de los trabajadores mayores (55-59 años) que están parados, tardan más de un año en encontrar empleo. La cifra descende en el siguiente grupo de edad debido a las medidas de reconversión y prejubilaciones que han frenado la tasa de desempleo de los parados de larga duración (Guillemard, 1991:XXIV y ss.). A conclusiones parecidas llega el economista A. Alba (1997). En su *working paper* 97-39 (Universidad Carlos III de Madrid) sobre *Labor Force Participation and Transitions of older workers in Spain*, desde un análisis econométrico de la EPA, reafirma el descenso de los trabajadores mayores desde los años setenta: el 42% de los trabajadores de 60-64 años siguen trabajando, cuando en 1977 eran el 70%. De 65 a 69 años se observa también un claro descenso: del 31% en 1977 al 5% en 1996. Analiza las formas de transición a la jubilación (desde el empleo, desempleo o inactividad), y las distintas variables relacionadas con las mismas.

Las proyecciones realizadas por el CSIC, el INE y la EPA, señalan un descenso del 20% en la tasa de actividad de los varones entre 16 y 19 años hasta el 2001, y del 30% en la población de 60 a 64 años de edad. Para los países de la OCDE (1988:195), las proyecciones indican que más de una persona activa de cada cinco tendrá al menos 55 años en el año 2020, situación ésta que ya se registrará en Alemania y Japón, por ejemplo, a principios del siglo XXI. Pero la situación se presenta más negativa de lo que habíamos planteado. Actualmente, el trabajador es apartado de su profesión brusca y obligatoriamente a una edad convencional establecida por la ley, o incluso antes de la edad. Parafraseando al gerontólogo francés P. Paillat y su clásico artículo⁴⁴, el problema de los trabajadores mayores puede resumirse en que son considerados "demasiado jóvenes para ser jubilados y demasiado viejos para trabajar". Muchos autores han llamado al periodo entre 45-65 años la 'edad de nadie'. Se percibe al trabajador mayor como "subproductor" o como "trabajador ilegítimo" (Butler, 1982; Gaullier, 1984; López Jiménez, 1993).

Los trabajadores próximos a la edad de jubilación muchas veces pagan con su puesto el coste de la situación de crisis caracterizada por altas tasas de desempleo, reconversiones, planes de viabilidad, concentración de la producción, ajuste laboral, etc. Suelen pagar el coste de sanear la empresa a la que han dedicado su vida, pues muchos se ven obligados directa o indirectamente a abandonar su puesto antes de la edad "normal" de jubilación. Por tanto, la **discriminación que sufren en el mercado laboral, simplemente por motivos de edad** está engendrando desgraciadamente una **nueva clase de parados que cuentan con 50 años y tienen verdaderas dificultades para encontrar trabajo**. El hecho es que este colectivo que denominamos "trabajadores mayores" está perdiendo el derecho al trabajo simplemente por la edad que tienen, sin tener en cuenta sus capacidades o deseos.

Pero el fenómeno 'discriminación por la edad' (*Age Discrimination*) está poco estudiado en España aunque no en otros países de Europa y Estados Unidos. Un estudio de *Eurolink Age*⁴⁵ identifica varias formas concretas de discriminación. Recordemos que el

⁴³ Véase *El envejecimiento y las personas ancianas en Madrid*, de J.J. López Jiménez (1993), para obtener datos e información más detallada sobre la actividad de los mayores en Madrid.

⁴⁴ El artículo se titula "Trop vieux pour travailler, trop jeunes pour mourir", en la revista *Gerontologie et Société*, nº 24, *De nouveaux inactifs*, avril 1983. Paris, pp. 3-5.

⁴⁵ Institución Europea creada en 1981 cuyo objetivo es velar para que los órganos legislativos europeos tomen en cuenta los problemas de la vejez. Desde entonces cuenta con la elaboración de muchas investigaciones en relación al envejecimiento, jubilación, trabajadores mayores, pre-jubilación, entre otros.

término 'discriminación' "comprende cualquier distinción, exclusión o preferencia basada en motivos de raza, color, sexo, religión, opinión política, ascendencia nacional u origen social, que tenga por efecto anular o alterar la igualdad de oportunidades o de trato en el empleo o ocupación..." (OIT, 1962:109), y en la misma línea nos encontramos con el artículo 14 de nuestra Constitución. En relación a la situación discriminatoria de los trabajadores mayores, decir que una pérdida temprana del puesto de trabajo puede conllevar escasas posibilidades de reincorporarse al mercado laboral. Un claro ejemplo de ello lo vemos en los trabajadores de 55 años (e incluso de 50 ó menos) que son forzados por los empresarios a aceptar retiros prematuros (hasta el extremo de proponerse una "prejubilación de la prejubilación!", véase apartado 3.4.), institucionalizándose este abuso día a día. Es cierto que muchos trabajadores acogen este "retiro anticipado" con satisfacción. Pero, en otras ocasiones su deseo es seguir trabajando sea por motivos personales, económicos, psicológicos, etc; pero, en realidad, se les deja sin otra opción. Por tanto, muchos aceptan esta "salida voluntaria" ante la amenaza de previsible despidos obligatorios con peores consecuencias (menos ingresos, p.e.).

También la población mayor es objeto de mayor desempleo, permanecen mayores periodos en el paro. Estos desempleados están discriminados en las contrataciones, en los anuncios de prensa, etc. En las ofertas de empleo diaria se observa que ser "menor de 55 años" es un requisito imprescindible para permanecer en el mundo laboral. Tanto las actuaciones y actitudes sociales directas como las indirectas o soterradas están llevando a que mayores de 55 años sean considerados prácticamente como "inactivos definitivos". Sin embargo, en los países en vías de desarrollo "el índice de desempleo es a menudo francamente inferior entre los trabajadores de edad que entre los jóvenes" (OIT, 1962:27). También en las grandes ciudades la situación de los trabajadores mayores es peor que en las zonas rurales (*ibidem*). Pero de forma general, el desempleo de los mayores constituye un serio problema.

Aunque no hay estudios sistemáticos en este sentido, el hecho es que existe actualmente una tendencia generalizada de no contratar a trabajadores mayores de 40-45 años. Ello ocurre a todos los niveles. Directamente se rechazan las solicitudes de trabajadores mayores (recordemos las ofertas de empleo en la prensa). Esto es una de las características denunciadas por "discriminación por la edad" al igual que podría serlo poner como requisito "ser hombre" o "ser de raza blanca" cuestión que seguramente levantaría contundentes protestas. Sin embargo, casi nadie se escandaliza de ver las limitaciones por edad en las ofertas de empleo. Ante este panorama, pues, estos trabajadores pierden la confianza en sí mismos, les arrebatada el desánimo y desesperanza de encontrar trabajo, baja su autoestima y aumentan los sentimientos de desvalorización y dependencia. Los efectos producidos tanto por el desempleo juvenil como maduro son tratados en profundidad por algunos investigadores (Alvaro, 1992; Garrido, 1992, etc.).

La falta de cobertura para los trabajadores y parados mayores también resulta patente. Se les discrimina porque se les excluye de los programas de formación y empleo y de otras iniciativas destinadas a combatir la desocupación. Es decir, se olvida que el derecho al trabajo resulta tan importante para las personas mayores como para los jóvenes, pero siguen siendo un "grupo olvidado". De todas maneras, en muchos países quiere fomentarse la contratación de estos mayores (en Francia, y en menor medida en Alemania, Gran Bretaña y España) mediante incentivos o deducciones en los impuestos de los empresarios, por ejemplo. A pesar de que estos trabajadores tienen en mayor medida necesidad de reciclaje y de adaptarse a los nuevos avances técnicos, la carencia de iniciativas para este grupo es alarmante, lo cual les condena a continuar en una menor cualificación, mayor estancamiento, y poca capacidad para competir. Sí hay programas destinados al desempleo femenino o a minusválidos, por ejemplo, pero los cursos que se ofertan van destinados generalmente a gente joven. A nivel de empresas, los empleadores están convencidos de que no es rentable formar a un trabajador de estas características porque tiene una corta vida laboral. Se siguen teniendo actitudes y

estereotipos negativos hacia los mismos. Les consideran menos rentables porque son más lentos, menos vigorosos, menos cualificados, tienen mayor riesgo de accidentes y enfermedades, menos habilidades manuales, menos adaptables a tareas o situaciones nuevas, menor movilidad física y laboral, menos motivados, menor capacidad de reacción, son menos resistentes, etc. Además, si se suma la influencia del género la situación, aunque está cambiando, sigue siendo más negativa para las mujeres, pues "en general, se considera viejas a las mujeres antes que a los hombres" (OIT, 1962:31). Pensamos que los empresarios/empleadores prefieren a los jóvenes no por el hecho de ser jóvenes, y rechazan a los mayores por la edad, sino simplemente porque resultan más rentables, pues también encontramos discriminación hacia otros colectivos (mujeres, personas con alguna discapacidad física, por ejemplo). Por tanto, admitámoslo. No podemos negar la realidad de que en este entorno capitalista al empresario/empleador le resulte más rentable la gente joven, en la mayoría de los casos, porque reúne mejores características (de preparación académica, por ejemplo). Pero esta cruda realidad tampoco debe servir de excusa para justificar la discriminación simplemente por la edad. Es decir, ni todos los mayores pueden ser útiles, ni todos los jóvenes lo son por el hecho de ser jóvenes. Habrá que olvidarse del criterio edad y aplicar otros más definidores en la selección de personal y en el campo de la gestión de los recursos humanos. Es decir, parece que se está dando una mezcla de criterios economicistas (disminuir el gasto público) y humanitarios (respeto hacia sus deseos e ideas) para defender el trabajo de los mayores. Pero en realidad predomina el criterio de rentabilidad del empresario (rentabilidad privada) que no coincide con la rentabilidad social o comunitaria, por ejemplo, que los mayores podrían aportar. Ahí está uno de los puntos del debate y confusión de la defensa o ataque al trabajo de la población activa adulta. En los estudios consultados de los años setenta y principios de los ochenta (GAUR, 1975, p.e.) aún se señala que la discriminación por la edad, y la situación especialmente problemática de los mayores, era cuestión de otros países. Hoy, no podemos seguir manteniendo esta tesis, pues en España se observa claramente la dificultad de la población activa de edad, sea para (re)encontrar trabajo o sea para mantenerlo.

De todas maneras, estudios recientes, que a continuación tratamos, están **desmontando este panorama desolador** (sostenido por prejuicios, estereotipos y actitudes discriminatorias), y señalando los puntos fuertes de los mayores como recursos humanos. Los trabajadores de edad demuestran tener mayor experiencia, lealtad a la empresa, autocontrol, estabilidad, capacidad de reflexión, prudencia -y por tanto, menores riesgos-, responsabilidad, seriedad y motivación -quizás por miedo a perder el trabajo-, minuciosidad, puntualidad, por ejemplo. Y por otra parte, son garantes de menor agresividad, absentismo, exigencias económicas y de formación, etc., en comparación con los más jóvenes.

Por ejemplo, en relación a la productividad, los estudios destacan la ausencia de una relación negativa entre aquella y la edad. Según Hareven (1981:294), el pionero del estudio de la relación entre efectividad, productividad y edad fue G. Beard (*Legal Responsibility in Old Age, Based on Researches into Relationship of Age to work*, 1874)⁴⁶. Ya en la actualidad, Doering, Rhodes y Schuster (1983) revisan 28 investigaciones empíricas correlacionando edad y niveles de ejecución en un ciclo de desarrollo profesional de 30 años no encontrando, en ningún caso, decrementos importantes en la productividad como consecuencia del aumento de la edad. Otros trabajos (Mira y López, 1961; Robinson 1986; Sheppard 1978) concluyen en un incremento de la ejecución al aumentar la edad en profesiones como: representantes comerciales, trabajadores autónomos, controladores aéreos, profesores de universidad, científicos y artistas; y sin embargo, una disminución en la ejecución en actividades

⁴⁶ Su obra, editada en New York (1874), presenta un primer intento de investigación en el entorno de la industrialización y del movimiento a favor de proporcionar un seguro social a la gente mayor. Al analizar la historia de los "logros humanos", Beard descubrió que el 70% de las obras creadoras se habían realizado a los 45 años de edad y el 80% a los 50 años. Su estudio sobre las limitaciones y eficiencia en relación a la edad va sentando las bases para lo que posteriormente se denominaría "persona jubilada".

profesionales como producción en cadena en factorías, operadores, p.e. En consecuencia, parece existir una progresiva pérdida de ejecución en relación al aumento de edad en tareas que requieren esfuerzo físico y movimientos rápidos, pero no en actividades profesionales que demandan contactos interpersonales y relaciones sociales. Kalish (1991:166) defiende que la actuación en el trabajo de empleados entre 50 y 70 años parece ser tan buena, y a menudo mejor, que la de los trabajadores más jóvenes. Por tanto, varios autores defienden que la productividad no es menor en los mayores, sobre todo en determinadas profesiones (Habib, 1979; Mishara y Riedel, 1986; Shepard y Sidney, 1977; Fericgla, 1992; Mira y López, 1961).

En una encuesta francesa a empresarios (GAUR, 1975), la edad límite hasta que puede considerarse productivo al 100% a un trabajador era distinta según la cualificación profesional: 51,4 para los peones, 51,9 para los obreros industriales, 53,4 para los profesionales, 55,9 para los maestros industriales, 57,1 para los empleados y 57,9 para los cuadros técnicos. Y además, "a partir de los 65 se considera que ningún trabajador industrial tiene una capacidad de producción que supera el 60%" (p.137). De forma general, la productividad mejora con el transcurso de la vida por el mayor grado de experiencia y cualificación que van adquiriéndose. Pero debido al progreso tecnológico la experiencia de los mayores está quedando desfasada. Ello hace necesario una recualificación de los trabajadores mayores, pero, en lugar de tener en cuenta estas necesidades de reciclaje se opta por desvalorizar a los trabajadores de edad lo que hace que la curva de la productividad, a efectos de los empleadores, disminuya a partir de los 45-50 años.

En una investigación sobre la actitud hacia el trabajo de jóvenes y mayores (Aldag y Brief, 1977; Mishara y Riedel, 1986:82) en la que estudiaron a 439 asalariados, representantes de cuatro oficios diferentes (porteros, obreros industriales, funcionarios de prisiones y agentes de policía) obtuvieron una correlación positiva entre la edad y la motivación, el interés por el trabajo, la satisfacción general y el compromiso personal con los superiores. Según esta investigación, los trabajadores de edad se revelan más inclinados que los jóvenes a querer su trabajo, a interesarse por él y a sentirse motivados así como animados por el ideal inherente de la ética del trabajo. Pero en relación con necesidades de orden superior (es decir, con el grado de responsabilidad conferido a un empleo y su aspecto creador por oposición a la importancia del salario), la relación se invierte: la motivación de los trabajadores jóvenes es más intrínseca (es decir, que depende más de la naturaleza del trabajo en sí mismo y menos del salario ganado). Sin embargo, en otro estudio (Aldag y Alderfer, 1975) hallaron que los trabajadores mayores estaban más satisfechos que los jóvenes, tanto de su empleo como de su desarrollo personal. Muchos estudios muestran resultados distintos: la productividad y satisfacción es menor en las personas de edad. Pero todo ello debe observarse con cautela, pues según Shepard (en Mishara y Riedel, 1986:84) "la productividad menor puede deberse al tipo de investigación transversal o situaciones de laboratorio, pues cuando se analizan tareas que no tienen en cuenta el esfuerzo físico, que es lo que disminuye con la edad, los trabajadores mayores no disminuían la productividad respecto a los jóvenes". Por tanto, muchas son las características estereotipadas que menosprecian al trabajador mayor, los prejuicios que siguen manteniendo los empleadores, y tampoco podemos olvidar las diferencias que existen según las profesiones⁴⁷.

En el terreno del absentismo y productividad, el deterioro atribuido a las personas de edad es más un mito que una realidad, al menos en lo que se refiere a desarrollos profesionales concretos. Moragas (1991) distingue entre mitos y hechos al tratar a los trabajadores mayores. Uno de los estereotipos más extendidos, como estamos viendo, es la

⁴⁷ Según Moragas (1991:192 y ss.), el perfil más negativo para los empleadores es el de: trabajador mayor, sin formación, con experiencia en un sector obsoleto, desconocedor de nuevas tecnologías, con antigüedad en el empleo y salario y cargas de seguridad social elevadas. Prefieren gente joven, a pesar de los incentivos de la seguridad social por la contratación de mayores y a pesar de que las investigaciones concluyan que su productividad no es menor. Pero el prejuicio social se impone y se piensa que son menos eficaces, más caros, más rígidos, menos flexibles, mayor riesgo de accidentabilidad, etc.

menor productividad del mayor, pero en realidad la evidencia empírica demuestra que esta menor productividad no es general y si se da es compensada con la experiencia. Además esta limitación tendría mayor importancia en el caso de que los trabajos requiriesen fuerza y resistencia física pero no así en la mayor parte de los trabajos actuales. Por ejemplo, ya hemos mencionado que la lista sería interminable si tuviéramos que enumerar a las personas mayores que son reconocidos por sus obras y creaciones en la edad adulta.

Bartley (1977) demostró que el absentismo de los mayores era inferior que el de los trabajadores jóvenes. Pero, también nos lo recuerda Puchol (1988:161), la idea del mayor absentismo y mayor número de accidentes laborales de nuestros mayores está muy extendida. Sin embargo, la realidad da cuenta de que la población de edad muestra menores índices de absentismo y accidentabilidad que los jóvenes, y ello suele venir explicado por la motivación de los trabajadores mayores por mantenerse en el mismo puesto de trabajo y por los valores de estabilidad que suelen mostrar los mismos. Fericgla (1992:139), al igual que otros estudiosos resalta que las expectativas laborales cambian según la edad: a) Los jóvenes tienden a exigir que el trabajo sea agradable, interesante y bien remunerado, y b) La gente mayor considera que la actividad laboral es una forma de ganarse la vida, pero también una dimensión que permite demostrar la valía personal y da sentido a la vida: están más adaptados al trabajo. Para Sánchez Hidalgo (1980:145), la satisfacción que aporta el trabajo aumenta a partir de los 50 años aproximadamente: en esta edad la persona no se encuentra tan dispuesta a cambiar de ocupación y ha incrementado su necesidad de seguridad.

Otro estereotipo que se observa es la menor satisfacción de los trabajadores mayores, lo cual también es rebatido por los estudios y encuestas que demuestran que los mayores que tienen un puesto de trabajo lo valoran y están contentos de poder trabajar (Moragas, 1991:158). Para apoyar la falsedad de estos mitos podemos recordar el trabajo de aquellos mayores que posiblemente nunca se jubilarán: amas de casa, agricultores independientes, profesionales liberales, artesanos, para los que no existe el concepto de jubilación como fin laboral y menos como fin social (véase 9.3.1.).

Hasta aquí recalcar que las dificultades de los trabajadores mayores están siendo objeto de muchas discusiones y comentarios; queda mucho por investigar y replantear. Sólo recientemente se está dando un salto más allá para proponer y reflexionar sobre **medidas en pro de la población activa mayor**. El nuevo panorama del mercado de trabajo se caracteriza por las siguientes rasgos que pueden beneficiar o encajar con las condiciones de los trabajadores maduros: horario flexible (trabajo a tiempo parcial, p.e), posibilidad de contrato de relevo (división de la jornada entre empleado joven y adulto), vacaciones prolongadas, traslados a otros trabajos o niveles más adecuados a su nueva situación, trabajo a domicilio o *teletrabajo*, etc. Por tanto, en este tipo de flexibilidades, impensables hace unos años, está el núcleo de una nueva organización del trabajo, y lo que es más importante, de los recursos humanos "más humanos" fundamentales en toda empresa que quiera estar a la altura de los tiempos (véase epígrafe 12.2.).

De todas maneras, por ejemplo, la efectividad del *contrato de relevo* para facilitar la jubilación progresiva ha sido nula, como reconoce el Instituto Nacional de Empleo (Moragas, 1991:161). Estas medidas no están siendo eficaces (véase también "jubilación anticipada"). El reemplazo realmente efectuado de puestos de trabajo apenas alcanza el 50% (*Council of Europe*, 1989; López Jiménez, 1993:187), por lo que no ha sido un medio eficaz de lucha contra el paro. Actualmente, en determinados sectores de algunos países, se están abandonando las medidas políticas que incitaron a las cesaciones anticipadas y masivas de actividad, pues desorganizan la progresión normal de las carreras laborales, se pierde la memoria de la empresa, la experiencia acumulada y transmisible y se desequilibra la relación entre activos e inactivos (op.cit.: 187).

Está habiendo una considerable cooperación desde varias bandas (entre gobiernos, sindicatos y empleadores) para tratar las dificultades especiales que se presentan a los

trabajadores de edad. Esta preocupación está dando un impulso a las políticas y programas en favor de la población activa mayor, ya sea por motivos humanitarios o economicistas. Si bien aún no se han consolidado estas medidas, podemos decir que muchos son los esfuerzos que desde el ámbito jurídico y social están empezando a plantearse. Por ejemplo, la OIT en 1962 ya propuso algunos elementos en apoyo de la población activa de edad. Más tarde en 1980 adoptó una recomendación en la que se marcan las directrices a seguir por los Estados miembros sobre las condiciones de empleo de este colectivo. Y lo mismo han hecho las Naciones Unidas recientemente (Informe 1992) y el Ministerio de Trabajo en sus políticas generales de empleo⁴⁸. En resumen, las medidas en esta línea (ver 12.2.) pueden ser:

- Impedir toda discriminación negativa por razón de edad en el ámbito de las relaciones laborales: la igualdad de oportunidades y de trato de los trabajadores de edad debe ser especialmente cuidada en el acceso a empleos, cursos de formación profesional, remuneración, estabilidad en empleo, etc.
- Adoptar medidas que permitan a los trabajadores de edad seguir ejerciendo un trabajo en condiciones adecuadas, facilitando su adaptación a las novedades. Capacitación técnica y práctica de los mayores y adaptación de los puestos de trabajo (Formación continua).
- Posibilidad de traslado de un trabajo pesado a otro menos pesado, de menor velocidad... Cambio a otra ocupación o nivel más apropiado a sus preferencias y capacidades. En fin, aplicar los principios de la ergonomía a los puestos de mayores.
- Contratación de mayores de 45 años con beneficio para la empresa.
- Ayudas (contributivas y asistenciales) para trabajadores de 55 y más años.
- Fondos de promoción de empleo destinados a este colectivo. Como estímulos a la contratación de personas de edad, las empresas (de cualquier índole) obtienen un doble orden de beneficios: una reducción del 50% en la cotización por contingencias comunes a la Seguridad Social (que se mantiene durante toda la vigencia del contrato) y una subvención a fondo perdido de 500.000 ptas (Sempere, 1993:204).
- Para asegurar una transición progresiva entre la vida profesional y un régimen de actividad libre se recomienda la adopción de instrumentos que garanticen el paso de un trabajador a la situación de jubilación de forma voluntaria, flexibilizándose la edad de acceso a ello, etc. (ver epígrafe 12.2.).
- Elección de políticas, programas y medidas adecuadas y actualizadas.
- Talleres, cursos, seminarios especiales para personas de edad.
- Socialización e información social que genere actitudes positivas hacia los activos mayores.
- Medidas especiales para las mujeres mayores que cuentan, como estamos viendo, con menor nivel de instrucción, menores salarios, menor formación profesional, menor experiencia laboral, menor movilidad, menor confianza en sí mismas (menor autoestima), etc. Todo ello hará que tengan menores posibilidades de encontrar empleo. Se requiere, por tanto, especiales programas de reincorporación, mayor oferta de formación adecuada a sus niveles y demandas, información y asesoramiento adecuados, etc.

Algunas experiencias en esta línea son los ejemplos de Japón (asistencia especial a los trabajadores mayores), Canadá ("créditos de capacitación"), Ecuador (creación de puestos de trabajo para personas de edad) y Colombia (programa de reciclado dirigido por trabajadores mayores)⁴⁹. En nuestro contexto español, se están dando incentivos (o deducciones fiscales) a aquellas empresas que fomenten el empleo de mayores. También el artículo 4.2.c del Estatuto de Trabajadores reconoce el derecho de los trabajadores "a no ser discriminados por la edad dentro de los límites enmarcados por esta Ley", y en el artículo 17 se precisa que "se entenderán nulos y sin efecto los preceptos reglamentarios, las cláusulas de los convenios colectivos, los pactos individuales y las decisiones unilaterales del empresario que contengan discriminaciones desfavorables por razón de edad". Pero, de forma general, podemos concluir destacando el desinterés o casi total ausencia de planes y medidas aplicables a la gente activa mayor de los países de nuestro entorno.

⁴⁸ Para los programas de empleo del Ministerio de Trabajo (1990), ver el cuadro de medidas elaborado por Abellán (en Guillemard, 1991:XXVI), en relación a propuestas de promoción, ayuda, contratos, etc, que se ofrecen a este colectivo. Observamos medidas más recientes para los trabajadores de edad y empleadores en últimos programas gubernamentales tanto en España como en nuestro entorno europeo.

⁴⁹ Para una información más detallada consúltase el informe de las Naciones Unidas (Nueva York, 1992) sobre *El envejecimiento de la población mundial*. Concretamente desde la página 71 a la 76 inclusives.

3.3. LOS ORÍGENES DE LA JUBILACIÓN: UN FENÓMENO DE RECIENTE CONSTRUCCIÓN

La historia de la jubilación va unida, obviamente, al origen de los sistemas de pensiones y otros cambios socio-políticos y laborales. Si en el apartado 2.1. vimos que la preocupación por la vejez y el "retraso de la muerte" es universal y extensible a todos los países en la actualidad, la jubilación no constituye un hecho universal ni transcultural. Es decir, no es un fenómeno característico de todas las poblaciones, sino tan sólo de los países más avanzados socio-económicamente.

La génesis de la jubilación se encuentra en los cambios del siglo XIX que transformaron la sociedad agrícola del momento en sociedad urbana e industrial donde la tecnificación del trabajo era cada vez más patente⁵⁰. Según Donahue y Pollack (1960) "la jubilación es un fenómeno de la sociedad moderna industrial. Los anteriores sistemas socio-económicos en la historia de la humanidad, han tenido un número variable de ancianos, pero ninguno ha tenido la cantidad o la producción que tienen las sociedades industrializadas en nuestros días. Más aún: los ancianos de las anteriores sociedades no eran personas jubiladas, no existía ese papel" (Sáez et al, 1996:7). Por ello, tal como dice Lehr (1980) la jubilación no existía, y al ser las familias los núcleos fundamentales de producción, la persona mayor no era apartada del trabajo, sino que, simplemente, adoptaba nuevas tareas y nuevos roles. Con ello permanecía activa y útil, y representaba un valor para la familia. Hemos de recordar que hasta hace pocas décadas se dejaba de trabajar cuando se llegaba a la tumba; no había una edad fronteriza para dejar la actividad más que las propias limitaciones físicas de cada persona.

Siguiendo los análisis de Sáez et al (1996), los factores que influyeron en el origen de la jubilación fueron varios. Un primer factor fue **el proceso de industrialización** y, concretamente, la disminución del empleo agrícola (Graebner, 1980). Bajo el nuevo sistema de producción (la fábrica), la familia no poseía el control de los medios de producción, y ello empieza a exigir la necesidad de una protección para la vejez independientemente de la familia. La empresa familiar, representada por la pequeña explotación agrícola y el comercio artesanal, cede su puesto a las grandes empresas; ya no se trabaja en casa sino para un patrono extraño a la familia. Los mayores de edades avanzadas ya no pueden resistir el duro trabajo mecanizado de muchas horas y otras condiciones pésimas de trabajo.

Otro factor, fue la **aparición de los sindicatos**, paralela al proceso de industrialización. Estos organismos convirtieron la seguridad financiera de los trabajadores mayores en uno de sus objetivos primordiales. Durante la segunda mitad del siglo XIX surgieron, en una serie de países, algunos planes de pensiones privados. Pero no fue hasta 1889 cuando aparece el primer programa público de pensiones, como parte de un plan de seguridad social más amplio, alentado y consensuado por Bismarck en Alemania, y nace como respuesta a las presiones surgidas de la cambiante organización social y laboral de la industrialización. Esta nueva política hacia la vejez, con el papel del Estado como protector de los trabajadores mayores, se extenderá rápidamente por la Europa continental. A los Estados Unidos, por ejemplo, llegaría más tarde, no aplicándose un sistema parecido hasta 1935 como respuesta a la depresión económica 1929.

El **progresivo aumento de la esperanza de vida** gracias a los avances médicos y científicos, también fue otro factor clave. Con ello se produce paralelamente un creciente conflicto intergeneracional por los puestos de trabajo que cada vez eran más escasos para los mayores que se iban quedando desfasados por las nuevas tecnologías. Por ello se ve la

⁵⁰ Para una aproximación histórica a la jubilación véase por ejemplo, GOUDY, W.J. (1982), *The retirement history study: two methodological examinations of the data*. Ames, Dept of Sociology and Anthropology, Iowa State University; COLE, T. (1992), *The journey of life: a Cultural History of Aging in America*. Cambridge: Cambridge University Press; COLEMAN, A. (1983), *Preparation for retirement in England and Wales: a research report*. Leicester: National Institut of Adult Education; MALDONADO, J.A. (1996), *Jubilación y pensiones. Un ensayo bibliográfico*. Madrid: CES (véase bibliografía).

jubilación como una fuente de discriminación para los mayores, porque va disminuyendo su estatus hacia una situación de dependencia.

Así pues la jubilación es un invento o construcción social producto de progresivos avances industriales y tecnológicos comentados. Además, como el origen de la jubilación coincide con el establecimiento de los sistemas de pensiones y seguridad social no podemos hablar de la una sin hacer referencia a los otros.

El desarrollo económico y los cambios que implicó la sociedad industrial dieron origen en el mundo occidental a sistemas de pensiones regulados y controlados por el Estado. En la mayor parte de los países europeos estos sistemas de pensiones nacieron entre 1890 y 1920. El primer país que creó un sistema estatal de pensiones de invalidez y jubilación fue, como hemos apuntado, Alemania. A lo largo de los años siguientes este tipo de pensiones se generalizó en Europa⁵¹.

En cuanto al origen del sistema de pensiones, decir que en Estados Unidos, el *Social Security Act* de 1935 pretende que el sector público intervenga en la decisión individual del ahorro. Es la primera medida importante para las personas ancianas en EEUU. En este contexto se implanta el Plan de Sir Willian Beveridge (1941) basado sobre el principio de solidaridad y en el desplazamiento de la garantía frente al riesgo (López Jiménez, 1993). Se desarrolla así el tipo de pensión universal, que asegura en la vejez un nivel mínimo a toda la población, financiándose por aportaciones fiscales. Con Beveridge se instaura la seguridad social universal para todos los ciudadanos residentes en el territorio nacional. La vejez se va separando poco a poco de la indigencia y de la incapacidad funcional. Sin embargo ni el sistema de seguros obligatorios de Bismarck, ni el sistema de pensión universal de Beveridge se dan con toda su pureza. En Francia (Paillat, 1971:52) son las leyes de 1928 y 1930 las que aseguran a los asalariados de la industria y el comercio franceses una primera garantía para los riesgos de vejez, en tanto que los funcionarios, mineros, ferroviarios se beneficiaban del régimen de pensiones desde muchos años atrás.

En España, fue un Real Decreto del año 1919 el que creó el llamado "Retiro Obrero Obligatorio" para asalariados, que fue el primer paso para el establecimiento de pensiones públicas en nuestro país (Guillemard, INSERSO, 1992)⁵². Analizando a Almarza y Galdeano (1989) sabemos que los sistemas de pensiones originados a finales del siglo XIX cubrían en primer lugar a los funcionarios del Estado y a los obreros de los sectores industriales predominantes en aquella época (textil, minas, ferrocarriles, imprenta). La primera organización obrera de socorro mutuo fue la Asociación Mutua Obrera de la Industria Algodonera, fundada en Barcelona en 1840.

Según López Jiménez (1993), no podemos decir que antes no hubiera protección alguna para los mayores, pues tal protección, aunque defectuosa, existía mediante asociaciones mutualistas, centros de asistencia públicos o privados y centros de beneficencia, pero era algo que no estaba regulado por la ley ni era generalizable a toda la población. En el proceso de evolución de la protección social, este autor destaca tres etapas: 1) paternalismo, a través de organizaciones de caridad pública y privada, 2) la creación de los seguros sociales públicos y su cobertura, 3) universalidad, que llegará a garantizar un recurso mínimo a los mayores. Para ir paso a paso, recordaremos que los Montes de Piedad se desarrollan en el siglo XV y serán secularizados por las Cajas de Ahorro en el siglo XVIII con una actitud de

⁵¹ Las primeras "pensiones" se otorgaban a los romanos veteranos para agradecer sus servicios. Las pensiones de militares y funcionarios son las más extendidas en todo el mundo. Después los trabajadores asalariados, y, más tarde se han ido generalizando a todos los países industrializados (MTSS, 1994:20-21).

⁵² En aquellos tiempos, según Casals (1982,) "el retiro era una peseta diaria y para obtenerlo se estableció un sistema de capitalización personal que debía hacer cada obrero. Es decir, que estaba organizado por el ente público pero financiado de forma individual por cada persona. No cubría a toda la población, sino únicamente a la clase obrera industrial, minoritaria todavía, y no en todos los casos. El 1 de septiembre de 1939 se suprime el antiguo sistema de capitalización y a los que venían cobrando una peseta se les aumentó a 3 pesetas diarias. En 1948 se aumentó a 125 pesetas mensuales" (p.68).

ahorro popular y seguro. Es esta agrupación individual de recursos y bienes la primera forma de capitalización para financiar a los retirados: el ahorro puro y simple, al que se unen las rentas. También destacan las Hermandades de los siglos XVI y XVII de carácter religioso, herencia de las Cofradías del XII al XV y las sociedades de "socorros mutuos". Los primeros sistemas de pensiones no surgen para proteger del riesgo de vejez sino para los funcionarios, civiles y militares. A las personas mayores se las incluía en la categoría de "miserables", por ejemplo, el concepto de asilo se utilizaba para los niños; las personas ancianas se concentraban en hospicios y "hospitales de enfermos incurables y decrepitos". La asistencia social gratuita sólo iba destinada a las personas en estado de necesidad hasta el siglo XIX y XX (Moragas, 1991; López Jiménez, 1993). En 1905 se crea una ley de asistencia obligatoria a los "viejos sin recursos" para "todos aquellos que la edad o enfermedad hacen que sean incapaces de poder cubrir sus necesidades" y "se confunde a los ancianos con los incapaces para trabajar" (López Jiménez, 1993:74). El primer seguro obligatorio de pensiones para la vejez, como ya hemos comentado, se llamó el "Retiro Obrero Obligatorio" y comprendía a todas las "clases de trabajo" del país con rentas anuales inferiores a 4000 pesetas (R.D., 11 marzo de 1919). Esta pensión, llamada más adelante SOVI (Seguro Obligatorio de Invalidez y Vejez) ha permanecido hasta hace poco tiempo. Tras la Guerra Civil, se sustituirá el Seguro Obligatorio de Vejez por el Subsidio de Vejez (1-IX-1939). A partir de los años 50 la vejez va identificándose cada vez más con la jubilación que van institucionalizándose y legitimándose socialmente.

Recordemos que no es hasta 1955 cuando "queda establecido el concepto de Seguridad Social" (Moragas, 1991:184). En 1960 se crea el FONAS (Fondo Nacional de Asistencia Social) para ofrecer una mejor distribución de la riqueza existente. Es en estos años cuando el régimen de pensiones de vejez se extiende al sector agrario (Mutualidad Nacional de Previsión Social Agraria) y al servicio doméstico (Caja Nacional del Servicio Doméstico), a la vez que se integran en el sistema estatal las antiguas cajas profesionales (Mutualismo Laboral). En 1963 se promulga la Ley de Bases de la Seguridad Social, con la que se pretende transformar el antiguo sistema de previsión social en un "moderno" régimen de seguridad social, que entra en vigor en 1967. El sistema se complementa con el I Plan Nacional de Asistencia a Ancianos (1971). Esta tarea normativa se da por terminada con la Ley General de la Seguridad Social vigente desde 1974, y en lo que a pensiones respecta, hasta 1985 (p. 282-283). Poco a poco se va reemplazando una política de asistencia por una política de la vejez que es cuando se empieza a cimentar la Ley de Bases de la Seguridad Social en la que hasta 1975 no entrarán los funcionarios públicos (López Jiménez, o.c.:80). Con la constitución de 1978 se reforman estos sistemas a raíz de la creación del INSS, del INSALUD y el INSERSO. Nuevas reformas en 1980 y en 1985. Y ya más recientemente, la "Ley de pensiones no contributivas" de 1990 supone un cambio sustancial, pues por primera vez dentro de la Seguridad Social, se incluyen pensiones para personas que no han cotizado. En 1995, con el Pacto de Toledo (en continuo debate) se sientan las bases del sistema de seguridad social.

Resulta patente que los mayores de hoy son los que están recogiendo los primeros frutos de la instauración del Estado del Bienestar, pero observamos que aún no se alcanzan los altos niveles de protección de otros países europeos. En la actualidad, nos encontramos con diversos problemas de equilibrio entre la equidad individual y la suficiencia social en el que se encuentra la Seguridad Social y el sistema de pensiones. Estos problemas según Jiménez Fernández (1985), son: "desequilibrio financiero, confusión entre el carácter contributivo y el asistencial, inadecuada asignación de recursos (prestaciones familiares), multiplicidad de regímenes especiales, defectuosa acción protectora y dificultades de financiación por el excesivo peso de las cotizaciones", al que añadimos el conflicto intergeneracional surgido por el mayor número de beneficiarios (en este caso los mayores) y el reducido número de cotizantes. Los modelos económicos válidos hasta el momento empiezan a dar señales de

alarma. La disminución del número de personas activas y el aumento de las inactivas plantea dudas sobre el sostenimiento del Estado del Bienestar, en concreto el sistema de reparto, aunque no hay acuerdo sobre cuál puede ser la mejor salida a estas cuestiones. Por tanto, lo que urge es construir nuevos sistemas de financiación y medidas que eviten la llamada "jubilación guillotina" con las repercusiones sociales y personales que conlleva. En fin, el tema de las pensiones (con el neoliberalismo y la socialdemocracia como telón de fondo) plantea un debate que se presenta diariamente sobre la mesa del mercado laboral y, por tanto, resurgirá a lo largo de este estudio como uno de los problemas más preocupantes del proceso de envejecimiento.

3.4. JUBILACIÓN ANTICIPADA Y PREJUBILACIÓN ¿PREMIO O CASTIGO?

"...algunos directores mejoran con la edad, igual que la cosechas de Burdeos de 1945, 1959, 1961... La jubilación anticipada es, por otra parte, una medida muy eficaz para deshacerse de personas que, como las cosechas de 1951 y 1955, no han salido buenas" (Towsend, 1985; en Puchol, 1988:149)

Si ya nos hemos ocupado de la población activa mayor y de la génesis de la jubilación, en este epígrafe profundizaremos sobre los mayores que se han jubilado antes de la edad oficial de jubilación (jubilados/as anticipadamente). Se viene observando que un gran número de mayores se jubilan antes de la edad impuesta por la normativa legal. El 65% se jubiló a la edad oficial frente a un 35% que se jubilaron de forma anticipada (Sáez et al, 1996). La prejubilación también es una de las formas de transición, a veces traumática, a la jubilación. Si bien la temática de la jubilación anticipada y de la prejubilación sería el caldo de cultivo para la realización de otra tesis y/o investigaciones por la amplitud de su problemática.

Para aclarar conceptos, diremos que la jubilación anticipada nos indica la jubilación antes de la edad legal; y la pre-jubilación, algo distinto (no son aún jubilados), suele incluir a los excedentes laborales procedentes de los sectores afectados por la reconversión que tienen alrededor de 55 años y que no han podido ser recolocados. Algunos prejubilados/as permanecen en los Fondos de Promoción de Empleo hasta los 55 años, siendo entonces asimilados al sistema de jubilación anticipada, formando una figura híbrida entre el desempleado y el jubilado (Prieto, 1996; Agulló y Garrido, 1996). En fin, los prejubilados ni son activos mayores (ni parados, ni ocupados) ni se incluyen aún en la jubilación oficial. Es decir, la diferencia entre la prejubilación y el desempleo, es que el parado orienta sus expectativas al retornar a un puesto de trabajo, mientras que el prejubilado no; su situación es la inactividad laboral y su expectativa es la jubilación (sea o no anticipada) (Caja de Pensiones, 1990:62). Más claramente podemos definirlo así:

- "*Prejubilación*" es un estado de inactividad laboral (que no es desempleo) cuya expectativa es la jubilación (pero aún no son jubilados oficialmente) (algunos participantes de nuestro estudio, GD6, EM3, EM8, p.e.).
- "*Jubilación anticipada*" es la jubilación antes de la edad oficial (65 años), son considerados ya jubilados. Gran cantidad de mayores han sido jubilados de esta manera por diversos motivos (muchos mayores de nuestro estudio: varios de GD, EM5, EM9, EM10, EM20, p.e.).

Siguiendo estudios de la Fundación citada (Caja de Pensiones, 1990), la prejubilación se circunscribe a soluciones laborales de carácter no traumático, en el marco de la búsqueda de soluciones negociadas de la reconversión industrial de algunos sectores (naval, siderúrgico, minería, etc.) o de empresas concretas, en su mayoría públicas. En estos casos, los trabajadores se incorporan a partir de los 51 años en adelante al desempleo hasta alcanzar los 60 años, en la que acceden a la jubilación anticipada, percibiendo en primer lugar las prestaciones por desempleo contributivas y luego las complementarias (75% del SMI) y los complementos pactados con las empresas originarias hasta completar un nivel de ingresos similar al que se tenía. Las prestaciones por jubilación a las que acceden los afectados por las

prejubilaciones se ven muy disminuidas, llegando a situarse en el extremo de la pensión mínima. Se ve como una medida de "mal menor" por ejemplo ante el despido prematuro a los 50 años (p.63).

Hechas estas aclaraciones, vemos como los apartados anteriores nos conduce a tratar las pre-jubilaciones y jubilaciones anticipadas como supuesta solución a la problemática de los trabajadores mayores. Estas formas de jubilación, tal como indicabamos en el título de este epígrafe se plantean como "premios a una larga vida de trabajo" para que el trabajador acceda a las mismas, pero pueden convertirse a medio plazo en un "castigo" que condena y desactiva a los mayores en todos los sentidos (véase capítulo 8 para conocer los discursos directos).

La jubilación puede ser de varios tipos y estar diseñada en relación a distintos criterios⁵³. Para el autor Artajo de No (1989) hay seis modalidades de pensión: de cuantía plena; anticipada por cuantía reducida; anticipada no reducida por trabajos penosos, tóxicos o insalubres; aplazada; parcial con contrato de relevo; y de total cuantía reducida con contrato de relevo (a los 64 años) (en López Jiménez, 1993:196-197). Según Acebillo y Espona (1990) existen los siguientes tipos de jubilación anticipada: anticipada a los 64 años; anticipada a causa de reconversión; anticipada en empresas en crisis; anticipada con cuantía reducida; con cuantía plena; jubilación parcial y contrato de solidaridad⁵⁴. De los varios tipos de jubilación que se presentan hoy, enumerados anteriormente, nos centraremos en comentar la jubilación anticipada por ser la que en su mayoría vive la población de edad. El resto de jubilaciones o bien se plantean más como ideales o propuestas, que apenas han sido aplicadas (jubilación flexible, jubilación retrasada o prorrogada), o bien se incluyen en el término "jubilación" sin más adjetivos que el término que venimos utilizando: "anticipada". La prejubilación será retomada más adelante sobre los discursos directos de los mayores de nuestro estudio. La situación de la jubilación anticipada se asemeja, en muchos aspectos, a la prejubilación, e incluso a la reciente modalidad de "prejubilación de la prejubilación". Pensemos, por ejemplo, en el "*Plan incentivado de desvinculación de empresa*" (sólo la expresión ya es explicativa) que está proponiendo Telefónica (Junio 1999) a sus trabajadores con 45-50 años que supondría dos años de "desvinculación" para pasar, después, a la Prejubilación. También otras empresas (Bancos, p.e. el recientemente fusionado BSCH)⁵⁵ están proponiendo, a veces "forzando", prejubilaciones y jubilaciones anticipadas a trabajadores con tan sólo 45-55 años.

En este contexto, el debate sobre la continuidad o abolición de la jubilación anticipada es central en la actualidad. Los defensores de la misma (suelen provenir de las organizaciones sindicales) subrayan la dureza de algunos trabajos por lo que se desea abandonarlos cuanto antes y es propuesto como un punto a tener en cuenta en las negociaciones colectivas. Pensemos en las recientes huelgas de la minería española exigiendo una jubilación anticipada pero con el 100% del salario. Los últimos acuerdos establecen las jubilaciones anticipadas a los 52 años por reestructuración de empresas y por las condiciones del trabajo en sí. La minería es el ejemplo paradigmático (junto al sector de la construcción, fuerzas de seguridad,

⁵³ Por ejemplo, según la opción, libertad o deseo de la persona (jubilación voluntaria o jubilación forzosa-obligatoria); según condiciones de trabajo (horario, salario, vacaciones, p.e.) puede ser jubilación flexible, gradual, progresiva, parcial; acuerdos entre empresa-trabajador; tiempo o edad a la que dé lugar (jubilación normal, jubilación anticipada o retrasada); nivel de preparación (jubilación programada, o espontánea).

⁵⁴ Para una mayor información sobre las leyes y características de los distintas formas de transición a la jubilación anticipada (contrato de relevo, contrato de sustitución, disminución de la edad de jubilación, etc.) y otras formas de transición (jubilación gradual, parcial, etc) puede consultarse la obra editada por la Fundación Caja de Pensiones sobre *Prejubilación en España ¿un reto para el futuro?* (1990); el *Libro Blanco de la Jubilación* del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (1994); el libro de la UDP (1990) sobre la *Preparación para la Jubilación*; el informe del Ministerio de Trabajo y S.S. (1990) sobre las consecuencias del envejecimiento sobre la política social, los análisis de Pérez Ortiz (1997) en *Las necesidades de las personas mayores* (concretamente cap. 4 y 5, etc.) y capítulo 8 de este estudio.

⁵⁵ Las prejubilaciones en el BSCH previstas para este año afectarán a 4.500 personas (de los 48.767 empleados), 1.300 más de las anunciadas en principio (El País, 12-7-1999).

etc.) de petición de jubilación anticipada en profesiones penosas, insalubres y con elevada peligrosidad. Pero en la otra parte del debate está la abolición de la jubilación anticipada, sobre todo desde empresas cuyos trabajos no son insalubres (Banca, p.e.) sino que se "prejubil" a sus trabajadores por "otros motivos" (reestructurar y "rejuvenecer" la plantilla, p.e.). En su defensa, tal como decían ya Palmore (1972) y Butler (1975) "el retiro obligatorio desperdicia talentos y potencial productivo" (Aragó, 1986:300). Pensamos pues, que el criterio más que la edad cronológica, sería el tipo de trabajo, sector y condiciones que el mismo requiere. Por ello se viene defendiendo últimamente la jubilación flexible, sea anticipada o retrasada, pero siempre flexible y en relación a criterios verdaderamente relacionados con el ámbito profesional. Recordemos que la jubilación anticipada hasta hace poco tiempo era por motivos de salud. Pero en la actualidad se ha convertido en una herramienta de la política de empleo (¿o desempleo?), además de lindar con las políticas de vejez.

No podemos olvidar hacer mención del estudio de McGoldrick y Cooper (1988). De una muestra de 1800 personas que se habían acogido a planes de jubilación anticipada y los aspectos estudiados (satisfacción, ventajas e intereses de la jubilación, preparación, la vida antes y después de la jubilación, etc.) les llevan a concluir que los retiros forzados y los que no percibían una pensión completa estaban insatisfechos. Había una estrecha relación entre satisfacción, ingresos y expectativas de ingresos. Generalmente disfrutaban más de la jubilación los de mayor nivel educativo, los más jóvenes, los casados, de mejor salud y los que estaban contentos con su profesión (Buendía y Riquelme, 1994:79). El predominio de los factores económicos también queda patente según este estudio (ver capítulo 8).

Un porcentaje muy elevado de la población mayor se ha jubilado antes de la edad obligatoria. Los argumentos esgrimidos a favor de la **jubilación anticipada** suelen ser muy diversos y han sido analizados por diferentes autores; estos pueden ser:

- Obsolescencia en las técnicas y conocimientos. Los trabajadores/as mayores empiezan a no ser rentables. La formación y reciclaje necesario para la adaptación de estos trabajadores tampoco resulta rentable.
- Profesiones tóxicas, penosas, insalubres, con riesgo (condiciones de trabajo pésimas) y con elevados índices de morbilidad y mortalidad por accidentabilidad laboral.
- Por problemas de salud-enfermedad, desgaste o discapacidades físicas sufridas por los trabajadores/as.
- Por propia voluntad. Factores como la situación marital (los casados se retiran más tardíamente), mejor estado de salud y mejores condiciones de trabajo, suelen jubilarse de forma más tardía. Pero en general la jubilación no es un acto volitivo, sino que depende de factores externos (empresa, salud, condiciones de trabajo pésimas, etc.) que presionan a la persona al retiro. Según Campbell y Campbell (1976), las causas aludidas eran: la salud, el retiro obligatorio y los despidos, y sólo excepcionalmente la disposición suficiente de recursos⁵⁶.
- Mayor tranquilidad y un sentido de la vida relacionado con el ocio más que con el trabajo. Este motivo, aunque incipiente, muestra unas actitudes hacia el trabajo menos centrales y prioritarias que antaño. Se trata de los valores "más allá del trabajo", del menor *ergocentrismo* en algunos casos (p.e. sería la mayor tranquilidad y el afán de disfrutar de la vida que ya señalaba Turner (1982, en Aragó, 1986:300).
- Otras condiciones puede ser la situación coyuntural del mercado laboral de hoy. En muchos casos es debido a la política de empleo, como por ejemplo las empresas afectadas por la Reconversión Industrial (denominada "amortización de puestos de trabajo") o en otras empresas porque han entrado en crisis. Se da una presión en las empresas que conduce a una reestructuración laboral (jub. incentivada) o a despidos.
- Los empleos de los mayores y de los jóvenes deben ser intercambiables. Es decir, con la justificación del desempleo juvenil y con el motivo de dejar trabajo a los jóvenes se jubila antes a los mayores. Sin embargo, los expertos (Huguet, 1980; Puchol, 1989; López Jiménez, 1993) comprueban que es erróneo el hecho de que el incremento de los retirados de forma anticipada reduce el número de parados, ya que esto sólo sucede realmente a un tercio de la población retirada. Por tanto, no sirve de excusa el que los mayores "quitan" los puestos a los

⁵⁶ Desde los inicios de la aplicación de las jubilaciones los motivos apenas han variado si lo comparamos con datos actuales. Según Wentworth (1945) sólo el 5% se jubilaron voluntariamente frente al 50% que habían sido despedidos y un tercio por falta de salud. Stecker (1951) revisando varios estudios, encontró que sólo entre el 4% y el 6% dejó el empleo porque lo deseaban. A raíz de los años 60 y con el inicio del Estado del Bienestar empezó a aumentar el porcentaje de población que se jubilaba de forma anticipada y voluntaria.

jóvenes, o el que los mayores "deben dejar paso a otros", etc⁵⁷.

Todo ello puede llevar a una jubilación obligatoria y anticipada, en contra de la voluntad del mayor, pero justificada por los motivos indicados anteriormente. Según Pérez Ortiz (1993:264) la jubilación anticipada es una de las vías más rápidas para "despedir" a los trabajadores de edad. Desde los años setenta la tasa de actividad de los trabajadores mayores empezó a caer. En un primer momento afectó a los mayores de 60 a 64 años, pero ya últimamente está afectando incluso a los mayores de 50-55 años. La jubilación anticipada se está implantando como respuesta al creciente desempleo. Pero ya hemos citado que no se produce mayor empleo con este tipo de medidas. Según esta misma autora, "en menos de veinte años (desde 1970 a 1988) la tasa de ocupación de los trabajadores de 55 a 64 años ha perdido casi 40 puntos en Holanda, más de 30 en Francia y casi 27 en RFA y Gran Bretaña" (p. 264). En España, este descenso también está siendo imparable y la tasa de empleo juvenil, sin embargo, no aumenta.

La finalidad de estas medidas no ha sido la extensión del derecho al descanso (como "premio) tras una larga vida de trabajo, que es lo que podría significar la jubilación; no son políticas de jubilación propiamente dichas, ni tampoco políticas de vejez; son fundamentalmente políticas de empleo con la finalidad última de conseguir que los despidos definitivos se realicen en condiciones económicas menos penosas para el trabajador de lo que hubiera sido la entrada en el desempleo⁵⁸. La idea era "suavizar" los despidos que hubiesen podido producir, pero estas medidas han contribuido a incrementar el volumen o el ritmo de esos despidos; han abaratado el coste de los despidos, beneficiándose de ello las empresas; por otro lado, también han contribuido a mitigar de alguna manera la carga de valoraciones sociales negativas siempre asociadas al trabajador mayor despedido.

Esta salida del mercado de trabajo se ha formalizado generalmente a través de dos dispositivos. El primero corresponde al ámbito de la protección social (asociado a la protección al desempleo o la invalidez), y el segundo está formado por una serie de nuevos dispositivos como las figuras contractuales (por ejemplo, los contratos de solidaridad-prejubilación franceses, los contratos de prejubilación alemanes o el contrato de relevo en España). Estos dispositivos guardan relación antes con otras funciones (protección social o creación de empleo) que con la función propia de los sistemas de jubilación, que es la regulación del acceso a la inactividad (Guillemard, 1989; Pérez Ortiz, 1993:266). Estas nuevas modalidades a su vez han acabado con el margen de previsión del trabajador que sabía a qué edad iba a jubilarse. Sin embargo, con estas medidas la transición aún se torna más brusca, imprevista e impuesta, y no como consecuencia del derecho al descanso, como "premio" (origen histórico de la jubilación) sino motivada por la situación coyuntural del mercado de trabajo, provocando una consecuente devaluación y marginación de los trabajadores de edad avanzada. Se vuelve a poner en tela de juicio el derecho al trabajo que pueden demandar estos mayores jóvenes frente a la "obligación al descanso" que sería la jubilación anticipada.

El balance de estas políticas en costes-beneficios no puede ser más negativo. Los costes, tanto en términos económicos como psicosociales (insatisfacción personal, p.e.) han

⁵⁷ Según De la Torre (1993), los estudios de la OCDE realizados entre 1987 y 1992 demuestran que las jubilaciones en las empresas no crean puestos de trabajo, sino que más bien suponen un despido encubierto. Es como una posibilidad de efectuar reajustes de plantilla y de favorecer la inversión intensiva en desarrollo tecnológico, lo cual dificulta que los puestos liberados por las personas jubiladas se conviertan en nuevos empleos. En suma, las políticas de las jubilaciones anticipadas en las empresas "se convierte más en un mecanismo de traslación del coste de amortización de los puestos de trabajo excedentario que en un instrumento de reparto de empleo" (Sagardoy 1982), desembocando en lo que López Candía (1981) llama "perversión de la jubilación". Puchol (1989:160) nos recuerda que el hecho de jubilar antes puede provocar que el mayor busque otro trabajo para compensar la pensión; no "libera", pues, puestos de trabajo.

⁵⁸ En España, la primera fórmula de jubilación a tiempo parcial es del 31-10-1984, *contrato de relevo*, en un intento de desarrollar medidas de retiro "a la carta" (López Jiménez, 1993:173) o el *contrato de sustitución*.

sido elevados, mientras que el impacto sobre la creación de puestos o de alivio del desempleo ha sido prácticamente imperceptible. Además, estas políticas están alterando las fronteras que definen la categoría social de mayor o viejo. La vejez empieza cada vez a edades más tempranas y se produce por la negación de un derecho (al trabajo) más que por la consecución de otro (derecho al descanso). Con todo ello se consigue reforzar y adelantar la imagen negativa de "viejo" (véase capítulo 10). Además de las consecuencias psicosociales que puede producir este "adelantamiento de la vejez", también produce un aumento de los gastos sociales y, lo que es peor, un aumento del número de personas dependientes a cargo de las personas activas, afectando al Estado del Bienestar al que se aludirá en el próximo apartado. Otro de los efectos es la alteración del ciclo vital (Guillemard, 1989), de una doble manera: por una parte, el acceso a la etapa final se produce de forma imprecisa e imprevisible para la persona; y por otra, el acceso a esta etapa no es homogénea para todas las personas sino que dependerá de las situación económica y del sector de actividad o de la empresa. Por tanto, esta aleatoriedad e imprecisión pone fuera de control la última etapa laboral, y trastoca, entre otros aspectos, las identidades psico-sociales.

La tendencia al descenso en la edad de jubilación viene desde la crisis de los años 70; algunos piensan que deriva de la reivindicación de los sindicatos para favorecer el empleo de los más jóvenes (Frossard, 1980); otros dicen que fue impuesto (Jani Le Bris, 1988) para reorganizar las empresas; otros por el derecho al descanso. En realidad el contexto socio-económico y todos los factores anunciados anteriormente están potenciando la jubilación anticipada. Es un avance del derecho al reposo, pero también una forma de exclusión social. Por eso este tipo de jubilados implican un estatus ambiguo (Paillat, 1989; López Jiménez, 1993) al convertir a estos mayores en personas "demasiado viejos para trabajar pero demasiado jóvenes para jubilarse".

Guillemard (1991) hace un análisis exhaustivo sobre la relación entre envejecimiento, edad y empleo en Europa. Establece relaciones entre envejecimiento demográfico y actividad económica en función de la edad (causas, magnitud, perspectivas) y trata las consecuencias del adelantamiento de la edad de jubilación⁵⁹. Como conclusiones más relevantes de los estudios de esta experta, podemos decir que los sistemas públicos son incapaces de regular la salida del mercado de trabajo y los nuevos mecanismos que regulan esta salida son: vías intermedias entre el trabajo y la jubilación; planes intermedios que regulen la salida precoz y otras medidas que conlleven una verdadera política de edades, para lo cual esta autora ofrece claras recomendaciones, en la línea de lo apuntado en el epígrafe 3.2 ó el 12.2. Pero, según varios expertos (Pérez Ortiz, 1993), estas medidas suelen ser de complicada aplicación y graves consecuencias. Por ejemplo, según el Informe de las NN.UU. (1982) un sólo año de reducción en la edad de jubilación en España costaría a la Seguridad Social aproximadamente unos 20.000 millones de pesetas. Habrá que construir, pues, nuevas fórmulas para las nuevas formas de transición a la etapa postlaboral (véase capítulo 12.2.).

Antes de cerrar este apartado tratamos brevemente otros tipos de jubilación generalmente aplicados hoy. Las ventajas y desventajas entre la jubilación obligatoria y jubilación forzosa levanta muchas discusiones. En cuanto a la **jubilación obligatoria**, muchas personas se oponen a la misma porque piensan que los mayores desean seguir trabajando más allá de los 65 años o la edad oficial de jubilación. Cerca de 2/3 de una muestra de sujetos respondió que estaban de acuerdo en que la mayoría de personas mayores se jubilen por

⁵⁹ Esta catedrática francesa experta en tema de envejecimiento, ofrece un análisis comparativo entre seis países respecto al adelantamiento de la edad de jubilación y la relación entre empleo y edad en general. En los Países Bajos, Alemania y Gran Bretaña suelen aplicarse tres vías para la cesación precoz de la actividad (desempleo, invalidez y prejubilación convenida). En Gran Bretaña, además está la vía de la jubilación profesional privada anticipada. En Francia, se está dando una disminución precoz y masiva de la magnitud por vía del desempleo. En Estados Unidos la peculiaridad es que la política pública propugna la prolongación de la vida laboral frente a mecanismos privados que incitan a jubilarse anticipadamente. En Suecia se pretende una política activa de integración laboral y jubilación parcial y otras políticas de integración/reintegración de empleo.

propia iniciativa, ya sea porque no desean trabajar más o porque tiene una salud delicada (Harris et al, 1975; Kalish, 1991:171). Las características, según Moragas (1991) de este tipo de jubilación son: por una ordenada separación y transición a la situación de jubilado cuando la salud y productividad declinan; todos los individuos son tratados igualmente evitando discrecionalidades y favoritismos; evita pruebas o demostración de aptitudes de los trabajadores y consecuencias negativas para los no aptos; facilita la promoción y empleo de los trabajadores más jóvenes, fomenta la solidaridad y evita los enfrentamientos intergeneracionales; permite la previsión de necesidades financieras para pensiones; el momento se impone al sujeto (obligatoriedad y falta de reconocimiento de la autonomía), entre otros efectos negativos.

En cambio, las características y argumentos de la **jubilación flexible o voluntaria** son bien distintas: no discrimina por razón de la edad (respeta derecho al trabajo); aprovecha conocimientos de los trabajadores experimentados con beneficios para el individuo y la sociedad; reduce los gastos de Seguridad Social si se dilata la jubilación; dificulta la previsión de necesidades financieras para las pensiones; el sujeto decide el momento (libertad y autonomía personal); la tendencia a retirarse anticipadamente crece (véase Cuadro p. 165 en Moragas, 1991).

Otro tipo es la **jubilación parcial o progresiva**⁶⁰ ya comentada. Consiste en el abandono progresivo del trabajo por parte del mayor, y la incorporación, también progresiva, de un joven trabajador. Esta modalidad está regulada desde 1984 y puede resumirse así: el trabajador deberá cumplir los requisitos para ser jubilado (a partir de los 62 años ya se puede aplicar esta modalidad); el prejubilado y el empresario han de pactar la reducción de la jornada y consiguientemente el salario. El jubilado parcial, que es considerado pensionista durante esta situación, deja de serlo y pasa a jubilación total u ordinaria en el momento que cumpla 65 años. También hace falta que un trabajador desempleado, mediante el llamado "contrato de relevo", acceda al puesto.

Hasta el momento, la mayoría de los países de la OCDE (Ministerio de Trabajo y S.S., 1990:296) no parecen haber optado por aumentar la tasas de actividad de los mayores. Estados Unidos es el único país miembro que ha decidido retrasar por vía legal la edad de jubilación a principios de siglo XXI. En muchos países de Europa, en cambio, aún se tiende a alentar a la jubilación anticipada y parece que las últimas medidas van en esta dirección. Hemos de concluir diciendo que cada una de las formas de transición a la jubilación tienen sus ventajas y sus limitaciones. De lo que no cabe duda es el debate candente y la necesidad reflexionar sobre la misma considerando tanto el punto de vista político-sindical, el empresarial como de los mayores y la población general.

3.5. JUBILACIÓN, MERCADO LABORAL Y SISTEMA DE PENSIONES

El nivel adquisitivo de los mayores plantea un problema con doble vertiente. Por un lado, el descenso generalizado del nivel de ingresos de cada uno de los mayores tras la jubilación (tratada en capítulo 8 y 9); por otra, el debate más general del sistema de pensiones y la financiación de los gastos sociales por parte de los gobiernos actuales (en la que aquí nos centramos).

La población activa actual es cada vez menor y ello es uno de los motivos que plantea la dificultad del sostenimiento del grupo de pasivos que va en aumento. La carga que supone esta población asciende y además, si se le suma parte de la población activa que está

⁶⁰ La mayor parte de los expertos (también de los mayores, véase apartado 8.4.) abogan por la jubilación progresiva y voluntaria. Esta propuesta es recogida por la OIT en su Recomendación 162/1980 y por la CEE en las Recomendaciones del Consejo de 1982. Además, ha surgido en estos últimos años el reconocimiento de las ventajas de los planes o fondos de pensiones en compañías privadas, lo que favorece el ahorro durante la etapa productiva, se pagan menos impuestos (desgravaciones), a la vez que supone un alivio para los gastos estatales y un aumento de la seguridad y el nivel de vida de los mayores.

desempleada y que también depende su prestación de la población activa ocupada, la situación resulta más negra. Ante tal situación se plantean alternativas al Estado de Bienestar, que si hasta ahora aseguraba cobertura a todos los ciudadanos, hoy se pone en duda. Por ello, existe un amplio debate no sólo acerca del sistema de pensiones, sino del papel y alcance del "Estado providencia" o "Estado del Bienestar". Muchos piensan que está en crisis, otros que aún no se ha asentado en nuestra sociedad. La cuestión es que, según Jiménez Fernández (1985) los problemas del sistema son: "desequilibrio financiero, confusión entre el carácter contributivo y el asistencial, inadecuada asignación de recursos (prestaciones familiares), multiplicidad de regímenes especiales, defectuosa acción protectora y dificultades de financiación" (López Jiménez, 1993:190).

Sin entrar en mayores disquisiciones, que aquí no procede extender, diremos que se están proponiendo alternativas económico-sociales ante tal panorama en distintos países: fomento de la natalidad, ayuda a familias numerosas, desgravaciones fiscales, apertura de las fronteras a inmigrantes, reducción de prestaciones de seguridad social y servicios sociales, planes complementarios de jubilación, sistemas de ahorro y capitalización individuales, etc (Moragas, 1991:194). Las últimas tendencias que apuntan hacia el neoliberalismo, aplicado por los sistemas económicos pero poco aceptado por los trabajadores y corrientes socialdemócratas (que defienden en mayor medida el reparto de trabajo), pretenden ser una salida a la crisis del *Welfare State*⁶¹.

En esta ocasión nos detendremos más sobre los sistemas de pensiones para enmarcar nuestro tema central de estudio.

La primera acepción de la palabra *pensión* indica "asegurar las necesidades primarias de la vida". Las primeras pensiones se otorgaban a veteranos del ejército romano en dinero o propiedades. La historia de las pensiones puede seguirse a través de la evolución de los sistemas de protección social adoptados. Según López Jiménez (1993:189), la protección por jubilación, término que sustituye al de vejez, que figuraba en la ley de 21 de abril de 1966, se refunde en la Ley General de la Seguridad Social de 30-V-1974. Todo ello tiene como antecedentes legales más remotos el Real Decreto de 11 de marzo de 1919 (ya comentado en el apartado 3.3.). A principios del siglo XIX la asistencia social era gratuita, pero se limitaba a las personas con verdadero estado de necesidad. El tipo de auxilio era temporal y se ofrecían servicios en especie: alimentación, alojamiento, asistencia sanitaria. Todo ello era desarrollado por la beneficencia y organismos de caridad, generalmente coordinados por la Iglesia. Más tarde se irían desarrollando los sistemas de protección social a toda la población. En los años 70, las mutaciones sociales y económicas acelerarán un proceso de universalización y armonización de las pensiones que culminará con la reforma de 1985 y recientes medidas ya citadas⁶².

Hemos de recordar que el *Plan Gerontológico* (1993-1997) marca el área de Pensiones como primer área por el hecho de que es el problema inicial invocado por las propias personas mayores como máxima preocupación por la incidencia que tiene en su jubilación (capítulo 8), en sus actividades (capítulo 9), y en fin, en su calidad de vida⁶³. Las

⁶¹ Los grandes apartados en los que se han centrado las políticas del Estado del Bienestar son: ámbito familiar, sanidad, empleo, cesación del trabajo, sistema de pensiones, educación, lucha contra la pobreza. Distintos autores tratan las políticas en estos ámbitos: Ray, Dupuis y Gazier, 1988; Belorgey, 1985; Laubier, 1984; OCDE, 1985; Clair, 1984 (Sánchez Vera, 1993:238), etc

⁶² En resumen, según Narváez (1993:241) las políticas de jubilación han seguido una transformación a través de tres etapas: 1) antes de los años 60 la mayoría de los sistemas de jubilación parten de una idea básica: el reposo bien merecido del trabajador; 2) en los años 60 se considera esta etapa libre de cargas laborales y con posibilidad, por tanto, de desarrollar múltiples actividades de ocio y ocupacionales que se incluyen en las políticas de jubilación; 3) a partir de 1974 (tras la crisis del petróleo) es el momento en el que las jubilaciones se empiezan a producir como consecuencia del fracaso social de una actividad productiva.

⁶³ Los trabajos de investigación, así como las encuestas sociológicas realizadas entre el colectivo de mayores ha puesto de relieve que el nivel de ingresos es la primera causa de preocupación detectada. Esta carencia produce inquietud porque, aunque el dinero no solucione de por sí los problemas del envejecimiento, sí mejora algunos aspectos como la salud, la vivienda, la soledad... (véase epígrafe 18.3. y capítulo 11).

líneas de actuación (que incluyen medidas y objetivos concretos) que marca el Plan Gerontológico en este campo son:

- Solidaridad con las personas de edad (especialmente con aquellas que se encuentran en situación de mayor precariedad).
- Mejora de las pensiones mínimas (proseguir con el proceso de mejora de las mismas).
- Revalorización automática de las pensiones contributivas y agilización en el sistema de gestión (se pretende perfeccionar el sistema de protección de las pensiones contributivas. Por una parte, garantizando la revalorización automática de todas ellas de acuerdo con la evolución del IPC. Por otra, estableciendo el mismo número de pagas anuales a todos los pensionistas).

Los sistemas de Seguridad Social aplicados hoy en día en los países occidentales tienen su origen en dos modelos originarios (véase epítgrafe 3.3.). El primer modelo, más antiguo, es el llamado "*sistema profesional*" o *bismarkiano* que se remonta a finales del siglo pasado (1889). Su objetivo es la concesión de pensiones en base a las contribuciones o aportaciones, por cuenta ajena, realizadas por los individuos; siendo la pensión proporcional a la cotización. La financiación es a tres bandas: trabajadores y empresas (cotizaciones) y aportaciones del Estado. Por ello se le conoce también como sistema contributivo o sistema proporcional.

El segundo, el "*sistema universalista*", recogió las propuestas del Informe Beveridge (1942-1944) para cubrir el riesgo de necesidad. Se caracteriza porque concede una protección uniforme a toda la población, concretada en un servicio de carácter público financiado a través de presupuestos del Estado. Si el anterior tenía una finalidad individual, este sistema cumple una función solidaria pues persigue asegurar un nivel mínimo de vida para todos los ciudadanos en condición de jubilarse. También se le llama *sistema no contributivo o sistema redistributivo* (Moragas, 1991:187; Fundación Caja de Pensiones, 1990:31).

Los sistemas de pensiones han pasado a convertirse en sistemas universales que afectan a toda la población, incluso llegan a aquellas personas que a lo largo de su vida no han cotizado, a las que se ofrecen pensiones mínimas de carácter asistencial. Pero, pese a esta generalidad alcanzada, los modernos sistemas de pensiones no quieren romper del todo con el principio tradicional del seguro, según el cual debe haber relación entre las primas pagadas y la prestación que se recibe. Ahora bien, uno de los grandes problemas de los sistemas actuales de Seguridad Social, en lo que a pensiones de jubilación se refiere, es que esa relación entre cotización y prestación se ha difuminado muchísimo. En términos más precisos lo que sucede es que las pensiones pagadas por la Seguridad Social no se basan en un sistema de capitalización, sino en un sistema de reparto. El **sistema de capitalización** establece una relación estricta entre lo que el trabajador ha cotizado a lo largo de su vida activa y la pensión que recibe en la jubilación. Se trata del principio que rige los seguros y planes de ahorro privados. El volumen de su pensión dependerá de la cantidad del fondo que ha ido acumulando. En un sistema de capitalización cada trabajador ha creado su propio fondo que le permitirá más tarde cobrar su pensión. No hay aquí, por tanto, problemas de transferencias de unos grupos a otros. Se basa, según Cote (1980) "en el concepto de grupo cerrado frente al de "caja abierta" de los regímenes públicos de repartición" (López Jiménez, 1993:96). Una de las críticas a este modelo es que sufre más que la repartición los vaivenes económicos y tampoco permanece inmune a los cambios demográficos, en contra de lo que piensan algunos autores (o.c.:97).

El **sistema de reparto** se fundamenta, en cambio, en la existencia de un fondo general que sirve para pagar las pensiones de todo el mundo, sin que la cuantía de cada una de ellas venga exactamente determinada por las cotizaciones individuales. Se asienta sobre un contrato de solidaridad intergeneracional de transferencias de beneficios y contribuciones entre activos e inactivos. Los activos están sumisos a cotizaciones obligatorias que revierten a los inactivos bajo la forma de pensiones. La relación se basa en un equilibrio precario entre cotizantes y beneficiarios que depende de la evolución demográfica, económica y social.

Muchos mayores suelen pensar que sus pensiones derivan de lo que cotizaron, pero en realidad deriva directamente de los trabajadores de ahora (López Jiménez, 1993). Otros criterios, como los de necesidad o supuesta justicia social, son también utilizados para la fijación de pensiones.

Un argumento en contra del reparto es que la tasa de ahorro se reduce porque la Seguridad Social actúa como sustitutivo del ahorro privado. Un estudio que levantó gran polémica fue el del economista norteamericano Feldstein que afirmaba que la existencia de la Seguridad Social reducía el ahorro privado de un 30 a un 50%. Otra de las críticas al sistema de reparto se dirige a señalar la imposibilidad de introducir criterios voluntaristas de elección individual en la determinación de la pensión que se quiere recibir en el futuro (Casahuga, 1982). Nuestro modelo de Seguridad Social, al igual que en otros muchos países, se ha orientado claramente hacia un sistema de reparto. Puede pensarse que este sistema tiene la ventaja de permitir solucionar mejor los problemas de toda aquella gente a la cual, con el sistema de capitalización, le corresponderían pensiones muy bajas o nulas. Pero la forma en que se ha llevado a cabo su ejecución plantea, según los expertos, un serio problema de financiación. El sistema español de pensiones, siguiendo a la economista A. Durán (SECOT, 1995), es un "sistema contributivo atenuado"; contributivo porque el importe de lo percibido depende de lo cotizado; y atenuado, porque esta relación no es lineal, ya que las cuantías resultantes están sometidas a los mínimos y máximos establecidos. En general, suele aplicarse un sistema híbrido entre los dos modelos citados.

Y cambiando de eje, el primer obstáculo que debe salvar un jubilado que pretenda seguir, de algún modo, integrado en el mundo del trabajo y la vida social es el principio según el cual el cobro de una pensión es incompatible, en forma total o parcial, con la realización de un trabajo remunerado. Esta norma, aunque no es universal, se encuentra en la mayor parte de las leyes que regulan la percepción de pensiones. Hay países, como la República Federal de Alemania o Gran Bretaña, en los que el cobro de la pensión es compatible en alto grado con los ingresos de un trabajo. Pero la legislación española establece la suspensión en la percepción de la pensión para el jubilado que realice trabajos por cuenta propia o ajena. Esto produce el aislamiento social del mayor, la introducción en la economía sumergida, la pobreza, etc. También fomenta la injusticia social, pues pensemos en dos jubilados que han llevado vidas paralelas: uno decide vivir de su pensión sin hacer nada, mientras que el otro encuentra una nueva ocupación con sueldo cada mes ¿es justo que el ocioso cobre mientras que el activo no recibe pensión alguna? Aquí surge el problema del sistema de reparto frente al de capitalización que estamos comentando y que retomaremos al hilo de los discursos de los mayores (parte III y IV).

En definitiva, los dos sistemas, por caminos diferentes, llegan a efectos análogos. El dilema está entre privilegiar un sistema transversal de repartición que tiene en cuenta al conjunto de generaciones que coexisten en un momento dado, o un sistema longitudinal de capitalización que se focaliza en el interior de una generación de cotizantes. Elegir entre una lógica de solidaridad o una lógica de ahorro individual. No se puede afirmar a largo plazo cual es la más rentable, y aunque el pasado da la razón a la repartición, la erosión de este sistema ha puesto en duda su funcionamiento futuro. En muchos países se intenta desarrollar "sistemas mixtos", pero para ello se precisan medidas de jubilación más flexibles y progresivas que supondrían cambios sociales significativos (López Jiménez, 1993:99-100).

En este contexto de crisis de la Seguridad Social se han fomentado las cajas de retiro privadas. Estos **sistemas privados de pensiones** pueden ser de varios tipos: fondos de pensiones, contratos con entidades aseguradoras o cuentas individuales de capitalización. Los fondos privados de pensiones constituyen una de las formas más importantes del ahorro privado. Este ahorro es canalizado por las aseguradoras hacia la formación de capital, comprando acciones y títulos de crédito que sirven para la financiación de las empresas. El país pionero en esta materia fue Estados Unidos en los años veinte (Acebillo y Espona,

1990:83). En España, la reglamentación de Fondos y Planes de Pensiones es bastante reciente (1987). Los Planes de Pensiones, siguiendo al sociólogo López Jiménez (1993:100) son instituciones de previsión voluntaria y libre, no sustituyen al sistema de Seguridad Social y deben tener una finalidad social prioritaria. Según la UGT el mecanismo más adecuado se encuentra en los planes de pensiones de empleo que se generan a partir de la negociación colectiva en las empresas y contemplan en su gestión un control y una participación activa de los trabajadores a través de sus representantes (Caja de Pensiones, 1990:68).

En definitiva, el modelo de la Seguridad Social, junto con el envejecimiento de la población y la imposición de la jubilación forzosa a edades que no se corresponden con la esperanza de vida, han llevado a los sistemas públicos de pensiones a una situación de crisis. Hoy ningún trabajador en activo tiene garantías de que cuando se retire pueda recibir una pensión equivalente, en términos reales, a la que cobran actualmente los jubilados. De lo único que puede estar seguro es de que con sus cotizaciones se está pagando hoy no sólo a los jubilados sino también a personas que no han trabajado nunca (Paillat, 1971; Guillemard, 1991; entre otros). Ante esta situación, en muchos países, entre ellos España, se han comenzado a modificar las condiciones para obtener pensiones; y los propios gobiernos estimulan la creación de sistemas de pensiones de carácter privado, al margen de la Seguridad Social. Pero no se trata de que el sector público renuncie a ofrecer pensiones básicas, sino que el nuevo modelo reconozca las limitaciones del sistema de reparto e incentive el complemento en las futuras pensiones de manera privada.

Los problemas con los que se enfrenta el sistema de pensiones no son sino una parte de la amplia crisis de la Seguridad Social pública. No cabe duda de que se está perdiendo la visión optimista de que todas las necesidades asistenciales deben estar cubiertas por el Estado desde que nacemos hasta el final de nuestras vidas. España está sufriendo la crisis del Estado del Bienestar precisamente en el momento en que la gente espera su expansión y se está viendo que la retirada del sector público de algunos de sus campos de actuación no está siendo tan negativa (Cabrillo y Cachafeiro, 1990).

En concreto para los mayores, recordemos los diferentes tipos de pensiones (pensión de jubilación, invalidez, viudedad, orfandad, pensiones no contributivas) y las diferencias entre ellas. Además, como ya vimos en el capítulo 2 la situación económica es más positiva para los hombres que para las mujeres. Esto es debido a que este sistema de pensiones está basado en la actividad profesional y depende más de una política de empleo que de una política de las personas mayores, limitándose a los activos (López Jiménez; 1993:210-211). Las mujeres son objeto de discriminación al consagrar una vida sin remuneración a la familia y al trabajo doméstico para recibir en su vejez una pensión sin derechos propios. La feminización de la población anciana, como hemos visto en otros estudios, acentúa esta desigualdad⁶⁴. Por tanto, más numerosas y con menos ingresos constituirán la clientela mayoritaria de las funciones asistenciales del sistema de protección (López Jiménez, 1993:211)⁶⁵.

A nivel nacional, son varias las previsiones constitucionales que debieran condicionar la política respecto de los ciudadanos de edad. Por ejemplo, nuestra Carta Magna quiere

⁶⁴ La situación más pésima se da en el siguiente perfil: mujeres, mayor edad (más de 75 años), viudas, analfabetas, no viven en pareja, con una percepción de salud mala, sin pensión o pensiones de viudedad causadas antes de 1980. En el otro extremo positivo están: hombres, menores de 75 años de edad, casados, con una percepción de salud buena, que reciben pensiones causadas con posterioridad a 1980 y tienen posibilidad de recibir pensiones por encima de la media.

⁶⁵ Para una mayor información sobre sistemas de pensiones, en general, y pensiones de jubilación en concreto pueden consultarse las siguientes obras: capítulos de Artajo de No, y de Bosch y Escribano incluidos en *La Tercera Edad en Europa. Necesidades y Demandas* (INSERSO, 1991); OCDE (1988), *La réforme des régimes publics de pensions*; Carcelén Conesa (1989) *Planes de pensiones y sistemas de jubilación: guía simplificada de su contenido y sus posibilidades*; Fanlo Nicolas (1994), *Jubilación en el Régimen General de la Seguridad Social*; Gómez Sala (1989), *Pensiones públicas, ahorro y oferta de trabajo: análisis del caso español*, entre otros.

asegurar la protección a la familia (art. 39), la salvaguardia de la salud física (art.43), el establecimiento de un Régimen de Seguridad Social (art. 41), el derecho a vivienda digna (art.47), o el propio derecho al trabajo (art.35) y medidas más orientadas a la gente mayor, pensiones y servicios sociales (art.50), que en el apartado siguiente desarrollaremos. Para aplicar medidas en base a estos principios se quiere plasmar la redistribución o reparto del trabajo, la jubilación anticipada, prejubilaciones, etc. Es como un "mal menor" ante la que salen beneficiados los colectivos más jóvenes. Las últimas propuestas abogan por un sistema de pensiones complementario, con una base aportada por el Estado y otra por las personas mediante el ahorro privado u otros planes de pensiones o seguros privados. En los países de Europa Occidental la tendencia es contraria a la pensión de cuantía fija. El propio Comité de Ministros del Consejo de Europa ha proclamado (ENDESA, 1989:117-118):

- Que las prestaciones deben ser suficientes para subvenir a la contingencia que la motiva, de forma que permitan el más alto nivel de vida de los trabajadores.
- Que la cuantía sea revisada periódicamente para mantener el poder adquisitivo mediante su elevación.
- Que las prestaciones sustitutivas de los ingresos dejados de percibir por causa de alguna contingencia prevista por la Seguridad Social sean completadas con las mismas asignaciones que se disfrutaban en activo.

Y el Código Internacional del Trabajo establece:

- Que la pensión de jubilación de la Seguridad Social debe sustituir, hasta donde sea posible, el salario dejado de percibir.
- Que dicha pensión sea proporcional a los salarios del trabajador que sirvieron de base a sus cotizaciones a la Seguridad Social.
- Que la pensión de cuantía fija sólo es adecuada en aquellos países donde la población tenga posibilidades económicas para procurarse por medio de prestaciones complementarias libres una protección añadida.

Uno de los problemas más relevantes con los que se tiene que enfrentar los gobiernos de nuestro entorno europeo está siendo, por una parte; asegurar la estabilidad de las pensiones, y por otra, lograr una mayor coordinación entre los sistemas de servicios sociales y sanitarios (que en otro apartado trataremos) y acomodar todo ello a las necesidades reales de la gente mayor. Una de las causas que se atribuyen a la quiebra del *Estado del Bienestar* es el importante aumento de los gastos en materia de vejez, sobre todo de las pensiones que reciben los mayores. Es una idea generalizada en el debate sobre el futuro del Estado del Bienestar el que el envejecimiento va a ser uno de los causantes más claros (lo está siendo ya según algunos expertos) de la quiebra de los Estados Providencia. La idea suele basarse en el aumento progresivo de los gastos sociales destinados a vejez⁶⁶.

Según Guillemard (1995), *"se puede hablar de un encanecimiento de los presupuestos sociales europeos"*, y al analizar la evolución de la estructura del gasto social en los países miembros concluye que *"los Estados-Providencia europeos se han convertido progresivamente, la mayoría de ellos, en 'Estados-Providencia-para-la-vejez'"* (SECOT:594-595). El 42% del gasto social de la Europa de los Doce en 1986 correspondía al capítulo de vejez. Igualmente en España el gasto es del 46,6% sobre el total de gastos de protección (Castells y Pérez, 1992:34). El problema que se plantea es que la relación activos/inactivos no bastará para el mantenimiento del número creciente de mayores lo cual puede dar lugar a una "guerra de edades". Por ello, las últimas tendencias de política económica se basan en la contención de gastos públicos y en proponer otras medidas de privatización. De todas maneras, los gastos en vejez son muy elevados pero también se puede asegurar que elevado es el potencial de los mayores que hasta ahora ha sido desaprovechado. Todos estos temas están generando mucha controversia y polémica no sólo entre los expertos sino entre las personas mayores y la sociedad en general.

⁶⁶ Observemos, por ejemplo en el informe de la OCDE (Ministerio de Trabajo, 1990, pp. 201-259) la situación actual (de los distintos países de la OCDE) y las tendencias de los gastos sociales como consecuencia del envejecimiento demográfico. Consultese también la obra, que obtuvo el 1º premio de investigación del IMSERSO en 1996, de la economista L. Pérez Ortiz (1997), *Las necesidades de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad*. Madrid: IMSERSO, concretamente los capítulos 4 y 5.

En las década de los 80 y a principios de los noventa se está viendo una mejora en la pensiones de la Seguridad Social, incrementándose las de menor cuantía y ampliando la cobertura a toda la población (desde 1990 las pensiones no contributivas)⁶⁷. Es de reseñar en nuestro contexto español, *el Pacto de Toledo* (23-9-1996), con vigencia hasta el año 2000, en el que el gobierno y los sindicatos han llegado a un *Acuerdo sobre Consolidación y Racionalización del Sistema de Seguridad Social*. Ante la alarma social de los últimos tiempos entre los mayores españoles por el rumor del descenso o congelación de las pensiones, en este acuerdo se garantiza el mantenimiento del poder adquisitivo de las pensiones (que subirá en función del IPC) y se compromete a adoptar las medidas necesarias para asegurar las prestaciones a los/as pensionistas del futuro. De todas maneras, continuamente resurge el debate de las pensiones, concretamente ante el "criticado" pago de algunos medicamentos (*El medicamentazo*) o ante la propuesta de subida de las pensiones no contributivas por parte de algunas CC.AA. (p.e. Andalucía, Agosto 1999). Evidentemente todas estas cuestiones están creando una alarmante preocupación social que percibimos tanto desde la opinión pública general como desde los discursos de los mayores.

De todas maneras, siguiendo a Narvaez (1993:242), pensamos que faltan investigaciones serias sobre las pensiones y la forma de financiación de la mismas. Por ejemplo, estudios sobre los efectos redistributivos de las mismas; hasta qué punto los individuos pueden continuar su nivel de vida anterior; investigar los años de vida necesarios para recuperar la cotización pagada actualizada; estudiar los balances del ciclo de vida o los saldos entre cotizaciones y prestaciones actualizadas... Los estudios en esta materia político-económica, y lo que es más importante, los efectos psicosociales que tienen los mismos, pueden arrojar mucha luz sobre la problemática actual de los sistemas de pensiones y la jubilación.

3.6. PROTECCIÓN JURÍDICA Y LEGAL DE LAS PERSONAS MAYORES Y DE LA JUBILACIÓN

Otro de los indicadores del interés por los mayores se puede observar a través de las leyes y recomendaciones a nivel institucional y legislativo. En este epígrafe, pues, se tratan brevemente los principales hitos de la protección de los mayores y la vejez desde el campo de la protección oficial y las propuestas institucionales⁶⁸.

A nivel internacional, además de los sistemas de pensiones pioneros tratados, el interés por las personas mayores empezó a mitad del siglo presente. En EE.UU. la protección a los mayores se plasmó en el *Social Security Act*⁶⁹. En concreto, la organización de las NN.UU. creó una comisión especial "Comisión de Derechos Humanos" (1946). En defensa de los mayores, la Declaración Universal de los Derechos del Hombre (1948) se manifiesta así: considera la jubilación del trabajador como una situación que debe ser incluida en el esquema de los derechos subjetivos de éste. En esta Asamblea, siguiendo información de Altarriba (1992:5), Argentina presentaba un proyecto de atención a la ancianidad denominado "Declaración de los Derechos de la Vejez", el cual centraba su atención sobre unos

⁶⁷ Hemos de subrayar que las pensiones no contributivas (en España desde 1990) permiten una pensión a las personas que no han cotizado en su vida laboral. Tienen derecho a esta pensión las personas que hayan cumplido 65 años, residan legalmente en España o hayan residido durante un mínimo de 10 años entre los 16 y la fecha de solicitud, así como durante los dos inmediatamente precedentes a ésta y carezcan de ingresos suficientes.

⁶⁸ No se pretende ofrecer una análisis exhaustivo de todas las medidas destinadas a mejorar la calidad de vida de la gente mayor. La política social dirigida a las personas mayores será revisada de manera breve a lo largo de este estudio, pero requeriría la realización de otra tesis o investigación.

⁶⁹ Esta ley parte de la política llamada del "New Deal", con Roosevelt (1929-30). A partir de la promulgación de esta ley se admitió, por primera vez, que correspondía al gobierno federal la obligación de arbitrar los fondos y los servicios necesarios para evita la miseria y la mendicidad de las personas cuya vejez impidiese ganarse el sustento y no tuviese familiares que atendiesen tales necesidades. Además de cubrir la supervivencia de los mayores, también de los inválidos e inclusive de sus familiares (Mira y López, 1961:134).

indicadores considerados como preferentes que eran: alimentación, ubicación, salud, vestido, economía (trabajo y pensiones), ocio y servicios sociales. Pero esta declaración "nunca se convirtió en instrumento oficial" (Belando y Sarlet, 1997:201)

En el año 1969 (en Malta), también en la Asamblea General de las Naciones Unidas, se presentó una serie de propuestas relacionadas con el ámbito gerontológico, bajo el epígrafe de "Algunos aspectos relacionados con las personas de edad y con el envejecimiento" (Altarriba, 1992:5). Más tarde se valoraría como positiva la creación, por parte de las NN.UU., del *Fondo Internacional de las Naciones Unidas para la Vejez* (UNIFA).

La Carta Europea de la Tercera Edad (Luxemburgo en 1975), adopta una serie de principios y establece un conjunto de derechos en favor de las personas ancianas dentro de las cuales aparecen condensados todos los objetivos de una política para la jubilación basada en la dignidad de las personas humanas (Derecho a la asistencia física y material, a la vida económica, a una vida social, a una existencia cultural, a la auto-economía, etc.) y planteada desde la justicia y no desde la simple asistencia.

Más recientemente, la ONU convocó la *"Asamblea mundial sobre el Envejecimiento del Individuo y de la Población"* (Viena, 1982), que marcó un hito importante en la maduración de la política social destinada a los mayores. La principal finalidad era iniciar una programa internacional de acción encaminado a garantizar la seguridad económica y social de las personas de edad y fomentar la participación de las mismas en el desarrollo de sus respectivos países. En estas normas se insta a los gobiernos a tomar y/o fomentar medidas sobre salud y nutrición; protección al consumidor; vivienda y medio ambiente; familia, bienestar social, educación y seguridad de recursos y ocupación⁷⁰. Resulta interesante mencionar el informe Nacional realizado por la Comisión Nacional Española para la Asamblea Mundial al que aludimos en varias ocasiones. En definitiva, el Plan de Viena constituye un documento de inevitable referencia en todos los estudios e investigaciones sobre políticas de vejez. Siguiendo las mismas pautas de este informe, debe facilitarse la participación de las personas mayores en la vida económica, tomando las medidas adecuadas para que: los trabajadores de edad puedan permanecer en ciertos tipos de empleo en condiciones satisfactorias y beneficiarse de la seguridad en el mismo; eliminando todo tipo de discriminación en el mercado de trabajo y garantizando una auténtica igualdad de tratamiento en la vida profesional y asimismo, facilitando a los trabajadores de edad el derecho de acceso a programas y servicios de orientación, capacitación y colocación, propiciándoles el encuentro de un empleo de acuerdo con su capacitación y conocimiento (Asamblea Viena, 1982). En la recomendación 29 de la Asamblea citada se indica que los gobiernos deberán fomentar medidas para que la transición de la vida activa a la jubilación sea fácil y gradual, y se debe hacer más flexible la edad de derecho a jubilarse. Esas medidas deben incluir cursos de preparación para la jubilación y la disminución del trabajo en los últimos años de la vida profesional. En la recomendación 30, se expuso que los gobiernos deberán aplicar las normas internacionales relativas a los trabajadores de edad, particularmente la Recomendación 162 de la OIT (1980). Otros documentos de interés sobre el fenómeno que estamos tratando son los que siguen:

- Declaración de Derechos de las Personas ancianas, Washington (1961).
- Proyecto de Ley del Senado de Brasil, 1954 (De asistencia Gerontológica). Mira López (1961:165) considera este proyecto de Ley de Asistencia de la Vejez como el más completo de Latinoamérica.
- Carta de Derechos del envejeciente, NN.UU. (1982)
- Proyecto de plan de acción internacional preparado por la Federación Internacional de la Ancianidad.
- La Recomendación del Consejo de la C.E. de 10-XII-82 relativa al principio de una política comunitaria sobre la edad de jubilación: derecho a escoger momento de jubilación, jubilación flexible y progresiva, pensión

⁷⁰ Este último incluye: generalización del sistema de seguridad social, adecuación del nivel mínimo de ingresos por prestaciones, posibilidad de ingresos complementarios y la formación de ahorro, flexibilización de la edad del derecho a jubilación.

compatible con trabajo, fomento preparación a la jubilación.

- Las Directivas 79/7 y 86/378 de la C.E. relativas a la igualdad de trato entre hombre y mujer en materia de Seguridad Social.

Con la Carta Europea de Mayores (1992) y con la celebración del "*Año Europeo de las personas mayores y de la solidaridad entre generaciones*" (1993) se da un nuevo impulso a la preocupación por estos temas. La Asamblea General de la ONU en sus resoluciones del año 1991, recomendó que se definiera un conjunto de objetivos mundiales relativos al envejecimiento para el año 2001 que sirvieran de orientación pragmática a las metas del Plan de Acción Internacional sobre el Envejecimiento⁷¹. Estos principios son los siguientes:

- . Independencia: alimentación, vivienda, vestido, atención de la salud, ingresos, trabajo y educación.
- . Participación. Bienestar y posibilidad de trabajar como voluntarios o formar movimientos o asociaciones.
- . Cuidados. Cuidados de salud, servicios sociales y jurídicos.
- . Autorrealización. Desarrollar su potencial, acceso a recursos educativos, culturales, espirituales y recreativos.
- . Dignidad. Seguridad, dignidad, libres de explotaciones y de malos tratos físicos y mentales.

La Asamblea de Nueva York (1992) también sigue líneas parecidas a las propuestas de la ONU del Plan de Viena de 1982. El interés de incrementar el grado de protección social en las múltiples facetas que afectan a la vida de las personas mayores son tareas ineludibles en nuestra sociedad, y que resultan acordes con las siguientes recomendaciones y derechos que a continuación, al menos, debemos citar:

- La OIT, con su Recomendación 162 (23-VII-1980) en defensa de los trabajadores de edad y preparación para la jubilación. En defensa de las pensiones, frente a la discriminación de los trabajadores de edad, en pro de la capacitación, por una mejora en la seguridad social (convenio 102 y 128), prestaciones por invalidez, vejez y sobrevivientes (convenio 131) (Giraldes, 1993:245; Martín y Sastre, 1991:9).
- Siguiendo al mismo autor, la Organización de las NN.UU. para la Agricultura y Alimentación (FAO) también realiza planes de política alimentaria y nutrición que beneficia a la población mayor, sobre todo a las mujeres de las zonas rurales, entre otros (op.cit., p. 246).
- La Organización de las NN.UU. para la Ciencia y la Cultura (UNESCO), que su principal aporte se basa en recomendaciones sobre la educación de adultos (Nairobi, 1976) y preparación a la jubilación.
- La OMS, cuyo interés (desde 1954) se centra en tratar las consecuencias de la salud pública del envejecimiento, la nutrición y vivienda en los mayores, los aspectos físicos, psíquicos, rehabilitación, medicaciones y asistencia sanitaria. Muchas veces todas estas intenciones de las NN.UU. no se reflejan en la realidad jurídica de muchos estados miembros (Giraldes, 1993:249).
- Las Resoluciones del Parlamento Europeo (14 de abril y 14 de mayo de 1986) sobre acciones comunitarias para mejorar la situación de las personas de edad en los Estados miembros de la Comunidad. Fomento investigaciones sobre varias áreas referentes al ámbito gerontológico y personas mayores.
- La Resolución del Parlamento Europeo de 16-9-1987 sobre el transporte de minusválidos y ancianos.
- La Recomendación de la Comisión de la C.E. de mayo de 1989 sobre la tarjeta de ciudadano europeo mayor de 60 años.
- La Carta Comunitaria de Derechos Sociales Fundamentales de los trabajadores (puntos 24 y 25), de diciembre de 1989.
- La Directiva del Consejo de las Comunidades Europeas de 28-6-1990 relativa al derecho de residencia.
- La Decisión del Consejo de la C.E., de fecha 26-11-1990 relativa a acciones comunitarias en favor de las personas de edad avanzada.
- Declaración sobre Políticas integrales para Personas con Discapacidad y Adultos Mayores en el Area Iberoamericana (1993). En la III Conferencia Intergubernamental Iberoamericana sobre políticas para Adultos Mayores y Personas con Discapacidad, convocada conjuntamente por el INSERSO de España y la División Social del Ministerio de Planificación y Cooperación de Chile (MIDEPLAN) se propusieron varias recomendaciones a favor de los mayores (Belando y Sarlet, 1997:206). Los países participantes en esta Conferencia acordaron constituir una Red Iberoamericana de Cooperación Técnica para el desarrollo de Políticas

⁷¹ Para conocer los *Objetivos mundiales para el año 2001* y otra políticas sociales y documentos en pro de las personas mayores puede consultarse Belando y Sarlet (1997); Madrigal de Torres (1993: 214 y ss.), Giraldes (1993), Sempere (1993:193 y ss.), entre otros. Guillemard (1992, 1993) nos ofrece un análisis comparativo de las políticas de vejez en Europa El INSERSO (1993) ha editado una obra sobre la atención a las personas mayores en tres países europeos. También, Castells y Ortiz (1992) aportan sus análisis respecto a la política social, en España, destinada a la vejez.

Este mismo año, ha sido declarado por las NN.UU. *"Año Internacional de las Personas Mayores, 1999"*. Los principios que rigen los programas se basan en los ya enunciados anteriormente al tratar el papel de la Asamblea de las NN.UU. en el año 1991. Observamos los diferentes actos institucionales que se están realizando por la proclamación del año 1999 de las personas mayores. Aunque estos actos a veces se quedan como "declaraciones de buenas intenciones" siempre sirven para recordar y replantear que "ahí" está el problema.

En nuestro ámbito español, y en la misma línea, podemos mencionar que la importancia para los mayores de los artículos 9.2., 41, 43 y 50 de nuestra Constitución Española y el Estatuto de los Trabajadores de 1980. El artículo 50, Capítulo Tercero, Título I, es fundamental porque se centra en la gente mayor. En él se afirma que "los poderes públicos garantizarán, mediante pensiones adecuadas y periódicamente actualizadas, la suficiencia económica a los ciudadanos durante la tercera edad. Asimismo, y con independencia de las obligaciones familiares, promoverán su bienestar mediante un sistema de servicios sociales que atenderán sus problemas específicos de salud, vivienda, cultura y ocio". Los ámbitos que destaca este artículo vemos que constituyen uno de los ejes de los documentos elaborados a nivel internacional en beneficio de las personas mayores. De todas maneras "las pensiones adecuadas" siembra la duda de lo qué es adecuado en relación a las pensiones. Falta concreción a la hora de trasladar a la práctica estos artículos⁷².

Más dirigido a los trabajadores de edad, leemos el Artículo 35, sección 2ª, Capítulo Segundo, Título I, el apartado 1, que dice "todos los españoles tienen el deber de trabajar y el derecho al trabajo, a la libre elección de profesión u oficio, a la promoción a través del trabajo y a una remuneración suficiente para satisfacer sus necesidades y las de su familia, sin que en ningún caso pueda hacerse discriminación por razón de sexo" o de edad, añadiríamos nosotros.

El Artículo 41, Capítulo Tercero, Título I, "Los poderes públicos mantendrán un régimen público de Seguridad Social para todos los ciudadanos, que garantice la asistencia y prestaciones sociales suficientes ante situaciones de necesidad, especialmente en caso de desempleo", sobre todo en edades avanzadas o situaciones especiales, sin constituir actos de piedad y limosna sino de justicia e igualdad que cuide de los ciudadanos (ver también Artículo 43 para el "derecho a la protección de la salud", o el fomento de la "educación sanitaria, la educación física y el deporte....adecuada utilización del ocio").

En concreto, la jubilación, era considerada como un derecho del trabajador. Pero desde 1980, es un modo de extinción del Contrato de Trabajo (art. 49.6 del Estatuto de Trabajadores) como la invalidez o la muerte, que opera por mandato legal y no por decisión exclusiva, personal, libre y voluntaria del trabajador. La sentencia del TC de 1981 (STCT de 24-II-1981; en Martín y Sastre (1991:11) afirma que "la jubilación ha pasado de ser solamente un derecho del trabajador y una situación protegida por la seguridad social, a constituir también una causa legal de extinción del contrato... regulada en contemplación de intereses sociales y cuyo hecho fundamental no es ya la decisión personal del trabajador, sino el cumplimiento de la edad fijada por cualquiera de los sistemas legalmente previstos". De esta forma, y según el Estatuto de los trabajadores, la jubilación la fija el Gobierno en función de las disponibilidades de la Seguridad Social y del mercado de trabajo.

Como venimos diciendo la crisis económica ha provocado pues que la políticas de vejez se estén convirtiendo en políticas de empleo, en concreto del "reparto del trabajo" (dando trabajo a los desempleados más jóvenes), haciendo de la jubilación un instrumento del

⁷² Aunque Giraldes (1993, 1993:256) desarrolla ampliamente la figura de los mayores en la constitución desde un punto de vista crítico, aquí sólo nos detendremos en los más relacionados con nuestro tema.

mismo. El derecho de los trabajadores mayores sufre y sufrirá, pues, notables modificaciones. Además, son varias las medidas para reducir la oferta de trabajo (en vez de aumentarla) como por ejemplo: jubilación anticipada, jubilación forzosa, prolongación de la escolaridad, trabajo a tiempo parcial, entre otras.

Sin embargo, como respuesta a este ataque frente a la libertad se pronunció el Tribunal Constitucional (en 1981) declarando como inconstitucional toda norma que establezca "la incapacitación para trabajar a los 69 años y de forma directa e incondicionada". De cualquier modo, la edad máxima será la de 69 años, sin perjuicio de que puedan completarse los periodos de carencia para la jubilación. También se establece que "en la negociación colectiva podrán pactarse libremente edades de jubilación, sin perjuicio de lo dispuesto en materia de Seguridad Social a estos efectos" (Martín y Sastre, 1991:12). Esta sentencia se basa en la recomendación 162 de la OIT enunciada anteriormente, en la se propugna la voluntariedad y progresividad de la jubilación. También el artículo 14, Capítulo Segundo, Título I, apoya esta tesis proclamando el derecho a la no discriminación dice "los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social", incluida la edad avanzada, añadiríamos nosotros.

También en el artículo 17 del Estatuto de los Trabajadores (ya citado en el epígrafe 3.3.) y en la Recomendación 162/1980 de la OIT se insta a los gobiernos a la no discriminación de los trabajadores de edad (Belando y Sarlet, 1997:212-212). Pero si se han esgrimido a raíz de estas medidas argumentos de todo tipo en torno a la jubilación como "reparto de trabajo" (psicológicos, sociales, demográficos y sanitarios), en efecto, y siguiendo a Martín y Sastre (1991:11), las consecuencias de la crisis económica han pesado, valorándose y aplicándose estas medidas, sobre otras argumentaciones, también, de toda índole.

El Plan Gerontológico Nacional se elaboró a partir de 1988 con el propósito de configurar una política integral en favor de los mayores. Se editó en 1993 y se desarrolló hasta 1997. Fue inspirado, entre otros, en las Recomendaciones emanadas de Bruselas. Este Plan se puede englobar en la misma línea de actuación marcando las siguientes áreas en su documento: 1) pensiones, 2) salud y asistencia sanitaria, 3) servicios sociales, 4) cultura y ocio, y 5) participación (Belando y Sarlet, 1997:205). Algunas Comunidades Autónomas (País Vasco, Cataluña, C. Valenciana y Madrid) han elaborado sus propios Planes Gerontológicos, por ejemplo la Comunidad de Madrid cuenta con un plan de Mayores 1998-2006 dotado este ejercicio (1999) con 29.850 millones de pesetas para atender a las casi 700.000 personas mayores de 65 años.

Con todo lo manifestado, se cierra de una forma seria y menos paternalista una primera etapa que ha empezado a preocuparse por el envejecimiento a nivel mundial. El objetivo es iniciar el nuevo siglo, el nuevo milenio, con los intereses renovados y esperando que los programas y medidas no sean simplemente declaraciones de buenas intenciones sino que pasen de la teoría al nivel práctico.

PARTE II

**ENVEJECIMIENTO Y JUBILACIÓN
COMO PROCESOS PSICOSOCIOLOGICOS Y
COMO OBJETOS DE INVESTIGACIÓN**

CAPITULO 4. EL ENVEJECIMIENTO COMO FOCO DE ATENCION DE LAS CIENCIAS SOCIALES

En este capítulo y el siguiente se tratan los distintos enfoques teóricos y paradigmas desde los que se viene desarrollando el tema del envejecimiento, vejez y jubilación. Resulta imprescindible realizar una revisión en esta línea para lograr una mayor comprensión de nuestro objeto de investigación y, para ello, procuraremos seguir la máxima de Séneca: *"dedica tu tiempo a mejorarte por medio de lo escrito por otros hombres; así llegarás fácilmente a lo que otros han conseguido luchando"*. Cambiemos por un momento la palabra *mejorarte* por "informarte", y *luchando* por "investigando", para adaptarla a nuestro caso. En fin, pensamos que tratando lo que otros expertos/as han pensado y escrito estamos dando un primer paso en nuestro análisis.

Tal como apunta Casals (en Sánchez Vera, 1993:22-24; en UDP, 1992:18-20) el tema de la vejez viene siendo abordado desde la investigación aplicada y tan sólo una mínima parte de los estudios son de tipo teórico. La poca presencia de enfoques sobre el tema de la jubilación (que suele incluirse como un "apartadito" del "gran tema" de la vejez) y de la actividad en estas edades (como otro "apartadito", si cabe) aún es más notable y más reciente. Aunque esta tesis no pretende ser, ni mucho menos, un tratado teórico de la vejez, a continuación se ofrecerán las ideas principales y comentarios de algunos enfoques que pueden servirnos para entender mejor la experiencia del envejecimiento. Nuestros análisis se centran fundamentalmente en las teorías de corte sociológico y psico-sociológico, pero también se alude a otros enfoques de investigación. No se procederá enumerando las distintas teorías a modo de letanía, sino que se intentará transmitir las distintas concepciones que se tienen del proceso de envejecimiento a través de las aportaciones teóricas, contrastando las tesis principales que mantienen cada una de ellas de forma comparativa, no enumerativa ni exhaustiva. Nos detendremos en aquellos aspectos teóricos que puedan ser relevantes para nuestro objeto y objetivos.

El enfoque teórico de esta tesis persigue la archipretendida (y muy pocas veces lograda) integración y complementariedad disciplinaria. Se parte de la psicología y sociología de la vejez/envejecimiento para construir un marco específico de la psicología social del envejecimiento, en general, y de la jubilación en concreto. Es decir, esta tesis se asienta sobre la perspectiva de la interacción e interrelación entre factores psicológicos y sociales que es lo que imprime carácter al punto de vista psicosocial. Tal como dice Crespo (1995) resulta más productivo intelectualmente abandonar las dicotomías como *psicología social psicológica/psicología social sociológica* y considerar la Psicología Social como perspectiva transdisciplinar y como un territorio plural desde el punto de vista tanto teórico como metodológico.

4.1. GERONTOLOGÍA Y GERONTOLOGÍA SOCIAL: GENESIS Y DESARROLLO ACTUAL

¿Qué es la Gerontología? ¿viene a ser lo mismo Gerontología que Gerontología social o Psico-gerontología? ¿qué enfoque predomina en esta rama de la ciencia: psicologista, sociologista, economicista? Cualquiera que se acerque al tema del envejecimiento se encontrará con la duda de que al tratar la gerontología (como término más general) o gerontología social (algo más concreto) no sabe claramente qué enfoque, paradigma u orientación se esconde detrás de estos términos. Por tanto, la primera observación que podemos realizar es la distinción entre la gerontología general de otras "gerontologías" concretas. En todo caso, la característica común a todas ellas sería el estudio del envejecimiento y la vejez desde la perspectiva de las ciencias sociales. Según Laforest (1991:9), no se trata de una ciencia específica, propia de una determinada profesión, sino que se desarrolla como nueva dimensión de varias ciencias y de

varias profesiones ya existentes, sobre todo en el campo de las ciencias sociales y de las ciencias de la salud.

En esta ambigüedad de la gerontología precisamente está la explicación de su sentido y existencia: estudiar la vejez desde un enfoque pluridisciplinar, sin ninguna etiqueta ni apellido de otra ciencia social (psicología, sociología, economía, p.e.). Uno de los objetivos de la gerontología se centra en aunar a todas las ciencias sociales para lograr una mejor comprensión de la vejez; pretende ser el nexo, la "madre común", la fuente a la que los científicos sociales acuden para "alimentarse" e informarse. Pero bajo esta intención un tanto idealista, el rasgo de la ambigüedad e indefinición de la gerontología sería, a su vez, la característica más problemática de esta "nueva ciencia". Decimos problemática porque el hecho de que no se defina claramente su objetivo en pro de la multidisciplinariedad puede conllevar falsas ideas de interpretación. De hecho, la dificultad de aportar una visión global e interdisciplinar, y la tendencia clásica hacia la territorialidad -incluso "colonialismo" y acaparamiento, a veces-, la tendencia pragmática e interesada hacia la búsqueda de un espacio de investigación, está provocando que cada uno de los profesionales de las ciencias sociales "apelliden" a la gerontología con la correspondiente etiqueta. Baste observar que hasta hace poco tiempo, cada profesional tendía a estudiar la vejez desde su propio prisma (incluso dentro de una misma disciplina, como hemos visto), minimizando los aspectos de otras disciplinas o especialidades. Aún hoy, la territorialidad de la investigación sigue siendo la nota predominante. Por ello vemos positiva la intención de la gerontología de aunar y articular los distintos puntos de vista comentados anteriormente. Es decir, trata de cobrar una identidad colectiva ante la especificidad de cada una de las ciencias y profesiones que la conciernen. Pero esto es difícil y el investigador no puede dejar de decantarse hacia una u otra perspectiva analítica. Todo ello puede producir el efecto contrario a lo que se pretende desde la Gerontología en mayúsculas, es decir, se puede crear una nueva lucha de territorio en el ámbito de la investigación, docencia y asistencia gerontológicas. Pero, esta lucha puede resultar estéril ya que, al igual que otros temas, la vejez es un ámbito común de varias ciencias, y pretender "acapararla" desde alguna perspectiva culminará en representaciones y análisis falsos sobre la misma. En nuestro caso, optamos por el enfoque de la psicología social, que aunque próximo y similar (podríamos decir *incluido*) a la gerontología, en su intencionalidad y procedimiento de estudio, nos parece más concreto e integrador. Por tanto, aludiremos a la "psicología social del envejecimiento" pero dejando patente que del mismo modo podíamos hablar de gerontología social desde un matiz psico-sociológico.

En cuanto a los **ORÍGENES DE LA GERONTOLOGÍA SOCIAL**, se ha de empezar destacando que la gerontología y geriatría han seguido distintas andaduras. La línea médico-geriátrica se fue gestando a partir de la instauración del concepto "geriatría" (tratamiento de la vejez) por L. Nascher, en 1909 ó en 1910 (VV.AA., 1978/81:295), según el autor que se consulte. Este médico fue el primero en describir las características biológicas y las necesidades médicas de la senectud como un proceso del ciclo vital. Basándose en el trabajo de sus predecesores, describió el tratamiento médico de la senectud y de esa manera sentó las bases de la geriatría como especialidad de la medicina. Pero la cristalización de la geriatría es reciente. Por ejemplo, en España la Geriatría (Guillén, 1989:338) no se reconoce, por Real Decreto, como especialidad médica hasta el 15 de julio de 1978, treinta años más tarde que en Inglaterra.

La gerontología fue reconocida como campo de investigación años más tarde¹. Fue en el año 1908, (1901, según Almarza y Gaideano, 1989:109), cuando I. Mechnikoff, médico de origen ruso, aportó significado al término Gerontología, compuesto por dos raíces griegas: *Geros* (anciano), *logos* (estudio) (Altarriba, 1992). Dicho médico propuso también la *tanatología* como rama de la gerontología (Moragas, 1991:263). Según Lehr (Rodríguez,

¹ Sin embargo, según Chillion (Rodríguez, 1989:33), la problemática de la vejez fue eminentemente gerontológica; se interesó tanto por los aspectos psicológicos y sociológicos como biológicos.

1989:36) el término "gerontología" fue introducido por N.A. Rybnikov², y para Sáez et al (1995:1) por Mechnikof (1901) y Rybnikov (1929). Según Sáez et al. (1995, 1996) el origen de la palabra gerontología procede de la raíz griega "geros-gerontos", que tal vez indicaba la edad de jubilación de los griegos, puesto que *gerontes* eran los 28 ancianos que, junto con los reyes, constituían la *gerusia* o senado de Esparta (ya tratado en el capítulo 1). De todas maneras, a pesar de los datos contradictorios sobre los orígenes exactos, lo importante es conocer los primeros pasos de la investigación en gerontología que indudablemente se encuentran a principios de siglo XX.

Fue Stieglitz en el año 1943 quien introdujo el término *Gerontología Social*, asignándole el significado de ser la "parte de la Gerontología que tiene como objeto principal las relaciones entre la persona mayor y su contexto" (Altarriba, 1992:3). En este sentido, gerontología social, con el apellido "social", se acerca más a la línea de la psicología social que desde aquí defendemos. Siguiendo a Altarriba, la gerontología puede tener varias ópticas de análisis: gerontología psicológica (o psico-gerontología), gerontología social y gerontología biológica. Según Moragas (1991:38), la gerontología social es fruto del interés por un enfoque científico interdisciplinar de la ancianidad, tras la II Guerra Mundial.

A continuación, trataremos los principales hitos de la evolución de la gerontología desde sus antecedentes. Hemos de señalar que el interés por el alargamiento de la vida y por llegar a la vejez es un tema tan antiguo como la existencia humana y que se puede encontrar en los objetivos de cualquier cultura y época histórica (véase apartado 2.1.). Sin embargo, desde el punto de vista de la sistematización y legitimación del estudio de la vejez, los orígenes no son tan remotos porque el envejecimiento era exclusivo de una minoría privilegiada hasta hace pocas décadas. Además, nos encontramos con datos contradictorios e información incompleta - problema común en todos los estudios retrospectivos-, ante el intento de reconstruir el pasado de la investigación gerontológica. En este caso, y hecha esta observación de la "relativa juventud" del tema de la vejez, empezaremos destacando los antecedentes más lejanos. Sáez et al. (1995, 1996) destacan el "papiro de Smith" que relata la metamorfosis de una persona mayor a joven. En este papiro egipcio se descubren vestigios de un libro que transmite prescripciones y normas para transformar a los mayores en jóvenes (Almarza y Galdeano, 1989:110). En las obras de Homero, Platón, Aritóteles, Cicerón, Séneca, se encuentran referencias a las personas mayores. Recordemos que "Geras", diosa de la ancianidad, era venerada por los helenos.

Hemos de destacar que varios autores dedican una gran parte de su obra a los inicios del estudio de la vejez. En este caso no procede extendernos en la evolución histórica de la misma, pero al menos queremos subrayar a los autores pioneros de nuestro tema. Siguiendo los análisis de Rodríguez (1989), en el contexto medieval destacamos a San Agustín y Santo Tomás de Aquino. También se encuentran testimonios en la época renacentista: L. Vives, E. Rotterdam, Shakespeare, F. Bacon, F. Pérez de Oliva, entre otros. En la época barroca tenemos a: F.A. de Guevara, F.P de Oña, J. Caramuel, B. Gracián, como autores más representativos. En el siglo XVIII y XIX nos encontramos con análisis interesantes de Feijoo, Hervás, Humboldt, Shopenhauer, Goethe. Pero si esta vasta lista incluye a los pioneros de los temas de vejez hemos de decir que no es hasta bien avanzado nuestro siglo XX cuando la preocupación por esta cuestión se torna más sistemática y rigurosa.

En cuanto a los inicios de la investigación científica en gerontología no existe acuerdo entre los expertos/as. Mientras Birren (1961) señala el inicio entre 1835 y 1918; Comfort lo sitúa entre 1561 y 1626, con la publicación del libro de F. Bacon *Historia de la vida y la muerte* (Sáez et al., 1995:7). Por ejemplo, según Birren la psicología del envejecimiento empezó sus investigaciones a finales del siglo XIX; el periodo del comienzo de la investigación de manera

² Observamos la no coincidencia en cuanto a fechas y autores respecto al origen de la Gerontología y Geriátrica. De todos modos, no tiene mayor relevancia en nuestro caso, pues lo importante es conocer las primeras aportaciones al estudio del envejecimiento más que datos históricos y puntuales.

más sistemática fue entre 1918 y 1945, y el periodo de expansión a partir de 1945 (Rodríguez, 1989:34). Un dato de esta evolución viene representado por el incremento de publicaciones: en la primera mitad del siglo apenas se cuenta con 2 ó 3 publicaciones por año. En cambio, existe un crecimiento exponencial en los últimos 50 años, registrándose cada día un mayor número de publicaciones.

En este recorrido podemos mencionar a J.N. Tettens (1736-1803), A. Carus (1759-1830) y sus aportaciones al estudio del desarrollo humano en las distintas etapas del ciclo vital por ser considerados precursores de la investigación gerontológica. También hay que mencionar a Charcot (1825-1893) y Galton (1832-1911) como investigadores en la línea médica y geriátrica. De un primer periodo podemos resaltar a Quetelet y su obra *Sobre el hombre y el desarrollo de sus facultades* publicada en 1835. Por este motivo se sitúa en esta fecha el fin de la etapa pre-científica en gerontología (Sáez et al 1995:7; Rodríguez, 1989:34).

En la Europa del periodo de entre-guerras (en una segunda etapa de la gerontología, 1918-1945), se desarrolla una orientación prioritariamente geriátrica de la gerontología. La investigación sobre el envejecimiento va de la mano de médicos y psiquiatras. Pero, en el ámbito anglosajón la investigación gerontológica adquiere una orientación psicológica basada en estudios experimentales y tests, y centrada en aspectos determinados de la vejez (inteligencia, rendimiento, psicomotricidad y capacidad de reacción). S. Hall, es calificado como el primer psicogerontólogo por su clásica obra *Senescence, the last half of life* (1922), considerado primer estudio con enfoque psicológico. Miles, Terman y Strong, continuaron sus pasos analizando la vejez, en los años 30 y 40, con métodos psicométricos. En este periodo se fundan las primeras instituciones y asociaciones con finalidad gerontológica. Por ejemplo, se creó en la universidad de Stanford (California), por parte de Miles (1928), el primer gran instituto especializado en el estudio de la vejez (Sáez et al., 1995:9). La investigación europea de este periodo está enmarcada en las orientaciones médicas y psiquiátricas (Homburger, Courbon, Ramón y Cajal, Bühler). Este último aplica una metodología de tipo biográfico (a través de material escrito: biografías, cartas, diarios) para estudiar la relación entre la edad y los procesos psicológicos, cuyos seguidores fueron: Frenkel, Hofstätter, Bracken o Rothacher, entre otros.

A partir de la II Guerra Mundial, en una tercera etapa, será cuando la gerontología alcance su asentamiento institucional hasta nuestros días, en los que se está produciendo su consolidación. Todas las tendencias indican, además, un progresivo desarrollo a corto y a medio plazo de la disciplina. Algunos hitos de esta consolidación a partir de la segunda mitad de este siglo pueden ser, por ejemplo, la creación de la sección de *Adult Development and Aging* bajo la dirección de Birren dentro de la Asociación de Psicólogos Norteamericanos (1945). En el mismo año nació la primera *Sociedad de Gerontología* en EE.UU (*Gerontological Society*) y desde 1951 comienzan a celebrarse regularmente Congresos Internacionales de Gerontología y Geriatria. En 1939 se publicó en Alemania la primera revista dedicada al estudio de la vejez, y en 1946 la revista especializada en Gerontología (*Journal of Gerontology*) de orientación pluridisciplinar.

Continuando con fechas clave, la *Asociación Internacional de Gerontología* se constituye en 1950 con el objetivo de "promover la investigación gerontológica en biología, medicina y ciencias sociales, así como la colaboración entre las ciencias". El tradicional desfase de conocimientos entre ciencias naturales y sociales se produce también en el estudio del envejecimiento, siendo la cantidad de aportaciones mayor en el campo biológico que en el psicosocial. Biólogos y médicos se interesan por el tema antes que psicólogos y sociólogos, y consiguientemente, aparecen antes las cátedras e investigaciones sobre geriatría que la formación y estudios sobre gerontología social (Moragas, 1991:45). La medicina fue la primera que se interesó por el envejecimiento, obviamente por el interés nada nuevo por alargar la vida al máximo, y además, por alcanzar un mejor nivel de salud. Siguiendo información de Sáez et al. (1995:9), en los EE.UU. destaca la creación por N. Shock, de "unidades gerontológicas" en los

Institutos Nacionales de Salud. Más tarde (1953), Birren estableció la "Sección de Envejecimiento" en los Institutos Nacionales de Salud Mental.

En 1961 comienza a editarse *The Gerontologist* y en 1970 se funda *Aging and Human Development* (concebida como Revista Internacional de Gerontología Psicológica). A partir de estos años empieza una carrera, hasta el momento imparable, de ediciones de revistas (véase bibliografía) y otras publicaciones. En los años siguientes, se crearon distintas unidades de investigación sobre el tema en diversas universidades británicas. De alto valor institucional también, fue la celebración de las *Conferencias de la Casa Blanca sobre la Vejez* como indicador del apoyo estatal norteamericano que alcanza su máximo reconocimiento en 1974 con la creación del *National Institute of Aging*. También hay que citar la fundación en Alemania de la "Sociedad Alemana de Gerontología", dirigida por Thomae.

Finalmente, cabe destacar la instauración en 1977 de la "Asamblea Mundial del Envejecimiento" bajo el patrocinio de las NN.UU, destacando la "Conferencia Mundial sobre Envejecimiento" (1982) y otros "Simposiums Internacionales de Gerontología"³. En otras latitudes, por ejemplo en Japón, empezó a prestarse atención a partir de los años veinte al tema del envejecimiento⁴. Como venimos aludiendo, los estudios en Gerontología van cobrando relevancia en las últimas décadas. Hay que recordar el gran empuje que tuvo el estudio sobre Juventud, sobre todo en la década de los setenta (a raíz de la revuelta de Mayo del 68) y ochenta en nuestro contexto español. También en los años ochenta se potenciaron los estudios sobre género, entre otras temáticas. Ya en los años noventa, la consolidación y legitimación de la Gerontología como ciencia en mayúsculas parece que está, junto a los temas de juventud, trabajo o de género, haciéndose cada vez más patente en los últimos años.

En cuanto a **LOS INICIOS DE LA INVESTIGACIÓN GERONTOLÓGICA EN ESPAÑA**, tal como hemos observado, han estado presididos por las perspectivas biologicistas y médicas, así como por la especialidad geriátrica. Por tanto, el interés desde la sociología y psicología por estos temas es muy reciente y tardío con respecto a otros países europeos o norteamericanos. Los primeros estudios desde esta perspectiva llegan al contexto español de la mano del ámbito universitario o desde el área de los servicios sociales, pero de forma tímida hasta entrados los años 80-90.

Esta etapa de la vida ha sido estudiada casi siempre como un tema secundario, periférico y dependiente de otra área considerada fundamental. Son diversas las disciplinas desde las que se ha venido tratando el fenómeno del envejecimiento: sociología de la salud, sociología de la familia, sociología del trabajo, etc. Sólo recientemente se ha asentado y ha tomado verdadera consideración el área "sociología de la vejez" como cualquier otro campo ya consolidado como puede ser la sociología de la juventud o la sociología del trabajo, por ejemplo. De todos modos, si se observa la clasificación de la UNESCO sobre áreas de investigación encontramos el área de "psicología geriátrica" pero curiosamente ningún área con el título de "sociología o psicología de la vejez", por ejemplo.

El reciente arraigo de la sociología de la vejez en España se observa sobre todo en la proliferación de estudios, investigaciones y publicaciones; pero también la hallamos en la organización de congresos, masters, seminarios, cursos de doctorado, etc. Este tipo de eventos y

³ Véase, por ejemplo, BETH JOHNSON FOUNDATION; UNIVERSITY OF KEELE (1988), *Positive approaches to ageing: leisure and life-style in later life*. Seminario organizado por Department of Adult and Continuing Education, University of Keele, Beth Johnson Foundation publications in association with the Centre for Social Gerontology, University of Keele; o la obra de KAPLAN, M. (1979), *Leisure, lifestyle and lifespan: perspectives for gerontology*; o la de LAFOREST (1991), *Introducción a la Gerontología*.

⁴ En aquellos tiempos centraban el interés sobre las modificaciones antropométricas y los cambios de la esfera mental; así en los años 20 se realizaron estudios sobre la modificación de la inteligencia. Kirihara comprobó que a partir de los 20 años, se percibe un descenso de la inteligencia por la edad, también se advirtieron claras diferencias específicas en relación al género (Rodríguez Domínguez, 1989).

publicaciones hasta hace pocos años eran casi inexistentes en nuestro país, venían a ser especie de *rara avis*, lo que nos muestra la "juventud del tema de la vejez".

En 1947 se crea, en Barcelona, la primera cátedra de Geriátría del mundo aunque hasta los años setenta no se reconoce la Geriátría como especialidad médica (Almarza y Galdeano, 1989:110 y 339). También en 1947, el profesor B. Baguena ofrece su primer curso de Geriátría en la Facultad de Medicina de Valencia. En 1948 se funda la Sociedad Española de Geriátría y Gerontología, celebrándose en 1950 su primer congreso en Barcelona (Almarza y Galdeano, 1989:110). En 1966, se fundó la "Revista Española de Gerontología y Geriátría" (Saéz et al, 1995, 1996). Se encuentra alguna referencia a la vejez que podemos considerar muy "antigua" y sólo data de 1949, es por ejemplo el artículo *Comentarios sobre algunos problemas de la vejez* de Fernández Noguera, en la revista Arbor. Ya en los años sesenta, podemos encontrarnos con algunas aportaciones más (Calvo Melendro, 1964, 1968; Luño, 1968; Cáritas, 1969; ISPA, 1966, entre otros). En los años setenta empieza la preocupación investigadora y científica desde el ámbito sociológico, aunque siguen predominando los estudios médico-geriátricos. El año 1970 es una fecha clave para la gerontología española porque surge la idea de aplicar el I Plan Gerontológico Nacional, como iniciativa de la Seguridad Social dependiente del Ministerio de Trabajo. También debemos citar los primeros informes de sociología de la vejez coordinados por R. Duocastella (ISPA 1976, 1981) concretamente en Cataluña. Paralelamente se publicó el Informe GAUR editado por la Confederación Española de Cajas de Ahorros titulado *La situación del anciano en España* que constituye una obra de obligada consulta. Otros trabajos pioneros son los de las Fundaciones FIES (1975), de Cáritas (1977) o FOESSA (1976 y 1984) o la compilación de S. del Campo y Verdú (INSERSO, 1981). También se pueden consultar algunos estudios de carácter regional y de algunas comunidades autónomas, artículos en revistas del CIS o la Revista Española de Geriátría y Gerontología (ver epígrafe 4.2.). Parafraseando a I. Casals (1982) se han producido abundantes estudios empíricos, pero destaca la falta de rigor científico de la mayoría de ellos y la escasa documentación respecto al tema hasta bien entrados los años 80⁵.

En la década de los 80 se creó el "Instituto de Gerontología de la Universidad Autónoma de Madrid" y otros organismos como por ejemplo, las sociedades gerontológicas regionales de algunas Comunidades Autónomas. A partir de esta década es cuando el estado español empieza a institucionalizar los servicios sociales, incluidos los servicios a las personas mayores, pues hasta el momento se venían ocupando de los colectivos de mayores organizaciones de carácter religioso y/o de voluntariado. La Constitución Española es testigo de esta legitimación e interés por las personas mayores a través de su artículo 50 en concreto⁶. Actualmente los servicios de atención a los mayores, la política social, está en continuo proceso de cambio porque cambiantes son también las necesidades de los mayores (ver capítulo 11).

La proliferación de estudios e investigaciones está teniendo lugar en este fin de siglo aunque el nacimiento y los primeros balbuceos los encontramos a finales de los setenta y sobre todo en los ochenta. A lo largo de esta tesis se hará referencia a las distintas obras que dieron el pistoletazo de salida al tema de la vejez. Ahora sólo queremos puntualizar la casi total ausencia de obras españolas significativas hasta años recientes. Concretamente, la proclamación de 1993 como *Año Europeo de las personas mayores y la solidaridad entre generaciones* marca un hito

⁵ Para conocer la evolución y estudios de gerontología pueden considerarse obras tanto en otros idiomas (ya citadas en el apartado anterior), como en castellano: ALMARZA Y GALDEANO (1989), *Hacia una vejez nueva. I Simposium de gerontología de Castilla y León*; CAMPO, S. DEL, VERDÚ, F. (1981), *Introducción a la Gerontología Social*; RUBIO, R. Y FERNÁNDEZ, E. (comp.) (1992), *Lecturas de gerontología social*; ALTARRIBA MERCADER, F. (1992), *Gerontología: aspectos biopsicosociales del proceso de envejecer*; SAEZ ET AL (1995), *Introducción a la gerontopsicología*; BUENDIA, J. (ed.) (1997), *Gerontología y salud. Perspectivas actuales*; MORAGAS, R. (1991), *Gerontología Social. Envejecimiento y calidad de vida. y algunas revistas, p.e. Revista de Gerontología, Revista Española de Geriátría y Gerontología, etc. (véase bibliografía).*

⁶ Ver apartado 3.6. sobre aspectos jurídicos y legislativos en torno al envejecimiento y jubilación.

importante en cuanto al asentamiento del área de la vejez que venimos comentando. Además, fue entonces cuando se gestó el Plan Gerontológico (1993-1997), y recientemente se ha aprobado el Plan de Mayores 1998-2006, p.e. en la Comunidad de Madrid. También, con la proclamación y celebración de este año (1999) como *Año Internacional de la Personas Mayores*, parece que se consolida el interés oficial por estos temas. Estas iniciativas institucionales, más o menos criticables, parecen indicar una cristalización de la investigación de la vejez cuyos estudios pioneros serán referencia obligada en esta tesis enclavada en este escenario relativamente novedoso.

4.2. ¿COMO SE HA INVESTIGADO SOBRE EL ENVEJECIMIENTO Y LA JUBILACION?

Si se deja a un lado las distintas reflexiones y observaciones “clásicas” (desde Cicerón hasta los filósofos contemporáneos) sobre estas temáticas, podemos decir que, de entre los distintos *caminos* y métodos a seguir en la *andadura investigadora*, las primeras investigaciones utilizaban métodos basados en técnicas cuantitativas y en análisis estadísticos. Los científicos sociales, sobre todo los psicólogos, fueron los pioneros de estas técnicas intentando aplicar a estos temas (y a todos) los modelos característicos de las ciencias *duras* en aras de la pretendida cientificidad. Sin embargo, el perfeccionamiento continuo de los métodos de investigación ha ido produciendo que la evolución hacia la pluralidad de métodos que estudian el envejecimiento y la jubilación se produjera, y se esté produciendo, con elevada celeridad⁷.

Pero antes que nada reflejaremos una breve diferenciación conceptual que señale la pertinencia de este apartado (y del capítulo 6) sobre el método. Recordemos que *método* proviene de las raíces griegas *meta*, y *odos*. *Meta* es una proposición que da idea de movimiento -hacia, a lo largo-, y *odos*, significa camino. Según Ferrater Mora (1974:197-199), *se tiene un método cuando se sigue un cierto “camino”... para alcanzar un cierto fin, propuesto de antemano*. El método significa, pues, el proceso que la investigación debe seguir⁸.

El método se forma por distintas fases o etapas diferentes e interrelacionadas y por los distintos procedimientos o técnicas para realizar la investigación. El modo de recorrer ese camino, los instrumentos concretos y adaptados a un objetivo se llaman técnicas. Cada objeto de estudio, por tanto, requerirá unas técnicas, un método y una metodología determinada. Las *técnicas* o herramientas (*equipaje para recorrer el camino*) son las que nos permiten obtener información relevante y sustantiva del objeto que investigamos; es lo que hace operativo el método. Por tanto, el objeto es la finalidad del estudio, el camino a recorrer. Por tanto, el método es el camino mismo, el proceso. Sin embargo, metodología es la ciencia del método, el estudio sistemático de los métodos utilizados por una disciplina en la investigación. *Logia* proviene del término griego *logos* que significa “conocimiento”. Recordemos que estas cuestiones metodológicas vienen siendo tratadas desde los “padres”

⁷ Mishara y Riedel (1986:236-237) nos cuentan una anécdota que resume la idea que estamos reflejando sobre la evolución de los métodos en investigación, dice así: “Werner, investigador y teórico... advirtió a sus alumnos que todo lo que se les enseñaba estaría pronto anticuado. Un estudiante empezó a protestar, preguntando porqué tenía que perder el tiempo estudiando cosas que pronto quedarían superadas... Werner replicó que deseaba precisamente que sus trabajos quedasen atrasados, porque esto indicaría que existía un interés por sus hallazgos y que se continuaría investigando”.

⁸ Siguiendo a Ander Egg (1990:41), *el método es el camino a seguir mediante una serie de operaciones, reglas y procedimientos fijados de antemano de manera voluntaria y reflexiva, para alcanzar un determinado fin que puede ser material o conceptual*.

de la sociología (Durkheim, 1988/1895; Weber, 1985/1922) hasta autores clásicos contemporáneos⁹.

Está claro que ante una pluralidad de objetivos es necesaria una pluralidad de métodos. Pero, siguiendo a Ander Egg (1990) no hay que incurrir en el error de pensar que para cada fin existe un método único. Según Bunge *ningún método o técnica de investigación es exhaustivo e infalible*. Sin embargo, sí puede decirse que entre todos los métodos (inductivo, dialéctico, fenomenológico, deductivo, analítico, etc.) hay uno que se presenta como el más adecuado al fin propuesto (op. cit. pág 41-43).

En las ciencias sociales han predominado dos perspectivas fundamentales: la cuantitavista que busca hechos o causas de los fenómenos sociales independientemente del estado subjetivo del individuo, y la cualitativa, que intenta entender los fenómenos sociales desde la propia perspectiva del actor, sus percepciones, sus significados. Recordemos, siguiendo a Sierra Bravo (1991:32-37), los distintos tipos de investigación que pueden llevarse a cabo según los siguientes criterios: carácter (cualitativa, cuantitativa), marco (de campo, laboratorio), finalidad (básica, aplicada), alcance temporal (seccional, transversal, longitudinal), profundidad (exploratoria, descriptiva, explicativa, correlacional), amplitud (micro o macrosociológica), fuentes (primarias, secundarias, mixtas), entre otros¹⁰.

Aunque a continuación nos centraremos en métodos y técnicas cuantitativos o *distributivos* y cualitativos o *estructurales* -la cursiva se refiere a términos de Ibáñez, 1979, 1985, 1990-, recordemos de manera breve los métodos que pueden seguirse en el proceso de investigación social. Siguiendo a Beltrán (1985; 1989:17-48), las *cinco vías de acceso a la realidad social*, desde sus distintos enfoques teóricos, son las siguientes: método cuantitativo (técnica: encuesta, censos), método comparativo (observación), método crítico-racional, método histórico (ambos emplean el análisis documental) y método cualitativo (grupos de discusión, entrevistas en profundidad e historias de vida). En cualquier caso, pensamos que toda investigación de la realidad social que se precie, sean como sean las observaciones, debe cumplir unos criterios mínimos para que pueda ser considerada investigación social como tal para ubicarse dentro de la "norma" científica¹¹.

Uno de los problemas clásicos que han presentado a los investigadores ha sido (y es) la elección del método. Sobre esta decisión influyen la formación y las convicciones del investigador, el objeto y objetivos de estudio, el presupuesto económico disponible, etc. que hará que se tenga que optar por uno u otro camino o método. Según la orientación y disciplina los investigadores escogerán uno u otro¹². Sin embargo, no cabe decir que una descripción no será mejor que otra, pues cada disciplina proporciona unas observaciones

⁹ Autores como Duverger (1962), Galtung (1973), Köning (1973), Mayntz, Holm y Hübner (1975), Gravitiz (1972), Smith (1975), Wallace (1980), Wright Mills (1985), y expertos españoles como Bugeda (1970, 1974), Ibáñez (1979, 1985, 1990), Pardiñas (1984), Giner (1987), Sánchez Carrión (1984), García Ferrando, Ibáñez y Alvira (1986), Torregrosa (1984), Lucas y Orti (1983), Sierra Bravo (1985), Paéz, Valencia, Morales y Ursua (1992), Clemente (1992), Valles (1997), entre otros.

¹⁰ Por ejemplo, Kalish (1991:25) destaca tres tipos de investigación en Gerontología según los objetivos: básica, aplicada y acción o evaluación. La primera se dirige a desarrollar principios y teorías sobre el envejecimiento y la conducta de los mayores. La segunda, es mucho más práctica y los resultados menos generalizables. La tercera va destinada a la solución de problemas prácticos y concretos de la gente mayor.

¹¹ Para conocer profundamente los criterios mínimos, fases, técnicas y otros puntos que constituyen la investigación social pueden consultarse las aportaciones de varios expertos y metodólogos ya citados anteriormente. Véase otras referencias en este apartado y Bibliografía.

¹² Siguiendo a Mishara y Riedel (1989:200), cada investigador tiende a pensar que su método es el válido ateniéndose a que su objeto de estudio sólo puede ser explicado por ellos. El riesgo es seguir cayendo en la cerrazón disciplinaria ante las explicaciones de otras perspectivas: por ejemplo, los biólogos, que sus investigaciones describen, mejor que cualquier otra, lo que sucede en el cerebro que envejece. Los químicos replicarán que sólo los cambios químicos brindan la clave del misterio, mientras que un psicólogo examinará las principales modificaciones del pensamiento y del razonamiento. El sociólogo, por su parte, hablará de la incidencia de las situaciones sociales en el funcionamiento y conducta humanas, etc.

surgidas de un nivel de análisis y una perspectiva distinta, pero una comprensión global sólo es posible cuando se tienen en cuenta numerosos puntos de vista diferentes y aplicando, a poder ser, distintas técnicas. Eso sí, intentando evitar siempre la “fetichización” de las técnicas, el predominio del *cómo* (método y técnicas) sobre el *qué* (objeto) y lo que es más relevante, el *quién* (sujeto, personas); en fin tener las técnicas y métodos a nuestro servicio y no a la inversa. Recordemos que el método cuantitativo no posee “la descripción y lo verificable” y el cualitativo no hace suya “la interpretación y lo simbólico”, ambos no se contraponen, sino que intentan explicar y conocer la realidad social de formas diferentes y, por ello, se complementan o al menos deberían complementarse.

De acuerdo con Crespo (1995:199-200), pensamos que los problemas sobre los métodos o técnicas de investigación sólo tienen sentido dentro del contexto concreto en el que se planteen. Si admitimos la pluralidad de enfoques y paradigmas resulta absurdo descalificar a unas u otras técnicas. Por tanto, no es el método lo que, si acaso, debe ponerse en cuestión sino lo que subyace al mismo. Esto no implica, siguiendo al mismo autor, caer en el relativismo y admitir sin más la inconmensurabilidad de perspectivas (Crespo, 1995:201). Existe una cierta conmensurabilidad de paradigmas, pero esta no debe ser, siguiendo al profesor, un sometimiento a un arbitraje por parte de criterios metodológicos formales. Esta confrontación y/o colaboración está en el terreno de la pragmática, en la coincidencia de enfoques plurales por el esclarecimiento de problemas sociales concretos como el de la actividad y mayores que aquí nos ocupa. Es en este nivel citado cuando las teorías y métodos funcionan como herramientas de la reflexión más que como garantías procedimentales (Crespo, 1995:202). Esta son algunas ideas que conforman, pues, el telón de fondo sobre el que se sustenta el presente estudio.

4.2.1. Métodos, técnicas y estudios de carácter cuantitativo

De forma general, el método mayoritariamente seguido en la investigación de fenómenos sociales, y el tema de envejecimiento no constituye la excepción, viene siendo el cuantitativo más acorde con la tradición positivista predominante hasta nuestros días en las Ciencias Sociales. Aunque se encuentran algunos estudios pioneros que aplican métodos cualitativos (véase el apartado siguiente) en todas las disciplinas las técnicas cuantitativas han sido las reinantes. Esto ha sido así, entre otros motivos por todos conocidos, por la “mejor” consideración de las mismas desde las instituciones académicas y de investigación. Dentro del método cuantitativo, los planes o conjuntos de procedimientos más utilizados en la investigación de la vejez, por citar los más destacados, y siguiendo el criterio *temporal* han sido: el diseño transversal, diseño longitudinal, estudios retrogresivos y los planes secuenciales, entre otros.

Según Mishara y Riedel (1986), la mayor parte de los estudios relativos a las diferencias de edad han seguido un **diseño transversal**¹³. Siguiendo a estos autores (ib., pág. 243), en este plan de investigación la edad se confunde con la cohorte, es decir, con el efecto de la fecha de nacimiento, lo que significa que, para observar a una persona cuya edad varía, el investigador debe examinar a sujetos nacidos en épocas diferentes y que, en consecuencia, crecieron y envejecieron en el seno de distintas generaciones que constituyen cohortes diversas. Con objeto de saber si la diferencia apreciada es imputable al hecho de

¹³ Quetelet (1796-1874) es considerado como uno de los precursores interesados en todo el ciclo vital (véase epígrafe 4.1.). Entre una de sus aportaciones más originales fue la metodológica: siguió el diseño transversal para trazar el curso del desarrollo físico, moral e intelectual. También llegó a conocer las ventajas del método longitudinal respecto al transversal que él utilizaba (Sáez et al, 1995:7).

haber alcanzado una determinada edad, o bien al de pertenecer a una determinada cohorte, es necesario efectuar unas investigaciones más detalladas empleando otros métodos¹⁴.

Cuando se encuentran diferencias transversales hay dos posibles explicaciones: o la gente cambia a medida que envejece, o la gente que ha nacido en diferentes décadas ha tenido distintas experiencias que reflejan cuándo han vivido y no cuán viejos son. La última explicación se refiere al efecto generacional: un grupo de edad está formado por aquellos individuos que han nacido aproximadamente en el mismo tiempo. Hay dos posibles explicaciones: o las personas cambian a medida que envejecen o las condiciones particulares del período de tiempo en el que transcurrió el estudio ocasionó los cambios¹⁵. Siguiendo la misma argumentación, no podemos decir, por ejemplo, que "los mayores son incultos y analfabetos" y que con la edad se pierden facultades o se es menos inteligente, sino que debemos tener en cuenta que los más mayores han tenido pocas posibilidades de educación y formación (véase apartado 2.4.). Las críticas a estos métodos empiezan a extenderse y son resaltadas por Rodríguez (1989:61) que defiende que siguiendo el método transversal se enmascaran las diferencias interindividuales, confundiendo las variables de edad con las variables del momento del nacimiento o "generación"; no se consideran circunstancias como que las personas de edades más avanzadas se formaron en otro contexto, recibieron diferente educación, otras condiciones de vida, etc.

Desde la propuesta de Schaie (1965), a los clásicos planteamientos de psicología del desarrollo como el de Achenbach (1978), Nesselroade y Baltes (1980), Baltes, Reese y Lipsit (1981), y en concreto sobre envejecimiento Riegel y Angleiner (1975), la innovación metodológica fundamental ha estribado en el abandono de los estudios transversales que van siendo sustituidos por estudios longitudinales, cada vez más perfeccionados (Rodríguez, 1989:61), como consecuencia de los problemas que presentan los transversales.

Los comienzos de la aplicación del **diseño longitudinal** son aún más recientes¹⁶. Este método consiste en recoger los datos o información en diferentes intervalos de tiempo, pero a los mismos sujetos. En este caso, la cohorte constituye una "constante"; todos tendrían las mismas edades. Pero estos estudios presentan algunas dificultades. Durante este período de tiempo pueden darse diversos hechos que influyan sobre la investigación y que no son controlables por el investigador: motivación e interés variable de los participantes, abandono y absentismo (enfermedad, desmotivación, muerte...) de los participantes, duda de sustituirlos por otros, etc.

Al analizar el estudio de los procesos psicológicos en el envejecimiento, Mishara y Riedel (1986:111) señalan que las investigaciones sobre "inteligencia" en esta etapa tropiezan con varios obstáculos: dificultad de distinguir variables como la edad, época de las observaciones, influencia del grupo, desmotivación de los encuestados... y demás dificultades generales de las investigaciones longitudinales. Sobre el tema de "personalidad" es muy escasa la documentación de investigaciones longitudinales. Mishara y Riedel (1986:127) destacan en este plano los estudios de Maas y Kuypers (1974), de Palmore

¹⁴ Por ejemplo, en un estudio reciente (Agulló y Garrido, 1996) de carácter cualitativo, observábamos diversas formas de percibir el envejecimiento, pero estas diferencias podían deberse más que a la edad, a la experiencia laboral que habían tenido, a las expectativas que tenían respecto a la jubilación, a la capacidad de permanecer activos, o a todos esos factores unidos. Se llegó a la conclusión de que las diferencias entre mayores no pueden ser debidas sólo a las diferentes edades (entre mayores jóvenes y mayores de 85 años) sino a lo que el envejecimiento en sí acarrea dependiendo de diversas circunstancias personales y sociales (trabajo anterior, nivel de instrucción, nivel de salud, entre otros).

¹⁵ Por ejemplo, si hubiéramos medido las actitudes hacia los derechos de la mujer en 1950 y a las mismas personas en 1980, probablemente hubiéramos encontrado un cambio significativo en el sentido de un mayor reconocimiento de éstos. Esto no significa, obviamente, que el proceso de envejecimiento haga que las personas estén a favor de los derechos de la mujer (Kalish, 1991:28).

¹⁶ Se localizan en la Universidad de Duke hacia 1957, pero no se generalizan hasta 1971 con una investigación iniciada en Boston.

(1974), de Birren, Butler, Greenhouse, Sokolof y Yarrow (1971) y Granick y Patterson (1971). Las investigaciones de 1971 citadas abarcaron 11 años de seguimiento de la muestra para el *National of Mental Health*¹⁷. Un ejemplo de estudio longitudinal que tiene en cuenta todas las franjas de edad (desde los 20 a los 90 años) es el conocido *Estudio longitudinal sobre el Envejecimiento de Baltimore* (Thomae, 1976), que con un presupuesto anual de 6 millones de dólares (840 millones de pesetas), constituye el proyecto de investigación de este tipo de mayor duración en EE.UU. y uno de los más completos del mundo¹⁸.

Diversos estudios, pues, se han basado en este tipo de diseño (Paillat 1971, Parnes 1981, Matthews y Brown 1987, Richardson y Kilty 1991, entre otros). Debemos citar el proyecto EXCELSA (*European Longitudinal Study on Aging*) o “Estudio Europeo sobre envejecimiento” en el que participa España (1998: página web del IMSERSO, mayo). Sin embargo, este diseño requiere mayor disponibilidad de tiempo (varios años para observar la evolución) y mayor presupuesto, por citar algunas de las condiciones necesarias fundamentales. Para Gillieron (Rodríguez, 1989:62), este diseño no es el ideal, por diversos motivos: estudiar una sola generación a través de los años; emplear medidas repetidas a una sola muestra; confundir la edad con el tiempo de medición; no tener en cuenta el efecto generacional o cohorte; dificultad de mantener muestras homogéneas en razón de múltiples circunstancias (abandono, cambios de residencia, cansancio, desmotivación, mortalidad), entre otras. En otras ocasiones se han intentado combinar ambos diseños, como por ejemplo el estudio de Schaie y Strother, 1968 (Kalish, 1991:26).

En esta misma línea está el **diseño retrogresivo** que pocas veces ha sido aplicado. Según Mishara y Riedel (1986:246) este diseño pretende estudiar a unos sujetos que tienen la misma edad pero en épocas diferentes, de ahí el nombre de estudios retrogresivos atribuido a investigaciones referidas a muestras escalonadas en el tiempo. La edad es entonces la constante, mientras que varían el momento de la recogida de datos y las cohortes estudiadas. Los estudios de este tipo presentan un inconveniente: como no es posible retornar al pasado, hay que fiarse de las observaciones de los predecesores, que escapan al control del experimentador. Las comparaciones que se pueden efectuar están limitadas por la naturaleza y la calidad de los datos de que se dispone.

Del tipo de diseños citados, ¿cuál será el mejor diseño de investigación? La respuesta a esta pregunta dependerá de la naturaleza del objeto de estudio. Si se piensa que la diferencia de cohorte influye de manera significativa en los resultados, pero que el año de la recogida de los datos no constituye un factor importante, el más apropiado es el estudio longitudinal. Si, por el contrario, el año de la recogida de datos parece que tiene que influir en los resultados, entonces, en ciertos casos, el estudio transversal parece el más indicado. Finalmente, si se desea comparar a sujetos que han vivido épocas diferentes, podría convenir un estudio retrogresivo. Pero ningún diseño es perfecto sino que será el “más adecuado o idóneo” según los objetivos del estudio.

En otras ocasiones se precisará de diseños más complejos, como por ejemplo, los **planes secuenciales** que combinan los anteriores, de manera que el curso de un mismo estudio permite analizar el efecto proporcional de los tres factores de la edad, de la cohorte y del momento de la recogida de datos. El inconveniente de estos estudios secuenciales es que resultan caros, exigen mucho tiempo, muestras numerosas así como reiteradas

¹⁷ Sobre los distintos procesos psicológicos que se vienen investigando véase el apartado 5.2.

¹⁸ Desde el comienzo (sus orígenes se remontan a 1958) se planteó un único objetivo: en lugar de examinar la morbilidad o las enfermedades, realizaría el seguimiento de personas activas y con buena salud e intentaría definir qué es el envejecimiento normal. Los resultados contradicen los estereotipos sobre la gente mayor: la personalidad no cambia con la edad; gran parte de las capacidades mentales muestran una constancia similar; no todo el mundo envejece a la misma velocidad, no todas las personas mayores son iguales, entre otros resultados (Revista 60 y más, nº 143, pág. 46. INSERSO) (véase capítulo 10).

recogidas de datos. Los diseños secuenciales son reconocidos por su validez metodológica como diseños longitudinales en los que se tiene en cuenta el efecto generacional. Por ejemplo, los trabajos de Baltes (1968, Schaie y Strother, 1968), Troll (1970), Schaie y Baltes (1975), entre otros, proponen el estudio de cortes transversales o secuenciales en los mismos estudios longitudinales y la toma en consideración de los efectos de generación (Rodríguez, 1989:62). Este concepto de cohorte o generación incluye tanto factores contextuales como culturales, psicológicos o sociales. Por tanto, la no consideración de estos factores invalida los estudios transversales, puesto que toman el mismo momento de medida para todos los sujetos, no llegándose a saber a qué factores se deben los cambios. Por ello, hoy se plantean estrategias metodológicas mixtas que permitan distinguir los efectos de la edad, la cohorte y su mutua interacción. Tal como afirma Yela (Rodríguez 1989:63), mientras las metodologías tradicionales centraban el interés en el cambio mismo producido por el envejecimiento, la indagación actual se orienta hacia las maneras de vivirlo, en el sentido de comprobar cómo los individuos perciben, interpretan y responden al cambio, en relación a su ambiente familiar, profesional, cultural y social. En esta línea, de carácter más cualitativo, es en la que se enmarca nuestro estudio.

En la investigación sobre mayores se presentan varias dificultades: algunas son generales a cualquier tema de investigación (elección de los participantes, validez, fiabilidad, etc.), y otras son peculiares del estudio del envejecimiento (falta de hábito de los mayores a ser evaluados, los mayores enfermos y solitarios (por ejemplo) quedan excluidos de la investigación, su movilidad es menor y por tanto menor es la posibilidad de participar en las investigaciones, prejuicios sobre la gente mayor, etc.¹⁹). A pesar de todo ello, hemos de recordar que los avances técnicos e instrumentales, por ejemplo el papel del ordenador, facilitan y aminoran muchas de las dificultades de tiempo e incomodidades que antes sobreabundaban. Hace unos años cualquier investigación hubiese requerido de más tiempo, varios años, porque no se disponía aún de las aportaciones que actualmente ofrece el ordenador y los diversos programas de *software*. En concreto, y para las investigaciones de corte cualitativo, no es hasta los años ochenta cuando empiezan a estar disponibles programas de ordenador diseñados específicamente para el análisis de textos de carácter cualitativo²⁰. El análisis cuantitativo viene beneficiándose desde los años sesenta de las ventajas informáticas, pero en nuestro contexto español la generalización de todos estos avances está produciéndose en la década presente. Recordemos, tal como vemos en la parte sobre los inicios de la investigación gerontológica, que los primeros estudios del tema (a finales del siglo pasado y principios de éste) se basaban en estudios a través de encuestas, y solían venir de la mano de médicos y psiquiatras (Carus, Charcot, Galton, Quetelet, entre otros). No es hasta la obra de S. Hall (1922) cuando aparece el primer estudio con enfoque psicológico; y no será hasta años recientes cuando junto a los métodos cuantitativos empiecen a aplicarse otras técnicas. La mayor parte de los estudios europeos y norteamericanos, citados en la bibliografía, incluso en los más actuales, han utilizado técnicas cuantitativas como veremos a lo largo de nuestro estudio.

A continuación, describiremos varias **investigaciones españolas que vienen basándose sobre técnicas cuantitativas**, concretamente la encuesta. Observamos tres

¹⁹ De todos modos, véase el apartado en el anexo sobre "observaciones y problemas metodológicos".

²⁰ Casi todos los autores describen y alaban las posibilidades del ordenador, tanto para investigaciones cuantitativas como en cualitativas, aunque sobre todo en las primeras en las que se aplican desde hace más tiempo. Para conocer los distintos programas de ordenador para el análisis textual -The Ethnograph, QUALPRO, Textbase Alfa, AQUAD, ATLAS, ETHNO, NUDIST, etc.- léase Navarro y Díaz (en Delgado y Gutiérrez, 1994: 208-220), Mochman (1985:11-44), Escobar (en García Ferrando, Ibañez y Alvira, 1989:457-458), León, Fernández, López y Camacho (en Clemente, 1992:130-139), Richards & Richards (1994), Weitzman & Miles (1995), Valles (1997: 391-400), entre otros

“momentos o fases” en la evolución de la aplicación de estas técnicas. En los años 60 nos encontramos con las primeras aportaciones al estudio de la vejez (Calvo Melendro, 1964; 1968; Luño, 1968; Cáritas, 1969; ISPA, 1966; Barceló Pons, 1966; entre otros. Véase apartado 4.1. y bibliografía). Pero no es hasta la década de los setenta (GAUR, 1975; ISPA, 1976, 1978; FOESSA, 1976, p.e.) y, sobre todo, en los ochenta cuando se empiezan a afianzar y a asentarse en nuestro país los estudios sobre el tema. Los estudios de R. Duocastella y del ISPA (Instituto de Psicología y Sociología Aplicadas), del cual era director, fueron unos de los pioneros del tema de vejez, en los años setenta, con las investigaciones siguientes: *Informe sobre la tercera edad* (1976) y *Problemática social de la tercera edad en las Islas Baleares* (1978)²¹, por ejemplo.

En la década actual la proliferación y aplicación de este tipo de estudios y encuestas es imparable. Citemos los estudios de algunas instituciones: las encuestas y estudios del CIS (1989²², 1993²³, 1994²⁴), encuestas CIRES sobre mayores (1992, 1995), estudios encargados por el antiguo INSERSO -actualmente denominado IMSERSO²⁵-, del Instituto Nacional de Seguridad Social, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas²⁶, entre otros.

Estudios concretos como el de M.T. Bazo (1990) que aplica, para su tesis doctoral, cuestionarios a una muestra de 412 personas de 65 y más años de la ciudad de Bilbao. También el profesor y sociólogo S. Cano (Fundación Pública de Servicios Sociales Municipales de Gijón, 1990), aplicó una encuesta a 655 mayores gijoneses. Díez Nicolás, director del CIRES, aplica encuestas a nivel nacional a la población mayor y a la población general opinando sobre los mayores (1992, 1995, 1996²⁷). J.A. Rodríguez (1994) analiza los datos de diversas encuestas y estudios cuantitativos (CIS, 1989; Rodríguez y Domínguez, 1987, 1989), a los que acompaña información basada en entrevistas en profundidad (véase próximo apartado). Fernández Ballesteros y su equipo disponen de varios estudios, centrados en la evaluación de la situación de los mayores de centros residenciales, siguiendo el método cuantitativo (1992, 1994). Reig (1992:116-164) analiza la relación entre estrés y salud en las personas mayores. Ribera (1992: 165-206) estudia la interacción entre creencias personales, la salud y la vejez, aplicando varios cuestionarios y escalas a una muestra de 514 personas (339 mayores de 65 años) de la provincia de

²¹ En este estudio R. Duocastella y col. aplicaron cuestionarios a una muestra de 1.222 mayores de 65 años de las Islas Baleares, siendo el margen de confianza del 95% y el error máximo de 5,6, dependiendo del sector donde se aplique (CAJA DE PENSIONES PARA LA VEJEZ Y DE AHORROS, 1978: Cap. II, pp. 15-22).

²² En esta ocasión (1989) se aplicaron 8.000 entrevistas a mayores de 65 años. Este estudio (Estudio 1792 del CIS) sirvió de base para la obra, *Situación Social de los viejos en España* (COBO Y CRUZ, 1990).

²³ Estudio 2.072 del CIS; encuesta aplicada en mayo de 1993 a 2500 personas de la población general para medir actitudes y opiniones sobre la vejez y gente mayor. Véase, para su análisis, la obra *Las personas mayores en España. Perfiles y reciprocidad familiar* (INSERSO, 1995).

²⁴ Estudio 2.117 del CIS. Se aplicaron 1.702 encuestas a la población nacional, en octubre-noviembre de 1994. Los resultados principales de la encuesta se encuentran en la obra *Cuidados en la vejez. El apoyo informal* (1995), en colaboración con el Instituto de la Mujer y el INSERSO. En la misma se encuentra también los resultados de una investigación cualitativa sobre cuidadores/as de personas mayores (véase 14.2.2.).

²⁵ Instituto de Migraciones y Servicios Sociales. Véase en la bibliografía las diversas obras (basadas en encuestas a las que aludiremos), editadas por el INSERSO referentes a la situación, demandas y necesidades de los mayores, cuidadores/as de los mayores (1989a, 1989b, 1990, 1995a, 1995b, 1996a, 1996b, entre otros).

²⁶ Nos referimos a las encuestas dirigidas por Durán y col. (1990, 1993). La primera, *Encuesta de Nuevas Demandas*, con una aplicación de 2000 entrevistas y la segunda, *Encuesta de Nuevas Demandas Sociales vinculadas al Cuidado de la Salud*, con una submuestra de ancianos en Madrid de 400 entrevistas.

²⁷ Se trata de las encuestas del CIRES (Centro de Investigaciones sobre la Realidad Social). Por ejemplo, la encuesta de 1992 sobre “Tercera Edad”, por ejemplo, se aplicó a una muestra de 1200 personas.

Alicante. López Jiménez (1993), para su tesis doctoral se sirve de la aplicación de cuestionarios a una muestra de 803 mayores de 60 años madrileños (analiza los datos mediante procedimientos de factorización y de rotación de los indicadores con el programa estadístico BMDP). Otros ejemplos de estudios en esta línea son los realizados por Serra, Dato y Leal, 1988²⁸, y el de Sáez, Alexandre y Martínez (1996)²⁹, ambos realizados en la Comunidad Valenciana.

Villagarcía (1994) nos ofrece un análisis econométrico del tránsito a la jubilación en trabajadores de edad avanzada³⁰. Tampoco podemos olvidar la obra de Montorio (1994) en la que compendia y analiza los distintos instrumentos y técnicas de evaluación en la vejez. Se trata de una guía de evaluación psicológica aplicada que va orientada al análisis de distintas áreas de la vejez. Desarrolla los distintos instrumentos, en su mayoría escalas, tests y otras pruebas cuantitativas, para evaluar las siguientes facetas: evaluación de actividades de la vida diaria, evaluación de la salud, del funcionamiento afectivo (depresión), del funcionamiento cognitivo (memoria) y del funcionamiento social (bienestar y apoyo social)³¹. Como vemos, la lista de investigadores e instrumentos se haría interminable y farragosa. Sin embargo, no son tan abundantes los estudios en los que se combinan técnicas cuantitativas con cualitativas (por ejemplo, Díez Nicolás, 1996; Diputación Foral de Vizcaya, 1990; Altarriba, 1992). Mayor es la ausencia aún de investigaciones que aplican métodos cualitativos. Pero hemos de recordar que este acercamiento que estamos realizando al modo investigador del envejecimiento y jubilación no es, ni mucho menos, exhaustivo.

4.2.2. Métodos, técnicas y estudios de carácter cualitativo

La no aceptación de estudios basados en el método cualitativo no sólo se observa, siguiendo a varios autores, en la dificultad de publicar los mismos en las revistas más prestigiosas de Psicología Social como por ejemplo la *European Journal of Social Psychology* o en la *British Journal of Social Psychology* sino que esta desconsideración sigue patente, aún hoy, tanto en los centros académicos como en otras instituciones sociales. Algunos hechos muestran esta desconsideración: menor interés por las mismas,

²⁸ Muestra de 300 personas, residentes en Valencia ciudad, entre 50 y 75 años (150 hombres y 150 mujeres). Instrumento utilizado: modelo de evaluación conductual, a través de escalas de autoinforme. Se aplicó el análisis factorial y el método de Rotación Varimax (pp. 58 y ss.).

²⁹ Aplican 800 cuestionarios a una muestra estratificada: 400 a personas entre 50 y 64 años y a 400 mayores de 65 años, todos ellos residentes en la Comunidad Valenciana (en *La jubilación. Un programa para su preparación*, concretamente véanse las páginas 57 y ss.).

³⁰ Esta profesora de la Universidad Carlos III (Depto Estadística y Econometría) ofrece un análisis econométrico, desde la EPA, del tránsito a la jubilación. Trata los factores que influyen en alargar o acortar el momento de la jubilación: nivel de estudios, salario, rama de actividad, profesión, entre otros.

³¹ Esta obra, *La persona mayor. Guía aplicada de evaluación psicológica*, que obtuvo el 3º Premio Nacional de Investigación del INSERSO 1991, en la I parte ofrece aspectos generales (problemas, condiciones concretas) sobre la evaluación general de la vejez.

En la Sección II, desarrolla cada una de las áreas citadas con algunos instrumentos y escalas (autores, objetivos, contenidos, validación, ventajas y limitaciones, problemas, críticas) que se podrían aplicar para evaluar cada una de estas facetas:

- Evaluación de actividades de la vida diaria (Índice de Katz, Escala de Actividades Instrumentales de la Vida Diaria, Escala de Observación para la Evaluación de Residentes, EO-AVD, etc.).
- Salud (Indicadores de Salud Física, Autoevaluación).
- Funcionamiento afectivo, depresión (Entrevista, Autorregistros y Observación, Autoinformes: escala de depresión de Zung, Inventario de Depresión de Beck, Escala de Depresión Geriátrica, etc.).
- Funcionamiento cognitivo, memoria (Cuestionario de Metamemoria, Cuestionario de Funcionamiento de Memoria, Escala de Memoria de Weschler, Test de Memoria de Guild, Escala de Memoria de la Universidad de Nueva York, etc.).
- Funcionamiento social (Índice de Satisfacción con la Vida, Escala de Satisfacción de Filadelfia, Escala de Evaluación de Apoyo y Contactos Sociales, Escala de Recursos Sociales, etc.).

menor posibilidad de publicarlas, consideradas con poca validez y fiabilidad, etc. Como vemos la investigación desde el método cualitativo sigue siendo juzgada con los mismos parámetros del cuantitativismo y de ahí deriva uno de sus principales problemas de aceptación académica e institucional. Pero dejando aparte este enfrentamiento actualmente "casi" superado, continuaremos indagando sobre las aportaciones de los estudios que han seguido esta estrategia metodológica³².

El contraste de ambos enfoques o paradigmas positivista (cuantitativo, lógico, deductivo, medir) y humanista (cualitativo, fenomenológico, inductivo, observar-interpretar) queda reflejado en distintas obras ya citadas. Recordemos, a algunos de los pioneros que siguieron este método: Weber, por supuesto; Cooley, Mead, Blumer (Interaccionismo Simbólico), Thomas y Znaniecki, Tönnies, Veblen, Summmer, Wirth, Park, Riesman, Whyte, principalmente. Y como autores contemporáneos: Schutz y Husserl (Sociología Fenomenológica), Harold, Garfinkel y Cicourel (Etnometodología), Denzin y Lincoln, Erickson (1986), Van Maanen (1982), Burrell (1982), Guba (1978), Hesse (1980), Spradley (1979), Strauss (1987), Harrison (1991), Taylor & Bogdan (1992), entre otros.

Aunque sea brevemente y siguiendo a Olabuénaga e Ispizúa (1989: cap. 1) queremos citar las bases del método cualitativo, a saber: a) pretende captar el significado y reconstruirlo en el entorno y desde el actor, más que describir los hechos sociales, b) utiliza un lenguaje simbólico y metafórico más que signos numéricos, c) capta la información de manera flexible y no rígidamente estructurada, d) procedimiento inductivo, a partir de los datos para reconstruir los significados y e) pretende captar el contenido de experiencias, es holística e integradora, no particularista ni generalizadora.

Podemos distinguir varios instrumentos y técnicas que se aplican siguiendo el método cualitativo. Todas ellas son tratadas y desarrolladas por expertos/as en metodología cualitativa como Ibáñez (1979, 1985, 1990), Delgado y Gutiérrez (1994), Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989), Taylor & Bogdan (1992), Clemente (1992; cap. 6 al 10), Valles (1997), entre otros. Aquí no vamos a desarrollar sus orígenes, ventajas/desventajas, normas y tácticas de aplicación, diseño, análisis y otras características que perfectamente tratan los profesores e investigadores citados, pero sí al menos queremos enumerar las más empleadas. Estas son:

1) Técnicas de *lectura y documentación*: documentación escrita, oral, visual (prensa, medios de comunicación, otros).

2) Técnicas de *observación y participación*: observación participante, observación no participante, investigación-acción-participación.

3) Técnicas de *conversación y narración*: entrevista en profundidad, focalizada o intensiva (entrevista en profundidad estructurada, dirigida o estandarizada programada; semi-estructurada, semi-dirigida o estandarizada no programada; abierta, no dirigida o no estandarizada; especializada y a élites, etc.)³³, técnicas biográficas (documentos personales - autobiografía, diarios personales, correspondencia, fotografías...-, registros biográficos - historias de vida, relatos de vida, biogramas-) y grupos de discusión o "grupo focalizado" (reunión de grupo, discusión de grupo, dinámica de grupo, entrevista de grupo. Técnica Delfhi, grupo nominal, "brainstorming" y grupos sin moderador).

De todos es conocido que cada una de las técnicas presenta sus características (de diseño, aplicación y análisis) que habrá que considerar y utilizar según el objeto-problema, objetivos y sujetos de nuestro estudio. En nuestro caso, tal como se justificará en el capítulo

³² Para un análisis reciente véase la obra de GUBRIUM, J.F. & SANKAR, A. (Eds) (1994), *Qualitative methods in aging research* (Thousand Oaks, California: Sage), centrada claramente en el análisis de los métodos cualitativos seguidos para el estudio del envejecimiento.

³³ Se pueden aplicar otros tipos de entrevistas, pero no están orientadas a la investigación social en sí. Estas son: entrevista de asesoramiento, entrevista de selección, entrevista médica, entrevista de evaluación y promoción laboral, principalmente.

6, el método es de carácter cualitativo. Más concretamente, se ha recurrido a la combinación de técnicas cualitativas, sin olvidar los datos de encuestas (denominada *estrategia de triangulación*). Otros investigadores, básicos para la realización de nuestra tesis y que vamos a tratar a continuación, han seguido la combinación de técnicas en sus estudios sobre envejecimiento.

Indagando en los orígenes de la aplicación del método cualitativo al tema del envejecimiento se observa que Bühler, ya en 1933, desarrolló un método empírico de tipo biográfico y de carácter retrospectivo (Rodríguez, 1989:39). Esta autora recurrió a material escrito, como biografías, archivos, cartas, diarios, etc. y analizó a 250 sujetos con objeto de comprender la correspondencia entre la edad y los procesos biológicos con los procesos psicológicos, en un intento de establecer la dependencia de la biografía de la persona respecto de sus cambios biológicos. Esta investigadora rompió una primera lanza en medio del predominio de los métodos cuantitativos y psicométricos que dominaron como hemos visto, y siguen dominando, en las investigaciones gerontológicas.

También Thomae (1969) siguió esta línea. Hizo una revisión histórica desde la perspectiva del método biográfico para comprender el desarrollo humano. Cita a autores (Dilthey, Spranger y otros de la corriente denominada "humanista") que han utilizado esta técnica, basada en autobiografías, documentos y otros registros. Thomae, que es un profundo conocedor de esta modalidad de investigación, recomienda el uso de entrevistas semi-estructuradas y documentos personales (diarios, cartas) como técnicas adecuadas de evaluación (Sáez et al, 1996:53).

Tenemos que tener presente que la diversidad de estudios sobre el tema en general (envejecimiento y jubilación) es creciente desde los años 60-70. Pero en relación a nuestro objeto de tesis (la actividad de los mayores), como veremos a lo largo de todo el estudio, las investigaciones con las que contamos (desde cualquier enfoque, pero sobre todo cualitativo) son mucho menos numerosas. En definitiva, la ausencia de estudios cualitativos es tal que **fácilmente podemos ordenarlos cronológicamente**. Si observamos las fechas de las investigaciones cualitativas, rápidamente vemos que el arranque está a finales de los años 80; aumentan a principios de los 90 y es ahora cuando contamos con mayor número de ellas (¿podemos denominarlo auge ya?).

De los tres tipos de técnicas citados más arriba, en nuestro contexto español se viene aplicando, sólo desde fechas muy recientes, sobre todo las llamadas **técnicas de conversación y narración**. Apenas encontramos referencias en los años 70 sobre la aplicación de estas técnicas al tema. Podemos citar a Juan F. Marsal que ofrece una biografía sobre un emigrante. En ella no trata específicamente el envejecimiento ni jubilación pero se considera uno de los estudios sociológicos más interesantes sobre historias de vida que combina el proceso de maduración y envejecimiento con el de emigración y otros cambios sociales³⁴.

Ya Alberdi y Escario (1986) aplicaron para su estudio sobre la situación de las viudas en España 12 grupos de discusión, pero sólo 2 grupos de mujeres tenían entre 65 y 70 años³⁵. Más recientemente, Bazo (1992), Rodríguez de Lecea (1996) y Díez Nicolás (1996) son autores a resaltar porque aplican técnicas cualitativas. Citemos a Bazo, como socióloga y profesora experta en temas gerontológicos, en cuanto a sus aportaciones a la sociología de la vejez y también por su investigación basada en el método biográfico,

³⁴ MARSAL, J.F. (1972), *Hacer la América: biografía de un emigrante*. Barcelona: Ariel.. Según Miguel, Castilla y Cais (1994:304), uno de los artículos de este autor ("Las historias de vida como Sociología y vida: a modo de postdata autocrítica", *Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos*, nº 39, 1973) es considerado el artículo español más importante sobre el tema.

³⁵ Véase la obra *Estudio sociológico sobre las viudas en España* (MTSS, 1986), que aunque no se centra en mujeres mayores aporta análisis interesantes.

concretamente las historias de vida. En este estudio en concreto, Bazo realiza entrevistas en profundidad siguiendo el "criterio de la excelencia" (todos los/as mayores siguen "activos/as" y conservan lucidez mental). Son 12 entrevistas a mayores (7 mujeres y 5 varones, entre 65 años y 103 años) en las que analiza la influencia de su trayectoria vital sobre la vivencia de la vejez desde el punto de vista de los propios mayores. Más recientemente, Rodríguez de Lecea (INSERSO, 1996) ha analizado 20 historias de vida³⁶ a intelectuales y personajes relevantes, todos ellos cualificados, españoles, nacidos en torno a 1920. Esta filósofa e investigadora nos ofrece una revisión de la historia española (en concreto, la República), a través de sus trayectorias vitales (muchos son exiliados) y vivencias de la vejez.

El estudio del INSERSO sobre *Cuidados en la vejez. El apoyo informal*, incluye una parte cualitativa, consistente en la aplicación de 6 grupos de discusión y 18 entrevistas en profundidad a personas cuidadoras de mayores (aplicadas por el Colectivo Ioé). Recientemente, también el IMSERSO ha publicado un estudio (Rodríguez Cabrero, 1997) en el que analiza la participación social de los mayores mediante 14 grupos de discusión y 12 entrevistas en profundidad.

Otros ejemplos de estudios son el citado de la Diputación Foral de Navarra (1990): una primera fase fue cualitativa, en la que 50 fueron participantes en Reuniones de Grupo (30 mayores de 65 años y 20 adultos que conviven con mayores repartidos en 5 reuniones de grupo) y a 23 se les aplicaron entrevistas en profundidad (a 11 profesionales de Servicios Sociales -6 de Residencias y 5 de Clubs-Hogares-, a 6 ancianos válidos y a 6 no válidos)³⁷. También en el estudio de Altarriba (1992:104), se aplican algunas entrevistas en profundidad (a 12 hombres y a 12 mujeres). Tal como citamos en el apartado anterior, J.A. Rodríguez (1994), además realiza junto a sus análisis basados en encuestas, 27 entrevistas en profundidad a cuidadores/as de personas mayores³⁸. De todas maneras, observemos que en la mayoría de los casos siempre se aplica estas técnicas como algo suplementario y secundario, como si sus resultados "no fueran tan fiables" (la persistencia del "complejo de inferioridad" del método cualitativo) y con el predominio, aún hoy, de los análisis cimentados sobre resultados de encuestas en casi todos los estudios consultados.

J. de Miguel, Castilla, y Caïs (1994) en su obra *La Sociedad Transversal* nos transmiten las diferentes características de las tres generaciones que en la actualidad conviven en nuestro país. Mediante la aplicación de entrevistas en profundidad, analizan las opiniones de la "Generación de la Guerra Civil", de la "Generación del 68" y de la "Generación X" sobre la familia, los cambios sociales, las relaciones intergeneracionales, los nuevos valores y otros temas de interés. En otro estudio más reciente (Agulló y Garrido, 1996) también nos servimos de las técnicas cualitativas de obtención de información (6 grupos de discusión y 19 entrevistas en profundidad a mayores), combinando la explotación de datos de encuestas sobre personas mayores.

³⁶ Esta es una de las técnicas que hubiese podido aplicarse, dado que la característica especial de los mayores (amplia experiencia vital, veteranía, años acumulados) aportaría mucha información y riqueza al estudio. Sin embargo, la viabilidad y su aplicación no estaban claras para este estudio. En cualquier caso, para profundizar sobre estas técnicas consúltense Santamarina y Marinas (Delgado y Gutierrez, 1994:257-285), Sarabia (1985), Pujadas (1992), Ortí (1986), Brown (1988), entre otros.

³⁷ La segunda fase de este estudio fue cuantitativa con la aplicación de cuestionarios a: 725 mayores de 65 años que no viven en residencias; 509 adultos (entre 18-50 años) que conviven con mayores; 303 mayores de 65 años ingresadas en residencias de Vizcaya (todas con un nivel de confianza del 95,5% ($\sigma = 2$) en las condiciones habituales de muestreo ($p=q=50\%$), (veánse pág. 17 y ss; y fichas técnicas en las páginas 95, 110 y 118. Para los resultados pp. 131 y ss.).

³⁸ Se aplicaron 12 entrevistas en el medio rural catalán y 15 en Barcelona. Véase su obra *Envejecimiento y familia* (1994) editada por el CIS (cap. 6, pp. 78 y ss.) y Domínguez y Rodríguez (1989), *Estudio de mayores de 75 años viviendo solos en Barcelona*.

En cuanto al otro tipo de técnicas cualitativas, **las técnicas de lectura y documentación**, encontramos menor número de estudios³⁹. Hemos de decir que en toda investigación se realiza un análisis previo documental y bibliográfico, pero aquí nos estamos refiriendo al análisis documental como técnica principal, sistematizada y específica a aplicar en la investigación, no sólo en la fase previa. Por ejemplo, Giraldes (1993), para la realización de su tesis doctoral *La problemática de los viejos (investigación)*, dirigida por J.M. López-Cepero⁴⁰, aplica cuestionarios a una muestra de 186 personas, pero además hace un análisis hemerográfico de artículos de prensa sobre mayores desde el año 1981 hasta el 1991. Otro ejemplo de aplicación de métodos y técnicas cualitativas es el análisis, por ejemplo, de los mayores a través de la prensa diaria madrileña (González Felipe y Szurek, 1990: 106-113). En esta línea, también se ha realizado un acercamiento a "*Las imágenes de los servicios sociales destinados a los mayores: un análisis a través de la prensa*" (Agulló, 1995)⁴¹.

Amando de Miguel (1995), también sigue el método cualitativo en su obra *La España de nuestros abuelos*. La técnica que utiliza es el análisis de novelas de finales del siglo XIX y principios de siglo XX para conocer la sociedad en la que vivieron nuestros antepasados. A través de la literatura de novelistas tan importantes como Unamuno, Blasco Ibáñez, Pardo Bazán, Concha Espina, Baroja, entre otros, el autor nos aproxima a la realidad social de la Restauración (desde Alfonso XII hasta la II República). La unidad de análisis es el contenido de las novelas con el que logra reconstruir la vida social cotidiana de entonces. Hemos querido mencionar esta técnica y obra porque nos parece enriquecedora y demostrativa del análisis del pasado de los mayores que este autor nos transmite de forma comprensiva, amena y gráfica.

Por último, **las técnicas de observación y participación**, dentro del método cualitativo y de base más "antropológica", han sido poco aplicadas⁴², entre otros motivos por sus dificultades de integración en el campo de estudio y problemas éticos. En la misma línea de lo que comentábamos en el apartado anterior estas técnicas hacen referencia a una sistematización y especificidad, y no se refieren al grado mínimo de observación y participación que en toda investigación, de manera implícita por el hecho de ser "investigación", se lleva a cabo. Según Weick (1985), se trata de una "observación sostenida, explícita, metódica y una paráfrasis de las situaciones sociales en sus contextos naturales" (véase Reicher, 1984; Barker, 1968; Weick, 1985; Bakeman y Brownlee, 1980; Carrera y Fernández Dols, 1992; Gil y Peláez, 1992, en Clemente, 1992; Gutiérrez y Delgado, 1994; para un tratamiento más profundo de la "Observación"). El estudio de Fericgla (1992), es un ejemplo de aplicación de estas técnicas: la observación participante y

³⁹ El análisis de contenido como técnica objetiva, sistemática y cuantitativa ha sido desarrollada por varios expertos: desde Berelson (1942), Lazarsfeld, Berelson y Gauder (1944), Janis (1949), Holsti (1968, 1969), Kaplan (1943), hasta autores más actuales como Krippendorff, 1981; Gerbner, 1982; Noelle-Newman, 1978; Viney, 1983; López Aranguren, 1989; Clemente y Santalla, 1990; Clemente, 1992; Navarro y Díaz, 1994; Valles, 1997, entre otros.

⁴⁰ José Mariano López-Cepero Jurado ha sido uno de los expertos entrevistados para esta tesis. Ha sido profesor titular de Sociología en la UCM y actualmente *profesor jubilado emérito* (véase capítulo 6). Es de destacar su obra *Los viejos* (1977, Dopesa), pionera de las reflexiones sobre el tema en España.

⁴¹ El trabajo fue elaborado para la asignatura de doctorado "*Intervención psicosocial en servicios sociales comunitarios*" impartida por F. Chacón. El proceso seguido fue el análisis temático y contrastado de 123 artículos de prensa (recopilados desde diciembre de 1994 a abril de 1995), sobre la temática que indica el título.

⁴² Recordemos los orígenes de la "observación participante" en el trabajo clásico de W.F. Whyte *Street Corner Society*, en los años treinta, a través de la convivencia del autor con la gente joven de los barrios bajos de una pequeña ciudad norteamericana con el propósito de estudiar las relaciones entre las pandillas juveniles, la delincuencia organizada... Siguiendo a Clemente (1992: 210 y ss), tanto la observación participante como la no participante suelen enmarcarse en la línea de la Escuela de Chicago y la orientación del Interaccionismo Simbólico que define la identidad de la persona y la realidad social como un proceso constante de negociación.

no participante en Cataluña (en *Esplais* o clubs de ancianos, domicilios particulares, Residencia, parques y otros), que vienen acompañadas por análisis estadísticos de una encuesta aplicada a 367 mayores y 33 entrevistas en profundidad. En nuestro estudio también hemos aplicado "indirectamente" (pues nos hemos basado en el análisis discursivo de GD y de entrevistas) la observación participante y no participante. Como veremos en el próximo apartado son numerosos los lugares y espacios visitados con el mismo objetivo de acercarnos a las actividades de los mayores.

Una alternativa a los métodos tradicionales de investigación que se viene utilizando es la *Investigación Acción Participativa*, cuyo objetivo, además de intentar conocer y explicar la realidad social, es utilizar la investigación como medio para la movilización social, para la participación social e implicación de los sujetos con la que lograr cambios y transformaciones sociales. Según Rodríguez (1996), "la IAP revoluciona el paradigma clásico y propugna una devolución a las poblaciones estudiadas de su condición de sujetos de la propia investigación", es decir que se propone dar un paso más y no conformarse con el conocimiento de los hechos sociales sino que, en palabras de Desroche, intentar explicar, aplicar e implicar (INSERSO-A.V.P., 1996:41)⁴³. Algunos autores han aplicado este método en sus investigaciones sobre mayores con resultados positivos de participación social posterior a la investigación (véase estudio *Voluntariado y Personas Mayores. Una experiencia de Investigación Acción Participativa*, INSERSO-A.V.P., 1996)⁴⁴. Pero en esta experiencia se va más allá de los datos. Lo que aquí nos interesa subrayar, siguiendo los análisis de este estudio, es que se consigue, mediante los planteamientos de la IAP una ampliación de los vínculos comunitarios entre los vecinos, especialmente entre los mayores pero también en relación a otros sectores de población (el despliegue de este proyecto llega a diversos agentes que se implican de un modo u otro en el tema. Estos son: los mayores, asociaciones, centros de tercera edad, institutos y colegios, administración, expertos/as, otros grupos, etc.). A raíz también de este estudio se ha creado una plataforma estable de voluntariado, en el marco de la A.V.P. -Asociación de Vecinos de Prosperidad-, que trata de desarrollar programas específicos para dar respuesta a las demandas planteadas. En resumen van mucho más allá del diagnóstico y de los datos; pasan al nivel de la acción-participación de los "sujetos investigados", de los que muchos de ellos se convertirán en actores.

Esta línea, pues, nos parece muy interesante. Pensamos que su aplicación puede ir más allá del conocimiento de la realidad social de las personas mayores. La aplicación en nuestro caso no es viable, pero no dejamos de reconocer que es un método de investigación convincente desde el momento que se plantea, entre sus objetivos, una mayor participación de los sujetos, objetivo tan renombrado y tan necesario para la sociedad, y en concreto para

⁴³ Para un análisis más completo de este tipo de investigación, sobre sus orígenes (años sesenta-setenta), sus problemas y limitaciones, sus ventajas y aplicaciones (...), pueden verse las distintas aportaciones de diferentes expertos/as: "La investigación participativa como proceso de educación crítica. Lineamientos metodológicos" (Le Boterf, 1981); *Educación de adultos y acción participativa* (Codedah, 1988); *Investigación participativa* (Gabarrón y Hernández, 1994, CIS); "De los movimientos sociales a las metodologías participativas" (Villasante, en Delgado y Gutiérrez, 1995:399-426); *La Investigación Acción Participativa. Inicios y desarrollos* (Salazar, 1992), *Un método para la investigación-acción participativa* (López de Ceballos, 1989); "Investigación-Acción Participativa. Introducción en España" (Colectivo IOE, 1993); "La IAP un paradigma para el cambio social" (De Miguel, 1993), y artículos de Elizalde, Fals, Palazón, entre otros, todos ellos incluidos en el nº monográfico *Investigación-Acción Participativa*, de la Rev. Documentación Social (1993). Véase bibliografía.

⁴⁴ Para este estudio se aplica un cuestionario (por parte del Colectivo Ioé contratado para la fase cuantitativa) a una muestra de 748 mayores del barrio de Prosperidad. Mediante los análisis (a través del SPSS) se obtiene un diagnóstico preciso de la situación, problemática y expectativas de la población mayor del barrio. Previo a esta fase se realizan cuatro grupos focalizados (a mayores entre 60 y 75 años), con el objetivo de extraer los temas a incluir en el cuestionario posterior. Hasta estas fases el estudio sigue, pues, una línea parecida a otros estudios citados en el apartado anterior.

los mayores (recordemos que tanto para los expertos como para los mayores un mayor bienestar se logra con mayor actividad y participación).

Aquí no vamos a enzarzarnos en la eterna polémica *cuantitavismo versus cualitativismo* que parece estar superada⁴⁵ y, si aún no lo está, debe superarse evitando hablar de la misma e intentando aplicar el método adecuado según el objeto de investigación que tratemos. Todo ello, eso sí, siempre procurando orientarse hacia la complementariedad tan renombrada y tan perseguida. Ya hemos resumido más arriba, siguiendo a Crespo (1995:199-202), las ideas nucleares en esta línea. Sin más dilaciones, pasamos, pues, a la revisión teórica que nos dará luz para caminar hacia una psicología social del envejecimiento y de la jubilación.

⁴⁵ Véanse las distintas aportaciones de metodólogos e investigadores en relación a este "enfrentamiento": Duverger (1962), Beltrán (1985), García Ferrando, Ibáñez y Alvira (1989), Olabuénaga e Ispizúa (1989, cap. 1), Clemente (1992), los capítulos de los autores: Conde, Davila, Ortí, Noya Miranda, en Delgado y Gutiérrez (1994:53-140), los capítulos 1 y 2 de Valles (1997), entre otros.

CAPITULO 5. HACIA UNA PSICOLOGÍA SOCIAL DEL ENVEJECIMIENTO Y DE LA JUBILACIÓN

Este capítulo se divide a su vez en varios epígrafes. El primero se acerca al envejecimiento como proceso físico-biológico. El segundo versa sobre el envejecimiento como fenómeno psicológico. El último desarrolla algunos enfoques sociológicos y otros que aportan un matiz psico-sociológico a la cuestión. Concluimos el capítulo considerando el envejecimiento y la jubilación en un cruce de caminos teórico desde/hacia la psicología social. Tal como apuntamos en nuestros objetivos, en esta tesis se persigue enfocar la temática del envejecimiento desde un prisma psicosociológico. Pensamos, parafraseando a Moragas (1991:130), que los resultados de las investigaciones son más abundantes que las teorías que los interpretan: parece que se va superando la etapa de recogida de datos y hay que pasar a la de interpretación para derivar hacia teorías que expliquen globalmente el fenómeno psicosocial del envejecimiento. El intento de articular el tema del envejecimiento con la psicología social constituye el objeto de este apartado, pero que abarcará, en realidad, todo nuestro estudio y más allá del mismo. Los interrogantes quedan abiertos a nuevas reflexiones.

Recordar, llegado este punto, que el objeto de la psicología social es un objeto inventado, construido. Más que un territorio, siguiendo a Crespo (1995), es un punto de vista que se caracteriza por la interacción y la acción social. El sujeto de la acción ha sido tratado de distintas maneras: como sujeto inexistente (conductistas), como sujeto universal (teorías sobre procesos cognitivos regidos por leyes universales y ahistóricas), como identidad comunicacionalmente construida (teorías interaccionistas) o como sujeto dialógicamente situado o construido. La psicología social más que interdisciplinar es transdisciplinar, es decir, ajena a la delimitación de disciplinas. La legitimación de la psicología social (o la justificación pública de su valor) parece cierta porque es racional, y por tanto un saber será racional porque muestra su eficacia y permite resolver algún problema. El objeto de la psicología social, siguiendo al autor citador, no es una cosa sino un tipo de relación. La interacción social consiste en un proceso articulador entre los niveles psicológicos y sociales. Nos encontramos con diversas definiciones que indican la existencia de distintas "psicologías sociales"¹.

Nuestra pretensión está en profundizar sobre el fenómeno del envejecimiento desde la interacción de factores psicológicos y sociales. Este enfoque enfatiza la posición de la persona como perteneciente a grupos y en relación continua con la sociedad. Según San Román (1990:83) las aportaciones al tema del envejecimiento y ancianidad no proceden de la antropología, ni desde el enfoque transcultural (en el que la autora se incluye) sino desde la psicología social, y en torno a sus planteamientos, se van poco a poco adhiriendo sociólogos, antropólogos, y en menor medida, historiadores. Desde nuestro punto de vista, aún reconociendo las aportaciones, el tratamiento y reflexión sobre el envejecimiento desde la psicología social aún nos resultan insuficientes. Por ejemplo, diversos enfoques se plantean y replantean la trayectoria vital, pero parece que sólo llegan los análisis hasta la edad adulta. Por tanto, son poco numerosos los estudios que han tomado esta perspectiva para profundizar sobre la transición de la vida activa a la jubilación (envejecimiento, vejez), y aún menos sobre la articulación actividad-mayores. Aquí, se propone, pues, un enfoque psico-sociológico sobre el mismo y se enfatiza, siguiendo a los expertos, la necesidad imperiosa de aplicar a estas cuestiones una mirada psico-sociológica.

Tengamos presente que en el estudio del envejecimiento y jubilación ha predominado la investigación aplicada desde disciplinas concretas sin alcanzar la interdisciplinariedad.

¹ Para Paéz et al. (1992) es la "articulación entre lo social y lo individual a partir de los procesos de interacción y de representación intra e intergrupo". Para otros autores la psicología social no es una ciencia autónoma (...). Pero ahora no procede enzarzarnos en estas disquisiciones sino solamente recordar la particularidad del enfoque psicosociológico que aquí se sigue.

Actualmente, y en concreto este estudio, pretende caminar hacia esta encrucijada de enfoques que aporten luz al tema de estudio. Son bastantes los estudios que desde la psicología social analizan el envejecimiento y la jubilación. Se trata de reflexiones de autores extranjeros como Spacapan y Oskamp (1989), Marshall (1986), Pratt y Norris (1996), Jamieson, Harper y Victor (1997), entre otros². Y, aunque las aportaciones derivan casi siempre de psicólogos de otros contextos, algunas son de autores españoles (Aragó, 1980, 1986; Margalef, 1993, Navarro, 1994, entre otros)³. En cualquier caso, esta tesis no pretende cubrir esta laguna reflexiva sino más bien dejar las puertas abiertas de par en par a futuras indagaciones desde la psicología social.

5.1. EL ENVEJECIMIENTO COMO FENÓMENO FÍSICO-BIOLÓGICO

La biología y la Geriátrica -como especialidad de la medicina- son las que se encargan del fenómeno del envejecimiento como un proceso de declive físico-biológico. No se puede negar que el envejecimiento es biológico y hemos de recordar que el interés por las personas en la última etapa de la vida tiene su origen en las ciencias naturales, concretamente en la medicina y en la biología, que empiezan a preocuparse por estos fenómenos, tal como hemos tratado en el capítulo 4. Algo más tarde, y a raíz de que el envejecimiento se empieza a entender como un fenómeno psico-social -tal como se verá más adelante y a lo largo de este estudio-, se dispara el interés desde las ciencias sociales y humanas.

Aquí no vamos a desarrollar las teorías y los evidentes logros alcanzados por las ciencias biológicas y médicas en el alargamiento de la vida, sino que tan sólo las mencionaremos y subrayaremos como pioneras investigadoras del proceso de envejecimiento. De forma general, la Geriátrica ha mantenido generalmente que toda explicación del envejecimiento es debida al descenso neuronal inevitable, a la descalcificación de los huesos, etc. Pero en realidad, lo biológico y físico está influenciado inevitablemente por el modo de vida y otros aspectos psico-sociales. Desde la perspectiva médica suele tratarse el envejecimiento como un proceso que empieza al nacer, como un continuo deterioro del organismo y sus funciones. Sin embargo, desde un punto de vista psico-social, pensamos que el envejecimiento como declive se inicia a edades avanzadas, y cuando nacemos lo que se inicia es un "desarrollo" (no el envejecimiento como meta vital que plantean algunos) desde un punto de vista más optimista. Para unos el envejecimiento empieza a los 40; para otros con la menopausia; otros piensan que hasta los 85 (cuando aumenta el nivel de dependencia) no se empieza a envejecer. En realidad, como hemos apuntado en el apartado conceptual, y como veremos a lo largo de la tesis, todo dependerá del concepto de envejecimiento que se adopte. Pensamos pues, que el desarrollo evolutivo sólo se ralentizará a edades más avanzadas y dependiendo de diversas condiciones personales y sociales que también inciden sobre el nivel de deterioro físico y biológico del individuo.

Pero, retomando la perspectiva biológica, queda patente la dificultad de encontrar una

² SPACAPAN, S & OSKAMP, S. (1989) (comp.) , *The social psychology of aging*. California: Sage Publications; MARSHALL, V. (1986), *Later life: the social psychology of aging*, Sage, Beverly Hills; PRATT, M.W. & NORRIS, J.E. (1996), *The Social Psychology of Aging: a cognitive perspective*; DOPPELT, J.E. Y WALLACE, W.L. (1955), "Standardization of the Wechsler adult intelligence scale for older persons" in *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 51, pp. 312-330; VV. AA. (1977), *Empirical studies in the Psychology and Sociology of Aging*. New York Thomas Crowell Company; JAMIESON, A.; HARPER, S. & VICTOR, C. (eds) (1997), *Critical approaches to ageing and later life*. y artículos de revistas, etc. (véase bibliografía).

³ ARAGO, J.M. (1980), "El proceso de envejecimiento. Aspectos psicossociológicos". *Estudios de Psicología*, 2, 149-168; ARAGO, J.M. (1986), "Aspectos psicossociales de la senectud" en CARRETERO, M., PALACIOS, J., MARCHESI, A., *Psicología Evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*, Alianza Psicología, Madrid; MARGALEF, M. (1993), *Enfoques actuales sobre el envejecimiento*. Barcelona: Romargraf; NAVARRO, J. (1994), *Mòdels y teories del procés d'envelliment humà*. Barcelona: PPU; CASTAÑO, D. Y MARTINEZ-BENLOCH, I. (1990), "Aspectos psicossociales en el envejecimiento de las mujeres" en *Anales de Psicología*, nº 6 (2), pp. 159-168. Madrid; RODRIGUEZ, A. (1994), "Dimensiones psicossociales de la vejez", en BUENDIA, J. (Comp), *Envejecimiento y psicología de la salud*. Madrid: Siglo XXI.

única teoría que explique el fenómeno del envejecimiento. Varios expertos han tratado esta perspectiva (Altarriba, 1992; Cabrillo y Cachafeiro, 1990; Kalish, 1991; Saéz, 1987; Saéz et al, 1995; Rodríguez, 1989; Algado, 1997). Siguiendo los análisis de algunos autores las teorías biológicas del envejecimiento pueden clasificarse en 4 tipos o categorías: teorías genéticas, teorías no genéticas, teorías fisiológicas del envejecimiento y teorías de los controles fisiológicos (Saéz, 1987).

Respecto a los enfoques genéticos del envejecimiento, las distintas teorías que se engloban en esta categoría son: *teoría genética general*, *teoría de la lesión en el A.D.N.*, *teoría de la programación genética*, *teoría de la mutación somática* y *teoría del error acumulativo* (fallos en las síntesis de las proteínas), entre otras. En relación a las teorías genéticas, Shock (1977, en Kalish, 1991:42), piensa que las células están genéticamente programadas para morir, quizá por el daño causado al ADN, por pequeños niveles de radiación que siempre existen en la atmósfera o por otras causas.

En cuanto a las teorías no genéticas podemos enumerar las siguientes: *teoría del deterioro*, *teorías de la privación*, *teorías de la acumulación*, *teorías de las interconexiones*. Según Shock (ib.) *las teorías celulares no genéticas* sostienen que el paso del tiempo produce cambios en las células, con lo cual se reduce su efectividad. Estos cambios pueden aparecer a causa de una nutrición insuficiente, falta de oxígeno en las células o por la introducción de sustancias químicas en ellas lo que impide su funcionamiento adecuado.

Pero son las *teorías fisiológicas, morfológicas y funcionales* las de mayor aceptabilidad y contrastación experimental en la explicación de la sintomatología del deterioro orgánico y neuropsíquico del envejecimiento (Rodríguez 1989:76). Las teorías fisiológicas del envejecimiento suelen centrarse en el deterioro orgánico del sistema cardiovascular, de la glándula tiroides, de las glándulas sexuales o de la hipófisis. Las *teorías de la tensión o estrés*, *teoría del desgaste*, *teoría de los desechos* y *las teorías inmunológicas* son englobadas también en esta línea.

Las *teorías de los controles fisiológicos*, para cerrar este breve recorrido, se centran en el sistema endocrino y en el sistema nervioso. Estas teorías se centran en la interacción de las células, tejidos y sistemas de órganos en un intento de explicar los cambios de edad (Shock, 1974, Verzar, 1967, en Saéz, 1987:40).

Para Moragas (1991:65), las teorías biológicas se pueden dividir en dos tipos: las teorías basadas en factores externos y las basadas en factores internos. Las primeras identifican los factores del medio ambiente y los que influyen en nuestra capacidad de sobrevivir a cualquier agresión externa al organismo, sea voluntaria (estilo de vida, nutrición, consumo de drogas) o involuntaria (exposición a contaminantes del aire, radiaciones, virus, alimentos...). Entre las "internas" están la Teoría Neuroendocrinológica (enlentecimiento o falta de equilibrio de las distintas neuronas reguladoras del sistema nervioso, muscular, etc), Inmunológicas (envejecimiento por la disminución de las defensas y mayor probabilidad de enfermar) y Metabólicas (fenómenos celulares y metabólicos).

Hemos de concluir diciendo que aunque los cambios a los que se ha hecho alusión son de naturaleza biológica, tales cambios producen repercusiones en el plano psicológico y social y a la inversa; la situación psico-social puede incidir sobre la calidad de nuestro proceso de envejecimiento. Es de todos conocida la base psicológica y social que tienen las enfermedades y también el envejecimiento. Por tanto, podemos afirmar junto con otros expertos (Birren, Kastenbaum, Palmore, Marzh, en Rodríguez, 1989:15) que el envejecimiento fisiológico tiene un ritmo paralelo al envejecimiento psicológico y social, por lo cual los aspectos psico-sociales, sobre los que nosotros profundizaremos, y los aspectos fisiológicos están relacionados en todo el ciclo vital y concretamente al envejecer. Por esta indudable relación, varios autores (p.e. Altarriba, 1992; Serra et al., 1988) proponen un modelo de análisis denominado "bio-psico-social" para explicar el proceso de envejecimiento.

Tal como dice Moragas (1991:57), Kalish (1991) y otros, la aptitud orgánica se halla

estrechamente ligada a factores psicosociales de motivación, estilo de vida, intereses, ocupaciones, compañía y capacidad de decisión, etc. y que estos factores afectan directamente a variables biológicas como la producción de linfocitos, secreciones hormonales, neurotransmisores, responsables directos del bienestar fisiológico del sujeto. Una vez más, lo biológico depende de lo social y viceversa, estableciéndose una sutil interrelación en la que resulta difícil aislar el agente causal original y el resultado. La resistencia a la enfermedad, en todas las edades y en esta etapa aún se vuelve más relevante, será influida por distintos factores psico-sociales (soledad, falta de roles y de actividad, desocupación del tiempo, etc.). Otra conclusión es que la enfermedad en la vejez es "clasista", es decir, perjudica a los menos desfavorecidos socio-económicamente porque son ellos los que suelen tener más medios para afrontarla (ver capítulo 8.3.).

Para finalizar, podemos remarcar que el interés e inversiones para estudios sobre envejecimiento está incrementándose cada vez más. Todos los expertos están de acuerdo en fomentar la preocupación y el estudio de la última etapa desde la medicina, biología y las ciencias naturales. Se aboga por acabar con la improvisación de medidas en pro de un plan serio de gerontología y geriatría que integre distintos aspectos (biológicos y psicosociales), al igual que se dispone de un red bastante completa de colegios, estudios, hospitales dedicados a la psicología, pedagogía y atención a la etapa infantil o juvenil, por ejemplo.

5.2. EL ENVEJECIMIENTO COMO FENOMENO PSICOLOGICO

5.2.1. El envejecimiento como declive de los recursos y procesos psicológicos

Desde esta concepción el deterioro mental, la enfermedad y los procesos involutivos están ligados principalmente a la vejez. Se parte del supuesto de que el envejecimiento es un proceso de deterioro celular e involución orgánica. Por ello este modelo organicista sólo puede considerarse válido parcialmente puesto que no permite explicar, entre otras limitaciones, la variabilidad intrageneracional. Estas tesis están siendo rechazadas hoy por muchos psicogerontólogos⁴. Como veremos en el capítulo 10, estos análisis son los que vienen perpetuando, aún hoy, diversos estereotipos y representaciones sociales sesgadas de la gente mayor.

Desde esta línea se trata el envejecimiento como **declive de procesos cognitivos**. En ellos, se incluyen las investigaciones clásicas en psicología, que estudian la disminución/deterioro de los procesos psicológicos fundamentales, que son los cambios sensoriales y perceptivos, la memoria, la inteligencia, la metacognición y la creatividad. Es lo que se denomina "aspectos cognitivos" o capacidades intelectuales. Aunque varía de un individuo a otro, de forma general se produce, siguiendo a Mishara y Riedel (1986:95) una reducción en la capacidad de recibir y tratar las informaciones concernientes al entorno. La **disminución de la percepción sensorial** se ve afectada por la inevitable disminución auditiva, visual (y también del gusto y el olfato) que acarrea el propio proceso de envejecimiento. Debido a la pérdida física de la masa muscular se produce, también, una **disminución en la motricidad**, es decir, pérdida de velocidad de las reacciones y un descenso de la coordinación. Pero tal como indican diversas investigaciones, esta disminución

⁴ El Organicismo que defiende este punto de vista y el Mecanicismo tiene su origen en el dualismo cartesiano: el primero fundado sobre el Racionalismo y el segundo sobre el Empirismo. Pero la eterna polémica de métodos de investigación, que tiene su origen en este dualismo de investigación parece ya superada. A continuación, recordaremos las características peculiares del mecanicismo y el organicismo. 1) Desde un punto de vista mecanicista el organismo cambia según el ambiente; todo individuo es resultado de suma de elementos; se centra en la fórmula "estímulo-respuesta" y el análisis en términos de antecedente y consecuente; el cambio se considera cuantitativo; los cambios se producen por estimulación externa. 2) Desde un punto de vista organicista: el motor de cambio es interno; el organismo es considerado como totalidad, no hay que analizarlo como partes independientes (holismo); Analiza la estructura y la función; Cambio es cualitativo; centrado en estadios evolutivos.

no está ligada a la disminución real de las señales o elementos de respuesta, sino más bien al tiempo requerido para la respuesta. Por ejemplo, se ha comprobado (Welford 1977, Bromley, 1974, en Mishara y Riedel, 1986:101), que si se da más tiempo para la planificación, programación e interpretación de las señales disminuyen las diferencias entre jóvenes y mayores, e incluso los mayores se vuelven más precisos y productivos que los jóvenes⁵. Algunas investigaciones han demostrado que no hay un declive de las habilidades de ejecución y psicomotrices, aunque se detecta descenso en las habilidades sensoriales. Las habilidades verbales (comprensión, lenguaje, p.e.), influenciadas fuertemente por la educación, se mantienen estables o incluso aumentan (Rodríguez, 1989:67).

La investigación sobre la **disminución o no de la memoria** a medida que se envejece también ha levantado resultados controvertidos⁶. Con la edad, siguiendo a Moragas (1991:72), se recuerda mejor lo remoto y lo ecoico; está demostrado que la creencia popular de que la pérdida de la memoria es inevitable e irreversible resulta ser un mito. Las causas de la pérdida de memoria son complejas: falta de hábito de recordar, falta de motivación por aprender, etc. Pero según algunos autores la disminución de la memoria se observa en todos los parámetros: entrada de datos, memoria a corto plazo y memoria a largo plazo. Crak (1977) examinó tres estudios que llegan a la conclusión de que la memoria a largo plazo y a corto plazo resultan inferiores en las personas de edad (Schonfield, 1972; Bahrlick y Wittlinger, 1975; Warrington y Sanders, 1971). Desde varios estudios y teorías⁷ se llega a la misma conclusión de que la pérdida de memoria es demostrable y está asociada a la edad. Montorio (1994:111-146) realiza una revisión crítica respecto a los distintos estudios, instrumentos y técnicas aplicados en la investigación de la memoria en esta etapa⁸, concluyendo que la pérdida de memoria está relacionada con múltiples factores y no sólo con la edad. Otros, sin embargo, demuestran el mejor funcionamiento de la memoria mediata o a largo plazo, referida a los recuerdos del pasado más lejanos; en tanto que la memoria inmediata o a corto plazo, sufre graves deterioros en la vejez. Desde la *teoría del desarrollo de la memoria* se pretende ofrecer alternativas al modelo deficitario de la memoria persistente hasta hoy (Rodríguez, 1989:69).

La cuestión de la diferencia en **inteligencia** en razón de la edad, de sus diferencias según la etnia o según el género, ha suscitado mucha controversia (Mishara y Riedel, 1986:105). Gran parte de estas diferencias suelen estar ligadas a factores externos: diferencia en escolarización, tiempo cronometrado para los tests, falta de hábito en los tests, déficits sensoriales, investigaciones transversales y no longitudinales, entre otros. Según distintos estudios (Baltes, Labouvie, 1973; Riegel y Riegel, 1974) si no se dan cambios patológicos debidos a enfermedades, la inteligencia tiende a permanecer relativamente estable a lo largo de toda la vida. Las dos posiciones teóricas en este tema se hallan representadas por Schaie y Baltes (1974) y Horn y Donaldson (1977).

⁵ Los estudios de Spirduro y Clifford (1978) demuestran, en efecto, que las personas de edad activas son, en varios campos, superiores a las personas más jóvenes inactivas. Por ejemplo, siguiendo a Moragas (1991:92), con un adecuado nivel de estimulación social, motivación, interés y formación las respuestas psicomotoras de los mayores serían más eficaces.

⁶ La memoria puede clasificarse de distintas maneras: a) por la proximidad de los hechos (memoria inmediata o primaria, reciente, remota o secundaria y vieja o terciaria), b) según los sentidos puede ser visual o icónica, y auditiva o ecoica. c) Según el tipo de recuerdos: episódicos o acontecimientos únicos para el individuo, y recuerdos semánticos o compartidos por toda la población.

⁷ Por ejemplo, la *Teoría de la detección de las señales*, enfoque relativamente nuevo y elaborado en psicofísica, y que preside la mayor parte de los estudios en este campo (Green y Swets, 1966, en Mishara y Riedel, 1986:103), evalúa la potencia de la memoria y el modo de respuesta llegando a las mismas conclusiones.

⁸ Algunos instrumentos y escalas son: Cuestionario de metamemoria (Zelinski, Gilewsky y Thompson, 1980), Cuestionario de Funcionamiento de Memoria (Gilewsky et al., 1983), Escala de memoria Wechsler (Wechsler, 1945), Test de Memoria Guild (Gilbert, Levee, y Catalano, 1968, Gilbert y Levee, 1971), Escala de Memoria de la Universidad de Nueva York (Randt, Brown y Osborne, 1980), Test Conductual de la Memoria Rivermead (Wilson, Cockerman y Baddeley, 1985), principalmente.

También Rodríguez (1989:64) señala que uno de los tópicos y estereotipos más difundidos es la decadencia o declive intelectual en los mayores. Según las investigaciones psicométricas en las que se aplicaba el test de Wechsler se detectaba un comienzo del declive intelectual a partir de los 40 años que se intensificaba con la edad. Tanto en estudios transversales como longitudinales (aplicadas por Berkowitz y Green, Doppelt y Wallace, Birren y Morrison), como a través de análisis factoriales de Nesselroade, Schaie y Baltes (1972), o las investigaciones generacionales y de cohorte llevadas a cabo por Schaie y Parham (1977), han constatado la falsedad del estereotipo del decremento intelectual con el envejecimiento. Siguiendo a Palacios y Marchesi (1986:141), decir que se trata de un fenómeno mucho más complejo, en el que hay una mejora con la edad en determinados aspectos, aunque siempre en función de la experiencia, y un empeoramiento en otros directamente relacionados con la edad. Incluso algunas investigaciones han demostrado el aumento de determinadas aptitudes con la edad, puesto que las diferentes aptitudes intelectuales no declinan de igual forma con el envejecimiento. Algunas investigaciones, por ejemplo, han demostrado un aumento de la inteligencia denominada "cristalizada" (adquirida por la experiencia y educación) y un declive de la inteligencia "fluida" o adquirida por genética (Horn y Cattell, 1967; Baltes, Cornelius, Shapiro et al, 1980; Horn, 1978, 1980; en Rodríguez, 1989:66).

En cuanto a la **creatividad**, las investigaciones se contraponen. Las últimas corrientes de investigación, parecen concluir que los mayores no pierden su capacidad creadora con el paso del tiempo, sino que muchos la aumentan⁹. Por ejemplo, Moragas (1991:78) nos recuerda que en las ciencias naturales la creatividad es mayor en las primeras etapas de la vida, mientras que en las ciencias humanas la creatividad necesita toda una vida para alcanzar su punto álgido. Pero uno de los problemas que se presenta a la ciencia es la medición de dicha creatividad. En lo que sí coinciden autores recientes es en la no disminución de la creatividad con el paso del tiempo.

La **capacidad de aprendizaje** (sobre la que predomina el prejuicio "se es demasiado viejo para aprender"), no disminuye tampoco con la edad, sino que entre los jóvenes y los mayores hay diferentes maneras y motivaciones de/para aprender: el joven tiene mayores expectativas de futuro, mayor motivación, utiliza habilidades de aprendizaje basadas en la rapidez. En cambio, los mayores, con menos expectativas y motivaciones, utilizan cambios de estrategias en la solución de problemas, recurriendo a la experiencia y a los aprendizajes globales, lo cual hace su aprendizaje más lento, pero de manera más acabada y perfecta cuando se les refuerza con motivaciones (Birren y Schaie, 1977, en Rodríguez, 1989:68). El aprendizaje sólo disminuye su capacidad a partir de los 70 años (Arenberg, 1980; Moragas, 1991:75). Hemos de recordar que si lo que se requiere para un aprendizaje es menor tiempo y estímulos efectivos, eso no beneficia a los mayores porque uno de los valores es la rapidez de asimilación que si puede disminuir con los años¹⁰.

Además de un declive de los procesos cognitivos, desde un prisma psicológico, también se producen cambios importantes a nivel no cognitivo: sobre *las motivaciones, las emociones y cambios de personalidad*, principalmente. En cuanto a la **emoción y la afectividad** varios autores destacan la ausencia de investigaciones sobre estos puntos en las personas mayores (Mishara y Riedel, 1986:118) o las que existen tienen demasiados errores metodológicos (Birren y Reinner, 1977). Lo mismo ocurre con el campo de la motivación en los mayores: las investigaciones son poco numerosas y presentan diversas limitaciones.

El nivel de motivación es analizado en cuanto que constituye el primer paso para

⁹ Véase la obra de Comfort (1977/86), Pinillos (1992) entre otras, en la que se citan numerosos personajes del mundo de las artes, la política, las ciencias humanas y naturales triunfando a avanzadas edades. Pero no hace falta citar a personas famosas por sus obras a edades avanzadas, sino que también podemos ver que hay personas mayores productivas anónimas cuyo nivel creatividad no ha descendido.

¹⁰ De forma general, los mayores éxitos en el aprendizaje se han dado con personas de mayor nivel educacional y que ejercitaban frecuentemente sus aptitudes: profesionales, educadores, directivos...

realizar una actividad. La mayor parte de trabajos concluyen en una falta de motivación en los mayores lo que incide en una menor actividad. Chapin y Brail (1969, en Mishara y Riedel 1986:119) descubrieron que en el trabajo y las tareas obligatorias externas al hogar los jóvenes eran más activos que los mayores los cuales pasan más tiempo descansando, leyendo y viendo TV. Pero, siguiendo a Mishara y Riedel (1986), estos resultados son discutibles porque proceden de estudios transversales y sobre todo, porque los niveles de actividad se hallan estrechamente ligados a la condición socio-económica y al nivel de instrucción, entre otros factores, más que al envejecimiento en sí. Según Moragas (1991:91), la motivación disminuye en los mayores porque disminuyen las oportunidades de competitividad y realización de forma general. Aunque todos coinciden en señalar que el nivel de excitación y de actividad general es inferior en los mayores, también se destaca la necesidad de nuevas investigaciones que integren datos e información disponibles en la actualidad y en contextos diversos.

La revisión de Watson (1954) o los estudios de Riegel (1959) y Neugarten (1964,1972) abundan en la idea de la **continuidad de la personalidad** a través de los años. Los cambios en la personalidad pueden venir provocados por los cambios corporales, por los roles sociales, por diferencias generacionales, por pérdidas afectivas y de familiares, etc. que pueden incidir en la personalidad como crisis destructivas (Rodríguez, 1989:71). Se han elaborado cierto número de Teorías del Desarrollo con el propósito de integrar los cambios sociales, psicológicos y físicos que acompañan a la maduración en el ser humano; pero la mayor parte de estas teorías no van más allá de la pubertad o de los comienzos de la adolescencia. La teoría del desarrollo que mayor influencia ejerció durante la primera mitad de nuestro siglo, la teoría freudiana, no trata más allá del primer decenio de vida¹¹.

Pero, es muy importante el autoconcepto y las actitudes individuales y sociales que se tomen ante el envejecimiento. Por ejemplo, Havighurst (Yela, 1979; Rodríguez, 1989:72) señala cinco factores para una personalidad ajustada y creadora: afán de vivir, tono afectivo positivo, armonía entre propósitos y logros, resolución y fortaleza y auto-concepto positivo. Pero hemos de decir, siguiendo a varios autores, que pocos se han preocupado por la personalidad (y por otros temas) sobre los mayores. En general, los estudios disponibles muestran una tendencia a la estabilidad de la personalidad que se mantiene más fija a mayor nivel educativo y mejor nivel de salud. Los cambios que aparecen suelen surgir como respuesta a las nuevas situaciones en edades provecas (disminución de responsabilidades, mayor tiempo disponible, p.e.) más que a un cambio inevitable de la personalidad que envejece. Aquellos mayores que se muestran activos, con responsabilidades y plena aptitud funcional apenas muestran cambios en su personalidad (Moragas, 1991:79).

5.2.2. El envejecimiento como adaptación al medio y como proceso evolutivo

Como alternativa a las perspectivas anteriores, desde este prisma el interés se centra en las actividades mentales por las que los organismos se adaptan a los diferentes ambientes. Según Rubio (1996:44), la trayectoria histórica de este paradigma dialéctico-contextual parte de los pragmatistas y funcionalistas americanos como Peirce, James, Dewey, fundamentalmente. Este modelo defiende la interdependencia entre organismo y medio, entre individuo y sociedad, mediante una interacción entre el cambio individual y los cambios histórico-culturales (Rodríguez, 1989:57-58). Este modelo ha tenido una importante influencia en Psicogerontología, a través de la teoría del Ciclo Vital.

Dentro de este mismo enfoque nos encontramos con *la Etología y la Ecología*. La

¹¹ Freud mantiene que la personalidad queda fijada los 5 años (Mishara y Riedel, 1986:30). En general, los teóricos del conocimiento han acostumbrado a limitar sus intereses a los primeros años de vida, desinteresados generalmente por el desarrollo de la última. Por ejemplo, Maslow (1954) establece una jerarquía de necesidades, por todos conocida, y coloca la necesidad superior de desarrollo y creatividad (autorrealización) en la edad madura a partir de los 10 años; engloba a partir de ahí en un sólo estadio.

primera se desarrolla en la Psicología Evolutiva en la década de los setenta (Eibl-Eibesfeldt, 1974; Bowlby, 1969; Harlow, 1958), aunque los orígenes se encuentran en las investigaciones de Darwin. Los etólogos se interesan por las bases biológicas de la conducta animal. Los psicólogos que defienden esta corriente aplican los métodos e ideas básicas al comportamiento humano, es decir, las conductas se interpretan como determinadas biológica y genéticamente (Bowlby, 1986; Hess, 1977; en Rubio 1996:49)¹².

Desde la línea Ecológica se pone énfasis en la interdependencia individuo-ambiente. El desarrollo es el resultado de esta relación y ello conduce a la adaptación de la persona a la cultura y otros contextos (Gibson, 1984; Bronfenbrenner, 1979; Wachs, 1979; Eckensberger, 1979; en Rubio, 1996:49-51). Este enfoque resulta útil en la medida que permite conceptualizar la intervención medio-ambiental en la vejez, y explicar de qué forma el medio-ambiente físico y social, en constante cambio, afecta a los procesos de envejecimiento. Según Rodríguez (1989:60) esta línea se sustenta en la obra de Lewin y su teoría del Espacio Vital, considerando que la acción humana se encuentra explicada por la conjunción de factores de personalidad y del medio ambiente. El espacio vital viene a ser entendido como campo ambiental vivenciado por el sujeto, encontrándose en la teoría del "campo vital" de Lewin un precedente de la moderna "ecopsicología comportamental".

García y Tous (1992:80) proponen un modelo conductual-ecológico de la vejez. Parten de Moos y Mitchell (1982) para defender esta perspectiva que pretende pasar de una situación patogénica o deficitaria de la vejez, a otra salutogénica, potenciadora de la competencia. Este modelo que integra el enfoque conductual y ecológico pretende potenciar lo positivo, tanto por lo que se refiere a las posibilidades del mayor de resolver las circunstancias adversas, como incrementar los apoyos sociales y físicos del ambiente.

Esta línea se enmarca en la orientación europea que, a diferencia de la corriente anglosajona, considera a la persona como un organismo dependiente del medio y con capacidad para influir sobre el mismo. Los temas más estudiados son la personalidad y el desarrollo cognitivo. Dentro del área del envejecimiento los estudios tienen una matiz social. Los temas estudiados son principalmente: desarrollo moral (Meachan, 1975), lenguaje (Harris, 1975; Riegel, 1975), relaciones sociales (Rapaport, 1975; Hefner, Relucea y Oleshausky, 1975; Van deu Dade, 1975), las teorías de campo desarrolladas por Lewin y aplicadas por Schaie (1962), la teoría del "rol" y la teorías del "self", ambas de gran relevancia para psicología y sociología de la vejez. Todas estas áreas hacen hincapié en el carácter interdependiente simbólico-comunicativo de las condiciones externas o sociológicas e internas o psicológicas.

En cuanto al **envejecimiento como desarrollo-proceso evolutivo**, se ha de decir que se trata de una visión reciente que considera el envejecimiento como un proceso continuo. Podemos decir, que desde el punto de vista tradicional el interés se centraba en los periodos de la infancia y adolescencia (en base a los modelos evolutivos inspirados en Piaget, Freud y Erikson), los cuales diferenciaban claramente cada estadio, otorgándole un determinado patrón de comportamiento. Por ejemplo para Erikson el último estadio, denominado "desesperación versus integridad", era el que se correspondía con la vejez¹³.

La visión clásica de los estadios y el estudio centrado en la infancia-juventud, se está

¹² También el modelo genético-evolutivo, que se sustenta en la orientación psicológica genética, tiene amplia incidencia en psicología evolutiva infantil, merced a las investigaciones de Piaget y su Escuela de Ginebra. En sentido análogo, en los últimos años se viene reclamando la implantación de la perspectiva genética como modelo útil para el estudio del adulto y de la gente mayor. Este modelo persigue como perspectiva teórica el estudio del desarrollo y el envejecimiento a partir del nacimiento, aunque por razones pragmáticas, según Gillieron (Rodríguez 1989:59-60) se tome al niño para el estudio del desarrollo y del mayor para el envejecimiento. En realidad este modelo gerontológico no ha gozado de una amplia aceptación. Algunos autores (Pacaud, 1965; Riley, 1979) han sustentado la perspectiva de que el desarrollo y envejecimiento es algo connatural a cualquier edad, sin consecuencias definitivas ni rupturas radicales en ninguna de las etapas.

¹³ Aparte de las objeciones que puedan hacerse hemos de reconocer que al menos este autor se preocupó por la última fase de la vida, pues la mayoría se centraron exclusivamente en la infancia y juventud.

viendo desmarcada por otras nuevas olas interesadas por el desarrollo vital como un proceso continuo desde la infancia a la vejez. Siguiendo a Rodríguez (1988:44), reseñar que un grupo de psicólogos de la Universidad de West Virginia, en los años sesenta, inician el denominado *enfoque del Ciclo Vital* predominante en estas últimas décadas. Este enfoque defiende la tesis del desarrollo psicológico como proceso que dura toda la vida. Esta concepción del desarrollo aportó también una nueva perspectiva metodológica de investigación longitudinal. Por tanto, desde esta concepción revolucionaria en su momento, se aporta la interacción de las etapas vitales como un proceso discontinuo y multilíneal, destacando las relaciones entre todas las etapas, y los factores biográficos, ambientales y ecológicos como más importantes que la edad cronológica en sí. En resumen, la psicología del envejecimiento del ciclo vital incide en el rechazo de la concepción de vejez como deterioro o declinación psicológica generalizada, acentuando por el contrario la constatación de desarrollos en ese periodo vital reconceptualizado como un proceso más que como un estado.

Por tanto, la *Teoría del Ciclo Vital*, como estandarte de estos supuestos, no admite el análisis de los estadios del ciclo vital en forma aislada (uno tras otro) sino que tiene en cuenta varios aspectos. Siguiendo a Serra et al (1988:16 y ss) y otros expertos/as podemos conocer las premisas que rigen este enfoque y que aquí no procede desarrollar. Esta teoría se considera actualmente como uno de los principales enfoques sobre los procesos evolutivos y ha tenido especial influencia en Gerontología como puede verse en los estudios de Birren, Cunningham y Yamamoto (1983, en Rubio, 1996:51), y en muchas otras investigaciones. En una reciente revisión bibliográfica se encontraron más de 4.000 artículos publicados sobre la problemática del desarrollo en la madurez y senectud. La corriente del Ciclo Vital enlaza con otras disciplinas: sociología, antropología y psicología social. En fin, según Serra (1982) se pueden señalar tres tipos de modelos en el estudio del envejecimiento:

- Modelo del deterioro irreversible: el envejecimiento provoca un deterioro o declive en casi todas las funciones del organismo, y este declive es irreversible.
- Modelo de deterioro reversible: reconoce la existencia de un deterioro asociado al envejecimiento pero aboga por su corrección mediante técnicas de tratamiento y prevención.
- Modelo de competencia o estabilidad: es el que defienden los psicólogos evolutivos del ciclo vital. Este modelo asume la existencia de un proceso de envejecimiento diferencial, es decir, distinto de unos sujetos a otros. La vejez es la etapa en la que más hay que considerar las diferencias entre individuos. El proceso de envejecimiento depende de cada persona, de su desarrollo a lo largo del ciclo vital y de cómo impacten sobre éste los distintos cambios (Serra, Dato y Leal, 1988:15).

Otra línea viene marcada por el *enfoque psicoanalítico*, caracterizado por centrarse en el estudio de los cambios del "yo, ello y superyó". Desde este prisma se defiende la idea de que la salud mental en la edad adulta está fuertemente influida por las experiencias individuales y por el desarrollo psicosexual durante la infancia, por lo que sus seguidores se centran en el estudio de la regresión producido en la vejez (...). De todas maneras, aquí no procede desarrollar los distintos enfoques y su visión del envejecimiento¹⁴.

Por último, queremos señalar el envejecimiento **desde un enfoque conductista**. Desde esta concepción se toma el envejecimiento como inadaptación/adaptación de conducta, como respuesta a estímulos y, en todo caso, como un problema de aprendizaje. Bajo distintas teorías, que apoyan y han apoyado este punto de vista, se observa una postura epistemológica común denominada con varios nombres: mecanicismo, positivismo, operacionalismo, conductismo, empirismo. Siguiendo a varios autores (Rodríguez, 1989:57, Rubio, 1996:33), esta concepción teórica es de indudable raigambre psicológica behaviorista. Hemos de recordar que bajo la influencia de positivismo surge el conductismo que reduce a la psicología

¹⁴ En la compilación de los autores Zinberg y Kaufman (1987), se encuentran las aportaciones de autores de orientación psicoanalítica, en su mayoría pertenecientes a la Sociedad de Psiquiatría Gerontológica de Boston. También Bianchi, Gavey, Moreigne, Balbo, Poivet y Thomas (1992) nos ofrecen sus análisis a la cuestión del envejecimiento desde la perspectiva psicoanalítica. Estos últimos autores son franceses y pertenecen a la Asociación Internacional de Gerontología Psicoanalítica.

a la investigación científica del comportamiento externo del organismo. Según el paradigma conductista todo cambio de conducta puede ser explicado como resultado de un proceso de aprendizaje.

El conductismo ha sido aplicado a la psicogerontología para explicar el mantenimiento de conductas adaptadas/inadaptadas a la vejez, como un problema de aprendizaje, condicionado por la presencia de estímulos y refuerzos ambientales y sociales positivos, y viceversa, por la ausencia de refuerzos ambientales, incremento de estímulos adversos, en el caso de inadaptaciones conductuales. Algunos estudios basados en este enfoque podrían ser el de Denney (1982) sobre la utilización de técnicas de *feedback* aplicadas al entrenamiento de tareas de aprendizaje de conceptos. Willis y Schaie (1986) hacen una revisión de estudios que han seguido esta orientación, intentando defender la hipótesis de que el feedback y el modelado son principios activos en las intervenciones cognitivas (Rubio, 1996:37).

Según este enfoque conductista, el organismo humano y el mundo son concebidos metafóricamente como máquinas, los cambios producidos son desde el exterior y el desarrollo se concibe como un proceso continuo (antecedente-consecuente). Desde este enfoque también se realiza una crítica a la *Teoría de la Actividad* que trataremos más adelante. Una rectificación a esta teoría es la efectuada por Pinillos (1979, 1980) centrándose en la teoría de la *Indefensión Aprendida* de Seligman. Según Pinillos, al llegar la persona a la vejez, se recibe de la sociedad "bien refuerzos punitivos no contingentes, o bien ausencia de refuerzos positivos" (Serra, Dato y Leal, 1988:31). El resultado es que el sujeto aprende a desesperanzarse y por tanto se deprime y descende su nivel de actividad, debido a falta de refuerzos y acumulación de estímulos punitivos.

De forma genérica la perspectiva psicológica tiende a analizar el envejecimiento desde los mecanismos de conducta individual. Por ello, las críticas más relevantes que recibe el paradigma psicológico se derivan del olvido de que las personas están intrincadas inexorablemente en un sistema social, cultural e histórico con circunstancias determinadas que inciden en su comportamiento. De todas maneras, las últimas corrientes psicológicas están empezando a considerar los distintos factores sociales y psico-sociales.

5.3. EL ENVEJECIMIENTO COMO FENOMENO SOCIOLOGICO Y PSICO-SOCIOLOGICO

5.3.1. El envejecimiento en relación a la actividad

Desde esta concepción de la vejez se defiende que la capacidad de permanecer activo es una de las condiciones fundamentales para vivir con éxito la jubilación y el envejecimiento. Esta tesis fue formulada por Cavan, Burgess, Havighurst y Goldhammer (1949), Havighurst y Albrecht (1953), Havighurst (1954, 1961), Havighurst, Neugarten y Tobin (1968), y sostiene que el envejecimiento y el periodo postlaboral será más positivo si se asumen actividades, a pesar de que se abandone el trabajo remunerado. Este enfoque clásico en el estudio de la vejez es denominado *Teoría de la Actividad*, *Teoría de la Adaptación* o del "envejecimiento exitoso". Esta visión, englobada generalmente en la corriente funcionalista, sigue siendo muy influyente sobre los estudios gerontológicos. Las premisas fundamentales que defiende son: a) la mayor parte de los mayores siguen manteniendo niveles bastante constantes de actividad; b) el nivel de actividad o inactividad está influido por los anteriores estilos de vida y por factores socio-económicos, más que por procesos universales inevitables; c) para lograr un envejecimiento con éxito es necesario mantener, incluso aumentar, determinados niveles de actividad en las distintas esferas vitales: física, mental, social, principalmente.

Siguiendo a Havighurst (1961), hay roles que en la senectud se pierden (debido a la jubilación o a una posible enfermedad, por ejemplo), pero lo importante es saber que esas

actividades pueden sustituirse por otras de manera que el individuo continúe permaneciendo activo. Tartler (1961) parte de la hipótesis de que sólo es feliz y se siente satisfecha la persona que permanece activa, que produce algún rendimiento, que es útil a los demás. La persona mayor en las sociedades industrializadas actuales al llegar a la jubilación vivencia una pérdida del rol laboral y una pérdida de roles familiares, y todo ello repercute en una pérdida de función, en una creciente "inactividad forzada" que genera alta insatisfacción y otros procesos desestructurantes psicosocialmente.

Podemos citar algunos datos sobre los que descansa el punto de vista que estamos tratando. Por ejemplo, el estudio longitudinal dirigido por Palmore (1968, 1969) desde la Universidad de Duke durante diez años, comprobó que se daba cierta disminución temporal de actividades ante determinados sucesos pero luego se producían aumentos. Encontró también que la falta de actividad es más característica en mayores con problemas de salud (Rubio, 1996:113). Concluye diciendo que la desocupación no es un resultado inevitable del envejecimiento, pues la actividad está relacionada con una moral alta, elevada satisfacción por la vida y con el anterior estilo de vida. Cuando se produce realmente la desvinculación y la inactividad es justo antes de la muerte.

Maddox y Eisdorfer (1962, en Mishara y Riedel, 1986:65) identifican una tipología de mayores en función de la actividad y el estado de ánimo. Estos tipos pueden ser: 1) mayores muy activos y muy animados, 2) mayores muy activos y con estado de ánimo bajo, 3) mayores poco activos y con la moral-satisfacción elevada; 4) mayores poco activos y poco satisfechos. Los mayores del tipo 3) existen en una proporción muy pequeña. En conclusión se puede decir que la satisfacción elevada se asocia con un nivel de actividad alto y esto depende de la situación económica y de las posibilidades que se ofrecen al mayor.

Fontana (1977) también apoya esta teoría basándose en un estudio realizado en una comunidad del Sur de California. Sus resultados son similares a los de Palmore: la actividad está relacionada con la satisfacción vital. Las personas entrevistadas pensaban que conservarse activo era permanecer joven, y al contrario, permanecer pasivo significaba hacerse viejo. Una cita del mismo investigador (Fontana, en Rubio, 1996:114) resume perfectamente esta situación *"los americanos pueden haber tenido éxito liberándose a sí mismos desde la ética del trabajo, pero el monstruo de la muerte ha lanzando nuevos frentes: las actividades. A la larga, el trabajo no proporciona la identificación central de la vida para muchos, pero las actividades sí lo hacen. Así, los individuos ancianos encuentran nuevas formas de dar sentido a sus vidas, siendo un jugador de bridge, un miembro de un club de basket, un oponente barajando las cartas, yendo a pescar, viendo la televisión, escribiendo postales, o paseando por los bosques. No sólo proporcionan sentido las actividades, sino que ellos las ven como la panacea para curar la plaga de la vejez: permanecer activo es tener la vejez a raya"*.

Según este enfoque la jubilación es vista por los mayores como una imposición social que les priva de contactos sociales, compromisos y actividades que no desearían abandonar. Pero entre esta visión radical (de continuar trabajando) y la de desvinculación total (tratada en el punto siguiente), habría una posición intermedia (Rodríguez, 1988:88). El rol adecuado sería la asunción del hecho de la desvinculación social laboral, pero promoviendo la adaptación a nuevas fórmulas de actividad que satisfaga al individuo (hobbies, amistades, ocio, voluntariado, entre otras).

Esta teoría fue pionera en las reflexiones sobre mayores. Fue la primera que en EE.UU. aportó un modelo (más que teoría, según algunos autores) del envejecimiento ideal. Las claves para un envejecimiento óptimo son: actividad, sociabilidad y participación. Sin embargo, la teoría empezó a ser cuestionada sobre todo en los años 60 con el planteamiento de la *teoría de la Desvinculación*, tratada en el próximo apartado. Observamos que, si la concepción de la vejez como desvinculación tiene más detractores, muchos estudios parecen confirmar esta tesis de la actividad (Grandall, 1980: 112; en Bazo, 1990:10). Según Rodríguez

Rodríguez (1996:29), esta teoría es la que más ha resistido al paso del tiempo puesto que se confirma continuamente que un mejor ajuste social en esta etapa es debido al hecho de permanecer activo. Según este enfoque la mayor esperanza de vida de las mujeres se atribuye a la continuidad del rol de ama de casa, salvo en el internamiento en residencias de mayores, en el que las pautas de mortalidad masculina y femenina tiende a equipararse (Miranda, 1989). También desde esta teoría entendemos muchos de los análisis discursivos de nuestro estudio. Sin embargo, otros (Bengston y Peterson 1972, en Cox 1984; Bazo, 1990:10; o en Algado, 1997:26) no apoyaron tales premisas¹⁵.

Esta teoría, siguiendo a Rubio (1996) y otros, también cuenta con sus defectos:

a) Presupone que la gente mayor se juzga a sí misma de acuerdo con normas comunes de actividad y conductas de la etapa adultas.

b) Olvida que muchos mayores no pueden (por razones físicas, psíquicas o socio-económicas) mantener un alto nivel de actividad, ni reemplazar los roles perdidos por otros. Cuanto mayor es una persona más difícil resulta que permanezca activa.

c) Otro punto crítico de esta teoría es que el estar activo no implica directamente la prolongación de la vida. Se han realizado algunos estudios en los que se ha comprobado la correlación significativa entre "mayor actividad-mayor longevidad" (Rubio, 1996:115; Gaur, 1975: 67 y ss., entre otros), pero ello no implica que el nivel de actividad-inactividad sea un predictor de la mortalidad o longevidad. El nivel de actividad no es buen predictor de la mortalidad cuando la edad (a mayor edad mayor posibilidad de mortalidad) y otros factores (género, nivel socioeconómico, estado civil, salud -a peor nivel de salud mayor mortalidad-, entre otros) están influyendo sobre el mismo. Sin embargo, las últimas tendencias apuntan hacia una influencia del apoyo social y la actividad sobre una disminución de la mortalidad, punto sobre el que volveremos más adelante, pues la actividad constituye el tema neurálgico de esta tesis.

Por tanto, al igual que ocurre con otras teorías que trataremos más adelante, no es posible con ella explicar y generalizar la situación de todos los mayores. En este sentido las teorías que vamos a aludir podrían ser complementarias. El principal problema para los defensores de esta corriente deriva de la paulatina pérdida de actividad que llevará a la desvinculación. Por tanto, podemos concluir que ni esta teoría ni las próximas alcanzan una explicación global. Parece existir más bien diferentes tipos de personas: retraídos, activos, pasivos, etc. variando en función de factores como la profesión, la edad, el estatus socio-económico¹⁶.

Las actividades que suele realizar el grueso de la gente mayor suelen ser pasivas y no suelen estar organizadas por los propios mayores (véase capítulo 9). Las últimas tendencias pugnan por una mayor participación social de los mayores y señalamos, junto con otros/as expertos/as, la necesidad de descubrir nuevos papeles o nuevos medios de conservar los antiguos. Por ello, aunque se dé un cese en las actividades laborales los mayores pueden encontrar un nuevo sentido a su vida a través de otras actividades que ayudan, sin duda, a una

¹⁵ Estos autores partieron de dos proposiciones: existe una relación positiva entre la actividad social y la satisfacción en la vejez y; las pérdidas de los roles como los que conllevan la viudez y la jubilación se relacionan inversamente con la satisfacción. Sus hallazgos demostraron que la actividad social con los amigos era la única que estaba relacionada significativamente con la satisfacción.

¹⁶ Una prueba clara de que los mayores no están pasivos es que la lista de personajes famosos y personas anónimas de edad que siguen activas está siendo cada vez más extensa, hasta el límite de no poder nombrar a ninguna de manera especial porque cada vez el número de los que llegan a elevadas edades en total actividad es más asombroso. Podemos consultar de todas maneras varios estudios (Comfort, 1977/86; Pinillos, 107-108, entre otros) que hacen referencia a las actividades (investigación, pintura, escultura, literatura, política, etc.) en personajes famosos que alcanzaron edades avanzadas (Cervantes, Picasso, Miguel Angel, Liszt, Tolstoi, M. Mead, Mao Tse-Tung, Goethe, V. Hugo, Gandhi, Fleming, Franklin, Monet, Darwin, De Gaulle, Russell, Webster, etc). Si por un lado esta lista de mayores activos hasta el final de sus días puede ampliarse con personas anónimas, por otra parte, hemos de hacer una objeción: esta creatividad y optimismo no llega ni mucho menos a la generalidad de la gente mayor entre los que nos encontramos con personas verdaderamente pasivas y dependientes.

mejor adaptación a esta etapa postlaboral. Las bases y objeciones a esta visión del envejecimiento nos servirán de referencia a lo largo de esta tesis que pivota alrededor de las actividades (remuneradas o no), en la jubilación y en el proceso de envejecimiento.

5.3.2. La vejez como desvinculación social

La tesis de que al envejecer las personas desean desarraigarse y desconectarse socialmente sigue siendo defendida, aún hoy, por varios autores, aunque sea de forma implícita. Ello se observa en algunas de las políticas destinadas a la gente mayor, y en las mismas actitudes sociales hacia los mayores, que muchas veces generan aislamiento social y dependencia en lugar de fomentar relaciones sociales intergeneracionales. Este enfoque surgió como contestación a la *teoría de la Actividad* que acabamos de mencionar. Fueron Cumming y Henry (1961), Henry (1964), Talmon (1963), quienes asentaron esta concepción de la vejez con la definición de su *Teoría de la Desvinculación Social* en esta etapa vital¹⁷. Su tesis podría resumirse así: la persona mayor desea ciertas formas de aislamiento social, de reducción de contactos sociales y en la medida en que lo logra, se siente feliz y satisfecha. Por tanto, los supuestos básicos que se defienden desde esta concepción de la vejez son: a) El proceso de desvinculación de las personas que envejecen y la actitud de la sociedad ante ello es algo natural, b) este retraimiento que se produce es recíproco, c) este proceso es algo inevitable, d) este desacoplamiento, que puede ser iniciado por la persona o por la sociedad, resulta gratificante y beneficioso porque contribuye a mantener el equilibrio y orden social, a disminuir el conflicto intergeneracional, y e) es necesario para un envejecimiento con éxito a nivel personal (mayor tranquilidad y libertad para el mayor) y social.

Según diversos autores esta teoría se englobaría en la corriente más genérica del Funcionalismo, al igual que otras teorías que más adelante traeremos a colación (*Teoría de la Actividad* -ya tratada-, *Teoría de la Modernización* y *Teoría de la Continuidad*). Por ejemplo, siguiendo a Bazo (1990:9), en el fondo de la Teoría de la Desvinculación late un funcionalismo sociológico por cuanto considera necesario tal abandono para la supervivencia de la sociedad en la medida en que la retirada de los mayores va poniendo el poder a disposición de los jóvenes. También, según Rubio (1996), esta teoría se basa en algunos aspectos en la Teoría Funcionalista de la Estratificación Social propuesta por Kingsley y Moore (1945) quienes entendían que las recompensas (dinero, poder, estatus y prestigio), tienen una relación directa con la importancia social dada a un determinado rol (véase 5.3.8).

La teoría ha generado estas dos derivaciones principalmente:

a) *Desvinculación-vinculación selectiva*. Representantes de esta línea son, Neugarten (1968), Neugarten, Havighurst y Tobin (1961, 1968) que señalan que se produce una reestructuración de las actividades sociales, un cambio cualitativo, más que una desvinculación. Por ejemplo, si se disminuye la actividad laboral aumentarán otro tipo de contactos (familia, amigos, p.e.) y ello puede llevar a una compensación. Gordon y Schneider (1971), consideran que la desvinculación, si llega a producirse, es siempre parcial, pero nunca total. En este sentido las personas mayores pueden retirarse de algunas actividades a causa de la edad, pero pueden mantener, aumentar o iniciar su participación en otras nuevas. Siguiendo a Serra, Dato y Leal (1988:30) pensamos que esto dependerá de varios factores como comprobaremos en esta investigación: satisfacción con la vida pasada, estatus, salud y género, entre otros.

b) *Desvinculación transitoria*. Esta vertiente es defendida por Lehr (1969), Lehr y Rudinger (1970) y Dreher (1969 y 1970). Los estudios de estos/as autores/as, en su

¹⁷ La base empírica de esta teoría fueron los resultados de un estudio sobre 172 adultos de 50 a 70 años y 107 sujetos de 70 a 90 años. Este estudio se inició en 1955 en la universidad de Chicago y permitió a sus autores, Cumming y Henry, afirmar la desvinculación como proceso inevitable en el que se rompen las relaciones individuo-sociedad.

investigación a obreros de estatus medio (en industrias siderúrgicas de Bonn), descubrieron un aspecto adicional a la teoría: la alta satisfacción asociada a escasos contactos sociales podía ser una forma de reacción a determinadas situaciones de sobrecarga, por ejemplo, ante la jubilación. Pero si tras una primera fase se produce una adaptación se puede observar una renovada vinculación social ("renovación-preferencial"). En fin, esta desvinculación transitoria es considerada más efectiva que otras (Aragó, 1986:304). Por tanto, la desvinculación sólo sería temporal, no para todo el periodo de la vejez. Según el género (Lehr, 1961; Lehr y Thomae, 1965), la desvinculación se produce alrededor de los 50 años (mujeres) o de los 60 (hombres).

Siguiendo a Duocastella et al. (1978:191), esta teoría entronca con la *teoría de la "des-socialización"* de R. Kóning, según la cual en la vejez se produce un fenómeno inverso a la "socialización" en edades anteriores, y se manifiesta por un gradual desinterés por el mundo circundante. Pero, el proceso de desvinculación afecta especialmente a las sociedades industrializadas donde el reemplazo de trabajadores de edad por jóvenes suele ser un medio necesario para introducir y mantener técnicas modernas de trabajo. Ello significa que la presión social influye en este proceso de desvinculación que es el resultado de lo que Riley llama "flujo de cohorte" (1971, 1987). Para vivir una vejez plena y satisfactoria es necesario que la sociedad se muestre dispuesta a librar a los mayores de sus roles sociales y de sus obligaciones, y a su vez, que los mayores deseen ese cambio. Desde este punto de vista, este proceso es considerado necesario a nivel individual porque supone satisfacción y necesario a nivel social porque facilita el equilibrio. La propia sociedad es la que desarrolla unas normas para que las personas se retiren de su trabajo (jubilación obligatoria) y más tarde vayan perdiendo otros roles sociales.

Sin embargo, varios autores se oponen a la idea de que hay una tendencia individual de desear la desvinculación. Por ejemplo, Havighurst (1963, 1964) comprueba que muchas personas se encuentran satisfechas cuando logran retirarse de la comunidad; suelen ser las personas más pasivas y con un estilo de vida hogareño. Pero, otras quieren seguir siendo activas y se sentirán más satisfechas si continúan sus relaciones y su contacto con la comunidad. Por tanto, la duda principal es que este proceso de desvinculación sea universal, inevitable y satisfactorio para los mayores.

La desvinculación puede ser de especial gravedad para la propia imagen y la autoestima; puede ser como una especie de "juicio final anticipado" en palabras de Rodríguez (1994:58). Siguiendo esta teoría, las personas deben ir sustituyendo los roles más activos por otros más tranquilos, alejándose de los de más responsabilidad en el sistema productivo y centrándose en los roles periféricos, familiares y de amistad. Para que puedan mantener una imagen positiva de sí mismos, deben corresponder a las expectativas de la sociedad y, en este sentido, las personas que ya no son socialmente competitivas, dejan de ser productivas y, por tanto, han de retirarse. Según este enfoque si la mujer es asalariada sigue un ritmo similar a los hombres, pero pensamos que esta situación se vuelve más compleja porque en la mayor parte de los casos las mujeres siguen desempeñando en la vejez otros papeles además del trabajo remunerado (ama de casa, cuidadora, entre otros).

Una de las objeciones que suele hacerse a esta teoría es que toma únicamente como referencia a la clase media asalariada (Rodríguez, 1994:59), no logrando explicar lo que ocurre con personas de otros niveles (profesionales liberales, artesanos, p.e.) que no se jubilan nunca, como en este estudio tratamos (véase capítulo 9). De forma general, la desvinculación que se produce en la mayor parte de las profesiones con el retiro suele ser producto de que la sociedad aún no ha logrado construir nuevos papeles útiles y valorados para la etapa postlaboral. Esta es, pues, una de las reivindicaciones sobre la que se volverá en reiteradas ocasiones en esta tesis.

Pero, siguiendo con las objeciones a esta concepción del envejecimiento, decir que para San Román (1990:91) la posible desvinculación en la vejez sería más objeto de estudio

que explicación. En muchas ocasiones se toma la desvinculación como variable (mayor o menor participación social) más que como explicación. Roman y Taietz (1967) en su experimento con un grupo de profesores universitarios, a los que se les dio la oportunidad después del retiro de continuar su labor docente, encontraron que la mayoría optaba por seguir en activo. Esto les hizo concluir que el envejecimiento no lleva necesariamente a un deseo de desvinculación y que hay que considerar las diferencias interindividuales. Hay personas que se desvinculan al no tener otra opción, pero si pudieran elegir continuarían trabajando, sobre todo en aquellas profesiones que reportan autorrealización personal y social y cuyas condiciones de trabajo son óptimas. Tal como dicen Lindensmith, Strauss y Denzin (1988) esta teoría no es aplicable a todas las personas ni a todas las situaciones.

En el estudio de Lehr y Rudinger (1970) se afirma que el grado de participación social y la satisfacción en los distintos roles, está mediada por numerosos factores biográficos. La disminución de contactos sociales coincide generalmente con vivencias negativas, mientras que una ampliación de contactos sociales, supone un pasado positivo en cuanto a la interacción social experimentada. Esto ocurre, hemos de recordar, no sólo en la vejez sino a lo largo de todas las etapas de la vida. En la línea crítica de la teoría que nos ocupa, Atchley (1989) defiende que la desvinculación no constituye un fenómeno natural ni tampoco inevitable. Se trata de una teoría que puede funcionar para explicar situaciones forzadas, como la jubilación. Según este autor "la desocupación no es lo que desea la mayoría de la gente anciana. Sin embargo es lo que muchos ancianos obtienen". Por ello, la transición a la jubilación, al ser de forma obligatoria y sin tener en cuenta los deseos de la persona, puede convertirse en un factor desvinculante de la sociedad; pero esta desvinculación no es un fenómeno universal ni abarca todo el periodo de la vejez. "Los ancianos aislados representan un grupo pequeño en todos los países europeos, cosa que en modo alguno ha de tomarse como algo "típico" de la vejez, en general" (Lehr, 1980), lo que ocurre es que llama la atención las noticias de los mayores en residencias, abandonos de mayores por parte de sus familias, etc. Estas situaciones son desgraciadamente verídicas pero no son generalizables a la población de más edad, aunque como observaremos en este estudio, la soledad es uno de los problemas más graves que destaca la gente mayor, junto con otras preocupaciones como los aspectos económicos o las enfermedades (capítulo 11).

Por tanto, el concepto de vejez como desvinculación satisfactoria, mejor dicho, desvinculación irremediable, pensamos que sólo podría ser aplicable a los mayores con cotas de dependencia altas a nivel físico y social que paulatinamente tienen que ir aceptando sus discapacidades (serían los mayores a los que van destinadas las medidas de atención continuada), pero no a los mayores "más jóvenes" que aún son autónomos y pueden ser algo más que meros perceptores de pensiones, y cuyo último deseo, de forma general, es no sufrir el problema de la soledad y abandono.

En fin, este enfoque ha venido suscitando incontables investigaciones, poniéndose a prueba en varias ocasiones. No obstante, los resultados de los distintos estudios han sido contradictorios. La crítica principal parece simple pues existen personas vinculadas y satisfechas, y al contrario, personas que se desvinculan y no sufren por ello. El abandono de relaciones suele ser debido, muchas veces, a la falta de oportunidades y condiciones de vida (salud deteriorada, dificultad de movilidad, limitación de relaciones a la pareja, p.e.) más que a la voluntad y actitud individual de los mayores. Desde nuestro punto de vista, pensamos que se debe apuntar hacia el prisma opuesto en el que la vejez se caracterice por, justamente, todo lo contrario que venimos comentando: vinculación, compromiso y participación social para una mejor adaptación a la vejez, respetando eso sí, a aquellos que se encuentren satisfechos (una mínima parte, pensamos) en esta desvinculación y retiro social. El argumento básico que proponemos es que todos necesitamos de las actividades e interacciones sociales (familiares o extrafamiliares, de hecho veremos que son unas de las actividades preferidas por los mayores) para completar nuestro desarrollo personal, somos seres relacionales, "animales sociales", y

esta “necesidad de los demás” creemos que aumenta -o al menos no disminuye- en las últimas etapas de la vida.

5.3.3. El envejecimiento como reflejo del pasado

Desde esta concepción se sostiene que en el proceso de envejecimiento las personas están predispuestas hacia la estabilidad tanto en sus costumbres o grupos de relación como en sus preferencias o estilos de vida que han desarrollado a lo largo de los años. La adaptación social a la vejez, a la jubilación y a otros acontecimientos está determinada principalmente por la trayectoria vital anterior. La *teoría de la Continuidad*, que apoya este punto de vista, ofrece la ventaja de proponer una multiplicidad de modelos de ajuste, en vez de centrarse en uno sólo como proponían las dos concepciones del envejecimiento anteriores (actividad y desvinculación).

Según Atchley (1971, 1976, 1989, 1993)¹⁸ la última etapa de la vida prolonga los estadios anteriores. El estilo de vida y hábitos durante la vejez dependerán de los que se han tenido en las otras etapas vitales. Si los individuos mantienen estilos de vida similares a su vida anterior, el envejecimiento será mucho más satisfactorio. Por ejemplo, quienes siempre prefirieron ir a pescar antes que ir al trabajo, una vez llegada la jubilación, se alegrarán de tener todo el tiempo para ello. Si alguien ha sido una persona solitaria no deseará tan intensamente estar acompañado. Los hábitos, gustos y estilos personales adquiridos y elaborados durante la vida, persisten en la vejez y el mejor índice de predicción de los comportamientos de un sujeto en una determinada situación continúa siendo su conducta anterior.

Por tanto, este punto de vista defiende la continuidad respecto de la vida anterior y parte de que las personas mantienen sus características básicas de personalidad a lo largo del ciclo vital. Ello deviene en una vejez no alterada por grandes cambios sino que conlleva que el último tramo del “*continuum*” de la vida sea semejante a la trayectoria anterior, aunque se puedan vivir modificaciones inevitables (jubilación, deterioro físico progresivo, p.e.).

Este enfoque, según Neugarten (1964) descansa en dos supuestos: a) las personas tienden a mantener su personalidad particular a través del tiempo; b) la única dimensión interna de la personalidad que cambia con la edad es la tendencia a experimentar una mayor introversión al reorientar su atención e interés hacia sí mismo. McGrae y Costa (1982) y Bengtson, Reedy y Gordon (1985) confirman también esta teoría, sosteniendo que la personalidad tiende a permanecer estable. Los últimos tres autores citados defienden que hay un aspecto global de la personalidad que es estable y refleja el carácter general de una persona durante toda su vida. Pueden darse ciertos cambios de personalidad pero nunca se trata de un cambio total. Esta continuidad o linealidad posibilita, por tanto, una adaptación más adecuada.

La crítica más importante que ha recibido esta teoría es el haberse centrado en un aspecto muy concreto: la personalidad. Desde este prisma sería una teoría de micronivel o microsistémica, en comparación con la de la desvinculación o de la actividad como fenómenos sociales de gran escala. Además, sus análisis no han podido ser contrastados empíricamente, dado que cada persona tendría su modelo (Bazo, 1990:10). En la década de los ochenta recibió varias críticas. Para Covey (1981), la continuidad del estilo de vida sólo puede mantenerse en el caso de que un individuo tenga riqueza, poder o salud, es decir, cuando posea unas características individuales que sean compatibles con determinadas exigencias de la estructura social y así poder prevenirlas y hacerles frente. Según Cox (1984:40), desde un enfoque sociológico podría quizás desarrollarse una línea de

¹⁸ Este autor es Director de *Scripps Gerontology Center and Distinguished Professor* de Gerontología de la Universidad de Miami, Oxford y Ohio. Ha publicado más de 50 artículos y capítulos y 15 libros sobre varios aspectos del envejecimiento. Recientes investigaciones se centran en el impacto de la jubilación sobre la satisfacción marital, el impacto del envejecimiento sobre la identidad, recursos económicos para los cuidados en la vejez, etc. Su texto *Socials Forces and Aging* está ya en la VI edición (Kelly, ed. 1993:271)

investigación sobre los estilos de vida de los que ocupan diferentes posiciones sociales y observar si se producen cambios relevantes o no.

Siguiendo en esta línea, y extendiendo la Teoría de la Continuidad más allá de la personalidad, en un estudio reciente (Agulló y Garrido, 1996) se observó que la experiencia de la jubilación y el envejecimiento estaba teñida de tintes positivos o negativos según el pasado y la trayectoria de las personas mayores en su trabajo, relaciones sociales y otros ámbitos. Por tanto, de forma genérica, pensamos que el pasado -es decir, las comportamientos de etapas previas a la jubilación-, puede ser un predictor fiable, o en todo caso un factor que ayude a comprender mejor el envejecimiento. La trayectoria laboral de una persona creemos que nos indicará su vivencia de la jubilación y, de forma más general, nos hará entender gran parte de la experiencia del envejecimiento. Tal como otros autores han defendido, la vejez "no es el final, sino una cosecha" de todo lo anteriormente sembrado. De nuevo, pensamos que este punto de vista es incompleto y que no se puede generalizar a todos los mayores, pues algún acontecimiento inesperado (o el simple proceso de deterioro del envejecimiento) puede cambiar el rumbo y vivencia del envejecimiento en sí independientemente del pasado vital individual.

5.3.4. El envejecimiento como producto de la modernización

Desde este punto de vista el proceso de modernización es el principal causante del envejecimiento de la población. Esta concepción de la vejez es defendida por la *Teoría de la Modernización* (Cowgill y Holmes, 1972). Siguiendo a Rubio (1996:116) esta macroteoría intenta explicar el cambio social y su influencia en el envejecimiento desde un enfoque global. Se parte del supuesto de que las sociedades infradesarrolladas serán transformadas paulatinamente por la industrialización. Considera que el mundo está dividido en naciones industriales ricas (más o menos una quinta parte del mundo) y en naciones o países preindustriales en vías de desarrollo.

En lo que al envejecimiento se refiere esta teoría presupone que existe una relación sistemática entre el envejecimiento y la modernización; así, el concepto de ancianidad es relativo al grado de modernización de una sociedad. Según Cowgill y Holmes (1972) el estatus de la personas ancianas es inversamente proporcional al grado de modernización de la sociedad. Las personas de sociedades en vías de desarrollo, comparadas con las que viven en sociedades más desarrolladas, definen a los mayores a una edad cronológica más temprana, y el estatus del mayor es más alto a nivel político y social. Comentarios y reflexiones en torno a esta postura los encontramos en los análisis culturales que nos ofrecen algunos autores desde un punto de vista antropológico (véase San Román, 1990; Fericgla, 1992) o histórico (Alba, 1992; Minois, 1989). En general, en las sociedades más avanzadas socio-económicamente se vive más tiempo, pero el estatus y consideración de la vejez tiende a ser más bajo. Estamos observando que dependiendo del modelo cultural, del nivel de desarrollo de la sociedad, del periodo histórico, unas sociedades otorgarán un estatus/rol más o menos considerado a la vejez.

En las sociedades más desarrolladas, siguiendo esta línea teórica, los mayores sufren un deterioro de su estatus (funciones y roles) debido a la tecnología y avances sociales cuyo efecto positivo sería un alargamiento de la vida, pero ello no se refleja en una mayor calidad vital. Vemos, pues, que el fenómeno de la modernización puede ser tratado desde estos dos puntos contradictorios: por una parte el envejecimiento es producto de la modernización y ello ha constituido un éxito sin precedentes; pero, por otra parte, la modernización posee muchos puntos negativos para la población mayor.

Las premisas básicas de la modernización (educación, jubilación, urbanización, tecnificación, principalmente) influyen en el cambio de funciones de los mayores dando lugar a una transformación psicosocial del estatus de la vejez. Por ejemplo, Cowgill (1974)

identifica en el desarrollo de una sociedad moderna cuatro tendencias que contribuyen al descenso del estatus de los mayores: tecnología sanitaria, tecnología económica, urbanización e instrucción. Siguiendo a Mishara y Riedel (1986:74), el paradigma de Cowgill parece capaz de explicar la condición de las personas de edad en muchos países y, también nos ilustra sobre lo sucedido durante nuestra evolución cultural. Puede suceder, sin embargo, que este modelo se vuelva cada vez menos útil, si se tienen en cuenta las tendencias evolutivas actuales: a) la esperanza de vida no seguirá aumentando de forma significativa, b) los cambios tecnológicos provocan la reconversión de los trabajadores en vez de su cese, c) se reduce la tendencia a la urbanización e incluso se invierte o disminuye la tasa de crecimiento demográfico, d) se aminora la diferencia de nivel de instrucción entre los diversos grupos.

Por tanto, una de las objeciones que se hacen a este enfoque es que ofrecen una posición privilegiada a las sociedades desarrolladas, considerándolas como modelos, prototipos especialmente económicos, pero se olvida de las cuestiones generadoras de conflicto y explotación. Otros puntos débiles de esta concepción de la vejez serían:

- Tendencia a considerar los avances tecnológicos como algo positivo en general, sin considerar que pueden ser negativos para la gente mayor.
- Plantea sólo un camino hacia la modernización: la madurez tecnológica.
- Es ahistórica, porque plantea conceptos generales, pero referidos a una época histórica en particular.
- No es generalizable a todo tipo de sociedad o cultura puesto que existen diferencias no sólo entre sociedades sino incluso en una misma sociedad.
- La causa de la pobreza de las naciones en desarrollo, no es exclusiva de las regiones en desarrollo, ni tampoco las soluciones a todos estos problemas están únicamente en los países industrializados.

Otro de los argumentos que pone en tela de juicio esta perspectiva es la tendencia hacia un estatus más positivo de los mayores de las sociedades más desarrolladas que se confirma en algunas investigaciones. Por ejemplo, Palmore y Marton (1974), defienden que aunque el estatus de los mayores en las sociedades modernas es bajo, la tendencia es hacia un mayor estatus y hacia una mejora en la calidad de vida, añade Pampel (1981). Dowd (1984) destaca el aumento de pensiones y otros beneficios como claros exponentes de los cambios positivos de la modernización.

De todas maneras, pensamos que estos argumentos optimistas se dan bajo determinadas condiciones psicosociales, pero la modernización de una sociedad en sí no explica que el estatus del mayor vaya a ser necesariamente negativo o positivo. De hecho, abogamos por una situación de actitud positiva hacia la vejez, pero se observa dentro de las mismas sociedades desarrolladas muchas desigualdades hacia los mayores dependiendo de su estatus socio-económico, por ejemplo. Por tanto, pretender atribuir al proceso de modernización (o no modernización) una mejor (o peor) posición social en los mayores resulta una explicación demasiado simplista, pues hay que tener en cuenta las desigualdades que se pueden encontrar dentro de una misma sociedad.

Tal como estamos argumentando, varios son los autores (Williamson, Evans y Powell, 1982; Dowd, 1980) que plantean serias críticas respecto a esta perspectiva teórica ya que no explica adecuadamente las influencias que provienen de las diferencias por género o por estatus socio-económico, por ejemplo, en las personas mayores de las sociedades modernas. No sucede así en Japón, sociedad altamente avanzada, donde las personas mayores tienden a seguir integradas a nivel comunitario y social. Por tanto, el estatus de los mayores está ligado no sólo al nivel de desarrollo socio-económico de los países sino también a una serie de variables culturales -como lo demuestran estudios de Palmore (1975, 1985), Morgan e Hiroshima (1985) y en nuestro contexto español San Román (1990), Fericgla (1992), entre otros-.

Para finalizar este apartado recordar que, al margen de los avances sociales, las sociedades más desarrolladas aún no están preparadas para acoger al gran número de personas de edad que está aumentando de forma considerable y que aún no han encontrado un papel social definido. Se siguen sobrevalorando los principios "juvenilistas" (más bien de los

adultos), pero si la juventud en general tiene como objetivo construir su futuro laboral y social, ¿qué papel, qué futuro, espera a los mayores en esta sociedad tecnificada? Pensamos que las personas mayores, junto al resto de agentes sociales, tendrán que seguir luchando para que la modernización de la sociedad que ellos mismos han construido en su juventud-madurez no constituya un obstáculo en su vejez. Este punto de vista se relaciona, pues, con otros enfoques que también defienden el envejecimiento como un producto social o una construcción social variable y mutable según las condiciones de vida y las actitudes hacia la misma en unas coordenadas espaciales y temporales determinadas.

Los puntos de vista hasta aquí tratados se basan fundamentalmente en el *Funcionalismo Estructural* (teoría de la Actividad, teoría de la Desvinculación, teoría de la Continuidad y teoría de la Modernización)¹⁹. Este enfoque, con las teorías de macronivel mencionadas, ha sido y sigue siendo uno de los más influyentes en los estudios sobre el envejecimiento. En este sentido, López Jiménez (1993) recuerda que el Funcionalismo afirma la estructura de dependencia en la vejez (a consecuencia de la jubilación, p.e.) lo cual legitima la exclusión de las personas mayores de los grupos productivos y otros roles sociales significativos. La jubilación se utiliza para ajustar la población productiva a las necesidades del sistema, fenómeno que actualmente se acelera por el desarrollo de la tecnología y de las nuevas condiciones de trabajo que tienden a arrinconar cada vez más rápidamente a los trabajadores mayores (Towsend, 1986; López Jiménez, 1993:64).

A pesar de las críticas a esta teoría (Marschall, 1986; Hempel 1965), la misma proporciona una visión psico-social sobre cómo los procesos sociales a gran escala, pueden crear situaciones en las que la gente se ve más o menos forzada a responder a condiciones que ella misma no ha elegido libremente. El tener que adaptarse a la sociedad por medio de la jubilación (p.e.), es un claro exponente de esto: se trata de un alejamiento motivado no por propia elección, sino que muchas veces sólo se justifica por la consecución de una determinada edad (en estos momentos los 65 años).

Recordemos que el Funcionalismo tuvo gran influencia a partir de la década de los 60. Este enfoque ha sido criticado, siguiendo a Rubio (1996:107), desde puntos de vista como el marxista, por ser demasiado conservador y poner énfasis en la estabilidad y orden. Este enfoque fracasa cuando intenta explicar procesos como el cambio social, los conflictos, etc. Defiende el paradigma mecanicista, asemejando la vida social a los sistemas orgánicos (cuerpos) o a las máquinas, frente al "paradigma interpretativo" (p.e. teoría del Interaccionismo Simbólico) que, desde nuestro punto de vista, pensamos que sería una mejor alternativa de comprensión del envejecimiento y la vejez.

5.3.5. La vejez como estrato de edad peculiar

Desde esta perspectiva la vejez es definida como un eslabón en el ciclo vital. Es la visión defendida por muchos demógrafos al considerar la vejez como una etapa característica de determinadas edades. Esta idea es desarrollada por la *Teoría de la Estratificación por Edades* y viene de la mano de M.W. Riley (1971, 1987). Otros trabajos en esta línea fueron de la misma investigadora y sus colaboradores (Riley, Johnson y Foner (1972); Riley, Foner y Waring (1988), Foner (1972, 1984), Foner y Kertzer (1978).

¹⁹ El Funcionalismo concibe la sociedad como un sistema autorregulado formado por partes interdependientes que operan para generar estabilidad y orden social. Los componentes de este sistema son: familia, religión, política, entre otros, que funcionan para mantener la sociedad en un estado de armonía, balance o equilibrio. Desde este enfoque, los cambios que se dan en una parte del sistema afectarán a las otras partes. Se supone que el comportamiento humano es funcional en la medida en que desemboca en la armonía social y contrapesa los procesos disfuncionales como pueden ser el crimen, la enfermedad que, por ejemplo, desorganizan la estabilidad social. Desde estas teorías la sociedad presiona a sus componentes para que se adapten a las normas que facilitarán la estabilidad, integración y orden. Esta tendencia de la sociedad al automantenimiento es comparada con el concepto biológico de equilibrio o "homeostasis" por el que el cuerpo humano regula su funcionamiento (Saéz, Rubio y Dosil, 1996:106).

Esta teoría defiende la tesis de que la sociedad está dividida en varias generaciones de edad, y cada generación tiene un curso de vida ontogénico -referido a las etapas del ciclo vital- y unas dimensiones históricas. Las personas pertenecen a un grupo de edad en función del tiempo histórico que les ha tocado vivir y comparten por ello, papeles, experiencias y expectativas con los de su grupo. Como expresa Foner (1986), las personas de edades similares tienen papeles similares y se enfrentan a circunstancias parecidas de un ciclo de vida. Por ejemplo, la Guerra Civil Española afectó a los mayores de hoy, pero de forma diferente según la edad: según se fuera en aquellos años adolescente, niño o combatiente la experiencia fue muy distinta.

Dos factores, pues, contribuyen a caracterizar a cada uno de los grupos de edad: fase o estadio del individuo y períodos históricos vividos. Ambos factores unidos son muy explicativos y contribuyen a que las actitudes, valores y conductas den lugar a la *generation gap* o diferencia (conflicto) generacional. Siguiendo el mismo ejemplo, los mayores que vivieron la Guerra Civil y la Postguerra tienden al ahorro, tendencia que puede chocar con las generaciones más jóvenes y sus actitudes frente al consumo de "usar y tirar". De forma general, cada cohorte de edad mantiene una distancia respecto de la anterior y posterior, y a cada una de ellas le corresponden unas posiciones y papeles sociales determinados.

Observamos, por tanto, la cercanía de algunas premisas de esta perspectiva con la *Teoría de Roles* que comentaremos más adelante. Los roles van asociados a las categorías de edad, en función del grupo etáneo al que pertenecen. La edad se considera el criterio universal por el que se distribuyen los roles, los derechos y los privilegios (Riley, Johnson y Foner, 1972). Están prescritas las edades para trabajar, para casarse, para jubilarse, etc. El prestigio de cada grupo de edad (y las actitudes de cada persona) están en función del valor social que se atribuye al conjunto de roles desempeñados por esa generación.

Riley (1987) destaca que las diferentes cohortes de edad tienen un proceso de envejecimiento diferente debido al cambio de las sociedades en las que viven, por lo que es preferible estudiar a los mayores utilizando una estratificación elaborada según la edad, en vez de una estratificación hecha por estatus y menos por clases sociales (Sánchez Vera, 1993:47; Rubio, 1996:120), cuestión en la que no estamos de acuerdo. Los mayores de hoy son diferentes de los de ayer y de los del futuro: aunque lleguen a tener las mismas edades, entre ambos grupos se han originado nuevos acontecimientos sociales, políticos, económicos, que inciden en que esta etapa vital sea diferente según la época. Los jóvenes de hoy no serán mayores en la misma sociedad que estamos viviendo, pues la sociedad envejece al mismo tiempo, o quizás de forma más acelerada que todos nosotros. Este enlace entre el envejecimiento de los individuos y la sociedad, se denomina "fluir de las cohortes de edad". El flujo de cohortes es, por tanto, una fuerza universal para cambiar no sólo la sociedad, sino también la vida de los individuos²⁰. Se trata, pues, de una transformación psicosocial que repercute y afecta integral y recíprocamente tanto a lo social como a lo individual.

Por tanto, la sociedad presiona al individuo para tener determinados roles a determinadas edades, y al mismo tiempo los diferentes grupos de edad "aliados por sus edades" se unen para reivindicar más ajustes en los roles sociales que les vienen asignados. Todo ello, tal como dice Riley (1987, en Rubio, 1996) "influye en los valores generales de otras personas mediante el estrato de edad, contribuyendo para continuar con los cambios, tanto en el envejecimiento como en la estructura social". Por tanto, Riley (Algado, 1997:29-30) establece una analogía entre estratificación social y estratificación por edad. El proceso de envejecimiento debería ser analizado como una nueva teoría de clases basada en la edad. Para esta autora, quienes ocupan una misma posición por edad o por clase, adoptan las mismas

²⁰ Este flujo afecta también al número y clase de personas de un estrato de edad en particular, así como a las capacidades, actitudes, de ese estrato. En este proceso, una serie de roles, de instituciones, de normas, pueden verse afectados, por ejemplo, por los cambios en la edad de jubilación o por el cambio en el modo de ocio.

actitudes y comportamientos dado que comparten una misma historia y estilos de vida. Al igual que existe una movilidad social, el movimiento a través de la estructura por edad es no sólo inevitable sino unidireccional.

Esta teoría aporta una visión que enfatiza especialmente la interacción continuada, generada por el flujo de cohortes, entre el cambio social y los individuos al envejecer. Y aunque son interdependientes, los procesos del envejecimiento individual y social no están sincronizados. La diferencia entre las cohortes de edad a causa del cambio social es altamente variable. Tanto las instituciones como los propios individuos, se ven afectados por el proceso de envejecimiento de las cohortes en particular, mientras que estas cohortes se ven afectadas por aquellas. Se produce una interacción. Pero esta interacción puede ser conflictiva o cooperativa. Siguiendo a Dowd, Tindale y Marshall (Algado, 1997:30), el conflicto puede surgir cuando hay una desigual distribución de recursos, por ejemplo, según la edad. Entre los estratos de edad existe un sistema de desigualdad parecido al existente entre las clases sociales. Aparece una relativa conciencia de clase y edad que puede provocar conflictos.

La edad determina qué roles están abiertos o cerrados para un individuo, así pues, "las normas de las personas ancianas son interdependientes, es decir, los patrones del ciclo vital de una persona, influyen o serán influidos por los modelos de otros, con los que están interactuando" (Riley, 1986). Esta autora propone un modelo de interacción dialéctica entre el envejecimiento individual y la evolución de la estructura social por lo que se debe considerar que estamos ante un doble tipo de cambio: cambios sociales y cambios individuales que presentan dinámicas diferentes pero conectadas. Tal como iremos comentando, los mayores de hoy envejecen de forma diferente a los de ayer y a cómo será el proceso de envejecimiento en un futuro.

Ambos procesos, envejecimiento (edad individual) y cambio social (estructura cambiante de la sociedad) no pueden estar nunca sincronizados, se conectan pero siguen trayectorias distintas. Esto produce desajustes; por ejemplo, la situación de los mayores choca con los roles prefijados por la sociedad para ellos. Riley (1986) define bien esta interacción y dice así: "desde una perspectiva sociológica las vidas de los sujetos están interdependiendo con el sistema de estratificación por edades de la sociedad y sus instituciones. El envejecimiento, como proceso social, interactuando con los procesos biológicos y psicológicos de la vejez, significa que los individuos moviéndose desde el principio hasta el final de sus propias vidas, están envueltos en estructuras de las personas y en los roles moviéndose ellos mismos desde el principio hasta el final del tiempo histórico".

Pero este punto de vista, a pesar de su vigencia en algunos aspectos, también ha sido objeto de críticas. Las objeciones más importantes hechas a esta teoría son las de Streib y Bourg (1984, en Rubio, 1996). Estos autores se cuestionan si realmente puede considerarse una teoría de la estratificación, ya que no tiene en cuenta la desigualdad social y las diferencias dentro de las cohortes de edad, especialmente las diferencias socio-económicas, que pueden llegar a ser mayores que las diferencias por cohorte. Como ya señalábamos en el apartado anterior, hay otros factores (estatus socio-económico, género, salud/enfermedad, apoyo social, etc.) que condicionan el envejecimiento y esta teoría no los tiene en cuenta. El punto débil de esta perspectiva sería pues la no consideración de las diferencias intrageneracionales, "dentro de la generaciones", que para este estudio es una cuestión central, y que por tanto, desarrollaremos más adelante.

5.3.6. La vejez como subcultura

En la línea del apartado anterior, y siguiendo la opinión de A. Rose (1962, 1965), la edad forma un grupo social aparte y esto es lo que define y dirige la conducta. La vejez sería un subsistema dentro del sistema social más amplio. Según Rose (Algado, 1997:30), "las características comunes de los viejos, sus mismas experiencias, sus parecidas necesidades y su

aislamiento respecto a otros grupos de edad, favorecen la aparición de una subcultura de la vejez". Señalan estos rasgos: disminución económica, actitudes comunes ante la vida y la muerte y diferentes al resto de la sociedad, pérdida de interés por el sexo, y exhiben pautas de comportamiento parecidas, por ejemplo.

Para autores como Riley (1968) resulta más ventajoso estudiar los grupos de mayores utilizando una estratificación elaborada según "la edad" en vez de la categoría "clase", como ya se ha comentado. La subcultura de la ancianidad, siguiendo los análisis de Bazo (1990:11), contribuye de manera importante a la comprensión de los mayores en nuestra sociedad, donde la diversidad de personas y subculturas existentes es un hecho significativo, por lo que resulta una teoría en ciertos aspectos pertinente.

Según Rodríguez (1994:63) esta teoría coincide con algunos de los supuestos de la *teoría de la Comparación Social* de Festinger (1954), sosteniendo que las personas mayores tienden a actuar más entre sí que con otros grupos de edad. Se sirven unos a otros como punto de referencia y comparación para validar los propios valores, opiniones, y la situación personal. Nuestra autoestima puede disminuir si nos comparamos con otros grupos muy diferentes. Por ello, los mayores buscan comparaciones con personas de su entorno, de sus edades, que compartan su mismo pasado, preferencias, valores, entre otras cuestiones. También coinciden en algunos aspectos con el enfoque antropológico²¹. El análisis comparativo entre sociedades, tema de gran tradición en la literatura antropológica, se consolida con la clásica obra de Simmons (1945) en la que compara el rol de los mayores en distintas sociedades primitivas. A medida que los antropólogos orientan su foco investigador hacia las sociedades contemporáneas, sus investigaciones son cada vez más semejantes a las de la sociología comparada, ya que la influencia de lo social en la conducta humana puede asimilarse a lo cultural (Moragas, 1991:41)²².

La gente mayor pues, forma una subcultura aparte, una "minoría" social, lo que les ayuda a mantener su identidad y autoestima. Ello les permite establecer comparaciones de sí mismo con otras personas que están en situación similar a la suya; y de este modo no necesitan compararse con otros grupos de edad. Esta conciencia de subgrupo hace que perciban su potencial y también sus limitaciones. De hecho, el grupo de mayores se asemeja a otros grupos minoritarios (como los étnicos, p.e.) con los que comparten algunas desventajas sociales: menor presencia social, menor estatus socio-económico, escasas oportunidades de mejorar, marginación, discriminación, etc.

Por esta identificación, los rasgos de las subculturas podrían aplicarse a los mayores: segregación, pobreza, incompetencia, etc. Estas actitudes, como veremos más adelante, la mayor parte de las veces están estereotipadas y hacen que se generalice la situación de los mayores más dependientes y más pasivos a todo el conjunto heterogéneo, y cada vez más diverso, que conforman los mayores.

La tesis de Arethe (Sánchez Vera, 1993) defiende que los mayores son un grupo social segregado, donde las circunstancias o características comunes (aislamiento, p.e.) les lleva a su particular asociacionismo. Pensamos que las asociaciones de mayores tienen poco raigambre y sólo en los últimos años están empezando a cristalizar en España (véase apartado 9.3.2.3. y 9.5.3.4.), pero es en otros países (EE.UU. y Gran Bretaña, p.e.) donde el asociacionismo tiene una presencia social considerable desde hace más tiempo. Según Koller (1968, en Algado, 1997:31) y otras posturas más definidas perciben a los mayores como una contracultura, una

²¹ Desde este punto de vista, debemos recordar que la antropología como ciencia de la cultura, según Moragas (1991:40), ha examinado frecuentemente el papel de los mayores en las sociedades primitivas, identificando las características de su posición social en base a la clásica teoría del estatus y rol de Linton (1942).

²² Serra, Dato y Leal (1988:32) señalan las diferencias en la actividad en la etapa del envejecimiento. Por ejemplo, en culturas africanas. Otros autores desde esta perspectiva (San Román, 1990; Fericgla, 1992, etc.) defienden este enfoque que trata a las personas mayores en las distintas culturas y épocas. Desde un enfoque histórico-antropológico se tiende a dar relevancia a los factores culturales descuidando a veces, y esta es la crítica más importante que recibe, que el envejecimiento es un proceso también individual.

fuerza social, un grupo de poder cara al futuro, que a través de la conciencia e identidad grupal y del asociacionismo tienen una gran posibilidad de protagonismo y presión social.

Ahondando sobre el mismo punto, según Streib (1965)²³ los mayores se ven forzados a formar una *minoría* (Mishara y Riedel, 1986:69) por cuestiones más bien biológicas o de edad, al igual que algunos grupos étnicos. Pero siguiendo al mismo autor, que se cuestiona la entidad de los mayores como grupo social y con conciencia de pertenencia, señalamos que en términos estrictamente sociológicos, "las gentes de edad constituyen un agregado estadístico o categoría social, pero no un auténtico grupo" (en Sánchez Vera, 1993:47). También Moragas (1991:119) piensa que los mayores no constituyen un grupo cultural minoritario como estableció Streib ya que no comparten una misma cultura. Streib y Scheneider (1971) señalan que hechos vitales cruciales (p.e. jubilación) dependen en buena medida de la identificación con los grupos de referencia. La *teoría del Grupo de Referencia* ha sido aludida por varios autores (por ejemplo Blau, 1973, 1981, o la obra clásica de Merton, en Algado, 1997:24) para analizar la relevancia de los grupos de referencia (familia, escuela, amigos, compañeros) sobre la identidad y autoconcepto en determinados momentos vitales, dependiendo del grado de identificación con los citados grupos de referencia.

En cualquier caso, la edad no es una característica excluyente; pueden llegar a tenerla todos los miembros de la sociedad, y aunque los mayores posean características comunes, las comparten con miembros de otras edades por lo que no aparece una base diferencial objetiva para la conciencia colectiva de grupo minoritario. Por otra parte, no existe entre ellos la semejanza de clase, solidaridad y unidad de objetivo que caracteriza a otros grupos culturales. Es decir, en el caso de que los mayores estén en situación de desventaja es debido a que lo estaban en su pasado y si están discriminados es por otros motivos como por ejemplo tener menor nivel socio-económico. No puede mantenerse, pues, la idea de que los mayores forman una minoría marginal. Por tanto, pensamos que aplicar a los mayores el concepto de grupo culturalmente minoritario homogéneo, subcultura o contracultura, oscurece y limita la comprensión de su situación en la sociedad contemporánea en vez de aclararla.

5.3.7. La vejez como etapa de conflicto

Esta concepción del envejecimiento constituye la premisa principal de la *Teoría del Conflicto y otros enfoques* que pretende explicar la situación desventajosa de las personas mayores en relación, sobre todo, con los problemas laborales y de jubilación. Desde este prisma se parte del supuesto básico de que la sociedad se caracteriza por la desigualdad y el conflicto. Los orígenes de esta teoría están en los archiconocidos planteamientos de Marx. Los análisis de Marx, sobre la lucha de clases, la alienación, dominancia de las relaciones de producción y predominio de las clases de mayor estatus, es trasladada al envejecimiento indicando que esta etapa es especialmente desventajosa en la medida en que sitúa a los mayores en una posición marginal y devaluada. En opinión de San Román (1990:88), los antropólogos marxistas franceses piensan que tanto los jóvenes como las personas mayores constituyen unos grupos, a modo de "clases", que son explotados y controlados por los grupos de edades intermedias más poderosos en todos los sentidos, pero principalmente "poseedores" del ámbito económico y productivo.

Un enfoque desde el otro frente supone que el envejecimiento es un *proceso de adaptación*. El fracaso de un individuo en esta adaptación no demuestra que la estructura social es inadecuada, sino la incapacidad de ese individuo para adaptarse a ella. Pero, desde una perspectiva de conflicto, enfatiza la "dominación" de los recursos por los grupos que

²³ Este autor fue *Graduate Research Professor* en el Departamento de Sociología de la Universidad de Florida. Es Profesor Emerito en varias universidades y *Dr. Honoris Causa* en la Universidad de Waterloo (Canadá). Ha publicado sobre sociología y gerontología, en concreto sobre diversos aspectos del envejecimiento: jubilación, estratificación social, relaciones intergeneracionales, etc. (Kelly, ed., 1993:278).

tienen la autoridad y control (generalmente adultos) y los que no lo tienen (por ejemplo, los mayores) lo que genera una lucha y continuo conflicto.

De todos modos, también se han señalado algunas objeciones a este punto de vista pues, según Turner, estos argumentos no son peculiares sólo del capitalismo, sino que esta situación se ha repetido a lo largo de la historia en muchas sociedades y culturas. Siguiendo a Rubio (1996), pensamos que la *Teoría del Conflicto* presenta una serie de limitaciones: sólo se centra en la forma en que el trabajo (o no trabajo) afecta a los mayores. No tiene en cuenta otras dimensiones que nosotros consideramos importantes (relaciones sociales, situación de salud, preparación para esta etapa, etc.). Sus aportaciones son valiosas pero parciales. Por ejemplo, los mayores, a raíz de esta marginación laboral reivindican un nuevo papel con prestigio social que acabe con el valor supremo del trabajo como único legitimador del prestigio y estatus social. Por tanto, otros papeles, activos y menos activos, no siempre centrados en el trabajo remunerado, tendrán que dar identidad a esta etapa que no tiene que ser causa de conflicto para otras generaciones. La idea de que la solidaridad intergeneracional tiene que ir evolucionando desde el nivel de los tópicos a la práctica será mantenida y comentada a lo largo de esta tesis.

5.3.8. El envejecimiento como pérdida de roles

El cambio de roles está sujeto a la asignación y entorno social que presiona a cumplir determinados papeles según la edad. Pero, de forma general, el envejecimiento deviene en pérdida de roles centrales lo que conlleva disminución del estatus socio-económico tanto respecto a la situación durante la edad adulta, como respecto a personas más jóvenes.

Siguiendo a Rodríguez (1994:61) pensamos que la *Teoría de Roles* está relacionada con la Teoría de la Actividad, desde el momento en que las actitudes, la identidad, la autoestima de las personas depende de las actividades y roles que se llevan a cabo. Recordemos que rol es un conjunto de normas, pautas de conducta, derechos y obligaciones que la sociedad espera de quienes ocupan una determinada posición o estatus. Su aprendizaje e interiorización se produce a través de lo que conocemos como proceso de socialización. La persona mayor, pues, pierde sus roles centrales, porque no puede (aunque quiera) seguir en activo. Entonces, su imagen, prestigio, poder, pueden verse limitados y/o disminuidos, a pesar del auge de la participación social de los mayores.

El sistema de roles y sus atribuciones en distintos tiempos y culturas han servido, pues, para dar varias explicaciones sobre la posición, la satisfacción, la adaptación al envejecimiento de los mayores. El punto de vista predominante en relación al sistema de roles es la pérdida progresiva de los papeles centrales conforme avanza la edad madura. Desde los enfoques que enfatiza la importancia de los *Roles*, se defiende que a lo largo de nuestro ciclo vital desempeñamos un gran número de roles que nos aportan identidad personal y social. Dependiendo de la edad desarrollamos unos roles u otros. Por tanto, el grado de adaptación a la vejez dependerá también de cómo se vayan cumpliendo estos roles. Pero, en la mayoría de los casos, el envejecimiento es, entre otras cosas, una carrera de pérdida de roles y adquisición de otros nuevos generalmente más desprestigiados y de menor estatus (Cavan, 1949; Burgess, 1960; Cumming y Henry, 1961; Blau, 1973; Rosow, 1974). Con el envejecimiento la persona adquiere un último y definitivo rol, según Burgess (1969) "*the role of the retired person is 'roleless'*", la persona que no tiene roles. Burgess (1960) y Rosow (1974) resaltan el envejecimiento como periodo de pérdida de la función económica y pérdida de roles familiares. Burgess lo denomina "pérdida de rol" y Rosow "sin rol" (Rodríguez, 1994:60). Estas pérdidas pueden ser de diversos tipos, por ejemplo, Cowgill (Rubio 1996:118) destaca la pérdida del rol del mayor como transmisor del conocimiento y puntualiza que las bibliotecas están supliendo a los mayores en este sentido. Por tanto, estos cambios de papel, que suelen ser pérdidas de los mismos, puede conllevar graves consecuencias: sentimiento de

inutilidad, desorientación, desestructuración, etc. Esta situación suele producirse cuando tras una larga y continuada trayectoria laboral se pasa a la jubilación de forma abrupta. Por tanto, podemos concluir que como se constata en nuestra investigación, que cuanto mayor haya sido el grado de identificación con el trabajo, y no se sustituya este hueco por otros papeles, mayor puede ser el peligro de sufrir las consecuencias de la pérdida de rol de trabajador/a. Perspectivas más recientes relacionados con la teoría de Roles son más optimistas al enfatizar no sólo la pérdida de roles en estas edades sino la posibilidad de encontrar nuevos papeles (roles, actividades, relaciones, parte nuclear de nuestro estudio) para adaptarse a la jubilación y el envejecimiento. Por tanto, defendemos los enfoques que remarcan la relevancia de un *continua resocialización* que ayuda al mayor a adaptarse a este proceso a través de nuevos roles, normas, actividades y pautas de vida deseables y apropiadas a los mayores. En esta línea se sitúan las intenciones de los escasos cursos aplicados para la preparación a la jubilación y a esta etapa vital.

En la teoría de roles también se refleja la centralidad del trabajo, el trabajo como valor supremo de la sociedad y la desvalorización paralela de otro tipo de actividades (ocio, voluntariado, cuidados a otras personas, etc), como veremos más adelante. Hemos de puntualizar que si bien en el género masculino hemos observado de forma general esta pérdida de roles en nuestro estudio y también en estudios anteriores (Agulló y Garrido, 1996), en las mujeres no se observa, debido principalmente a que, si han trabajado de forma remunerada pierden este papel, pero siguen manteniendo otros roles que compaginaban (o desempeñaban de manera exclusiva) con el trabajo remunerado. Más adelante se desarrollará la "sobrecarga de roles" que muchas de nuestras mujeres soportan. Podemos avanzar que la menor centralidad en el trabajo remunerado y la menor incidencia de la pérdida de roles son unos de los factores que diferencian a las mujeres respecto a su vivencia del envejecimiento. Aunque esta menor centralidad del trabajo no implicará, como veremos, una mejor vivencia de la jubilación en las mujeres.

5.3.9. El envejecimiento como interacción

La tradición del Interaccionismo Simbólico deriva de las ideas de Mead (1934/1965), pero el nombre de "Interaccionismo Simbólico" fue acuñado por Blumer en los años 30²⁴. Las teorías desarrolladas por los autores citados, conocidas luego como *Interaccionismo Simbólico*, consideran que los seres humanos, comunicándose a través de símbolos, aprenden los significados, valores y modos de actuar de las otras personas de su entorno social²⁵.

Según Rubio (1996:125) la línea del Interaccionismo Simbólico es una de las corrientes más prometedoras en el estudio del envejecimiento desde la perspectiva de la psicología social. Parte de la premisa de que el individuo es una entidad creativa, pensante, capaz de elegir su comportamiento, en vez de reaccionar mecánicamente como suponen la mayoría de las teorías funcionalistas. El presupuesto básico reside en entender que todo el comportamiento humano es dirigido sobre la base de los significados simbólicos que se comparten, se comunican y se manipulan por las personas que interactúan en las situaciones

²⁴ Blumer, fue quien reunió todo el material que posteriormente sería la base del pensamiento simbólico interaccionista contemporáneo. Blumer (1982) señala que la acción social presenta cinco grandes características: *el sí mismo, el acto, la interacción social, los objetos y la acción conjunta*.

²⁵ Según este enfoque, la mayor parte del comportamiento adulto ha sido aprendido en el curso de la comunicación simbólica desarrollada desde el nacimiento. La importancia del lenguaje, pues, es vital dada su función social y por constituirse en creación humana que nos diferencia de los otros seres vivos. Desde esta perspectiva hay tres conceptos o procesos fundamentales: a) la definición de la situación (tratada por Thomas) a partir del significado que para ella tenga esa situación, o examen previo a la respuesta a un estímulo, b) el yo-espejo (visto por Cooley) o interpretación subjetiva de la conducta de los otros a fin de averiguar si uno representa sus roles adecuadamente; uno construye su imagen en interacción con los demás, desde los demás; c) la presentación de sí mismo (analizada por Goffman), o en realidad múltiples representaciones de sí mismo, que es capaz de realizar el individuo después de analizar la situación y utilizar el yo-espejo.

sociales. La sociedad se considera como un producto humano, y las personas se ven como construcción social, porque ambas están formadas en un proceso continuo dialéctico, en el que los individuos y su entorno social actúan y reaccionan entre sí.

Los mayores, como cualquier otro grupo, adoptan conductas diferentes según las definiciones de la situación realizadas, las interpretaciones y respuestas al yo-espejo, y también según las diversas presentaciones de sí mismo que consideren convenientes según las circunstancias (Bazo, 1990:12). Según Rodríguez (1994:64), este grupo de teorías están cerca del enfoque de la representaciones sociales. En fin, todas ellas postulan que las personas de edad precisan adaptarse a los sucesivos requerimientos que la sociedad les va planteando, y sólo si mantienen el ritmo de adaptación a esas nuevas demandas, lograrán mantener una identidad psicosocial positiva.

La gran aportación de este enfoque a los estudios del envejecimiento es su capacidad de analizar a pequeña escala las distintas formas de interacción humana. Es una de las pocas teorías que explica el significado subjetivo de las experiencias sociales y la forma en que la realidad se construye socialmente entre los individuos²⁶. Collins, influido por la Etnometodología, entiende que todas las estructuras sociales son reducibles o están sujetas a esas "microinterpretaciones", componiendo "cadenas de rituales de interacción" que se dan a nivel individual. Autores como Heiss (1981) y Stryker (1983) han intentado un acercamiento entre las dos corrientes del Funcionalismo y el Enfoque Interpretativo procurando conectar los dos niveles de análisis de microsistemas o macrosistemas. Esto nos ayuda a introducir la concepción de una psicología social, siguiendo a Alvaro (1995), alejada tanto de una concepción aleatoria y autodeterminada del comportamiento humano como de una idea mecanicista del mismo. En esta línea Alvaro (1995:120) señala la propuesta de Giddens con su modelo estratificado de la acción, o la de Stryker con su interaccionismo simbólico estructural, o el modelo normativo de Totman. En definitiva, la defensa de una psicología social más social y en palabras de Torregrosa (1982:52, en Alvaro, 1995:123), una psicología social más coherente y sistemática, más auténticamente científica y más sensible a los problemas reales con que se enfrentan las personas hoy.

Según Rodríguez Ibáñez (1979) las teorías interaccionistas están basadas en las relaciones interpersonales a diferencia de las premisas del *Funcionalismo* normativista. La distinción estribaría en que para el Funcionalismo los individuos están motivados desde el exterior por pautas y normas prescritas, mientras que en el Interaccionismo Simbólico los seres humanos (comunicándose a través de símbolos) constituyen su mundo como resultado de un proceso de relaciones sociales. En definitiva, **las teorías interaccionistas emergen como reacción y alternativa a los enfoques estructuralistas**. Por ello pensamos que el enfoque interaccionista nos aporta luz para entender el asunto que aquí venimos tratando. Como se está viendo, es una perspectiva dinámica, pues no parte de un esquema definido de roles asignados sino del resultado de un proceso de negociación entre los ocupantes de las posiciones sociales. Los roles se "construyen" durante toda la vida según distintas circunstancias. Lo positivo de este enfoque es la flexibilidad y definición individualizada de las relaciones intergeneracionales negociadas entre las personas implicadas (Moragas, 1991:133-134).

Gubrium (1973), en la misma línea, intenta conciliar factores personales y estructurales. La teoría que defiende este autor, dentro del enfoque interaccionista, es denominada *enfoque Socio-ambiental del Envejecimiento*. Para Gubrium, la vejez debe ser estudiada como un proceso de interdependencia entre las personalidades y sus entornos. El entorno, para este autor, consta de dos contextos: el individual y el social. En el primero se incluyen aquellos factores que acentúan o limitan la actividad: salud, economía, etc. El

²⁶ Algunos estudios entroncados en esta línea son el de Mutran y Reitzes (1984) sobre el sentimiento y autoestima de la viudas en relación al apoyo social de los/as hijos/as. En esta misma línea está el estudio de Lund, Caserta y Dimond (1986) sobre el autoconcepto de las personas mayores ante la muerte de sus cónyuges.

segundo se refiere a las "expectativas" o "normas de actividad", normas que son el resultado de la cambiante interacción social del grupo al que se pertenece. Se trata de una reciprocidad entorno-personalidad en la que las actuaciones personales influyen sobre los contextos y a la inversa. Constituye un modo completo que no sucumbe ante el determinismo normativista del Funcionalismo ni ante la tentación de privar de función o rol al mayor, a la vez que condiciona al envejecimiento a los cambios ambientales y personales del sujeto en proceso, no determinista, de relaciones interpersonales. La condición del mayor -y por ende sus actividades-, vendrá condicionada por las características del medio en el que vive: relaciones interpersonales, hábitat, recursos, etc. El modelo de Gubrium (basado en estudios empíricos en Detroit) de intentar reconciliar los aspectos estructurales y personales se aproxima al enfoque psico-sociológico, y por eso queremos resaltarlo de manera especial, ya que esta vinculación va a ser básica en nuestro estudio²⁷.

El punto de vista *fenomenológico-existencial*, ha tenido enorme influjo sobre la psicogerontología aunque no sobre la psicología general. Parte de una concepción antropológica y humanista, dando especial importancia a los procesos internos. El desarrollo se entiende como un proceso cualitativo en el que el individuo participa activamente en la estructuración de su propia personalidad, junto a las influencias histórico-culturales²⁸. Este movimiento se inició en Alemania por Husserl y fue continuado por Schutz, Scheller, Hartman, Heidegger y Stein, y parte de la idea básica de que para comprender la conducta humana debe comprenderse el mundo perceptivo de la persona. Cada persona ve el mundo de forma diferente en función del sistema perceptivo desarrollado en su experiencia vital y por el proceso de socialización que tiene lugar en la interacción social. Esta teoría es más comprensiva y completa que otras, pero también la menos desarrollada e investigada, posiblemente por las dificultades que para su desarrollo empírico conlleva su nivel de abstracción, aunque parece ser una teoría prometedora (Bazo, 1990:12).

En relación al punto de vista anterior, la perspectiva *humanista* rechaza radicalmente el tratamiento experimentalista y entiende el envejecimiento, en su sentido más existencial, como un problema de significado: de pérdida del sentido de la existencia o desencanto existencial, o por el contrario de autorrealización satisfactoria. Dependerá de la percepción personal: para unos la vejez será la "culminación de la vida" en sentido positivo, pero para otros esta "nueva etapa" tendrá un sentido negativo, como veremos a lo largo de este estudio.

Muchos autores son los que defienden los enfoques interaccionistas porque a través de ellos se puede explicar cómo las personas perciben las situaciones, las actitudes, y también, para explicar las variaciones individuales y el papel de la cultura ante los significados simbólicos. Pero también se le critica porque apenas toma en consideración las estructuras sociales en un sentido más amplio. Las premisas apuntadas por Stryker (1983), por ejemplo, con la propuesta de Interaccionismo Simbólico Estructural podría suplir estas deficiencias. Esta línea podría ayudar a explicar mejor el fenómeno del envejecimiento. Podemos decir que existe la necesidad de desarrollar enfoques interaccionistas (y discursivos, como vemos en el epígrafe de conclusión más adelante), que complementen las teorías englobadas en el estructuralismo. Hemos visto que con lo que aportan cada una de las teorías anteriores podría perfilarse un enfoque integrador que analizara el envejecimiento y jubilación.

5.3.10. El envejecimiento desde una perspectiva discursiva

²⁷ Otros enfoques -distintos al interaccionista- como el del *Intercambio* (Blau, 1973), o la teoría del *Intercambio social y económico* (Dowd, 1980), por ejemplo, tratan el envejecimiento, pero aquí vamos a concluir tratando algunas de las premisas del enfoque interaccionista y discursivo.

²⁸ Este modelo afincado sobre todo en Centro Europa (Bühler, Thomae, Kohli, entre otros), ha centrado sus investigaciones sobre el envejecimiento en cuestiones de personalidad, self, dinámicas motivacionales, etc. En todo caso, este enfoque asume una concepción "psicosomática" de la vejez. Esta concepción antropológica es de signo personalista y humanista.

Otras reflexiones sobre el envejecimiento se sitúan en las corrientes de pensamiento postmodernas dentro de las cuales podrían encuadrarse enfoques como el construccionismo social (Gergen y Shotter, 1989; Ibáñez, 1991, 1994), el enfoque retórico (Billig, 1991), el análisis del discurso (Potter y Whetherell, 1987, Potter, 1998) o algunos estudios sobre explicaciones cotidianas de la acción (Antaki, 1988; Windisch, 1982, 1989). Aunque un análisis pormenorizado de cada uno de estos enfoques excede claramente los límites y objetivos de esta tesis, sí creemos pertinente señalar algunos de los supuestos teóricos y epistemológicos de los que parten, por considerar que pueden dar lugar a aportaciones relevantes para el estudio del envejecimiento.

Frente a la concepción mecanicista de la persona derivada del positivismo, y que tiene su máximo exponente en el modelo de persona en el que se sustentan el funcionalismo estructural o el conductismo, todos estos enfoques subrayan el carácter reflexivo del comportamiento humano. De ahí que reivindiquen el concepto de acción como actividad significativa, siguiendo las ideas de autores como Mead, Weber, Schutz, Vygotsky o Batjín. Lo característico de este enfoque es el énfasis en el carácter constructivo del propio hacer discursivo y lingüístico: *decir es hacer*.

Retomando algunas ideas que se encontraban ya presentes en el interaccionismo simbólico de Mead o en la psicología dialéctica y dialógica de autores como Vygotsky y Batjín, todos estos enfoques defienden el lenguaje como proceso nuclear en la construcción de la realidad social. Pero el lenguaje no es considerado como mero instrumento para analizar una subjetividad por él representada. Como señala Crespo (1995:124-125), desde el punto de vista del concepto de acción con el que se trabaja en psicología discursiva, lo más característico es la consideración del discurso como una práctica social. Mientras que en la psicología social dominante la actividad discursiva se considera no problemática, en este tipo de enfoques constituye el foco central de interés. El discurso es una práctica social, comprensible no por relación a los individuos sino por su regulación pública. Esta regulación se caracteriza como un proceso de legitimación cuya fundamentación estriba en la aceptabilidad de las explicaciones que se ofrecen y no en la correspondencia con supuestos estados internos y psicológicos. Cuando decimos, por ejemplo, que tenemos una determinada actitud hacia algo o alguien, no se entiende, desde una psicología discursiva, como una expresión -sincera o falsa, errónea o adecuada- de algo que tenemos dentro, un acontecimiento privado o psicológico (creencia, opinión, actitud); desde el enfoque discursivo se entiende y explica como una actividad pública, de toma de posición ante un objeto de actitud, que es susceptible de ser cuestionada y requerida de explicaciones.

Esta distinción entre el mundo objetivo y el subjetivo, entre el discurso y los procesos mentales, supone una superación de la antigua dicotomía cognición-lenguaje. La acción discursiva es entendida como una acción retórica (Billig, 1987, 1988, en Crespo, 1995:125). Los procesos cognitivos son considerados, no tanto como realidades psicológicas, sino como modos de hablar acerca de uno mismo en un contexto público de argumentación y legitimación. La acción discursiva es considerada también como una actividad constructiva. La producción de sentido, como práctica discursiva, supone más que la expresión de realidades la creación de las mismas. Esta es una de las bases compartida por los autores de estos enfoques. El lenguaje se toma pues como interacción (no sólo como instrumento de análisis), en el que la variabilidad y dialogicidad se impone ante la supuesta disonancia discursiva (el discurso contradictorio como error) que otros enfoques subrayarían.

Queda claro que desde este enfoque se defiende el lenguaje como elemento clave en la construcción de la realidad social. Pero, según Crespo (1991), aunque se esté de acuerdo con el énfasis puesto sobre el lenguaje remarca que "hay que evitar considerar el análisis del discurso como una teoría u orientación coherente", pues son varios autores de distintas orientaciones teóricas los que se interesan por los discursos, y por eso enfatiza que el discurso debe concebirse como "un proceso de interacción comunicativa". El significado de la acción

viene dado por un sistema de intenciones y motivaciones que cristalizan en la interacción discursiva. El sentido de la acción (discursiva o no) viene dado por un proceso de interpretación a tenor de claves socialmente compartidas, es decir, a un saber no teórico sino de sentido común y a las propias manifestaciones (versiones) que los interactuantes hacen de su propia acción. El significado es así social y negociable. Es social aunque el referente sea intrapersonal (intenciones, motivos...), dado que las claves de interpretación no son las vivencias personales sino los procedimientos sociales que otorgan sentido. Por ello, dejan claro que el pensamiento está vinculado íntimamente al lenguaje.

Todo ello supone, por tanto, que el sujeto es tomado como actor, participante y constructor del objeto de análisis. Con esto se intenta superar el objetivismo, es decir, la dicotomía sujeto de conocimiento y objeto conocido²⁹. Por tanto, esta es otra de las ideas que subrayan: frente a la neutralidad del objeto/sujeto, destacan la importancia de las intenciones, de la significación y de la interacción dialéctica con la realidad. Desde esta perspectiva es fundamental la vinculación de elementos objetivos, como pensamiento y actividades psicológicas, con las condiciones sociales. Es decir, se somete a revisión la concepción dual de la realidad, sujeto y sociedad, apareciendo la vinculación dialógica y dialéctica entre procesos subjetivos y sociales. Hay, por tanto, un nuevo planteamiento de la naturaleza del discurso como práctica social, de la acción social (construida interactivamente), del sujeto (fundamentado intersubjetivamente), de la realidad (procesos de dotación de sentido y significado a través de la intersubjetividad) que cuestionan las bases fundamentales en las que se apoyaban gran parte de los estudios clásicos en teoría psico-sociológica.

Algunas de estas ideas han sido aplicadas últimamente al análisis del envejecimiento. Por ejemplo, en un reciente trabajo sobre los recuerdos de las personas mayores (Fairhurst, 1997), se subraya que el lenguaje es algo más que un medio para analizar los recuerdos y que éstos no deben ser considerados como algo esencialmente diferente de la experiencia real. Más bien al contrario, el discurso es la experiencia en la que los recuerdos se crean y la realidad se reconstruye. De ahí que la autora rechace la teoría de la correspondencia, encaminada a comprobar si la memoria se ajusta a la realidad, y abogue por una teoría de la coherencia. Una idea similar es la que se desprende del trabajo de Latimer (1997) sobre el discurso de los profesionales que trabajan con mayores institucionalizados. Según esta autora, carece de sentido preguntarse si tales discursos están basados en estereotipos o en representaciones irreales de las personas mayores. Más bien, la tarea del científico social debe ser analizar cómo la categoría "gente mayor" va siendo producida o reproducida en los discursos de estos profesionales. En esta misma línea, Harper (1997) pone de manifiesto cómo las identidades de las personas mayores van siendo construidas en los discursos y no existen fuera de éstos.

Cabe añadir que las ideas que estos enfoques defienden podrían ser compatibles (y complementarias) con una cierta versión (más sociológica) de la teoría de las Representaciones Sociales y algunas de sus conceptualizaciones. En la actualidad, se propone articular el concepto de actitud con otros constructos de mayor alcance como el de valor

²⁹ Tal como expone Ibáñez (1994:21-26) se deben superar varios obstáculos tan arraigados en nuestros hábitos de pensar, decir, investigar y analizar:

a) La dicotomía sujeto/objeto. Abandonar la idea de que estos elementos son preexistentes al conocimiento, sino que de las partes de la tricotomía sujeto/objeto/conocimiento ninguna de ellas existe -ni puede ser analizada- con independencia de las otras. Además, todos ellos son resultado de un proceso de construcción "desnaturalizante" y "desencializante" (p.23)

b) La concepción "representacionista" del conocimiento. Este enfoque hace que confundamos una representación de la realidad -p.e. texto, discurso, foto, pintura- con la realidad, cuando se trata (al comparar un discurso con otro tipo de texto, p.e.) de otra representación de la realidad. Ambos son contruidos, aunque por procedimientos diferentes.

c) La creencia de la verdad, pues los criterios de verdad también son obra nuestra, contruidos, contingentes y cambiantes.

d) El cerebro como instancia productora de conocimiento. Los procesos cognoscitivos no son algo "interior", "esencial" (natural, invariable), ni universal, sino que el conocimiento también está socialmente contruido.

(Rokeach, 1968, 1980), más precisos como el de intención (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen, 1984-85) o el de representación social (Ibáñez, 1988). Un nuevo marco para la comprensión de la temática de las actitudes es el de las representaciones sociales que, a juicio de Ibáñez (1988), permite articular convenientemente los aspectos objetivos y subjetivos de las actitudes sociales. Los orígenes de este enfoque pueden remontarse a Durkheim que ya habla de representaciones acuñando el término "representaciones colectivas"³⁰. El constructo *representación social*, a pesar de sus críticas, remarca el sentido social que las actitudes en sí mismas no subrayan. Pero la ambigüedad de su conceptualización, según varios autores (Clemente, 1992:390 y ss.) levanta muchas controversias entre sus detractores (Jahoda, 1988. p.e.) y aquellos que intentan diferenciar este constructo de otros términos clásicos en psicología social (Jodelet, 1984, 1994; Ibáñez, 1988, 1994; entre otros). No sobra recordar que la característica más distintiva de las representaciones sociales es su carácter social, entendido no sólo por referirse a la realidad social, sino por ser *socialmente compartidas* por muchos individuos y como tal constituir una realidad social que puede influir en la conducta individual. Según Crespo (1991) no habría problema si se tratara sólo de un problema terminológico. Pero tal como afirmó Kelman no se trata de terminologías sino de teorías. Según Crespo, la teoría de las representaciones sociales (Moscovici, p.e.) recubre varias propuestas diferentes, no bien articuladas entre sí, y en cierto modo contradictorias.

Cada vez se cuenta con más estudios sobre las representaciones sociales, (sobre el psicoanálisis, Moscovici, 1961; el cuerpo, Jodelet, 1979; conocimiento social de la informática, Elejabarretia, 1987, p.e.), pero apenas se encuentra alguna aportación al tema de la vejez. En relación al envejecimiento debemos señalar a Rodríguez (1994:54 y ss.) para el que la noción de "representación social" abarca buena parte de los elementos que forman la idea de vejez por lo que puede ser de gran utilidad para enfocar el tema que nos ocupa. El autor utiliza la expresión en sentido genérico, según el cual, significa conjunto de ideas, imágenes y actitudes respecto de la vejez como estado y como proceso. Pero incluso así entendida, y siguiendo al mismo autor, la representación social de la vejez está aún por investigar. Aunque reconoce que no se ha estudiado todo ello, sí se puede inferir una idea de negatividad hacia los mayores. Este autor añade que la vejez es, en definitiva, una realidad socialmente construida, y cita a Thomae (1969) reafirmando todo ello: "la vejez es primariamente de carácter social, sólo secundariamente es modificación funcional u orgánica". Rodríguez (ib. p.55) continúa diciendo más adelante que "las representaciones sociales son el consenso normativo que regula las expectativas, las actitudes y las conductas de los demás grupos hacia el grupo "viejos" como categoría social, y de los viejos hacia sí mismos como grupo y como individuos". Además y "por definición", añade, "las representaciones sociales constituyen el marco del cual se nutre el discurso sobre la vejez". Este autor nos dice que las representaciones de los científicos y expertos sobre la vejez "han de pasar previamente por el tamiz de la negociación con la opinión pública para que se hagan carne y hueso en la mentalidad, en el conocimiento de sentido común de una sociedad, para que, en una palabra, se conviertan en representaciones sociales".

Por tanto, **la orientación más sociológica de este enfoque** y también los análisis desarrollados desde una **perspectiva discursiva de la construcción psico-social de la subjetividad y de la identidad** se presentan, al igual que el **Interaccionismo**, como una alternativa a la explicación de los fenómenos sociales, en el que se incluye el envejecimiento. Estos enfoques pretenden **superar el psicologismo y sociologismo** porque toman la **realidad como resultado de una construcción psico-social** (fruto de una interacción y negociación entre individuo y realidad social), y porque consideran una falacia dicotomizar artificialmente

³⁰ Durkheim, justo hace un siglo (1898), sostuvo que "las representaciones colectivas expresan el modo como el grupo se piensa a sí mismo en relación con los objetos que le afectan" y que deben ser concebidas como cosas externas, objetivas, primarias e independientes de las conciencias y mentalidades individuales, sobre las cuales ejercen un considerable poder de coerción" (Moscovici, 1961; Blanch, 1995:318).

la realidad en individuo/sociedad como hacen otras perspectivas.

Aún así, siguiendo a Crespo, este enfoque está necesitado de unas *teorías de la acción* si no quiere plantearse sólo en términos exclusivamente cognitivos e individuales. Por ejemplo, podría enriquecerse de la teoría interaccionista sobre actitudes así como de otras teorías actitudinales que sitúan el análisis de actitudes en el contexto de la acción y no como mero precedente cognitivo de ésta. Un enfoque de este tipo debe basarse en los actos de habla, y no en cogniciones u otros procesos intrapersonales. Crespo nos recuerda que la investigación sobre actitudes y representaciones siempre ha partido de manifestaciones públicamente significadas; hay que considerar a éstas como acciones y no como expresión de cogniciones y otros procesos psicológicos, incluso si a éstos se les considera como compartidos o comunes a diversas personas. Las "representaciones sociales" son criticadas, pues, por varios motivos³¹.

En esta línea, y desde un enfoque como es el construccionismo social (Medina, 1994)³², las distintas dimensiones de la realidad (incluida la vejez) se construyen en la interacción social, en la negociación de significados, en y a través del uso del lenguaje. Desde esta perspectiva las personas nos construimos y nos representamos en el habla y otras actividades como el trabajo, el arte u otras acciones cotidianas. El discurso, la dialogicidad, no es sólo una herramienta sino que es el punto central donde construimos nuestras realidades, y por eso enfatizan que es en la práctica conversacional donde se da sentido a las representaciones. Es decir, desde este prisma, cuando habláramos de envejecimiento o jubilación (o de cualquier otro fenómeno), lo haríamos en un marco de significados compartidos, que encuentran su sentido en un contexto cultural y social más amplio. Desde este punto de vista, la realidad social, incluido, claro está, el fenómeno de la vejez, no constituye una entidad exterior al individuo, sino que lo concebimos como una *construcción psico-social*. Es decir, las personas somos constructores y actores, y a la vez la realidad es producto y productora del sujeto. Tal como dice Ibáñez (1988:25), "la teoría de las representaciones sociales constituye tan sólo una manera particular de enfocar la construcción social de la realidad. Pero este enfoque presenta la ventaja de situarse en un punto que conjuga por igual la toma en consideración de las dimensiones cognitivas y de las dimensiones sociales de la construcción de la realidad..."

En fin, estos enfoques se aproximan al principio teórico de la construcción psico-social de la subjetividad y a partir de una interacción dialéctica con los marcos interpretativos de la realidad, aclaran el concepto de individuo que mantienen: el sujeto como proceso, como proyecto en sucesivo diálogo y construcción con la realidad social de la que a su vez se nutre. Se concibe la realidad social no como una entidad exterior al individuo en la que se socializa, sino como una construcción psico-social, producto y productora del sujeto, dinámica y plural. Los distintos grupos sociales, mantienen pues (y ello sí se observa en nuestro estudio y otras investigaciones), distintos marcos de interpretación de la realidad.

En cualquier caso, creemos que la orientación que subyace a este tipo de trabajos, y en general, a los **enfoques interaccionistas**, nos aporta un poder explicativo y comprensivo mayor para nuestro estudio que las ideas derivadas de los enfoques *estructuralistas* y

³¹ - Por ser concepto de poca utilidad; por no aportar nada nuevo; por estar constituido en base a falacias conceptuales; por su adecuación dudosa de principios metodológicos y teóricos de investigación (Ibáñez, 1990).

- Por prestarse a confusión con otros constructos. Es difícil e inexistente la distinción con otras nociones, ya clásicas en el pensamiento sociológico como el concepto de *actitud* (Alvaro y Ramírez, 1992; Crespo, 1991), de *sistemas ideológicos* (Alvaro, 1992), y en definitiva la falta de precisión conceptual.

- Ser demasiado cognitivista e individualista (Crespo 1991, Potter y Wetherell, 1987).

³² Siguiendo a Medina (1994:65-66), la perspectiva construccionista ha investigado sobre bastantes temas en los últimos años. Por ejemplo, sobre el tema de la identidad (Gergen y Shotter, 1989), las emociones (Harré, 1986), el desarrollo infantil (Gergen, Gloger-Tippelt y Berkowitz, 1990), el género (Radtke y Stam, 1994), la vida política (Ibáñez, 1988), la explicación de la ciencia (Ibáñez, 1992; Mulkay, 1991, y el propio Medina- en su tesis doctoral, 1994-), las relaciones interpersonales (Davis y Roberts, 1985; Sternber, 1988), por ejemplo.

funcionalistas clásicos. Pensamos que la vejez puede contemplarse desde la *práctica discursiva dialógica*, es decir, desde una perspectiva de "dia-logos" (distinto a la reflexión individual o "monólogo") que significa conocimiento compartido. Estos significados compartidos, cambiantes, refutables, sobre el envejecimiento y la jubilación es uno de los puntos que desde este estudio queremos desentrañar.

CONCLUSION: EN BUSCA DE LA TRANSDISCIPLINARIEDAD

Como hemos visto hasta ahora la mayor parte de las teorías consultadas plantean la vejez desde un mismo prisma teñido por la negatividad: la vejez como pérdida, ruptura, desintegración, desvinculación, conflicto, etc. Nosotros abogamos por un enfoque globalizante y globalizador, psicosociológico. Por tanto, como ninguno de los planteamientos tratados nos convence al máximo son los que recalcan un matiz más psico-sociológico desde los que vamos a extraer análisis valiosos en la línea de entender la multidimensionalidad que encierra el envejecimiento y la jubilación como fenómeno psicosociológico. Además, se propone una perspectiva de género (no androcéntrica) para el estudio de la vejez que tenga en cuenta las diferentes vivencias³³. Todo ello marca el rumbo de este estudio y constituye el trasfondo de la parte empírica.

Aunque la tendencia es hacia la archipretendida interdisciplinariedad, no hay acuerdo sobre qué enfoque podría ser más apropiado que otro, porque la clave está, quizás, en adoptar unos u otros en relación al fenómeno o faceta concreta del envejecimiento que estemos intentando comprender y explicar³⁴. Debemos resaltar la **interacción y dialogicidad entre el individuo y sociedad** que puede servirnos para explicar el envejecimiento como un fenómeno psicosocial, que no se ancle en el individuo aislado (como harían algunas posturas psicologistas) ni en la sociedad (al modo de algunos enfoques sociologistas). Este prisma debe ayudar a divisar el papel del individuo en la sociedad, su integración y ajuste a la globalidad, como sujeto activo capaz de construir su realidad (su envejecimiento) en interacción con los demás. Y por todo ello nos parece apropiado y pertinente el enfoque de este estudio centrado en la psicología social.

Solo resta decir que la vejez es una *construcción social* más que un fenómeno psicobiológico. Es decir, los condicionantes sociales, económicos y políticos determinan el

³³ La Perspectiva de Género tiene en cuenta, para la explicación de los fenómenos sociales, la situación diferenciada, o igualitaria, dependiendo de la pertenencia a uno u otro sexo. Tal como planteamos en nuestros objetivos iniciales, debemos recordar que a lo largo de esta tesis se recurrirá a la *Perspectiva de Género* para alcanzar una mejor comprensión del envejecimiento. Aunque no dedicaremos un apartado exclusivo a este enfoque, por otro parte incipiente en el estudio del envejecimiento, sí haremos continuas referencias al mismo.

Dejamos a un lado el debate sobre la consideración-no consideración del género como perspectiva de análisis o como simple categoría. Sólo queremos poner énfasis en la relevancia de la perspectiva de género para nuestro estudio y, al mismo tiempo, queremos aclarar que el género es una categoría explicativa, también *construida*, que nos ayuda a entender lo que se esconde tras el sexo biológico. Según Benería (1986, en Murillo, 1996:14), la categoría género se caracteriza por: "un conjunto de creencias, rasgos personales, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que diferencian al hombre de la mujer a través de un proceso de construcción social que tiene varias características. Como proceso histórico que se desarrolla a distintos niveles tales como el estado, el mercado de trabajo, las escuelas, los medios de comunicación, la ley, la familia y a través de las relaciones interpersonales. En segundo lugar, este proceso supone la jerarquización de estos rasgos de actividades de tal modo que a los que se definen como masculinos normalmente se les atribuye mayor valor".

³⁴ El envejecimiento estará asociado a unos factores u otros dependiendo del enfoque que se adopte. Según Casals (1982; Sánchez Vera, 1993: 22-24; en UDP, 1992:18-20), desde un mismo enfoque sociológico se pueden enfatizar unos aspectos u otros del envejecimiento (perspectiva socio-demográfica, perspectiva socio-familiar, socio-económica...). En definitiva, observamos como cada investigador, aún dentro de una misma perspectiva psico-sociológica puede centrar su estudio en unos u otros factores de la vejez según su objeto de estudio. Lo adecuado sería una aproximación multidisciplinar que tomase en consideración cada uno de los enfoques analizados y las aportaciones de los distintos autores, pues todo ello arrojaría más luz sobre el estudio del proceso de envejecimiento.

envejecimiento y la jubilación. A este se añade la construcción social del envejecimiento elaborada por cada uno de los mayores; no una construcción “externa” a los individuos, sino de los mayores como actores y *constructores* de la vejez. Nos situamos en la línea de “teorías no identitarias” (Crespo 1995:12) para las que “el sujeto se entiende dialógicamente situado/construido”. Es un intento de articular objetividad y significatividad, a través de la reflexividad, interacción y más allá de la subjetividad

Siguiendo a Crespo (1995:128-129), el punto de vista más psicosociológico es el de acción, ya que lo nuclear de este concepto es la significatividad. La interacción social, como concepto articulador de los niveles de análisis psicológico y sociológico, se caracteriza por tres cualidades o cualificaciones: a) la cualidad más nuclear de la (inter)acción social es el significado, b) el significado no es una propiedad psicológica e individual, c) el significado es convencional pero no arbitrario. El concepto de acción, pues, manifiesta el carácter constructivo de los procesos psicosociales, y una faceta fundamental de este proceso constructivo lo constituyen los modos cotidianos con los que damos sentido a la acción y que la hacen susceptible de ser justificada, tanto por el actor como por los observadores.

En fin, las ideas básicas que aquí se han expuesto pueden ayudar a superar los reduccionismos de tipo biológico, psicológico o sociológico. Las ciencias sociales y en concreto la Psicología Social, debe incluir en sus mecanismos explicativos las teorías y lenguajes del propio actor sobre los fenómenos sociales. Por tanto, la separación entre dimensiones sociológicas y psicológicas que antes habíamos enunciado es tan sólo válida a efectos prácticos, siendo necesario, sin embargo, reconciliar dicho dualismo para evitar tomar el conocimiento, el sujeto y el objeto por separado, pues todos ellos son productos del proceso de construcción social. Ni el individuo es una totalidad determinada por las estructuras de relaciones sociales ni la sociedad es el producto de acciones individuales e interacciones. Es necesario integrar los niveles micro y macro con los que se interpretan los fenómenos, entre ellos el envejecimiento y la jubilación. Evitaremos, pues, un concepto de individuo sobresocializado, como un posible reduccionismo psicologista. En esta línea se sitúa la psicología social como **práctica social de dotación de sentido** (Crespo, 1995:125); se considera como una ciencia constructora y construida. El análisis se dirige pues a la distintividad, no sólo por las características psicosociales del individuo sino porque tras la transición, en concreto de la vida activa a la jubilación, y el proceso de envejecimiento, hemos encontrado una ambivalencia, heterogeneidad y variedad en la construcción -desde/hacia los mayores- de situaciones, actitudes, representaciones, discursos de/sobre la actividad en el entorno del envejecimiento y la jubilación.

Nuestro punto de mira teórico, metodológico y conceptual estaría en el cruce de caminos entre varias teorías, sobre todo las que enfatizan el matiz más psicosociológico apuntado. Según los aspectos que estemos analizando unos enfoques nos parecen más oportunos, pertinentes y esclarecedores que otros. No encontramos ningún marco teórico que desvele perfectamente la pluridimensionalidad de los mayores (algo casi imposible de abordar) y de nuestro objeto de estudio, pero aún así reconocemos las aportaciones de cada uno de ellos al envejecimiento y jubilación. Son varias las ideas, pues, que desde distintos enfoques (en plural) nos aportan poder de explicación y comprensión a nuestro estudio.

Cuadro 5.1. Enfoque/s teóricos revisados en este estudio

ENFOQUES Y PERSPECTIVAS REVISADOS:

- 5.1. Enfoques físico-biológicos (*teorías genéticas, tª no genéticas, tª Fisiológicas, etc.*)
- 5.2. Enfoques psicológicos: Envejecimiento como declive de los procesos cognitivos (*Tª del desarrollo de la memoria, Teorías de la personalidad, etc.*), Enfoque del envejecimiento como adaptación al medio (*Psicología Evolutiva, Etología, etc.*), Enfoque del *Ciclo Vital*...
- 5.3. Enfoques sociológicos y psico-sociológicos:
- 5.3.1. *Teoría de la Actividad*, Tª Adaptación o “Envejecimiento Exitoso”. Cavan, Burgess, Havighurst y Goldhammer, 1949; Havighurst y Albretch, 1953; Havighurst, 1957, 1961; Neugarten, 1968.
 - 5.3.2. *Tª Desvinculación social*. Cumming y Henry, 1961; Henry, 1964 (*D.v.s.*, Neugarten, Havighurst y Tobin, 1968; *D.t.*, Lehr, 1969; Lehr y Rudinger, 1970; “Desocialización”, Köning).
 - 5.3.3. *Tª de la Continuidad*. Atchley, 1971, 1972, 1989; Bengston, Reedy y Gordon, 1985; Kelly, 1993
 - 5.3.4. *Tª de la Modernización*. Cowgill y Holmes, 1972; Cowgill, 1974.
 - 5.3.5. *Tª de la Estratificación por Edades*. Riley, 1971, 1987; Riley, et al, 1972, 1988; Foner, 1972, 1984, Foner y Kertzer, 1978.
 - 5.3.6. *Tª de la Subcultura o Minorías*. Rose, 1962, 1965; Streib, 1965, Streib y Schneider, 1971.
 - 5.3.7. *Tª del Conflicto*. Enfoques marxistas.
 - 5.3.8. *Tª de Roles*. Cavan et al., 1949; Burgess, 1950, 1960; Phillips, 1958; Rosow, 1974.
 - 5.3.9. *Enfoques interaccionistas*. Mead, 1934/1965; Blumer, 1969/82, Stryker, 1983, Gubrium, 1973.
 - 5.3.10. *Enfoques discursivos y dialógicos*. Vygotski, 1934/77; Potter y Wetherell, 1987, 1996, etc.

ABRIR PARTE III

